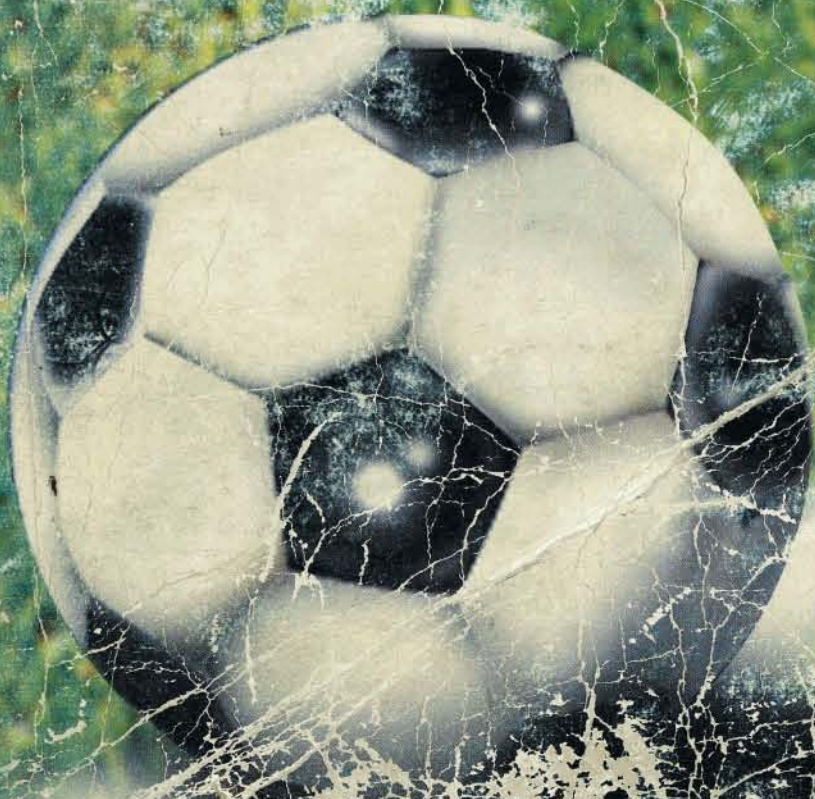


CENTENARIO
HISTORIA TOTAL
DEL FUTBOL CHILENO
1895 – 1995



EDUARDO MORALES

1933-1935

LOS «AGUERRIDOS» LEVANTAN EL TELÓN

Magallanes inaugura el profesionalismo ganando consecutivamente los tres primeros campeonatos, y encabeza la trilogía de grandes cuadros de la época que completan Colo Colo y Audax Italiano.

Ya al abrir los años treinta el llamado «profesionalismo marrón», o encubierto, es un fenómeno insostenible. En todo el mundo. Chile no es la excepción.

No se puede precisar el momento en que el jugador de fútbol comienza en Chile a recibir alguna forma de retribución en dinero por su actuación. Retribuciones de otro tipo las hubo, posiblemente, desde siempre. Lo que no debe sorprender, pues así sucedió en todo lugar y en toda época. De hecho, los campeones del inmaculado olimpismo griego vivían recorriendo las ciudades en exhibición de sus destrezas y premiados por ello. Suficientemente premiados como para que pudiesen dedicarse exclusivamente a sus giras. En el medio chileno, aquellos «empleitos envidiables» que señala pintorescamente la prensa son, con seguridad, el primer antecedente de alguna forma de retribución por protagonizar un espectáculo de clamorosa acogida entre el público de las ciudades.

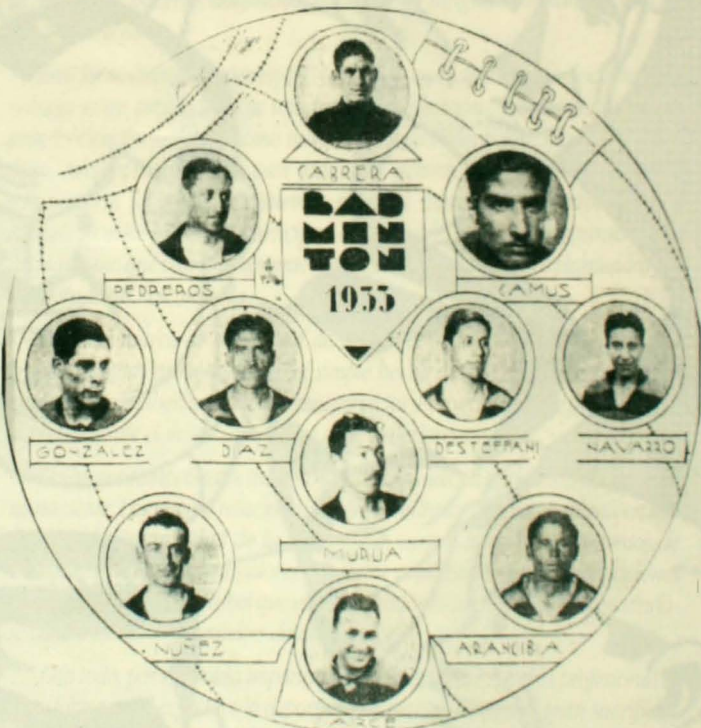
Sin embargo, el pago en dinero parece empezar a producirse en los años veinte. Ya durante el proceso previo al Sudamericano de 1920 hubo bastantes denuncias al respecto, aunque aparentemente no referidas a retribución en metálico. Pero a poco andar aparecen signos más claros. Lo más evidente está en la contratación de jugadores extranjeros -argentinos y uruguayos, preferentemente-, por parte de Everton, Audax Italiano y Unión Española, que son los precursores. Los futbolistas que vienen son, naturalmente, profesionales o semiprofesionales en sus países de origen, y las ofertas de clubes chilenos mejoran lo ofrecido en ellos.

Aunque espontáneo, el fenómeno se apresura en Chile merced al contacto internacional. Tanto jugadores como dirigentes en viaje aprecian esta realidad en los países visitados y la comentan, sorprendidos, a su regreso. Ello, sumado a la presencia en los torneos locales de jugadores extranjeros profesionales, aumenta la presión y el profesionalismo es un secreto a voces que ahoga al fútbol en sus posibilidades de desarrollo, pues obliga a los clubes a pagar, pero sin compromiso alguno del jugador de responder. En consecuencia, hacia 1932 la situación financiera de los clubes -al menos de los más importantes- resulta insostenible.

Es el 27 de mayo de 1933 cuando se oficializa lo que se venía pensando hacía años y que se comentaba en la

prensa desde la temporada anterior. Este día los llamados «clubes grandes» de la Asociación Santiago hacen la histórica petición. La oficialización del profesionalismo, a través de la creación de una Sección Profesional. Ellos son los clubes de la División de Honor: Colo Colo, Unión Española, Bádminton, Audax Italiano, Green Cross, Morning Star, Magallanes y Santiago National, que piden, además, una rebaja del 30 al 20% de los «derechos de cancha». La respuesta

Anuncio del diario la Nación para el encuentro de Colo Colo y Bádminton en 1933, con el plantel de los badmintonistas. El cuadro de «los equipos que actuarán» es un anticipo de los informativos más modernos.



1933

LOS EQUIPOS QUE ACTUARÁN

BADMINTON	CARRERA	NAVARRO	BRavo	DIAZ	COLO COLO
		DESTEFFANI	ALLER	CHAPARRO	
		CAMUS	ARANCIBIA	PISA	
		MURUA	ARCE	LORCA	
		PEDREROS	NUNEZ	VALDIVIA	
		DIAZ	GONZALEZ	OLGUIN	
		ZAPATA			

UN EQUIPO MUY CARO...

La función del entrenador, ya bastante avanzada en otros medios, apenas empieza a esbozarse en Chile. Se sabe que Arturo Torres es un entrenador en la cancha para Magallanes, como seguramente lo es Carlos Giudice en Audax Italiano y como lo había sido David Arellano en Colo Colo.

De modo que no es posible precisar quién fue el entrenador nacional del equipo que viajó a Lima en 1935. La información oficial señala que «el Director de Equipo es el dirigente Joaquín Morales» y se agrega que «capitán y subdirector técnico» es Carlos Giudice. También se debe considerar la influencia de Arturo Torres, en una selección formada mayoritariamente por hombres de Magallanes. No es descartable que se hayan producido diferencias de opinión entre ellos.

Como sea, las expectativas despertadas por el equipo chileno en el Sudamericano limeño no diferían de las tradicionales, lo que queda expresado en las protestas argentinas después del sorteo. Se resiste Argentina a jugar su primer partido contra Chile. Se hace un nuevo sorteo y, al repetirse la fórmula, el delegado argentino debe

aceptarlo, aunque no da las razones de su molestia. Más tarde, un diario lo explica: «El equipo argentino valía medio millón de nacionales (Minella, 50 mil; Scarella, 20 mil; Wilson, 15 mil, etc.), y no se podía exponer en el primer partido ante el fútbol chileno, que era muy violento y rústico».

Nunca se supieron, en cambio, las razones para la situación vivida para las clasificatorias del Mundial del 34. Debieron jugar Chile y Argentina el 14 de abril, pero el fútbol argentino declinó jugar, entendiéndose que ante la deserción clasificaba Chile. Poco después, sin embargo, Argentina reconsideró su decisión, lo que ya constituía una irregularidad, y el 25 de abril se le comunicó a Chile que debía presentarse a jugar... el 27 de abril. La Federación cableografió a Italia: «Los han engañado. Es imposible que lleguemos allí el 27».

Clasificó Argentina por no presentación de Chile. Notable.

Más allá de lo irregular de la situación, quedaba claro que el fútbol chileno pagaba por su falta de presencia en el foro internacional.

inmediata, espontánea, es «No». La reacción, también inmediata y espontánea, es que «los delegados de la Primera División abandonan el salón de honor de la Asociación».

Se trata de un fenómeno demasiado novedoso para las costumbres de la época. Casi imposible de aceptar. Se entiende al deporte como una actividad ajena a las comunes, exterior a la realidad; es algo que sólo tiene valor y sólo cumple sus objetivos en cuanto se realiza por el sólo placer de realizarlo. Producto de la poderosa influencia inglesa de los orígenes futbolísticos en toda Sudamérica, el «sport» es sólo cosa de caballeros, aunque no hay ninguna referencia que indique que se considere caballeros a todos quienes lo practiquen.

El retiro de los delegados de la Primera División de los salones de la Asociación Santiago refleja la delicada situación de los clubes, según queda estampado en las Memorias de la futura Asociación Central de Fútbol: «Los clubes tenían compromisos contrarios directamente con sus jugadores y debían satisfacerlos, bien con empleos o adiciones en dinero, pero carecían de la autoridad suficiente para exigir una rigurosa disciplina y una dedicación más efectiva al culto de sus condiciones físicas, para garantizar su desempeño en las canchas».

Pero la Asociación declara enfáticamente que no hay profesionalismo en su seno, lo que no deja de ser una paradoja, pues sus miembros más importantes insisten en su existencia y sólo piden su formalización. El

31 de mayo, rechazada la propuesta, los clubes disidentes, reunidos en la Secretaría del Bádminton, forman la Liga Profesional, que en mayo juega su primer Campeonato de Apertura.

Las largas querellas que siguen, se resuelven recién en agosto, cuando la Federación reconoce a la Liga como una de sus afiliadas.

MÁS EN CONTRA QUE A FAVOR

Es la partida, sin retorno, de la gran aventura. Si muchas situaciones advertidas en los orígenes del fútbol chileno no se habían resuelto en las más de cuatro décadas siguientes, otras comienzan a perfilarse para el profesionalismo también desde sus inicios.

Por de pronto, éste nace en un clima muy difícil. El sector directivo de los clubes más importantes está reaccionando ante un hecho consumado, como es la obligación de retribuir a los jugadores. La creación de la Liga no aparece sustentada en una doctrina, sino en una necesidad de reaccionar, aunque hay esbozos de una política en la prensa:

«Entre las ventajas del profesionalismo está la de que los jugadores deberán entrenarse y cuidarse para responder a las exigencias del público y los sacrificios de las instituciones a las que pertenecen».

Se entiende al fútbol, entonces, como un espectáculo que el público prefiere y está dispuesto a pagar por presenciarlo. En consecuencia, hay que responder con un mejor producto. Este artículo de prensa lo explicita:

«Debe encararse resueltamente el problema del fútbol como espectáculo, para lo cual hay necesidad de citar disposiciones que pongan a resguardo los intereses del público espectador, exigiendo el fiel cumplimiento de los programas y una estricta preparación de los jugadores».

Sorprendentemente, ya en 1933 quedan establecidos temas que seguirían teniendo vigencia en los sesenta años siguientes. Se lee en una edición de El Diario Ilustrado de agosto:

«Es menester fomentar la formación de instituciones poderosas, sabiamente organizadas, eliminando ese semillero de instituciones chicas que no responden a ninguna finalidad práctica, sino a continuar fomentando el individualismo de ciertas personas a quienes agrada figurar en los círculos del deporte. Debe obligarse a la fusión de los clubes incapaces de reunir ciertos requisitos para denominarse club de football, para lo cual deben contar con algunas cosas materiales que no titubearemos en calificar de indispensables, como canchas, entrenador, fondos suficientes, contabilidad clara y precisa y un mínimo de socios».

También es histórico este apunte que hace la prensa en los mismos días: «Otro punto que se debe abordar, si es que se resuelve encarar el problema del football, es el de fijar el número de clubes que debe haber en Santiago...».

Visionario, el distinguido dirigente Jorge Bates percibe con claridad el momento que se vive y advierte:

«Los delegados de la Primera División abandonan el salón de honor de la Asociación».

«Tendrá que llegarse necesariamente al fútbol netamente profesional. Lo que actualmente se paga a los futbolistas no puede llamarse un sueldo y a nadie permite vivir de ello. Sin embargo, no me parece el momento oportuno y creo que habrá que esperar algunos años. Hay que recordar que Argentina vivió un período de semiprofesionalismo durante un larguísimo tiempo. Ahora no tenemos instituciones capaces de afrontar las exigencias del profesionalismo. Ninguna tiene siquiera disponibilidad de caja suficiente como para hacer frente a la contratación de jugadores».

Sin embargo, por la presión de los hechos, la aventura ya está iniciada.

Si en el sector directivo se actúa ante situaciones consumadas, el medio en general tampoco está preparado para resistir el fenómeno. Formalizado el profesionalismo las exigencias populares también aumentan sobre los futbolistas, reclamando mejor espectáculo de parte de quienes han hecho de él un medio de vida. Naturalmente, la calidad del espectáculo no mejoraría por el simple hecho de la formalización de una situación y esto produce desencanto. «Apenas \$ 200.000 produjo el profesionalismo desde su implantación», se escribe a fines del 33, señalando que la recaudación es inferior a las del tiempo del amateurismo. No es posible determinar si ésta es una comparación precisa y proporcional, pero sí revela que el primer torneo no ha satisfecho las expectativas. Aunque también debe considerarse la violenta epidemia de tifus exantemático que azota a la ciudad y que obliga a programar con venta restringida de entradas a los estadios por disposiciones de la autoridad sanitaria.

En general, el rechazo de muchos sectores se expresa en ironizar respecto a la condición de profesionales de los jugadores y, en algunos casos, a desprestigiar a la actividad. En reacción, un párrafo de defensa hace un apunte que sugiere las características de la época: «Existe un errado concepto del profesionalismo, en orden a que hace perder a quien lo acepta la condición de caballero. Nada más absurdo». Elocuente.

Contra muchas fuerzas y costumbres debe luchar la nueva modalidad. Es de suponer que el fútbol, si nunca recibió comprensión ni ayuda oficiales para su desarrollo, menos habría de recibirla en lo sucesivo, considerando la existencia del profesionalismo. Desde entonces, en la imaginación popular se empieza a dibujar la idea de que es un negocio.

Tampoco el jugador está en condiciones de asimilar el fenómeno. De hecho, muchos futbolistas no creen que el profesionalismo pueda funcionar. Ya para el Mundial del 30, Guillermo Arellano había señalado:

«Si ha de haber profesionalismo, mi impresión es que ha de ser en forma abierta; pero, a pesar de eso, creo que entre nosotros es un fracaso, primero porque el público no respondería, nuestro país no da para mantener jugadores profesionales; en segundo término, se exigiría mucho a los jugadores y éstos no están técnicamente capacitados para llegar a exhibirse como profesionales. Estas cosas me hacen pensar que debemos contentarnos con ser buenos amateurs».



Sabidamente, Guillermo Arellano -hermano de David-, con la experiencia de enfrentar a los poderosos del Atlántico, percibe que las diferencias técnicas son demasiado notorias como para sostener al fútbol como espectáculo en Chile. Y no es sólo lo técnico. Por extracción, el jugador aporta al fútbol todo su paisaje de viejas costumbres, en nada aptas para el desarrollo de una actividad profesional. A fines del primer torneo, buscando las causas del hecho de que fueron «contados los encuentros sobresalientes que nos ha podido ofrecer», el comentarista reflexiona:

«Acaso éstas tengan su origen en la idiosincrasia de nuestra gente. Así, se ha sabido que en algunas ocasiones, la defección absoluta de un equipo se ha debido a que a sus componentes se les ajustó el sueldo el día anterior al partido, y es fácil imaginarse de este modo el motivo de que se desempeñasen en él con todo el desconcierto que produce una noche de excesos, que lógicamente hacen doble mella en el organismo cuando a continuación de ellos se le exige un trabajo intenso y violento como es el fútbol».

Sin que sea posible precisarlo con exactitud, un número aparentemente importante de jugadores aparece negándose al profesionalismo, lo que en un artículo de prensa se explica «como consecuencia del hábito de actuar mediante una paga que ellos puntualmente exigían, pero que aparte de ser secreta no les imponía obligaciones de ninguna especie».

El profesionalismo, en suma, nace en medio de vacilaciones y rechazos, tanto en su propio interior, como en el medio social. Se agrega, además, otro tema de vigencia permanente: la coexistencia de amateurs y profesionales. Carlos Aguirre, presidente de la Federación en 1935 lo advierte y promete: «Organizaremos la estructura de la Federación en forma que las actividades del deporte amateur y profesional desarrollen sus labores sin lesionar sus particulares intereses y sin entorpecer su acción».

Tal es el panorama en que se sigue jugando al fútbol, que sigue siendo el mismo.

El 18 de noviembre de 1934 Magallanes ganó 5-2 a Colo Colo en el estadio de Carabineros y quedó a un paso de ser bicampeón, en el segundo año del profesionalismo. En la fotografía, los «aguerridos» posan después de su importante victoria. Jugaron por Magallanes este partido: Eugenio Soto; Quintín Vargas, Jorge «Cotro» Córdova; Maximino Osorio, Arturo «Cari» Cacho; Torres, Luis «Cacho» Ponce; Guillermo Torres, Arturo Carmona, Guillermo «Tripa» Ogaz, José «Chorero» Avendaño y Carlos Navarra.

«Los clubes tenían compromisos contraídos con sus jugadores, pero carecían de la autoridad suficiente para exigir una rigurosa disciplina».

LOS CAMPEONATOS: EN BUSCA DE LA FÓRMULA

Para abrir sus actividades, y como demostración de fuerzas ante la Asociación y la Federación, la Liga Profesional realiza en junio un Campeonato de Apertura, que ganan los reservas de Colo Colo, el famoso «Colocolito», pues los titulares están de gira por el Perú.

El primer Campeonato Oficial comienza el 22 de julio.

Y comienzan dificultades que se arrastrarían por el tiempo, aparentemente sin solución. La principal: cómo sostener la actividad durante todo el año (hay que pagar los sueldos todos los meses), con escasos competidores y, de ellos, muy pocos poderosos. «El grave problema de los clubes grandes y fuertes», se escribe en los días de la formación de la Liga, «es que son absorbidos por las mayorías formadas por clubes chicos que, como se ha dicho en innumerables ocasiones, cuentan con la pelota, el timbre y los 11 jugadores».

El primer campeonato lo juegan sólo siete equipos y en una sola rueda. Es, en la práctica, sólo un ensayo general. Que no puede prosperar en el mismo formato, pues no alcanza a constituir una temporada. Se da el contrasentido de que la Asociación Santiago reniega del profesionalismo, pero al mismo tiempo quiere que todos sus equipos participen de sus competencias. Recién en 1934 la Asociación acepta «la fusión» con los profesionales y queda constituida por una Sección Amateur y una Profesional. Pero pone, como condición, que en la Profesional jueguen equipos amateurs, que en este campeonato son Deportivo Alemán, Carlos Walker y Ferroviarios.

La solución no aparece con facilidad. Los clubes con suficiente poderío para protagonizar un campeonato profesional son muy pocos como para extender la actividad durante todo un año. Deben ser más. Pero los candidatos son muy débiles y los fuertes no los quieren a su lado. El 34 juegan doce equipos en una rueda, después de trabajosas negociaciones, a condición de que los «chicos» sólo jueguen en día sábado y que en sus

partidos con los más poderosos sólo reciban el 25% de la recaudación. El 35 sólo juegan «los grandes», pero por primera vez en dos ruedas. Resulta mucho más atractivo que el anterior, pero debe alargarse artificialmente, de manera que un equipo llega a estar más de un mes sin jugar por el campeonato y dedicado principalmente a los amistosos. Es precisamente en esta temporada cuando se escribe: «Mucho se habla del inconveniente que ofrece la repetición de ciertos partidos en cada temporada, por cuanto ello resta entusiasmo a los últimos encuentros. No discutiremos sobre este punto, porque hay mucho de verdad en tal información».

EL CONSUELO DE LAS «REUNIONES DOBLES»

Por otro lado, por estar todo el sistema en embrión, la administración es inexperta y los trámites engorrosos. La transferencia de jugadores es poco elástica e impide la libre contratación, lo que es muy criticado, especialmente por Colo Colo, que sostiene: «Siendo pocos los equipos y actuando año tras año con la misma gente, necesariamente el público tiene que terminar por fatigarse viéndolos actuar siempre entre sí». En suma, para armar el espectáculo hay pocos equipos, pocos jugadores y muchos gastos. Bastante complicado.

No es sólo en los aspectos administrativos donde se puede apreciar el carácter incipiente del fenómeno. Magallanes no puede contar con su arquero, Juan Ibacache, en la cuarta fecha del campeonato del 33, por lesión. Debe jugar como arquero Jorge «Cotrotro» Córdova y sólo después de este episodio se resuelve contar con un arquero suplente. Con alguna frecuencia se da, asimismo, que algún jugador llegue atrasado al partido.

Hay, entonces, una formalidad del profesionalismo, que es el pago por actuar a los jugadores. Pero no hay estructura ni mentalidad. Esta sigue siendo profundamente amateur. Se suceden los desafíos de los cuadros que piden revancha. Se cursan apuestas para más de algún encuentro. Hay investigación y debate por tres frazadas que se pierden en la concentración del seleccionado para el Sudamericano del 35. El campeonato, en sus primeras versiones, es sólo una parte, y no la más importante, de la temporada. Siguen siendo los desafíos amistosos y los intercityes lo más atractivo. Magallanes, en 1933, juega siete encuentros por el campeonato y veintinueve amistosos, incluyendo partidos en Santiago, Peumo, Isla de Maipo, Puente Alto, San Bernardo, Valparaíso y Curicó, entre el 12 de febrero y el 30 de diciembre. El primer campeonato ocupa menos de un veinte por ciento de la actividad anual del campeón y lo mismo sucede con la mayoría de los clubes. No ocupa mucho tiempo ni importancia. En 1935 «La Sección Profesional acepta postergar la segunda rueda para septiembre a petición del Morning Star y del Santiago, que piden jugar un torneo relámpago para probar a sus adquisiciones». Sigue siendo, durante un buen tiempo, efectivamente fútbol amateur.

Aguzando el ingenio en la búsqueda de fórmulas de subsistencia en un clima de fuerte crítica y vaticinios

«CÍTASE A ENTRENAMIENTO»

Rotas las relaciones desde la división del 25, Magallanes y Colo se encontraban, desde entonces, sólo en los partidos oficiales. Durante ocho años no vuelven a enfrentarse en un encuentro amistoso.

En 1934, mediante gestiones de la prensa, los presidentes de ambos clubes firman un «pacto de reconciliación». De modo que el primer amistoso entre ambos cuadros es todo un acontecimiento. Más de quince mil personas desbordan los Campos Sport de Ñuñoa. Son derribadas las puertas y alambradas y gana Magallanes por tres a cero.

Los amistosos tienen, en los pri-

meros años del profesionalismo, tanta o más importancia que los partidos del «campeonato oficial», que aparece casi como un intruso en las costumbres futbolísticas de la época. En uno de sus amistosos de 1934 juegan cuatro veces en el curso de la temporada. Magallanes y Audax Italiano dan prueba de la seriedad del compromiso con esta información que, al mismo tiempo, ilustra sobre lo embrionario del fenómeno del profesionalismo: «Las directivas de ambas instituciones, en su afán de levantar esta clase de espectáculos, han citado a entrenamiento a sus respectivos titulares y reservas, los cuales se llevarán a efecto mañana y el jueves, en la tarde».

agoreros sobre el futuro del profesionalismo, a muy poco andar -ya en la segunda fecha del primer torneo-, se idea un sistema que permanecería durante más de cincuenta años. Así se informa en la prensa: *«Medida bastante acertada fue sin duda la tomada por los dirigentes de Colo Colo, Magallanes, Bádmiton y Morning Star, los cuales acordaron realizar un espectáculo único, a precios populares, en el Estadio de Carabineros, que, como se sabe, se ha convertido en el favorito de la afición, dado lo central de su ubicación, que permite llegar hasta él en sólo escasos minutos».* Nacen, así, las reuniones dobles. Y se mueven los precios. Al abrir 1934, a propósito de un amistoso entre Bádmiton y Santiago National, se escribe: *«Contribuyen al interés los precios populares de esta reunión, ya que hasta el más humilde de nuestros amantes al popular deporte cuenta con las tres chauchas que son el valor fijado para la entrada popular».*

Con todo, en los tres primeros años de fútbol profesional se apuntan avances y el entusiasmo popular, aunque no se exprese intensamente en la nueva modalidad, se mantiene y aumenta. En un germen de las futuras expresiones populares organizadas se lee, en el anuncio de un encuentro Magallanes-Bádmiton del 35: *«Otro atractivo que tendrá la reunión que nos preocupa, es el hecho de que a ella concurrirán dos bandas de la localidad, lo que indudablemente pondrá una nota grata en el ambiente».*

Puede ser el nacimiento de las «banditas». El 21 de diciembre de 1933, con certeza, es el nacimiento del fútbol nocturno. Esa noche «más de 75 mil bujías alumbraron la cancha de Carabineros» para los partidos Bádmiton-Colo Colo y Unión Española-Morning Star. Semanas más tarde, aprovechando el progreso, se programa a las 7 de la tarde y se comenta que, como atractivo especial, *«este partido se jugará la mitad de día y la mitad de noche».*

Quedan apuntes que revelan el interés masivo y la fortaleza de los fundadores.

UN «PULPO» ABRAZA A LOS ALBICELESTES

Este es el clima en que Magallanes obtiene la conquista que se mantendría como record histórico durante más de medio siglo: ser campeón tres veces consecutivas.

No deja de ser una curiosidad la gran fortaleza magallánica si se considera que su potencial ha disminuido en los años anteriores. De hecho, la última temporada del amateurismo, 1932, se considera «desastrosa» y su Presidente Julio Molina, declara: *«el Aguerrido no puede descender sino transitoriamente, porque tiene una vitalidad asombrosa».* En el campeonato santiaguino lo ganan Colo Colo 6-1 y Audax por 12 a 1.

Lo que sucede es que tras los serios incidentes del 32 en Colo Colo, que terminan en la renuncia a la Presidencia de Fernando Larraín Mancheño, éste va a Magallanes y allí establece el contacto con un club comunal que devolvería a los albicelestes el poderío perdido. Así queda relatado por el mismo dirigente: *«En la comuna*

de Ñuñoa existía el Deportivo Ñuñoa», club formado sobre la base de un club de barrio, el «Boca Juniors», por un grupo de socios que había pertenecido a Colo Colo. Lo apodaron «Pulpo», porque atraía con sus tentáculos a los mejores jugadores de otros clubes. Jugaban muy bien. Ganó en todos los campeonatos de la Asociación Ñuñoa (Liga Arrieta) y obtuvo buenos triunfos sobre clubes de reconocida capacidad como Unión Española, Cemento Melón de La Calera y numerosos equipos de Santiago. Inauguró el estadio de Talca ganando a Rangers. Actuó en Valparaíso y Concepción y finalmente ganó a Magallanes. Amenazaba a la Asociación Santiago. Y ésta dictó un Reglamento para las Asociaciones Comunales, que no fue otra cosa que una obra de defensa en contra del «Pulpo».

«Era club nuevo y sin tradición, por lo que aceptaba su fusión sin grandes exigencias. Finalmente prefirió a Magallanes por sobre otras instituciones».

Se eligió Directorio mixto y en la Presidencia de Magallanes quedó Fernando Larraín Mancheño. Lo que pidió el «Pulpo»: que la camiseta, a modo de escudo, llevara la figura de un pulpo. El nuevo Presidente e Hidalgo Ceballos, de las filas del «Pulpo», serían los impulsores del gran poderío albiceleste.

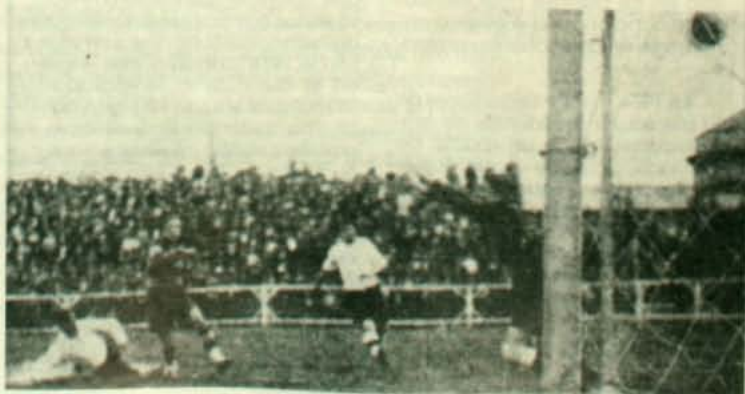
No menos de la mitad del equipo magallánico proviene del fuerte cuadro ñuñoíno. Arturo Torres («Car'e cacho»), Quintín Vargas, Guillermo Ogaz (el «Tripa»), todos seleccionados nacionales, llegan desde sus filas a engrosar las del futuro tricampeón. A ellos se suma José Avendaño (el «Chorero»), que llega desde el Gold Cross de Talcahuano para convertirse en el goleador del equipo. Juan Ibacache, Jorge «Cotrotro» Córdova, Luis «Cacho» Ponce, Arturo Carmona (también seleccionados nacionales) terminan de conformar un cuadro de alta potencia.

Mientras Magallanes vive su resurgimiento precisamente en el comienzo del fútbol profesional -no es campeón desde 1921-, sus adversarios más enconados, por distintas razones, no están en condiciones de superarlo.

Colo Colo aparece en notoria declinación al abrir el período. Al comenzar la actividad profesional, los albos están desarrollando una gira por el Perú de resultados tan desastrosos en su comienzo (1-8 y 0-5 contra Alianza), que es suspendida y el Presidente del Club informa:

«Los clubes tenían compromisos contraídos con sus jugadores, pero carecían de la autoridad suficiente para exigir una rigurosa disciplina».

El domingo ocho de octubre de 1933, en el estadio de Carabineros, Colo Colo y Bádmiton empataron a 2 en el estadio de Carabineros ante ocho mil personas. En la foto, Navarro bate a Loizor, el meta colocolino, y abre la cuenta a los 12 minutos de juego. Primer año del profesionalismo.



LA CAJA

Considerando que antes de 1933 los sueldos de los jugadores se mantenían en secreto, no es fácil intentar precisarlos. Y desde entonces en adelante también las cifras han sido manejadas con sigilo. Sin embargo, al recién oficializarse el profesionalismo fue posible conocer algunas, tal vez por tratarse de un tema novedoso.

Las remuneraciones promedio en un club exitoso como Magallanes alcanzaban a doscientos o trescientos pesos mensuales, probablemente la misma cifra de los tiempos del amateurismo, que aumentaría significativamente en los años siguientes.

Es lo que sucede muy pronto, en efecto, en el caso de la contratación de Carlos Vidal, el «Zorro», figura consagrada para entonces, que en 1934 es contratado por el laureado Magallanes con una prima por firma de contrato de 16 mil pesos (no se sabe por cuántas temporadas) y ochocientos pesos mensuales. Es la mayor cantidad

pagada hasta entonces en el fútbol chileno.

La cifra en sí no dice mucho a la distancia. Comparativamente, puede señalarse que las entradas totales del campeón de 1934 sumaron para el año 89 mil pesos. El contrato del «Zorro» Vidal constituyó, entonces, un treinta por ciento de los ingresos anuales. (Otra referencia está en el precio de las galerías. Las había a \$2 y \$1, siendo las más vendidas las de dos pesos).

El déficit magallánico del 34 ascendió a 14 mil pesos. Fernando Larrain, en sus *Memorias Históricas de Magallanes*, señala que «este déficit fue considerado nominal, ya que la planta de jugadores profesionales, algunos de ellos de gran cotización, representaba un valor superior». Se trataba, entonces, sólo de un problema de caja. El curso de la Historia demostraría que el déficit permanente terminaría por disolver el patrimonio.

«He ordenado cancelar la gira por el prestigio de nuestro football y el buen nombre de Colo Colo». De modo que los bonos albos no están muy altos al abrir la temporada.

Pero no son sólo los resultados limeños los que conspiran. Por de pronto, los incidentes del 32 habían repercutido muy seriamente a nivel institucional y el club pierde a un importante sector directivo que, además, se va a fortalecer a Magallanes, su adversario tradicional. El fenómeno insostenible del profesionalismo encubierto, particularmente serio en el caso de Colo Colo, había debilitado a la institución por la disensión interna. Por otro lado, el exitoso conjunto no se renueva convenientemente y varios de los puntales de grandes campañas -Oscar «Colo Colo» González, Ernesto Chaparro, «Vitoco» Morales-, se asoman al ocaso de sus carreras. El mismo Guillermo Subiabre, cañonero insigne, ya juega muy poco. El celebrado Guillermo Saavedra sólo juega un partido el 33 y es seriamente lesionado antes de comenzar el campeonato del 34. Además, tras la lamentable gira por el Perú, tres de sus mejores hombres (Roberto Luco, Eduardo

Schneberger y Juan Montero) se enrolan en una Selección del Pacífico en gira a Europa y sólo regresan en marzo del 34. Tras más de un año fuera del país, quebrado el empresario de la gira, se los trae de vuelta merced a gestiones diplomáticas. Iván «Chincolito» Mayo no alcanza a jugar: va a Buenos Aires a probarse a Racing y termina firmando con Vélez Sarsfield, donde haría espléndidas campañas goleadoras.

No son los años de Colo Colo.

Audax Italiano, que completa la trilogía de los más poderosos, inicia su famosa gira en enero del 33 y regresa recién en octubre. Con cuarenta partidos jugados en las tres Américas, se lo considera el mejor equipo chileno del momento. Pero casi no juega el campeonato. Y la presión popular es intensa al respecto: no acepta el público la consagración de Magallanes como campeón de la temporada mientras no juegue con los verdes viajeros.

EL «TRI» DE LA «ACADEMIA»

De modo que les cuesta a los albicelestes probar su superioridad en 1933. Por de pronto, cuando comienza el campeonato, Colo Colo y Audax están en gira. Los albos, al regreso, son un conjunto desarticulado (por los que parten a Europa) y desmoralizado por los resultados. En la segunda fecha del torneo, Magallanes los gana 3-1 y se encamina sin dificultades al título. En la última fecha, sin embargo, lo frena sorpresivamente Unión Española (Peña, Góngora, Moyano, Caballero y Pérez desesperan a la zaga albiceleste), ganándole 3 a 2. Sólo los desesperados esfuerzos de Quintín Vargas, de «Cotrotro» Córdova y del golerero Ibacache consiguen que la derrota no sea bochornosa.

Y ahí quedan empatados Magallanes y Colo Colo (que sólo ha perdido su partido contra Audax) en el primer lugar. Los dos con doce puntos. De modo que deben definir. Les gusta la idea a los magallánicos: *«Anhelamos que Colo Colo gane su último partido, para así ganarlos nosotros en la final».* Se concentran los aguerridos en Peñaflor y los albos en Apoquindo. A la definición, en los Campos de Sport, llegan sólo cuatro mil personas (aunque la Dirección General de Sanidad autoriza la venta de siete mil galerías y dos mil quinientas tribunas), y gana Magallanes 2 a 1.

Con todo, producto del atraso de Audax en incorporarse a la competencia, el público, y también la prensa, estiman que es éste el gran equipo del año.

Y algo parecido ocurre en 1934, cuando la «Academia» hace una campaña espléndida, gana el campeonato por dos puntos de ventaja, hace impresionantes goleadas (14-1 a Santiago National, 11-0 al Morning Star), consagra al goleador del campeonato (el «Chorero» Avendaño, con 18 goles en 11 partidos), pero el público le sigue exigiendo que pruebe su superioridad.

Ya lo había probado el campeón ganándole a los grandes: 2-1 a Balminton, 2-0 a Unión Española, 5-2 a Colo Colo. Más aún: juega el primer amistoso desde 1925 con Colo Colo (tras la firma de un «pacto de reconciliación» entre los Presidentes de ambos clubes),

El primer seleccionado chileno de la era profesional fue la que actuó en el Sudamericano de 1935, en Lima. En la fotografía la delegación nacional posa en el estadio Nacional limeño.



y lo gana por tres a cero, antes quince mil personas que derriban rejas, puertas y policías para ser testigos del histórico acontecimiento. Pero la gente le pide más.

Sólo un punto pierde Magallanes en el campeonato. Es su empate a tres con Audax, que ya cuenta con su legendaria «línea de acero», que forman Enrique Araneda, Guillermo Riveros y Guillermo Gornall. Magallanes, que ha incorporado a sus filas a Carlos Vidal, el «Zorro», gran figura en el fútbol penquista y en las selecciones nacionales. Gana con facilidad hasta los 28 minutos del segundo tiempo, con dos goles de Carmona y uno de Guillermo Torres. Es entonces cuando se produce la levatada itálica, que sería clásica, y empatan los verdes con dos goles de Aranda y uno de Avilés.

De modo que cuando Magallanes obtiene su segundo título, el público exige que se aclare esa igualdad. Y los «carabeleros» deben volver al campo, ya terminado el campeonato, para aclarar las dudas. En un partido en que sus protagonistas *«se convierten en fieras»*, según el relato, con parejas de jugadores que ruedan dándose de golpes, Audax gana 6 a 4, después de perder 1-4 el primer tiempo. Ya Magallanes es campeón, pero el público se queda con la última imagen y se escribe que el equipo del año, una vez más, ha sido Audax.

El de más arrastre y recaudación (con \$74.276), sin embargo, sigue siendo Colo Colo, que en este 1934 exhibe el estreno en la punta derecha de Enrique Sorrel, el «Tigre», que se suma a la lista de hombres-gol del campeonato: Moisés Avilés, la «Chancha», de Audax Italiano; Carlos Arancibia, Teodosio Aguirre y Francisco Miranda (el «Borrado»), de Bádminton, cuadro conocido como *«el rodillo aurinegro»*; Aurelio González (*«Cerebro Mágico»*), de Colo Colo; y Guillermo Ogaz (el «Tripa»), de Magallanes, el más goleador de todos.

Son ellos los protagonistas del mejor de los tres primeros torneos del profesionalismo, en 1935. Se les agrega Santiago, que en su reforzamiento suma al uruguayo Donald Ross y que tiene en sus filas a Raúl Toro, *«el más sobresaliente centroforward de los últimos tiempos»*, y a Oscar Ellis, *«el zaguero angelino que exhibe una magnífica hoja de vida en la zona sur»*.

Es el primer torneo con una Primera División en la que sólo están los «grandes», y debe jugarse en dos ruedas, aunque ni siquiera de esta forma es posible llenar el año con fútbol.

Como sea, y a pesar de una notable racha de Colo Colo, la regularidad magallánica vuelve a imponerse. Y el gran rival vuelve a ser Audax Italiano, que es una máquina de hacer goles. Sin embargo, en su empate a 5 con Santiago, éste reclama y por Secretaría se le otorgan los dos puntos. Con ese punto perdido *«por reglamento»*, Audax llega al final del torneo con 13 puntos. Magallanes con 14. El campeonato termina el 4 de noviembre. Pero el Consejo de la Sección Profesional recién da su veredicto el 16 de diciembre. Acoge la reclamación del Santiago, Audax pierde el punto y Magallanes es campeón.

Tercera estrella magallánica. Tercera lucha áspera contra Audax y contra Colo Colo. Y un tricampeonato



que queda como récord para muchos años.

«LA ROJA», CINCO AÑOS DESPUÉS

No tuvo el fútbol chileno, en los comienzos del profesionalismo, los apremios que conllevan las actuaciones de la Selección Nacional. Los Campeonatos Sudamericanos, ya tradicionales, se interrumpen después del Mundial del 30. Rotas las relaciones futbolísticas entre Argentina y Uruguay -y por poco las diplomáticas-, después de la historiadada final de Montevideo, queda también suspendida la cita continental. Tampoco se juega en cancha la clasificatoria para el Mundial del 34 en Italia, por una confusa situación administrativa planteada por Argentina (que viaja sin jugar contra Chile), produciéndose la situación insólita de que la Selección quede en receso durante casi cinco años.



Enrique Sorrel con el Presidente Aguirre Cerdá

De la famosa «gira larga» de Audax Italiano en 1933, Tomás Ojeda en acción en el partido ganado 2-1 al Atlante de México. Audax completó con Magallanes y Colo Colo la trilogía de los grandes de los años treinta.

LOS AUGURIOS

Sostener al fútbol profesional después de las primeras experiencias financieras y del intenso roce con el sector amateur, que perdía a sus clubes de mayor atracción, es una tarea titánica sólo conseguida por la tenacidad de sus fundadores.

Algunos titulares de prensa de los primeros meses de 1934 son más que decididos al respecto.

«Debe ser clausurada cuantos antes la temporada de fútbol», (11 de enero de 1934). Agrega: «Pese a la propaganda realizada y al interés de los clubes que pertenecen a la Liga Profesional, continúan fracasando los espectáculos de fútbol programados».

La importancia de Colo Colo por su capacidad de arrastre está también clara en estos primeros

años. Si los albos andan mal, pocas cosas funcionan. De ahí este titular del 13 de enero del 34 (que se repetiría largamente en el futuro): «Saldrán en ayuda de Colo Colo». Agrega: «Concordancia en la Liga en que un equipo fuerte arregla el campeonato».

Del 2 de febrero del 34: «El profesionalismo ha fracasado». «Ruinoso situación del fútbol profesional y amateur en nuestra capital».

«La guerra de sueldos vendrá inevitablemente en el fútbol». (6 de febrero del 34). Agrega: «La libre transferencia permitirá este estado de cosas. El jugador de condiciones puede estar de plácemes, no así los clubes».

Tiempos difíciles.

Vuelve a la actividad en 1935, cuando Perú, buscando conciliar a argentinos y uruguayos, organiza un Sudamericano como parte de los festejos del cuarto centenario de la fundación de Lima.

Para el fútbol de Chile habían sucedido muchas cosas desde el Mundial del 30. Pero todas a nivel interno. El cotejo internacional se reduce a las giras de algunos de sus equipos, principalmente Colo Colo, Audax Italiano, Magallanes y Santiago, y las visitas de algunos clubes peruanos y argentinos. No hay actividad alguna de Selección ni cotejos con Europa, con la excepción de la presencia del Hadjuk yugoslavo, que juega contra Colo Colo el 31.

La participación en Lima es la de un fútbol chileno formalmente nuevo, pero que es esencialmente el mismo de la era anterior. Incluso, con menos roce. Pero con más presión. El hecho de que los jugadores actúen declaradamente por una paga, sin que por ello estén mejor preparados, aumenta la exigencia popular respecto de sus rendimientos.

Los preparativos para el Sudamericano limeño los comienza Chile en noviembre del 34 y el día 27 se entrega la nómina. En los cinco años de receso aparece en escena una nueva generación de seleccionados. Del Mundial del 30 subsisten Roberto Cortés, Carlos Vidal y Eduardo Schenberger. Junto a ellos, aportes nuevos de gran éxito en sus clubes. Audax Italiano es el que hace el mayor aporte, con el golero Isaías Azzerman, su gran zaguero Ascanio Cortés, su «línea de acero»: Araneda, Riveros, Gornall, y los delanteros Moisés Avilés y Carlos Giudice. También llegan a Lima a estrenarse con el seleccionado Conrado Welch, Enrique Sorrel, Arturo Carmona, Carlos Aranda, Quintín Vargas y José Avendaño.

Es, indiscutiblemente, lo mejor que puede reunir Chile, con valores provenientes de sus tres más poderosos institutos: Audax Italiano, Colo Colo y Magallanes.

No es casual que Carlos Giudice, capitán del equipo, diga al llegar a Lima: «Respondo de mis muchachos. Es el mejor equipo chileno desde 1920».

Posiblemente lo es, pero la falta de contacto durante un lustro hace perder la perspectiva. No hay cotejo, no hay comparación, no hay roce y Chile va a Lima sin más referencias que las de su propia rutina. Lo prueba el estreno, con una derrota ante Argentina (1-4) que más allá del resultado deja el recuerdo de un segundo tiempo de muy bajo nivel. De enorme repercusión, además, porque el encuentro se escucha en Chile por medio de las transmisiones radiales (que hacen su estreno), y las opiniones de los periodistas enviados a Lima remachan los relatos: «Fue un espectáculo triste y digno de compasión el que ofreció el equipo chileno en el segundo tiempo». En La Punta, en el Callao, la concentración chilena es dominada por un absoluto mutismo ante los áspersos comentarios que aluden al carácter profesional del cuadro: «Deben imponerse disposiciones rígidas que establezcan las obligaciones y responsabilidades que corresponden a deportistas que no llegan al field a cumplir una idealidad, sino que a llenar una necesidad económica».

Son tiempos de una dura transición a la que los resultados internacionales no ayudan. En el segundo partido la derrota es 2-1 con Uruguay, cuya superioridad natural no acepta discusión cuando es amagada: «...a los 39 minutos del segundo tiempo el referee cobró un tiro penal contra los uruguayos. Estos protestaron y el árbitro insistió. Poco después el árbitro rectificó su fallo y cobró outside, actitud que fue pifiada por el público».

A pesar de la sugerente renovación del equipo, sólo Arturo Torres recoge elogios y «admira al público por su técnica», y se repiten los comentarios ya antiguos de la prensa: «... falta de remates, por el prurito de los jugadores de realizar combinaciones vistosas delante de la valla».

El diario El Día de Montevideo, en expresión de la siempre generosa consideración del periodismo uruguayo hacia los cuadros chilenos, comenta: «Es posible afirmar que el football chileno ha mejorado formalmente, al punto de que es dable pensar que a breve plazo podrá competir con el rioplatense con probabilidades de éxito», aunque insiste: «Carecen de decisión frente al gol... se ceden ansiosamente la ball unos a otros, sin atinar a rematar». En Buenos Aires, el diario Crítica profetiza: «Chilenos y peruanos... sólo con tácticas defensivas podrán hacer mejor papel en estas competencias».

En la despedida, la Selección cae 0-1 con Perú y al regreso se tiene la desafortunada idea de pactarle encuentros amistosos, que pierde 2-3 con Colo Colo y 3-5 con Unión Española. La presión popular aconseja disolverla.

Encerrado en su propio acontecer, acostumbrado a jugar como local ante los cuadros de club argentinos y uruguayos, Chile encuentra en Lima una realidad desconocida. Es sorprendido. Y pierde. La Historia lo grita: ¡Hay que salir!.

1936-1940

LA FORJA DEL PROFESIONALISMO

Audax Italiano logra su primera estrella, Colo Colo recupera su poderío, aparecen las Universidades y la «U» es campeón el 40 en una nueva etapa de consolidación del fenómeno del fútbol profesional, que agrega desencantos con la Selección y encuentra su casa grande en el Estadio Nacional en 1938.

«Los desastres de Lima, que repercutieron hondamente en la afición deportiva del país, instaron al directorio presidido por el señor Somerville a convocar rápidamente al Consejo, que de inmediato se abocó al estudio de varias reformas. Se acordó ponerlas en práctica a contar del primero de febrero de 1939 y se tomaron sobre la base de traer entrenadores extranjeros debidamente experimentados, rebajar los sueldos, prorrogar hasta 1941 la no conquista de jugadores (congelación de transferencias) y aumentar a diez el número de equipos competidores».

Así queda señalado en las Memorias de la Asociación Central de Fútbol.

Por los «desastres de Lima» se entiende la actuación de la Selección Nacional en el Sudamericano del verano del 39. Derrotada por Paraguay el 15 de enero (1-5), por Perú el 22 (1-3) y por Uruguay el 29 (2-3), motiva fuertes reacciones en el público y fuerza a la dirigencia del profesionalismo a reaccionar sobre la marcha, casi sobre los mismos acontecimientos y sin debate exhaustivo, para encontrar remedio a los malos resultados.

Frente a casi todas las materias las reacciones son similares. Sin contacto con medios más desarrollados que permitieran aprovechar otras experiencias, encerrado en su propia realidad, el fútbol profesional sigue siendo esencialmente reaccionario. Sin tiempo de reflexión, presionado por los acontecimientos y las carencias de todo tipo, no diseña un marco de acción dentro del cual desarrollarse, sino que adopta soluciones parciales a medida que los acontecimientos van haciendo fracasar las anteriores.

LOS TIEMPOS DEL ENSAYO PERMANENTE

El formato de los torneos no logra su fisonomía definitiva al cabo de los tres primeros experimentos. En 1936 se repite el esquema de seis equipos en dos ruedas. En 1937, producto de la incorporación de Wanderers de Valparaíso -que sólo está este año, para retornar mucho después-, se juega con siete equipos en dos ruedas, fórmula en la que se insiste en 1938. Es decir, se aumenta de diez a doce fechas, lo que es manifiestamente escaso para sostener la actividad del año y amenaza la existencia de los campeonatos, absorbidos por los amistosos, torneos relámpagos, entreciudades y otros compromisos que llenan el año. Producto de esta necesidad, y de la afortunada aparición de las Universidades

Católica y de Chile en el escenario profesional, en 1939 se aumentan las plazas a diez en la Primera División, jugándose en tres ruedas. El cambio (27 fechas y 135 partidos nominales, que resultan menos en la práctica, por la deserción de dos equipos), es demasiado violento, además de que los encuentros se repiten en exceso, y en 1940 se mantiene el número de clubes, pero se los programa en sólo dos ruedas. El resultado de 90 partidos en dieciocho fechas sigue siendo insuficiente. El año tiene 52 semanas repartidas en doce meses y en todos ellos hay que pagar la planilla.

El panorama de inserción del profesionalismo en los hábitos futbolísticos es extraordinariamente difícil y las reticencias iniciales se mantienen a través del tiempo. La convivencia del sector profesional y el amateur es insostenible. Se da la anormal paradoja, por ejemplo, de que al Sudamericano del 37 -así se lo identifica, aunque comienza a fines del 36-, la Sección Profesional debe enviar por su cuenta a un delegado extraordinario al Congreso de la Confederación al negarse la Federación a considerarlo en la nómina, a pesar de que los seleccionados son aportados por el sector profesional. La incongruencia comienza a resolverse recién en 1937 -exactamente el 26 de febrero-, cuando los clubes de la Sección Profesional se constituyen como Asociación Profesio-

■ Dos figuras importantes de la transición al profesionalismo. José Pastene, el «half policía» de Colo Colo, defiende la pelota de la entrada de Raúl Toro, el talentoso, cerebral y fino goleador de Santiago Morning. Dos protagonistas del ingreso del fútbol chileno al fútbol de marcación.



EL SUPLEMENTO DEPORTIVO

En 1926, en la víspera del Sudamericano jugado en los Campos de Sport de Nuñoa, el redactor «Chalo» de la revista Los Sports, publica un folleto con recuerdos del Sudamericano del 20 en Viña del Mar. El entonces Presidente de la Federación, Carlos Cariola, lo prologa y escribe: «A pesar de ser la historia de las derrotas chilenas, se lee con agrado. Y para los diligentes es todo un consuelo, pues se ve que las dificultades de hoy son las mismas de ayer».

Desde el más remoto origen futbolístico el Periodismo intentó informar y hacer balances de la actividad en el país. La misma revista Los Sports fue un eficiente ejemplo de este intento durante ocho años.

Otro episodio importante se vive el 21 de julio de 1928, cuando el diario La Nación estrena su Suplemento Deportivo del Jueves, con lo que se consolida a la información deportiva como una de las más importantes del periodismo nacional.

En este primer número es en el que Máximo Garay -entonces entrenador de Colo Colo-, sentencia que «un jugador debe jugar en todos los puestos». El técnico húngaro, que se queda para siempre en Chile, expresa también: «Un entrenador debe contar con un 40% de entusiasmo y ascendiente sobre sus muchachos, un 30% de preparación y un 30% de suerte. Sí, amigos, de suerte...».

nal, «enteramente autónoma de la Amateur». La denominación «profesional» produce malentendidos y confusiones (principalmente con Impuestos Internos), por lo que en 1938 pasa a llamarse Asociación de Football Central. Son los orígenes de la que más tarde se llamaría Asociación Central de Fútbol.

Sin embargo, las incidencias y los roces persisten, registrándose en 1939 el castigo de la Federación-luego levantado- al Presidente de la Asociación Central, por declaraciones de éste que son consideradas lesivas para el organismo máximo. No hay enconos personales ni mala intención en las reacciones, sino la expresión de la imposible convivencia de los sectores aficionados y profesionales bajo el mismo alero.

Como fenómeno nuevo, el fútbol profesional no sólo encara las dificultades de comprensión de su entorno, sino que las tiene también en su mismo seno, donde pronto surgen desavenencias producto de las distintas visiones sobre temas que son nuevos y apremiantes.

La presión de los hechos hace que las disposiciones

se adopten sin el suficiente análisis y sus vacíos generan discusiones permanentes que afectan a los resultados en cancha, distorsionados muchas veces por «resultados de secretaría». Se llega en este aspecto a extremos, de modo que en 1938 se logra acuerdo para dejar sin efecto todas las reclamaciones y mantener a firme los resultados producidos en las canchas.

El tema financiero es abordado con distintas fórmulas. Magallanes (imitado luego por Audax Italiano), modifica en 1937 el formato de sus contratos con los jugadores, de acuerdo a una intención corporativa que pretende que los sueldos se proporcionen al rendimiento de las recaudaciones. El sistema resulta un éxito... mientras los equipos ganan y las asistencias son rentables. Al declinar las campañas, los jugadores piden desechar la innovación.

En general, las relaciones clubes-jugadores son inestables en cuanto a su organización. Las contrataciones parecen excesivas -sobre veinte por año aparecen haciendo las instituciones- y las posibilidades de pago son escasas. La reacción se traduce en disponer -lo que no se cumple en la práctica-, la prohibición de pagar primas por las renovaciones de contratos y de transferir jugadores -salvo acuerdo entre los dos clubes-, que se adopta en 1937, haciéndose finalmente un hábito que se repite en 1939. En 1940, alarmada la Asociación Central ante los permanentes anuncios de importantes transferencias, logra nuevamente que los clubes firmen un «pacto de honor», según el cual sólo se permite pagar «un máximo de siete mil pesos por cada renovación de contrato o transferencia». Las medidas, que pretenden frenar la carrera inflacionaria que desfinancia a los clubes, no tienen éxito. No alcanzan a practicarse, a pesar de los acuerdos, en un medio que es por definición y por naturaleza competitivo. Por lo mismo no pueden resultar en la práctica disposiciones que ordenen rebajas de sueldos, como se pretende en 1939.

La situación, a lo largo de estos años, parece siempre muy precaria en todas las cuentas. Los clubes terminan con déficit de consideración, aunque «no ocurrió lo mismo con el Fisco, que percibió sumas apreciables por

1937 Buenos Aires. Primer Sudamericano nocturno. En la fotografía, de pie, de izquierda a derecha: Luis Tróodo (ayudante de entrenador), Jorge Córdova, Arturo Torres, Eugenio Soto, Guillermo Rivas, Carlos Arancibia, Luis Parra, Ascanio Cortés, Roberto Cabrera y Raúl Toro (copier del torneo). Primera línea, en el mismo orden: Arturo Camarero, Moisés Avilés, Guillermo Gamaliel, José Avendaño, Mario Bozto, Guillermo Díaz, Juan Mocher, Guillermo Torres y Tomás Oyeda.





Selección Chilena en el Sudamericano de 1939, en Lima. En la fotografía aparecen, de pie, de izquierda a derecha: Raúl Marchant (ayudante de entrenador), Guillermo Riveros, Julio Córdova, Ascanio Cortés, Luis Ponce, Jorge Córdova, Felipe Mediavilla, Juan Montero y Eduardo Simián. Primera línea, en el mismo orden: Augusto Lobos, Alfonso Domínguez, Enrique Sorrel, Gustavo Pizarro, Raúl Toro, José Avendaño, Voltaire Carvajal, Arturo Muñoz y Roberto Luco.

el concepto del 5 y 2,5 por ciento que fijan las leyes tributarias».

PERO SE AVANZA...

A pesar de todos los elementos adversos que siembran el camino del profesionalismo, éste puede, sin embargo, dar sus primeros pasos en busca de su futuro perfil característico.

Entre los clubes se produce el nacimiento de instituciones de gran prestigio. En abril del 36 se concreta la fusión de los clubes Santiago y Morning Star, originando el Santiago Morning, que resulta una fuerza poderosa en los años siguientes. En 1937 la naciente Asociación de Football Central forma su Serie B y su Tercera División. En la Serie B son aceptadas Universidad de Chile (que gana invicta la primera competencia) y Universidad Católica. El 38 es ascendida a la Primera División la «U» y el 39 la Católica, con lo que el fútbol gana una fuerza de enorme importancia y recibe un gran espaldarazo en su consideración social -como sucediera a comienzos del siglo-, además del atractivo que su duelo agrega a las competencias por una tradicional rivalidad que empieza a perfilar la época dorada de su «Clásico».

Es 1937 el año en que hace su aparición en el profesionalismo capitalino el club más antiguo del país, Santiago Wanderers, con lo que se inaugura en los campeonatos la presencia de institutos provincianos.

Los clubes, competitivamente, se aprecian poderosos. Magallanes en gran momento -a sus tres primeras estrellas consecutivas suma la de 1938-, Bádminton bien constituido, Santiago Morning como fuerza emergente, y las Universidades aportando savia nueva, se agregan al indiscutible poderío de Audax Italiano, a un Colo Colo que desde 1936 comienza a superar la primera etapa, a un Green Cross todavía fuerte y a una Unión Española que trabaja pacientemente con sus divisiones inferiores. Los de Santa Laura, además, logran superar el dramático remezón del 39, cuando se disuelve el equipo como consecuencia de las divisiones que en la colonia residente produce la Guerra Civil en la Madre

Patria.

También en el fructífero 1937 se dispone que los clubes tengan «un representante de los jugadores en el seno de la Asociación para hacer la defensa de un compañero que haya caído al margen del reglamento, pues, en la práctica, se pudo observar que ciertos castigos encierran el defecto gravísimo de que no se haya podido oír al acusado». Y en este mismo año se manifiesta un vivo interés por perfeccionar la labor de la Sección Infantil, aunque los esfuerzos se concretan formalmente en abril de 1938, cuando nace la Sección Cadetes, con aspiraciones que incluyen un Hogar del jugador infantil. Es también en 1938 cuando se forma el Cuerpo Médico de la Asociación, que queda a cargo de los doctores Félix Cantín y Emilio Deik, y el Tribunal

LOS PRIMEROS PROVINCIANOS

Apenas formada la Liga Profesional, en 1933, el primer club provinciano en pedir su afiliación fue Rangers de Talca. Precursor sureño, se consideraba con la fuerza suficiente como para encarar el nuevo desafío. Sin embargo, la naciente Liga no estaba en condiciones de considerar a clubes lejanos y a duras penas lograba consolidar su acción en la capital.

De todos modos, los clubes de las provincias sufrían las mismas situaciones de profesionalismo encubierto que habían llevado a la formación de la liga profesional en Santiago y se sucedían las dificultades en las distintas Asociaciones.

Así como en sus orígenes el fútbol se había extendido desde los puertos hacia el interior, el profesionalismo debería irse irradiando paulatinamente desde la capital.

En su avance, su primera exten-

sión -por obvias razones de cercanía geográfica-, se ubicó en Valparaíso. A la tradicional Asociación Valparaíso se sumó en 1940 la Asociación Porteña, que hizo suyos los pactos originales y el modelo organizativo de la liga santiaguina, estableciéndose prohibición a sus clubes de actuar contra otros que no fueran también profesionales. La prohibición duró muy poco, naturalmente, pues no había en la región suficientes instituciones como para animar una temporada.

Sólo un club podía aceptar el desafío: Santiago Wanderers. Y lo aceptó por primera vez en 1937, pidiendo su afiliación a la Asociación Central. Aceptado, participó sin éxito en la temporada, perdiendo todos sus partidos y terminó pidiendo su desafiliación.

No estaba todavía el querido club porteño para las nuevas exigencias. Pero ya estaría...



DESDE 1929,
CONTRIBUYENDO
CON EL
DESARROLLO DE LA
INFRAESTRUCTURA
DEL PAIS.

EN LAS GRANDES OBRAS, SALFA
SIEMPRE ESTA PRESENTE

CONSTRUCTORA
SALFA



Desde 1929

CLÁSICOS

«Durante el descanso, los alumnos de la Escuela Naval, en el número más espectacular de la tarde, se situaron en el medio de la cancha e hicieron la figura de la Baquedano, el buque escuela, con sus mástiles y todo tipo de detalle. Los ochenta mil espectadores que había en ese instante en el estadio los ovacionaron largamente».

El comentario corresponde a una versión del Clásico Universitario de 1940, cuando es sólo una fiesta netamente universitaria y empieza su crecimiento hacia la gigantesca exhibición que llegaría a ser.

Sin embargo, al abrir los años 40 ya es una tradición.

Ante el éxito de la fiesta, en 1939 intentan hacerla también Universidad de Chile y Colo Colo en la primera rueda del campeonato. Pero no resulta.

La barra de la «U», ya fogueada en años de enfrentamiento con la Católica, comenzó animadamente el ambiente. Pero la réplica que llegó era de una barra sin el oficio de su adversario tradicional y el resultado fue que a los pocos minutos los «garabatos», lanzados por potentes parlantes, inundaron el estadio. Se prohibió el uso de micrófonos y terminó el duelo de barras.

Azules y albos llegarían a protagonizar el más importante clásico del fútbol chileno. Pero sólo en la cancha...

de Penalidades.

Si la aparición de las Universidades significa un soberbio respaldo, otro de notable proyección lo constituye, el 3 de diciembre de 1938, la inauguración del Estadio Nacional. El fútbol es invitado a participar de los festejos inaugurales y la distinción recae en Colo Colo, que el 4 de diciembre derrota en el flamante escenario de la comuna de Ñuñoa al brasileño São Christovão por seis a tres.

El Estadio Nacional, la gran necesidad planteada por los aficionados a los «sports» desde comienzos de siglo (y exigida masivamente en la histórica jornada del 20 de mayo de 1909, en la que se demandaba un «Stadium Nacional»), es la culminación de un largo proceso y la apertura de un nuevo capítulo. En los mismos días de su inauguración, la picota y la dinamita hacen su labor con los queridos Campos de Sports, precisamente para abrir la Avenida Campos de Deportes, que facilitarían el acceso a la nueva gran obra. La Universidad Católica, al mismo tiempo, iniciaba los trabajos de construcción de un estadio en la Avenida Independencia.

Venían nuevos tiempos.

En 1940 corona Universidad de Chile su fulgurante estreno en el «fútbol grande». El plantel de la primera estrella azul está en la fotografía. Aparecen, de pie, de izquierda a derecha: Oscar Sánchez, Rafael Breñas, Santiago Rebolledo (director de equipo), Luis Castro, Eduardo Simián, Miguel Busquets, Antonio Salamanca, Francisco Las Heras, Eduardo de Saa, Luis Tirado (entrenador). Primera línea, en el mismo orden: Abanés Pasalacqua, Julio Alliende, Ulises Ramos, Antonio Rossi, Víctor «Cañón» Alonso, Jaime Riera, Voltaire Carvajal, José Balbuena y Eduardo Holzapfel.



AUDAX SE DISPARA Y COLO COLO ES INVICTO

En la cancha, el panorama refleja las características del medio. Aparecen las primeras figuras que son producto neto de la era profesional. Sergio Livingstone en la Católica, Raúl Toro en Santiago Morning, Eduardo Simián en Universidad de Chile, Ascanio Cortés en Audax y Enrique Sorrel en Colo Colo son sus más significativos exponentes. Colo Colo, en 1936, dispone en su banca por primera vez de un entrenador profesional: el uruguayo Pedro Mazullo, que fuera técnico de Nacional y de la selección uruguayaya. Más tarde, en 1938, llega a hacerse cargo de Universidad Católica el húngaro Máximo Garay, que comparte su tiempo con Colo Colo, que en 1939 recibe a otro húngaro en su banca: Francisco Platko, llamado a larga y fructífera labor en el fútbol chileno.

El de 1936 es el primer campeonato de la era profesional en que un equipo «se dispara» en la tabla. Es lo que hace Audax, que viene desde 1933 sumando méritos para ser el campeón. Ahora, con la incorporación de los hermanos costarricenses Hernán y Oscar Bolaños, a quienes se conoce en la «gira larga» del 33, completa su innegable poderío. Los goles de Hernán - estudiante de Dentística en la «U», que volvería 22 años más tarde como Embajador de su país-, se suman a los méritos de su «línea de acero» (famosa, a pesar de que Araneda-Riveros-Gornall juegan juntos un solo partido de este torneo y nunca en el seleccionado), a la eficacia de sus zagueros Max Fisher (llegado del fútbol penquista), Ascanio Cortés (gran figura de su época) y Humberto Roa, y de sus auténticas figuras de ataque: Carlos Giudice (que oficia también de entrenador), Tomás Ojeda y Moisés Avilés.

Ubicado a uno o dos puntos del campeón en las tres primeras versiones, esta vez Audax se afirma principalmente en la capacidad goleadora de Hernán Bolaños («fiera del área») que termina como goleador del torneo con 15 goles en diez partidos, para establecer finalmente cuatro puntos de ventaja sobre Magallanes y seis sobre Colo Colo.

La importancia de los puntos ya es perceptible en este campeonato, en el que por primera vez se lee un comentario sobre la comprometida belleza del



El clásico ingreso de Colo Colo a la cancha. En la fotografía los astros albos se presentan al público que llena los Campos de Sport de Nuiña para un encuentro de 1937. Recién en el quinto año del profesionalismo pudo Colo Colo prender su primera estrella.

espectáculo. Sucede luego del partido que Audax le gana a Colo Colo por 5 a 1 en el Estadio Militar: «Ambos equipos únicamente concretaron su atención en vigilarse mutuamente, lo que pudo aceptarse al comienzo, pero duró los noventa minutos». No gusta el partido, se lo considera excesivamente defensivo. A pesar de los seis goles.

Las cosas empiezan a cambiar. Es en 1936 cuando se autoriza el cambio de un jugador durante el partido, aunque la FIFA demoraría mucho más en autorizarlo a nivel de selecciones. Es también el año en que llega desde Buenos Aires la lamentable noticia de la lesión de Iván «Chincolito» Mayo, cuya carrera en Vélez Sarsfield queda troncada prácticamente luego de aquel encuentro con River Plate.

Es también en 1936 cuando las transferencias comienzan a acaparar la atención del público. Una de las más notorias es la de Arturo «Car'e Cacho» Torres, a quien Magallanes deja ir a Colo Colo, entendiendo que su ciclo está terminado.

Y en su partida, sin embargo, hay un debilitamiento magallánico, que pierde a un buen jugador y a un estratega de nota que llega a Colo Colo para ayudarlo a recuperar su perdido poderío. El del 36 es el año de la forja para Colo Colo. A la incorporación del entrenador Mazullo y del internacional Roberto Luco, suma el encuentro de una notable pareja de aleros: Enrique Sorrel a la derecha y Tomás Rojas, el «Rata», a la izquierda.

Los frutos los cosechan los albos en 1937, cuando marcan uno de sus mejores periodos institucionales, de la mano de Ernesto Blake, quien, desde la Presidencia advierte que «Colo Colo no será una institución que entregue sus destinos a los éxitos o derrotas de un equipo de fútbol». Agrega que: «Ser socio de Colo Colo será motivo de orgullo y distinción, dando al portador de su insignia el calificativo de hombre honesto y bueno».

El trabajo del querido dirigente, que da muestras permanentes de generosidad y muere dos años más tarde en la pobreza, genera una corriente de optimismo

que llega a lo competitivo. Aunque declara que «Colo Colo no es un mero club de fútbol, sino una cuna de cultura social», también se plantea que «en el curso de este año el equipo de honor estará en condiciones de responder al prestigio del club».

Y el equipo responde. Con las incorporaciones de los hermanos Carlos y Manuel Arancibia, Arturo Carmona (protagonista del tricampeonato con Magallanes) y Nemesio Tamayo (llegado de la Unión Española), Colo Colo forma una fuerza poderosa que no pierde ningún partido y se transforma en el primer campeón invicto del profesionalismo chileno. Sólo empata con Magallanes, Santiago Morning y Bádminton, en todos los casos 3 a 3. Y sufriendo mucho en el último de ellos, que es el cierre del campeonato y que los albos pierden 1-3 hasta los 19 minutos del segundo tiempo. Recién empata a los 43 y sus hinchas pueden sacar los carteles: «Colo Colo campeón invicto». Y a cinco puntos.

LA «ACADEMIA» VUELVE POR SUS FUEROS

Si Audax y Colo Colo superan marcas en 1936 y

UNA CRUZADA

A comienzos de enero de 1938 partió hacia Punta Arenas una delegación deportiva de la Universidad Católica. En ella viajaban futbolistas, boxeadores y atletas. No sólo universitarios, sino distinguidos deportistas de distintos clubes. Eduardo Simián, el golero de la «U»; Luis Vidal, entonces zaguero de la Unión Española; Salvador Nocetti y Raúl Toro, grandes valores de Santiago Morning, figuraban entre los futbolistas invitados.

Además de las actividades deportivas, las había artísticas en la gira universitaria. Principalmente, conjuntos musicales en los que

mejor se expresaba la sana alegría juvenil de sus integrantes. Y, para completar la tarea de difusión, representantes de la prensa capitalina.

De regreso de Punta Arenas, los jóvenes actuaron en Puerto Varas, Osorno y Valdivia.

Ya antes, en los años veinte, los universitarios hacían sus primeras giras hacia Magallanes. Y las seguirían haciendo en los años siguientes, llevando hacia las tierras del frío el mensaje cálido de la fraternidad del deporte y del arte. Juveniles y alegres pioneros de la mejor de las causas.

LAS CONDICIONES FÍSICAS

Hay más de algún aspecto que es difícil de precisar en la primera década del fútbol profesional, que es, en rigor, una etapa de semiprofesionalismo. Puede llamárselo, también, de profesionalismo formal. Una transición entre el «profesionalismo oculto» antiguo y el profesionalismo real (al cual aún no se llega al cabo de cien años de fútbol).

Uno de esos aspectos es el de la conciencia del jugador respecto al nivel de las exigencias que debe cumplir. Aún en pleno ejercicio algunos de la época anterior, y sin referencias distintas los más nuevos, esta conciencia aparece más desarrollada respecto a sus derechos que a sus obligaciones. Por otro lado, siendo las rentas precarias, tampoco es posible en la mayoría de los casos dedicarse exclusivamente al fútbol para obtener el sustento. Es habitual -lo que se repite largamente en el futuro- escuchar a un jugador que «es preferible trabajar» antes que dedicarse al fútbol como oficio.

Los procesos, naturalmente, están recién consolidándose y muy lejos aún de su decantación.

Dentro de este panorama se inserta el conocido recurso al castigo por parte de los clubes para obligar a sus jugadores a mantener las condiciones físicas. Asunto

muy espinoso, por cierto, y en muchos casos subjetivo. Por otro lado, muchos expresan la convicción de que estos castigos -particularmente el pasarlos «a la reserva sin sueldo», tienen más una motivación financiera que deportiva.

En su informe correspondiente al torneo de 1940, la Asociación Central señala:

«Para darnos una idea del interés o desinterés gastado por los jugadores profesionales en cuidar sus facultades físicas, insertamos a continuación las sanciones que, por este capítulo, fueron aplicadas en la temporada de 1940:

2 suspensiones por dos años; 4 suspensiones por un año; 16 suspensiones por partidos oficiales; 12 amonestaciones; 21 suspensiones de sueldo; 45 multas; 2 expulsiones; 6 rebajas de sueldo.

Comparado con años anteriores, esta estadística nos demuestra que las sanciones han disminuido como una consecuencia lógica de la mayor disciplina y sentido de responsabilidad de que se han impregnado los jugadores profesionales, y es así como paulatinamente irán desapareciendo o disminuyendo estas sanciones, índice seguro de que el medio cultural de nuestros competidores va también en aumento».

1937, los comentarios no son tan efusivos en 1938, cuando vuelve a ser campeón Magallanes.

Los de la Academia se habían debilitado después de su súbito robustecimiento del 33. El 35, a pesar de su título, se insistía en que «no hay renovación» en sus filas. Además, en las temporadas siguientes deja partir a dos puntales de sus éxitos, Arturo Torres y Arturo Carmona. Para mejorar posiciones, vuelve una vez más la vista al sur. Y desde Talcahuano llegan dos auténticos valores: Gastón Osbén, centrodelantero, y José Chamorro, interior izquierdo, que conforman con el ya legendario José Avendaño un trio central de «choreros» y de gran producción goleadora. Junto a los «viejos tercios» del tricampeonato (el mismo Avendaño, los hermanos Córdova, Fernando Farfán, «Cacho» Ponce y el arquero Eugenio Soto), los recién llegados aportan los goles faltantes (31 entre los tres) para hacer campeón al «Aguerrido» por cuarta vez en seis años. Una vez más, a un solo punto de ventaja de Audax Italiano.

Con todo, no resulta un buen año. Hay bajas asistencias y el nivel futbolístico parece descender en relación a las dos temporadas anteriores, lo que hace comentar que «con un fútbol de calidad superior, seguramente el público acudiría en apreciable número a las canchas».

Otras cosas están en la atención del aficionado en

1938. Por de pronto, la aparición de las Universidades en el Campeonato de Apertura, que se toma como una humorada universitaria al comienzo, pero que muy pronto debe ser tomada muy en serio y la «U» es incorporada al torneo oficial. Colo Colo llama la atención con sus elecciones, que movilizan al ambiente y se extienden en la radiotelefonía a través de La Hora de Colo Colo, en la Radio del Pacífico. Es, por sobre todo, el año de la inauguración del Estadio Nacional, con Colo Colo de protagonista, en razón de ser el club que tiene en sus vitrinas la friolera de 547 trofeos, de haber sido su equipo la base de la Selección Olímpica del 28, de la selección mundialista del 30. Seis a tres le gana Colo Colo a São Christovão el 4 de diciembre -al día siguiente de la inauguración oficial-, y se abre una nueva etapa para el deporte y para el fútbol chilenos.

LA UNIÓN REGALA, COLO COLO REPITE Y EL CHUNCHO VUELA

Se inaugura, también, un periodo de particular brillo para Colo Colo. Sólido en lo institucional (Ernesto Blake es reelegido en 1939, aunque poco más tarde deja la Presidencia en manos de Robinson Álvarez Marín, y al aniversario albo asiste el Presidente de la República), suma fuerza competitiva. Desde Magallanes llega Segundo Flores, el «Camión», seleccionado nacional, y desde Unión Española, cuando ésta disuelve a su equipo de fútbol, se incorpora Alfonso Domínguez. Un verdadero hallazgo. El brioso centrodelantero marca 32 goles en un campeonato de sólo 24 partidos, que le da el mejor promedio para un scorer en toda la Historia del profesionalismo.

En agosto se estrena en la banca alba Francisco Platko y en septiembre el club llama a propuestas para la adquisición de un terreno donde construir su estadio.

Es un campeonato de alto vuelo para Colo Colo, ganado con ocho puntos de ventaja sobre el segundo -inusitado para la época-, con un plantel en el que además de su goleador se perfilan Enrique Sorrel y Tomás Rojas (el «Rata») como los dos aleros más efectivos del fútbol chileno, al paso que en encuentros amistosos se forma la que sería una notable pareja de armadores: Francisco Hormazábal y Armando «Norton» Contreras. Jugado con once equipos y en tres ruedas (con la incorporación de Metropolitano, Green Cross, Santiago National y Universidad Católica), el torneo del 39 hace decir: «Debe buscarse la lucha entre cuadros homogéneos y no presentar equipos de fuerzas tan dispares que sus resultados pueden descontarse de antemano».

Al cierre del 39 se respira optimismo. Se cuenta con el Estadio Nacional, se han estrenado las Universidades en el «fútbol grande» y aportando su clásico. Un nuevo jugador chileno emigra: Ascanio Cortés parte a enrolarse a River Plate, y se suma a las transferencias de Carlos Giudice (Peñarol), Iván Mayo (Vélez Sarsfield), Roberto Luco (Boca Juniors) y Nemesio Tamayo (Necaxa, de México), aunque todas sean contrataciones fugaces. La lamentable disolución del equipo de Unión Española robustece, sin embargo, a otras instituciones con jugadores que llegan a ser grandes figuras. No sólo Colo

Colo es altamente beneficiado con Alfonso Domínguez; a Universidad Católica llegan Sergio Livingstone, Fernando Riera y Luis Vidal, todos de nivel de Selección Nacional; a Audax Italiano va Héctor Trejos; y a Universidad de Chile emigran Francisco Las Heras, Voltaire Carvajal, Valentín Eraso, Jaime Riera y Víctor Alonso.

Con sus nuevos colores, los azules de la «U», Víctor «Cañón» Alonso es goleador del torneo de 1940 y aporta con sus dieciocho goles al sorprendente título de Universidad de Chile. Estrenado y aceptado recién en 1938 en la Primera División, el club universitario encuentra en sus inesperados refuerzos del 39 la consistencia precisa para irrumpir triunfalmente en la galería de los campeones. Los encuentra también en la dictación del Decreto 230 de la Universidad, que obliga a sus alumnos a defender a su club, lo que agrega a sus filas a dos eficientes defensas: Ulises Ramos (formado en Audax Italiano) y Miguel Busquets (una de las más distinguidas piezas tácticas del fútbol chileno, formado en la Unión Española).

La base futbolística de Universidad de Chile, encabezada por su arquero, Eduardo Simián, el «Pulpo», se muestra convincente desde el estreno en la Serie B, aunque se los recibe con más simpatía que convicción. Aceptados en Primera el 38, los universitarios son últimos. El 39, séptimos entre nueve, caen siempre estrechamente ante cuadros más fogueados. Institucionalmente, también se la ve sólida. A comienzos de la triunfal temporada del 40 se escribe: «Ya comenzó a recoger a sus «hijos» la U. de Chile. Ha enviado representantes a los liceos de la capital y los muchachos escolares -universitarios de mañana-, se han prestado gustosos a firmar para la U».

Es un tiempo de reforzamiento de la actividad deportiva en la Universidad de Chile, que la comunidad celebra. Esto coincide con la importancia que en 1940 ya ha ganado el campeonato profesional. Aunque es breve -dieciocho fechas-, ya no es sólo un complemento de los demás encuentros y competencias, sino que el espectáculo central del año futbolístico. Dentro de él, rápidamente ambas Universidades comienzan a transformarse en protagonistas importantes. Al principio, solamente por su «Clásico Universitario», que empieza con expresiones humorísticas y artísticas que irían transformándose en un gigantesco espectáculo. Más tarde son protagonistas centrales, también, del fútbol mismo.

Cuando la «U» obtiene su primera estrella, no se esperaba aún su consagración futbolística. Bien reforzado (a sus propios jugadores y a los llegados desde la Unión Española y a los retornados por el Decreto 230, se agregan las contrataciones de los peruanos José Balbuena, Rafael Brehas y Antonio Rossi), la «U» instala en la banca a Luis Tirado, un joven egresado de Educación Física, ex jugador de Magallanes, observador riguroso, estudioso y estratega nato que llenaría varios capítulos en el historial del fútbol chileno. Enamorado del fútbol de marcación, Tirado hace de Simián y sus zagueros una defensa inexpugnable que gana el campeonato con sólo 31 goles en contra en 18 partidos.



Es el primer paso triunfal de «un romántico viajero».

ALEGRÍAS EN BUENOS AIRES, «UN DESASTRE» EN LIMA

En los cinco años comprendidos en esta etapa de 1936 a 1940, que son de consolidación del profesionalismo -aunque todavía no se lo termina de entender y aceptar cabalmente por sus protagonistas ni por su entorno social-, las grandes dificultades se radican en el aspecto financiero, en la organización y, como antes, en la falta de contacto competitivo de sus cuadros. Esto último conspira directamente en contra de las posibilidades de la Selección Nacional, que cuando debe formarse se encuentra con jugadores de escaso roce internacional y, además, con el fenómeno de que las plazas de atacantes de los clubes se comienzan a

En una gira universitaria al sur, un cuarteto de grandes deportistas de la época. En la fotografía están Raúl Tora, Antonio Fernández («Fernandito», el eximia baseador), Salvador Nocetti y Eduardo Simián. Las giras universitarias significaron mucho para el deporte y para expresiones artísticas a fines de los años treinta y comienzos de los cuarenta.

UNA CRUZADA

La ecuación imposible

El 28 de marzo de 1940 los representantes de los clubes se reúnen como ya es costumbre para realizar el sorteo de la competencia oficial. Esta vez, sin embargo, deciden algunas modificaciones previas que reflejan, esencialmente, la inquietud por el tema financiero y la necesidad de hacer más rentables las programaciones. En el futuro, algunas de estas medidas se harían recurrentes.

Esto se decidió en 1940:

1) Deducir un 5% para ser repartido a los competidores cuyos «bordereaux» están entre los cinco más bajos;

2) Fijar en cada «bordereaux» el 55% para el ganador y el 45% para el perdedor, siempre que no exista acuerdo entre los participantes. Los programas se harán en forma simple, pudiendo los clubs ponerse de acuerdo si desean hacerlos en reunión doble;

3) Se facultó al Directorio para

elaborar el calendario en forma equitativa y comercial.

En las tres medidas están representados temas que ya afligían y seguirían afligiendo al fútbol profesional durante décadas. La insuficiencia financiera, la debilidad extrema de algunos participantes con los que hay que contar para estirar la temporada, la entrega de facultades al Directorio para programar buscando una difícil rentabilidad. Sin instituciones solventes, no sería posible. Por ello estos acuerdos de marzo no alcanzaron a durar seis meses. Así se lee:

«Los acuerdos experimentaron modificaciones sustanciales después de iniciada la competencia, siendo la más importante la adoptada en la sesión del 5 de septiembre, en que se resolvió verificar los programas oficiales en reuniones dobles, asegurando a los preliminaristas una participación determinada. Se suprimió a la vez el 5% de fondo común».

En pose fotográfica dos auténticos valores del campeonato y de las selecciones nacionales. Ascanio Cortés y Humberto Roa. Cortés fue patrón del área y «Cocoa» un rompedor. Aún no se hablaba de líbero y stopper. En la foto, con la camiseta de Audax Italiano.



llenar preferentemente con jugadores extranjeros.

Cuando el seleccionado parte al Sudamericano de Buenos Aires, en diciembre del 36, sólo tiene como referencia el Sudamericano de Lima del año anterior y el Mundial de seis años atrás.

Con todo, como siempre al salir desde su isla bordeada por la cordillera, el mar, los hielos y el desierto, la Selección lleva ilusiones y los jugadores están contentos con la dirección técnica del uruguayo Pedro Mazullo: «Nada de instrucciones teóricas, nada de mesas con títeres o pizarras con rayas simulando avances; todo en el terreno, donde el jugador demuestra lo que vale individualmente y para el conjunto».

En el estreno, en el primer Sudamericano que se juega de noche -lo que motiva críticas de algunos técnicos- y en que debuta la autorización de hacer tres cambios por partido, Chile gana buenos comentarios aún perdiendo con Argentina (1-2) y se comenta que «aunque parezca increíble, debimos ganar y... ya no volverán a tratarnos con desprecio de Cententa». Incluso el bonaerense La Nación dice que «este cuadro chileno, superior a los que nos visitaron en ocasiones anteriores, tiene madera de equipo grande».

Y si el 4-6 con Brasil resulta doloroso, todo se olvida siete días más tarde, cuando en la cancha de San Lorenzo Chile le gana por primera vez a Uruguay. Tres a cero, con dos goles de Raúl Toro y uno de Manuel Arancibia.

La gran figura de Chile y una de las más brillantes del campeonato es Raúl Toro, el celebrado y cerebral goleador de Santiago Morning. Fino, talentoso, es scorer del campeonato sudamericano. El relato del gol que le marca a Argentina en el estreno lo retrata fielmente: «Toro, frente al arco, dejó que la pelota picara y cuando Estrada extendía las manos, estiró la cabeza y pasó la pelota con toda calma hasta el fondo de la red».

Después del triunfo sobre Uruguay se insiste en sus virtudes: «Pasa con justeza, juega bien la pelota, acusa astucia dentro del área y utiliza buena puntería y apreciable violencia en los remates».

La victoria resulta inolvidable y se cierra el campeonato perdiendo con Paraguay y empatando con Perú. Aunque el éxito se empaña más tarde con la derrota en amistoso con Newell's Old Boys, que el entrenador Mazullo explica en términos que reflejan una idiosincrasia y que más tarde seguirían repitiéndose: «Los muchachos anduvieron el viernes atareados haciendo compras. Luego, el sábado en la mañana, tuvimos un pesado viaje de cuatro horas y todos llegaron a Rosario rendidos, con sólo deseos de tirarse a la cama. Por la tarde estuvieron durmiendo y me costó despertarlos para la comida. En la cancha, apenas sí corrían».

Aunque sin mejorar los resultados en la tabla final del torneo -Chile cierra el cómputo junto a Perú-, queda para el historial de los sudamericanos que Raúl Toro se agrega a otro chileno -David Arellano, que lo había sido en 1926-, como goleador de un torneo continental.

Dos años más tarde, sin embargo, no se retoma -ahora desde Lima- con la misma satisfacción. Ni con otra. Por el contrario, hay más dolores que alegrías.

Recién terminado el campeonato, con Colo Colo protagonizando una activa temporada internacional, sin recursos financieros (que hacen a la Federación chilena pedir el aplazamiento del Sudamericano), la Selección Nacional, nuevamente dirigida por Mazullo, parte a Lima esta vez sin las ilusiones de costumbre. Se dice claramente en la prensa: «No obstante la ausencia de Argentina y Brasil en el torneo, no pueden los aficionados chilenos tener grandes expectativas de triunfo».

Y así sucede, en efecto, en una actuación dramatizada, además, por el devastador terremoto de Chillán, del 24 de enero, que sorprende al seleccionado entre el segundo y el tercer partido. El público limeño estalla en una ovación la noche del 29 cuando por los parlantes del estadio se lee el cable: «Los parientes de los jugadores y dirigentes chilenos se han salvado».

Eso sucede en la víspera del encuentro con Uruguay, que se pierde 2-3.

Ya antes, después de la primera derrota con Paraguay, se dan ideas «para ir a la reorganización de este deporte y sacarlo de su postración».

Y tras la tercera se reúnen el Directorio y el Cuerpo de Delegados de la flamante Asociación de Football Central y toman acuerdos:

«Primero, debe contratarse a un grupo de entrenadores que venga al país a enseñar a los jugadores jóvenes».

En la misma declaración oficial se dice: «El fútbol, sin ayuda oficial de ninguna especie, se desenvuelve en precaria situación y vive más bien gracias al apoyo financiero y deportivo de sus dirigentes».

En este aspecto, las cosas no han cambiado mucho respecto de comienzos del siglo. Ni de fines del anterior.

No obstante, sigue creciendo.

1941-1944

LA REVOLUCIÓN DEL 41

De la mano de Francisco Platko, que exhibe a Colo Colo como campeón invicto, Chile entra en el duro sendero del fútbol de marcación, que rompe moldes y provoca encendidas adhesiones y rechazos. Años decisivos para la maduración del medio, en los que el seleccionado paga el precio de los cambios.

«Me parecen estos jugadores de una talla un tanto escasa. Casi me atrevería a decir que son infantiles».

Francisco Platko, entrenador húngaro, ex arquero del Vasas, del MTK y de las selecciones magyares, no se asociaba a los eufóricos festejos de la tarde del 29 de junio de 1939 luego del estruendoso 9-1 de Colo Colo a Magallanes. En la tribuna, el técnico reflexionaba sobre «*estos jugadores de una talla un tanto escasa*».

Poco después, sin embargo, se hacía cargo de la banca de los albos, a los que toma cuando ya está avanzado el campeonato, para conducirlos al título.

Pero no permanece mucho tiempo. Es propietario de ideas nuevas, ya ampliamente difundidas en Europa, y busca en Sudamérica el escenario adecuado para ponerlas en práctica. ¿Qué sabe Platko?. Entre otras cosas, sabe de la WM, el sistema que en 1926 pusiera en práctica Herbert Chapman, entrenador del Arsenal, revolucionando las competencias inglesas. No le parece a Platko que en Chile haya buen material (ni mucha resonancia) y se va a Argentina. Allá, en River Plate, con seguridad encuentra el material, pero no encuentra oídos dispuestos a escuchar su discurso: lo pasan a entrenar a los menores. El fútbol argentino es dueño de la gambeta y no necesita pizarrón.

Francisco Platko vuelve a Chile en 1941 y una nueva etapa comienza.

En 1925 se habían modificado los reglamentos del fútbol, buscando hacer más atractivos los partidos -transformados en conciertos de pitazos-, a través de equilibrar la incontrarrestada superioridad de las defensas. La modificación afectó a la ley del off side, que exigía la presencia de tres defensores para habilitar al atacante, y se rebajó a dos. Herbert Chapman, tras el cambio reglamentario, ideó colocar a los cinco hombres de ataque en forma de W, donde las puntas superiores son los «wings» y el centrodelantero, y las inferiores representan a los «insiders». La desprotección surgida para las desorientadas defensas ante la fuerza orgánica de ataque así creada la resolvió el mismo Chapman disponiendo a los defensores en forma de M, donde las puntas inferiores representan a los marcadores de ala y al zaguero central (que es el legendario «centrehalf», que se retrasa), y las superiores son los «halves» o medios. Es el nacimiento de la WM, tal vez si el primer sistema propiamente tal en el historial del fútbol, aun-

que intuitivamente se hayan buscado fórmulas desde siempre.

Platko se hace cargo de Colo Colo con esos conocimientos en su equipaje. Y revoluciona al medio. A un medio que, a pesar de su inmadurez y debilidad, ya está preparado para recibir un impacto de esa naturaleza.

SE PERFILO EL GRAN ESPECTÁCULO

No diseñado ni programado, el crecimiento del

La histórica portada del primer número de la Revista Estadio, codiciada por los coleccionistas. Hernán Fernández fue el primer protagonista de la ambicionada portada de una revista que entre 1941 y 1979 marcó rumbos para el periodismo especializado y para el desarrollo del fútbol chileno.



*«Me parecen
estos
jugadores de
una talla un
tanto escasa.
Casi me
atrevería a
decir que son
infantiles».*

fútbol profesional es fácilmente perceptible en los primeros años cuarenta. Por de pronto, aunque con escasas fechas como para sostener el año, es la atracción central de la temporada. Ya acapara titulares y las transferencias ocupan la atención de los aficionados, que aumentan su presencia en los estadios al extremo de que pronto quedan olvidadas las negativas sentencias que tildaban al Estadio Nacional de «elefante blanco».

Durante los años cuarenta, en definitiva, el profesionalismo -aunque no supere muchas de sus intimas contradicciones- tiene perfiles propios, deja de ser «el fútbol profesional» y se transforma definitivamente en «el fútbol». Ya entonces, nadie supone que se esté hablando de otra cosa -del amateur, por ejemplo-, cuando se habla de fútbol.

Hay un crecimiento en cuanto al espectáculo. Las figuras ganan una presencia social significativa. En 1941 ya Sergio Livingstone llega a la Selección Nacional y en 1943 va a Racing de Buenos Aires, donde triunfa ampliamente para volver sorpresivamente a Universidad Católica al año siguiente. También es en 1941 cuando Universidad de Chile anuncia la incorporación a sus filas, desde el Deportivo Las Zorras, del famoso Mario Ibáñez. En 1943 aparecen los primeros destellos de Hernán Fernández, el «Nano», eficiente y caballeroso, en el arco de la Unión Española. Desde el exterior comienzan a llegar figuras de mayor relieve y en el mismo 41 Santiago Morning anuncia a tres trasandinos de peso: Atteniesse, Scalamandrè y Battistone. Dos años más tarde, a Magallanes llegan Martín y Fandiño, que conformarían en otra línea de ataque de gran nombradía: Martín-Fandiño-De Blassi-Orlandelli y Contreras. Es el año en que Everton decide reverdecir laureles y entre sus contrataciones presenta a Luis Eduardo Gianelli, un uruguayo que se queda para siempre y extiende su vigencia en la radiotelefonía deportiva. Finalmente, en 1944 Everton decide su incorporación a las filas de la Asociación Central.

UNA LARGA CARRERA

Jugador y capitán del Nelson -uno de los equipos formados al calor del entusiasmo de los alumnos del Instituto Nacional-, Guillermo Somerville siguió su pasión más tarde en el colegio San Ignacio para cerrar su carrera futbolística en el Santiago National, en los tiempos en que el Club Hípico le prestaba a este club su cancha a condición de que suspendieran el juego durante las carreras.

Es la suya una de las más dilatadas carreras directivas en esta etapa crucial. Como dirigente empezó en la Presidencia del Bádmiton para llegar en 1924 a la Presidencia de la Asociación Santiago, interviniendo decisivamente en la fusión de todas las Ligas del fútbol metropolitano en 1926. Vicepresidente de la Federación, Vicepresi-

dente del Consejo Nacional de Educación Física y Deportes (organismo surgido tras la dictación de la Ley de Educación Física, en 1926), es el Presidente de la Federación cuando en 1933 se reconoce a la Liga Profesional.

De excelentes contactos a todo nivel, ejecutivo, negociador convincente, ajeno a la pompa (en 1930 se autoexcluye terminantemente del viaje al Mundial de Montevideo), es llamado en 1938 a la Presidencia de la flamante Asociación Central, donde permanece largamente y es quien dirige el difícil rumbo de los inicios del profesionalismo. A su capacidad negociadora y a su visión se debe en mucho que el fútbol haya logrado sortear algunos de los más ásperos escollos.

Las figuras individuales ganan peso y consideración. Cuando Raúl Toro se va de Santiago Morning en 1944, un grupo importante de socios abandona al club. El fútbol es referencia obligada en la rutina social, inquietan sus resultados internacionales. Ser futbolista resulta atractivo y los clubes se surten masivamente en las provincias. El Santiago Morning campeón del 42 está constituido mayoritariamente por provincianos y en el Magallanes del mismo año no hay ningún santiaguino.

También es en los años cuarenta, a propósito de los resultados internacionales de la Selección, cuando surge la inquietud por «chilenizar» a los cuadros, de manera de tener una base seleccionable amplia para la Selección Nacional. La Unión Española campeón del 43 no tiene a ningún extranjero en sus filas y tampoco los hay en el Colo Colo campeón del 44.

Se renueva, como extensión del mismo fenómeno, el interés por trabajar con las divisiones menores y se apunta a necesidades cuya solución es urgente. «Los muchachos», relata un periodista en 1942, «se cambian de ropa debajo de las tribunas. Una vez en el campo, comienza una lucha titánica, pero no para obtener ventajas, sino para localizar la pelota que se pierde entre una nube de tierra que ciega a los jugadores».

DOLORES DEL CRECIMIENTO

Hay, evidentemente, mucho por hacer. Y muchas hechos aparecen contradictorios. Junto con no poder sostener adecuadamente las series menores, el fútbol chileno se propone, ya en 1940, la idea de hacer una competencia sudamericana de clubes campeones, cuestión absolutamente novedosa en el momento a nivel mundial. Es idea de Robinson Álvarez Marín, dirigente colocolino de elocuente oratoria. La contradicción se origina, como siempre, en el tema económico. El profesionalismo ha superado a sus fundadores, que deben responder al nivel del gran espectáculo y se quedan sin recursos para mejorar el producto propiamente tal. De ahí la necesidad, particularmente de Colo Colo, de diseñar nuevos torneos que generen mayores recursos. La insuficiencia financiera sigue siendo lacerante y cada vez de mayor envergadura. Por mucho que aumenten las asistencias y las recaudaciones, el crecimiento del ingreso tiene un límite. Pero no lo tiene el del gasto.

Ya socialmente aceptado el fenómeno del profesionalismo, el futbolista pasa a ser un actor económico, que tiene obligaciones difíciles de precisar y derechos muy concretos. Las inexorables fuerzas del mercado se desencadenan sobre un medio pobre. Hay una tremenda demanda por buenos jugadores en un medio que ofrece pocos jugadores de calidad, al menos para la competencia internacional. De modo que la sobrevaloración es inevitable y los conflictos se agudizan.

Se hace un hábito en los clubes, por ejemplo, «pasar a la reserva sin sueldo» a los jugadores, alegando «pérdida de condiciones» y otros argumentos que, se dice, sólo ocultan la necesidad de hacer economías. Ya

en 1941 Oscar Sánchez, «Garrocha», destacado jugador de Universidad de Chile, intenta iniciar el primer Sindicato de Futbolistas, con la intención de «hacer respetar por las partes los términos de los contratos». Los jugadores, en efecto, están absolutamente en manos de sus dirigentes y, por tratarse de un fenómeno nuevo en la sociedad nacional, el recurso a la justicia ordinaria no está aún en la mente de nadie. Al año siguiente, Sánchez (Secretario) y Domingo Sepúlveda (de Audax Italiano, Presidente) son castigados por la Federación bajo la acusación de «hacer política» y el intento sindicalista es abortado en una demostración de autoritarismo que, en el fondo, oculta la sorpresa y la incapacidad de reacción de los organizadores ante los inesperados desafíos que plantea la nueva situación. De hecho, con este episodio nace formalmente el perfil del futbolista como «trabajador», en una dicotomía que lo presenta también como «artista». Sudor e inspiración inician la búsqueda de una síntesis que jamás se encuentra.

No es el único desafío para el cual el fútbol no está preparado. Tampoco hay canchas. Ni siquiera Colo Colo, el equipo de más arrastre y recaudación, tiene su estadio. En 1944 tiene la concesión del Estadio de Carabineros y al año siguiente arrienda el Nacional. Se dispone de esos dos estadios, del Militar y de Santa Laura. Este recinto, propiedad de la Unión Española, es el único que pertenece a una institución afiliada a la Asociación Central.

Esto, por cierto, genera otro tipo de problemas. Por de pronto, dificulta las programaciones, que idealmente deberían considerar a un «local» y a una «visita». Sin canchas, esto no es posible. Se facilita, además, la pernicioso costumbre de hacer «reuniones dobles», en las que los clubes no pueden exhibir su verdadera capacidad de convocatoria. Además de lo organizativo y competitivo, el hecho tiene otra delicada y trascendente derivación: los clubes no tienen residencia deportiva y no pueden, en consecuencia, nuclear a un público, identificarse con un sector de la población. Todos, salvo la Unión Española, son itinerantes, lo que tiene importancia decisiva en profundizar el tema de la debilidad institucional, transformándose en un círculo vicioso. Sin dinero para mejorar el trabajo de las divisiones inferiores (mejoría del fútbol, base amplia para las selecciones nacionales) ni para construir estadios (lugar de reunión de los adeptos, condición de local, facilidades de programación) las perspectivas de los clubes son de mayor deterioro. Y como tampoco las sedes de los clubes son lugares de reunión de socios (lo son sólo de manejo administrativo), las posibilidades de aglutinamiento y difusión son nulas.

Aspectos todos del mismo fenómeno: un profesionalismo incipiente. Para los clubes el costo de contratar y pagar jugadores es muy alto, y para éstos lo percibido es escaso. El famoso Carlos Vidal (el «Zorro» de Magallanes y de las selecciones nacionales), en 1944 está de vuelta en Concepción y cuenta que no se dedicó por entero al fútbol «porque no da para vivir» y que él debía «hacerse una situación». Y la tranquilidad la obtiene como camionero contratista en Schwager.

UN «HALF-POLICÍA» Y UNA REVISTA

En este clima es donde sigue su desenvolvimiento el tema técnico y en el cual se produce la llegada de Francisco Platko y sus ideas europeas.

Ya tenía Chile algunas experiencias de contacto técnico europeo, pero no habían echado raíces. Había sido breve el roce de los seleccionados en la gira de 1928 -dirigidos por el inglés Frank Powell-, aunque ciertos conceptos (aplicación, concentración y condición física quedaban ya entonces muy claros). El trabajo de Jorge Orth, que llega para el Mundial del 30 y permanece en el país, tampoco resulta trascendente. Incluso la labor de Platko en 1939 con Colo Colo pasa inadvertida.

¿Cuál es la diferencia?. La aparición, el 11 septiembre de 1941, de la Revista Estadio. Fundada por Alejandro Jaramillo, empresario exitoso, zaguero de Santiago Nacional en sus años mozos, la revista produce un vuelco en el sentido del periodismo deportivo, aún incipiente, para llevarlo a altos niveles de profesionalismo. Al periodismo descriptivo tradicional agrega el análisis profundo, el estudio de los fenómenos, impone exigencias rigurosas a sus redactores y llega a ser una escuela de procedimientos profesionales y éticos.

Situada mucho más allá de la anécdota -aunque la maneja con gracia y buen decir-, a Estadio no se le escaparía la novedad y la trascendencia de lo que hacía Francisco Platko en Colo Colo. Como no se le escapaban los movimientos de los jugadores, la realidad financiera de los clubes, las contradicciones estructurales. Nada es ajeno para la revista que perdura durante cuarenta años y en la cual muchos aficionados aprenderían a leer y conocerían el mundo exterior a través de la crónica amena de hombres versados. La revista escrudiña críticamente en el interior del fútbol chileno y se asoma a las novedades del fútbol del mundo. Posiblemente, sin la existencia de Estadio, muchas de las experiencias vividas desde 1941 en adelante habrían demorado mucho más en ser asimiladas.

Platko tiene, entonces, una caja de resonancia importante para sus experimentos. Además, una caja de resonancia propicia, que lo defiende de un clima que es inmediatamente hostil.

La intención del entrenador húngaro de organizar al

«Una vez en el campo, comienza una lucha titánica, pero no para obtener ventajas, sino para localizar la pelota que se pierde entre una nube de tierra que ciega a los jugadores».

Recién estrenándose en el fútbol de marcación, Chile tuvo una actuación desafortunada en el Sudamericano del 42 en Montevideo. En la fotografía posan Armando «Norton» Contreras, Oscar Medina, un visitante de la concentración, Oscar «Carreta» Casanova, Luis Cabrera, Guillermo Torres y Manuel Arancibia. Una generación de transición.



IMPUESTOS Y DERECHOS

Si algún acontecimiento deportivo justificaba plenamente la construcción del Estadio Nacional ése era el fútbol. Por su capacidad para convocar a miles de personas y por la continuidad de sus competencias locales e internacionales, tendría que ser el gran soporte financiero de la gigantesca obra.

Sin embargo, enfrentado a sus propias exigencias internas, el uso del recinto resulta demasiado oneroso para el fútbol. En el balance de la Asociación Central de la temporada de 1941 el costo de utilización del estadio alcanza (entre el 5% de derechos y otros conceptos) a 256 mil pesos, que significan un doce por ciento de los ingresos anuales por venta de entradas. Sumado ello al egreso tributario (un 3,5%, que genera continuos roces con Impuestos Internos), más otros costos pertinentes (confección de entradas, boleterías y controles), el costo anual de jugar en el Estadio Nacional le significó en esa temporada al fútbol un descuento del 19% de su ingreso total.

«Despréndese», sostiene la Asociación Central, «que el Gobierno

no ha hecho un mal negocio, sino por el contrario, una magnífica inversión, política que debiera impulsar y ponerla en práctica en los demás barrios de la capital, principalmente en los populares o de la parte baja, mediante la construcción de cómodos estadios de madera, cuya habilitación traería consigo la formación de grandes clubs de barrio; valoraría además la propiedad privada y sería una manera práctica de dar al pueblo sanos y fáciles medios de esparcimiento dominical. Ahora bien, si se patrocina el sistema de créditos a largo plazo, tal como se hace en Argentina, los principales clubs de la Asociación de Football Central, podrían también construir sus propios campos deportivos...»

Esto, por cierto, aunque reclamado ya a fines del siglo anterior, seguía siendo utópico. Por ahora, había que seguir rogando que el Municipio (que obtiene también su porcentaje del fútbol) asegure movilización colectiva hacia el Estadio Nacional y que Impuestos Internos condone algunas deudas.

equipo en términos modernos en el campo gana espontáneos detractores. El rigor no había sido hasta entonces compañero del fútbol -salvo en los intentos de David Arellano en 1925, con un Colo Colo revolucionario-, y la idea de que el fútbol puede y debe planificarse no cuadra con la mentalidad imperante en 1941. Son pocos los que perciben que sólo actuando orgánicamente habrá alguna posibilidad de equilibrar, o hacer menos notoria, la tremenda diferencia técnica existente con los adversarios del Atlántico.

Las inmediatas reacciones del medio son adversas. Se dice que «las tácticas afean el espectáculo». Lo que sucede es que se entra violentamente en el fútbol de marcación, algo absolutamente novedoso en el medio, e inevitablemente bajan las producciones goleadoras.

Lo que hace Platko es caminar hacia la WM. En un comienzo es un 3-3-4, de transición. Pero la clave está en el nacimiento del zaguero central, papel que en Colo Colo desempeña a satisfacción José Pastene, cuya actuación de celosa custodia del centrodelantero rival le gana el apodo popular de «half policía».

Felizmente para el desarrollo del fútbol la experiencia es competitivamente exitosa y Colo Colo resulta campeón invicto en 1941. Sin embargo la polémica al respecto continúa por largos años. El público se resiste a aceptar que los jugadores no puedan moverse con absoluta libertad en la cancha y hacer todos los goles posibles. Un nuevo periodismo, sin embargo, está atento a recordar que en un marco de absoluta libertad sólo podrán ganar los técnicamente mejor dotados y que eso nos impedirá cualquiera opción internacional. La lucha

entre los progresistas y la fuerza de la inercia está declarada. Y es tan fuerte la resistencia al cambio que en 1941, a pesar del invicto de Colo Colo y del creciente interés por el fútbol, las asistencias descienden de 800 mil a 700 mil espectadores. Y en 1943 se puede leer este párrafo en la prensa diaria: «A pesar de la orden terminante de la directiva, Colo Colo volvió a jugar con táctica».

En auxilio de los nuevos tiempos hay otros personajes. Principalmente un entrenador, Luis Tirado, surgido al alero de la «U» y vocacionalmente estudioso. Enamorado del fútbol de marcación -autor de textos al respecto- y profundo conocedor de la idiosincrasia futbolística chilena, se va transformando en soporte clave del progreso. Hombre, además, con ideas precisas respecto al entorno. Campeón con la sorprendente «U» del 40, dice en 1942: «Las razones de la decadencia de nuestro fútbol son económicas. Falta robustez institucional. Los dineros de las recaudaciones no alcanzan ni para el presupuesto de sueldos. Los otros gastos tienen que salir del bolsillo de los dirigentes. En esto nuestros directivos son únicos en América. Sus billeteras están siempre abiertas para cubrir déficit. Desgraciadamente, no se han preocupado de la solución integral del asunto».

AMÉRICA SE REÚNE EN UN NUEVO ESTADIO

La expresión final de todos los procesos en marcha debe ser -como siempre antes y como siempre después- la Selección Nacional. Y ella vive, en los primeros años cuarenta, uno de sus periodos más dolorosos. Por una razón simple: la exigencia es mayor, pero los recursos siguen siendo básicamente los mismos.

Chile consigue la organización del Sudamericano de 1941 -no es sede desde 1926- y puede mostrarle al fútbol sudamericano su Estadio Nacional. Y muestra, asimismo, una realidad competitiva pobre. Tras la actuación en el Sudamericano de Lima la Selección queda en receso, no tiene actuación alguna en 1940 y los resultados internacionales de los clubes, en este periodo, son malos, haciendo comentar que «si no se reacciona vigorosamente, el fútbol dejará de ser como es en todas partes del mundo el popular deporte». Tampoco habían sido buenos los resultados de los combinados de la Asociación Central (con participación de jugadores chilenos y extranjeros) ante similares de la Asociación Argentina, perdiéndose los dos encuentros jugados en enero del 40 y febrero del 41.

Aunque el Sudamericano forma parte de los festejos del Cuarto Centenario de la fundación de Santiago, los prometidos fondos municipales demoran en llegar (otros dicen que «la Federación se lanzó a la empresa sin contar con los medios necesarios») y los dos millones de pesos del costo organizativo terminan reuniéndose con dificultades.

Con todo, el año abre con los seleccionados en el estadio de Carabineros bajo las órdenes del húngaro Máximo Garay, que logra «una disciplina ejemplar entre los 32 concentrados». Hay entusiasmo en el

«Falta robustez institucional. Los dineros de las recaudaciones no alcanzan ni para el presupuesto de sueldos. Los otros gastos tienen que salir del bolsillo de los dirigentes».

mundo del fútbol y alcanza a otros sectores. Se hermosea el Estadio Nacional, donde se ubican «palcos y tablados para la colocación de sillas» y «se instalan nuevos servicios de baños». Se mejora la iluminación encargando «a los Estados Unidos de Norteamérica 38 reflectores», al paso que «el Alcalde de Ñuñoa ha acogido con interés el deseo del Administrador del estadio en orden a habilitar nuevas calzadas». El entusiasmo desborda cuando un diario invita a «formar barras adeptas a los conjuntos extranjeros». Y alcanza a la naciente radiotelefonía, cuando «la radiodifusora La Americana hace un ensayo de transmisión» aprovechando una práctica de la Selección en el estadio Ferroviarios.

Sin embargo, tal entusiasmo no parece alcanzar a los seleccionados en su concentración. Llama la atención cierto desgano en las prácticas y el reportero confirma: «Todos ellos nos dijeron que, aunque estaban bien atendidos, sentían aburrimiento». Se toman medidas y al día siguiente se informa: «Mañana todos los concentrados se dirigirán en ómnibus a la playa. Visitarán Santo Domingo, San Antonio, Llole, Cartagena y El Quisco y almorzarán en Tejas Verdes». Tras el paseo, el plantel se dirige por carta a la Federación: «Pedimos a la honorable Comisión seleccionadora y a todo el Directorio confiar en nuestras capacidades futbolísticas, eficazmente mejoradas por los sabios conocimientos de nuestro entrenador, don Máximo Garay, y les ofrecemos depararles una gran satisfacción al final del campeonato».

La delegación ecuatoriana es recibida en la estación Mapocho por el Orfeón de Carabineros y su equipo es designado para abrir el torneo en una reunión que congrega a unas cuarenta mil personas -sin cifras exactas, pues se venden abonos-, y que Chile gana 5-0 pero «sin convencer plenamente». Satisface Raúl Toro (que marca el primer gol del campeonato y por ello Las Últimas Noticias le regala «una camisa de seda»), Arancibia y Roa, al paso que no gustan los desempeños de Ellis, Contreras y Pastene.

Es en el partido siguiente cuando empieza a cobrar sus históricos perfiles la actuación de Sergio Livingstone. El equipo peruano, que viene precedido de buenos resultados ante Argentina en Lima, sólo ve caer a su celebrado guardavallas Honores en una acción desafortunada (resbala al recoger un centro) y después prevalece «el fútbol vistoso y preciosista del Perú» que obliga a estas líneas: «A no mediar el excelente desempeño de Livingstone y Vidal en la defensa y un porcentaje no pequeño de mala suerte de los peruanos, la realidad es que nuestro comentario no sería de reconocimiento al triunfo».

Se repite en el tercer encuentro, en que el 2-0 favorable a Uruguay puede ser más amplio «a no mediar el entusiasmo y la entereza de que hicieron alarde los jugadores Roa, Vidal y Livingstone».

Y se repite en el cierre, al que Chile llega con la opción de empatar el primer puesto con Uruguay y Argentina. Debe ganar al seleccionado argentino para



conseguirlo. Pierde 1-0. La crítica: «Livingstone, eminente. Con este partido se consagró como el mejor guardapalos del campeonato. Roa: un monumento. Vidal: a la altura de su compañero o quizás mejor».

Comienza, así, un capítulo decisivo y de larga duración en el fútbol chileno: el comportamiento de Livingstone y sus compañeros de defensa en las selecciones nacionales. Comienza, asimismo, el del reconocimiento a las capacidades organizativas nacionales. «Yo nunca había visto algo mejor», señala el Presidente de la delegación uruguaya, «y conste que me ha tocado seguir de cerca la organización de un Campeonato del Mundo y otros sudamericanos en Montevideo». También este comentario se seguiría repitiendo.

«¡MANDEN A LIVINGSTONE!»

Al año siguiente, cuando hay que viajar al Sudamericano de Montevideo, el panorama es bastante confuso. La «revolución de Platko» es comentada, celebrada y fuertemente resistida. Parece natural, en todo caso, que el conductor del sorprendente cambio colocolino sea el director del seleccionado. Pero no lo es. Si el cambio había sido posible en Colo Colo, en mucho se debía a la mayor ductilidad de los jugadores albos, en razón de ser los más exigidos, los de mayor continuidad internacional y, por lo mismo, los de mayor aptitud profesional. Pero experimentar a nivel de selección, y con escaso tiempo de preparación para asimilar los nuevos conceptos, es algo muy diferente.

Además, hay otras circunstancias nuevas que se deben encarar. Por de pronto, la importancia misma que ha cobrado el campeonato local, que tiene fisonomía propia y que -aun cuando el de 1941 tiene sólo 17 fechas- se extiende hasta el dos de noviembre. Y la primera citación para los seleccionados -que deben reunirse «en la cancha de San Ignacio, en Avenida Francisco Bilbao con Los Leones», es para el once de diciembre. Por cierto, fecha poco propicia.

El fenómeno del profesionalismo oficial también altera el panorama habitual de las selecciones y Alfonso Domínguez señala derechamente que no viaja si no se le pagan los siete mil pesos de sueldo que dejaría de

Una hermosa fotografía de agosto de 1942, con tres ídolos de la época junto a pequeños admiradores.

Aparecen Sergio Livingstone, Eduardo Simión y Hernán Fernández, tres grandes arqueros del fútbol chileno.

«El presente denuncia tiende a resguardar los desvelos de los clubes y de sus dirigentes, especialmente los del fútbol profesional, que se gastan día a día por conseguir de este deporte espectáculos dignos».

Importante en el título de 1942 fue su arquero, William Marín, a quien se atribuyó una notable alianza con los postes. La fotografía, que muestra un momento preciso, es uno de los primeros aciertos de Eugenio García, «el mago del lente» de la revista Estadio.



percibir por su incorporación al seleccionado. Por su parte, Sergio Livingstone, que tiene poco más de un año en las selecciones nacionales, señala por carta que no se siente «con el entusiasmo de otras veces para afrontar un compromiso internacional» y que su puesto podría «ser ocupado por otros muchachos de condiciones». La Federación le responde con la promesa de «severas sanciones». Pero los comentarios tampoco son favorables para el organismo máximo, pues, según las informaciones de prensa, ha actuado improvisadamente, sin considerar adecuadamente al fútbol profesional, del cual se surte en más de un noventa por ciento el plantel internacional.

Los comentarios del primer día de enero del 42 son duros: «En la presente oportunidad, más que nunca, nuestros dirigentes parece que han entregado solamente al azar la actuación del conjunto que representará a nuestro fútbol, deseoso de salvarse de un compromiso o de aprovechar un paseo».

Se trata, simplemente, de la expresión del enorme contrasentido que significa que un organismo amateur dirija los destinos de la organización profesional y, por añadidura, se haga representar internacionalmente por sus jugadores. De allí el sentido del comentario periodístico: «El presente denuncia tiende a resguardar los desvelos de los clubes y de sus dirigentes, especialmente los del fútbol profesional, que se gastan día a día por conseguir de este deporte espectáculos dignos».

Ese es el gran fenómeno estancador de estos días y de los tiempos futuros, casi sin solución de continuidad. El fútbol profesional es el que produce los espectáculos y las noticias y el que forma los seleccionados nacionales, y está formalmente separado del amateur. Pero es una Federación amateur la que tiene la representación internacional y la que, en consecuencia, suscribe los compromisos de la Selección. En suma, el fútbol profesional es el que sostiene el espectáculo de interés

público, pero en última instancia está dirigido por un organismo amateur.

El 30 de diciembre la Asociación Central se dirige por carta a la Federación solicitándole «la reconsideración de la concurrencia del fútbol chileno al próximo campeonato sudamericano». No se accede y la gran víctima del contrasentido es el seleccionado.

El 23 de diciembre la Selección juega un amistoso con Newell's Old Boys (2-2) y parece quedar claro que la asimilación de las tácticas es difícil para jugadores que no sean los de Colo Colo. «El once formado en estos últimos días», se comenta, «tuvo que adaptarse a una táctica que para muchos de sus jugadores era desconocida».

No sería fácil tal adaptación. Nunca lo es, particularmente cuando se trata de asimilarse a un sistema y no a variantes.

Chile no estaba considerado para la jornada inaugural, programada para el 10 de enero. El rival de Uruguay debe ser Ecuador, pero los ecuatorianos sufren un retraso y, en su ausencia, se programa a Chile. La derrota es contundente: 1-6. Se escribe: «En el cuadro chileno se notaron errores crasos en los hombres de la defensa». Se agrega: «Si alguno pudo escapar al rigor de la crítica, ése fue el centro medio Pastene, pese a que le tocó vigilar a un centroforward escurridizo y técnico como es Anibal Ciocca». El comentario no debe sorprender, pues Pastene tenía ya bastante oficio en Colo Colo en la marcación del centrodelantero.

En la víspera del partido siguiente, contra Brasil, Platko declara: «Respecto a la táctica que emplearemos mañana, será la misma que contra los uruguayos, a pedido de los jugadores y porque no ha habido tiempo de cambiar». La derrota es igualmente apabullante: 1-6. La vergüenza cubre a la afición chilena, los medios reaccionan con dureza y la Asociación Central, deslin-

«A no mediar el excelente desempeño de Livingstone y Vidal en la defensa, la realidad es que nuestro comentario no sería de reconocimiento al triunfo».

dando responsabilidades, da a la publicidad la carta del 30 de diciembre

Un periódico santiaguino publica: *«El cable anunció de Montevideo que el entrenador del equipo chileno sufrió un accidente en un entrenamiento. ¿Trató de suicidarse?»*. En la Cámara, un diputado solicita su anuencia para *«oficiar en su nombre al Supremo Gobierno, pidiéndole intervención determinante en las manifestaciones deportivas que en nombre de Chile salen al exterior»*. Naturalmente, agrega la petición de una completa investigación del desastre.

La explicación del técnico, en el vestuario: *«Los jugadores equivocaron la táctica de juego y eso llevó al derrumbe de mis ilusiones»*. Simultáneamente, en el mismo estadio, *«... los dirigentes chilenos resuelven, bajo su responsabilidad, que los jugadores de su país actuarán en adelante con otra táctica de juego, que no es precisamente la adoptada por el entrenador húngaro Platko»*.

No es lo único que se resuelve en la agitada tarde de Montevideo. Junto con esa decisión, se pide urgentemente a Santiago que sea enviado, *«por avión»*, Sergio Livingstone.

Parte *«el Sapo»* el 17 de enero y está en la cancha para el tercer encuentro, con Paraguay, el 28. Y aunque se pierde 0-2, las cifras ya no son afrentosas y hay jolgorio porque *«no se jugó con la llamada táctica Platko»*.

Pero pareciera estar escrito que no puede ser un torneo tranquilo para Chile. En el cuarto encuentro, al comienzo se asiste al choque constante de la delantera argentina con Livingstone. Pero más adelante sube el equipo chileno, se hace peligroso y la cuenta está empatada sin goles cuando falta un minuto para que termine el primer tiempo. Allí es cuando el árbitro ecuatoriano Cuenca deja sin sanción un segundo penal de la defensa trasandina y el equipo chileno decide abandonar la cancha. Cuando sus defensores reconsideran y vuelven, el seleccionado argentino ya está en las duchas. Los puntos, por cierto, son para Argentina.

Para cerrar, triunfo sobre Ecuador y empate con Perú.

Quedan retintineando las frases de un comentarista argentino: *«El equipo chileno no juega para ganar, sino para no perder. Aún se está a tiempo para desterrar esta práctica que es tan perjudicial para su futuro»*.

No es, por cierto, tan simple. Y felizmente para el desarrollo, Chile no abandona el camino de *«las tácticas»*. Diecisiete años más tarde, hasta el virtuoso fútbol argentino tendría que tomar los mismos rumbos.

UN COLO COLO MODERNO, UN «CHAGUITO» A LA ANTIGUA

Los cuadros campeones del periodo 1941-1944 responden a las características de su época. La apertura del fuego está dada por un Colo Colo revolucionario que rompe moldes y forma una alineación que durante años

sería repetida por los colocolinos con unción casi religiosa: Diano; Salfate y Camus; Hormazábal, Pastene y Medina; Sorrel, Socarraz, Domínguez, «Norton» y Rojas. Ellos son los hombres que, dirigidos por Francisco Platko, hacen entrar al fútbol chileno en el mundo de las tácticas: Obdulio Diano, Santiago Salfate, Eduardo Camus (el «Indio»), Francisco Hormazábal, José Pastene, Oscar Medina, Enrique Sorrel, César Socarraz, Alfonso Domínguez, Armando Contreras y Tomás Rojas.

La gran novedad consiste en la aparición del zaguero central. Sin embargo, la formación seguiría recordándose por siempre a la antigua, es decir, con dos backs, dos halves de ala, un centrohalf y cinco delanteros. No estaba aún el periodismo especializado suficientemente maduro como para interpretar los cambios a su público.

A pesar de toda la conmoción, no resulta fácil para Colo Colo al comienzo. A la reticencia inicial se suma el empate con Santiago Morning, en partido amistoso, con un Raúl Toro inspirado que hace comentar: *«¿Para qué sirve el centrohalf retrasado si el centrodelantero rival puede hacer lo que quiere?»*. Es, por cierto, la etapa de los ajustes. Y cuando el campeonato comienza, ya los albos están en condiciones de ir perfilando a una de las formaciones más famosas de su historial que lo lleva al título con ocho puntos de ventaja sobre el tenaz perseguidor que es Santiago Morning. Colo Colo es invicto, anotándose una curiosidad que en la perspectiva de los años puede observarse con indulgencia, aunque resulte inexplicable: preocupados los albos por su encuentro de cierre de campeonato con Bádminton -que casi les amarga el invicto del 37, también en la última fecha-, simplemente no juegan el partido. Y así termina el año, con un partido menos. Una singularidad.

El Santiago Morning campeón del 42 escapa a los conceptos que comienzan a ponerse en boga, tal vez porque es un plantel formado hace tiempo y con un estilo, por lo tanto, muy definido. De hecho, el 41 es un tenaz escolta de Colo Colo y sólo resigna sus posibilidades al final. Además, después de los resultados de la Selección, *«las tácticas»* no disfrutaban de ninguna popu-

«El once formado en estos últimos días tuvo que adaptarse a una táctica que para muchos de sus jugadores era desconocida».

LESIONES...

La idea de tomar un seguro contra accidentes deportivos de los jugadores estuvo presente desde 1933. Fue Colo Colo, finalmente, el club que lo concretó en 1939. Un año más tarde lo tomó la Asociación Central, contándose con el Instituto Traumatológico para la atención de los lesionados en partidos o entrenamientos.

La vigencia del seguro en la temporada junio 1940-junio 1941 significó fuertes desembolsos para la compañía aseguradora, principalmente por el pago de subsidios a los hospitalizados. Con 180 jugadores asegurados, hubo 190 casos de lesiones y un total de 1.690 días de inactividad. Para el periodo 41-42 se eliminó de la póliza el «pago

de jornales» por días no trabajados y el resultado fue notable: los casos de accidentes disminuyeron a 88 y los días de inactividad a 680.

No sólo la aseguradora tomó medidas. También el Instituto Traumatológico, que para la temporada de 1942 estableció un premio especial «consistente en un cronómetro de gran valor, para ser otorgado al referee que más se distinguiera en extirpar el juego brusco de las canchas».

Aunque las motivaciones no fueran una competencia por el juego limpio, lo concreto es que con ambas medidas disminuyó el número de lesionados.

Nuccitelli, de Estudiantes, entra al área de Racing, pero llega primero Sergio Livingstone. El arquero chileno hizo gran campaña con Racing en 1943, fue su capitán, pero en sólo una temporada le ganó la nostalgia y regresó a Universidad Católica.



laridad.

Los jugadores «bohemos» son casi todos producto del club. Domingo Romo, el goleador, «Vitoco» Klein, Guillermo «Carreta» Casanova, Eugenio León, William Marin, José Ruiz (el «Viejo»), todos vienen de las divisiones inferiores del club recoletano. Y los que vienen de afuera también llevan buen tiempo en el club. Raúl Toro cumple su cuarta temporada y Salvador Nocetti ya tiene siete años y se siente tan cómodo como en Sportivo Barracas o en Ferrocarril Oeste. Tanto, que se queda en Chile para siempre. El «Ruso» Nocetti es el capitán y alma del equipo.

Un equipo que tiene, además, la particularidad de estar formado mayoritariamente por jugadores venidos de las provincias. Raúl Toro es de Copiapó; Oscar Riveros, de Iquique; Casanova y Leiva, de Valparaíso; Oscar Ellis, de Los Angeles; José Ruiz, de Talcahuano; Eugenio León, de Santa Cruz; William Marin, de Curanilahue; Orlando Schneberger, de Temuco. Sólo tres del plantel son santiaguinos: Romo, Klein y Rivas.

Forman un conjunto templado al fragor de varias temporadas, un grupo amistoso y familiar. Y como toda familia, con grandes peleas (varios de sus astros son castigados durante el campeonato) y con efusivas reconciliaciones. No es un cuadro en el esquema del fútbol que viene: el de Jorge Orth en Magallanes, el de Platko en Colo Colo o el de Alejandro Scopelli (el «Conejo», ex seleccionador olímpico argentino y jugador de fuertes equipos italianos, imbuido de los conceptos europeos) en Universidad de Chile. Este es el equipo de los esquemas de José Luis Boffi, del fútbol romántico, hecho con el empuje contagioso del «Ruso» Nocetti, de los goles de Romo y de las espectaculares contenciones de su arquero William Marin (a quien se le atribuye una «buena suerte» que se hace proverbial en todas las canchas), aunque el título se asocie más a Raúl Toro, a pesar de que el cerebral centrodelantero sólo juega 8 partidos y sólo marca un gol.

Seguido tenazmente por Magallanes, el «Chago Morning» obtiene la corona en el último partido, el ocho de noviembre, ganando 4-0 al Bádminton. Desde el

estadio de Carabineros son llevados los jugadores en paseo hasta la Secretaría del club. Los «recoletanos» marcan un record en el décimo aniversario de los campeonatos profesionales: a su defensa sólo le marcan dieciocho goles en los dieciocho encuentros.

LOS «POLLOS» DE SANTA LAURA

El carácter de los campeones de cada temporada refleja, en algún aspecto, el perfil de su época. Si el Colo Colo del 41 expone triunfalmente la propuesta de las tácticas y el Santiago Morning del 42 revela en su homogéneo plantel los méritos del fútbol «de antes», ello expresa el periodo de búsqueda y definición que el fútbol vive en su conjunto. Está, en el carácter de los campeones, el sello de su época.

También la reflejan Unión Española en 1943 y Colo Colo en 1944.

Los de Santa Laura testimonian con su primera estrella la inquietud por un aspecto que acompaña al fútbol desde su origen, pero que normalmente es más discursivo que práctico: el trabajo con las divisiones menores. Si resulta sorprendente el título rojo de 1943 se debe a que lo logra con gente formada en su propia casa.

Esto, por lo demás, es característico de la Unión desde la apertura del profesionalismo. Simbólico, es precisamente en 1933 cuando queda a cargo de las divisiones inferiores el dirigente Andrés García. Un hombre bueno, preocupado de los jóvenes, tesonero en una labor que no siempre es bien comprendida. Menos en los comienzos del fútbol profesional, cuando los clubes apresuradamente miran hacia los planteles de los rivales o hacia las provincias para formar cuadros competitivos. La competencia no deja mucho tiempo para pensar en la formación de jugadores.

La Unión es la excepción y Andrés García dice con orgullo desde su «incubadora» de Santa Laura: «La Unión Española es un equipo chileno, no de ciento por ciento, sino de mil por ciento». Por cierto, el trabajo formativo sólo es posible gracias al entusiasmo de Andrés García. Señalan los comentarios que ningún

«La Unión Española es un equipo chileno, no de ciento por ciento, sino de mil por ciento».

otro habría soportado tanto tiempo «a cargo de los chiquillos del club, cuidándolos, aconsejándolos todos los días, como un padre; levantándose temprano los domingos para estar a las ocho de la mañana en la cancha con sus cabros; llevándoles el uniforme, los zapatos; hablándoles de sus condiciones, estimulándolos a seguir y hasta dándoles sus monedas, cuando hay necesidad, para el carro o para el desayuno».

Si este trabajo requiere de gran dedicación, es imaginable el desánimo que pudo producir la disolución del equipo en 1939 y la partida de trece de sus jugadores, todos titulares de primera división, a otros clubes. Increíblemente, la Unión no cesa en su intento y en 1940 sale a la cancha con un cuadro demasiado tierno, inexperto, a encarar los desafíos de un nuevo campeonato. Y allí, en el rigor del torneo por los puntos, comienza su duro fogueo. En 1940, los juveniles terminan en el último lugar. Pero el 41 son quintos, colocándose «delante de otros teams que habían costado miles de pesos».

En 1943 «los pollos de Andrés García» tienen la alternativa. Al comenzar el campeonato son dirigidos por Manuel Casals (que está en la banca desde 1940), un coruñés culto y de charla cautivante que estudió Leyes para satisfacer a sus padres y se fue al Real Madrid con su título de abogado bajo el brazo. Más tarde llega a la banca Atanasio Pardo, que fuera defensor de la Unión en los años veinte junto a su hermano José. La experiencia la ponen dos jugadores de sabia veteranía: Segundo Flores (el «Camión»), tres veces campeón con Magallanes y una con Colo Colo, ya retirado del fútbol y al que la Unión tienta con el regreso, y Luis Ponce, el legendario «Cacho», presente en los cuatro campeonatos obtenidos por Magallanes.

Hernán Fernández, el «Nano», hace en el arco un año espectacular, acompañado de un zaguero tesonero con el que viene jugando desde las infantiles: Pantaleón Calvo. Ambos, y el eficiente Francisco Urroz, conforman la base defensiva y no faltan a ningún partido. Hay aplausos para todos. Para Benito Armingol en la punta derecha del ataque. Para Mario Campaña, un pujante organizador; para Luis Machuca, un goleador que alcanza el título de mayor artillero del campeonato. Para Atilio Cremaschi, el cinchador puntarenense que jamás se agota.

También Green Cross y Universidad Católica presentan alineaciones muy juveniles y se los destaca como «equipos livianos, más veloces». Hay, entonces, una tendencia al trabajo con los menores y el público y la crítica lo aplauden.

Las simpatías generales están con los niños de Santa Laura y cuando faltan dos fechas se escribe: «Sus últimos partidos ya no revelan a ese elenco voluntarioso que se nos presentó hasta el comienzo de la segunda rueda. Aún faltan dos partidos y es necesario que los cabros rojos demuestren que no ha sido casualidad su meritoria lucha por el primer puesto».

Lo demuestran ganando a Magallanes y a Green Cross. Le arrebatan el cetro a Colo Colo, que pierde con

Santiago Morning, en la última fecha. Ha sido, dice la prensa, «el triunfo de la camaradería y del sacrificio; el triunfo de la paciencia y del buen criterio; el triunfo de la devoción y cariño de una familia que se ha cobijado bajo el manto de los colores queridos; es el triunfo de la cancha propia».

UN COLO COLO «CHILENIZADO»

Si la campaña roja expresaba la presencia juvenil en el fútbol, el campeonato albo del 44 resume la insistencia del fútbol en recorrer el sendero de las tácticas. A pesar de la resistencia popular y de vastos sectores periodísticos, técnicos y de jugadores, el fútbol sistematizado se abre camino en un medio que sigue adoptando formas propias de un medio que se encamina a un profesionalismo verdadero.

En 1944 el aficionado, por ejemplo, debe empezar a acostumbrarse a que sus ídolos cambien de camiseta. Nadie imaginaria a Raúl Toro con una que no sea la de Santiago Morning, pero el crack emigra. Y los seguidores de Audax Italiano también se sorprenden cuando se separa su ya legendaria pareja de zagueros: Ascanio Cortés se va a Santiago National por 25 mil pesos mensuales y Humberto Roa es retenido por 35 mil.

Es también el año del retorno de Wanderers al profesionalismo y del ingreso de Everton. Ni uno ni otro podían sostener la formación de conjuntos poderosos para desenvolverse sólo en encuentros contra cuadros amateurs o semiprofesionales, viviendo a la espera de los partidos contra los grandes de la capital. El ingreso de los cuadros costeros, sin embargo, es motivo de intenso debate. Es paradójico: el tradicional y poderoso fútbol de la costa necesita al metropolitano para su crecimiento y sustento, y éste necesita engrosar sus filas para sostener la temporada con cuadros atractivos y poderosos, pero se interpone un fantasma: financiar los desplazamientos de los equipos. Se resuelve, finalmente, aceptar a Wanderers y a Everton, pero comprometiéndose a no extender la competencia hacia ciudades demasiado alejadas. Un capítulo histórico comienza.

También superando la etapa semiprofesional el entrenador comienza a ser un personaje considerado. No

«La suerte estuvo en haber encontrado en los jugadores de Colo Colo una disciplina, dedicación y conciencia profesional como hasta ahora no había visto».

Unión Española fue un celebrado campeón en 1943, pues la base de su plantel era esencialmente juvenil y formada en casa. En la fotografía aparece una de sus formaciones. De pie, de izquierda a derecha: Pantaleón Calvo, Atanasio Pardo (entrenador), Segundo Flores, Hernán Fernández, Francisco Urroz, Mario Carmona y Mario Garrido. Primera línea, en el mismo orden: Luis Cáceres, Atilio Cremaschi, Luis Machuca, Mario Campaña y Benito Armingol.



LAS «DOS FUERZAS»

Junto con Francisco Platko y Luis Tirado, el consagrado ex internacional argentino Alejandro Scopelli se involucró ardentemente en el desarrollo del fútbol chileno hacia el fútbol organizado.

Una vez producido el triunfo de Colo Colo el 41, escribió para los lectores de la revista Estadio un artículo que contiene conceptos y apreciaciones de gran valor.

* «Trataré de demostrar las ventajas considerables que se obtienen adoptando el sistema de tácticas preconcebidas. Esto, que aún hoy halla cierta resistencia en determinado sector del público aficionado, ha sido y es la base del éxito del fútbol europeo. Naciones como Italia y Francia, que hasta hace pocos años eran consideradas como mediocres en valores futbolísticos, ascendieron de categoría en forma realmente asombrosa gracias a la aplicación de este sistema».

* «No es sólo en el público que encuentra resistencia, sino también, y con mayor intensidad, en dirigentes y jugadores. Sin embargo, en completa ignorancia de que así lo hacían, fueron varios los equipos sudamericanos que la adoptaban. Los uruguayos, vencedores de dos olimpiadas y de un campeonato mundial, desarrollaban una táctica perfecta, que en aquel entonces se le designaba con aquello de que «se entienden muy bien», pero que en definitiva no era más que el resultado de jugadas y colocaciones preconcebidas».

* «Es difícil entender por qué esta idea es tan combatida aquí, aunque yo personalmente creo que el profesionalismo en esta parte del continente no ha sido comprendido aún. La conciencia profesional de un jugador no está desarrollada».

* «Es necesario que nos demos

cuenta de que un partido no se gana por puntos, sino por diferencia de goles y, precisamente, las tácticas tienden a evitar sufrirlo y procurar hacerlos, en un esfuerzo colectivo donde se busca el mayor rendimiento posible con el mínimo desgaste de energías».

* «En aquellos equipos en que se juega «a lo que salga», cuando las piezas buenas fallan es imposible evitar el derrumbe».

* «El jugador profesional actual se cree con el derecho de ser remunerado por sus servicios, pero se resiste a aceptar los sacrificios que ello importa. Es reactivo a todo aquello que sea obedecer, y se fastidia si es penado por indisciplina. Quiere pasar al profesionalismo conservando los privilegios y sentimientos del amateurismo».

* «Existen dos fuerzas para poner al servicio de una institución. La «moral», que es premiada con pergaminos y medallas y es poderosa, y la «material», igualmente fuerte y que es premiada de manera más efectiva. Un término medio no es posible. Conciencia profesional es eso: entrar al campo dispuestos a ayudarse los unos a los otros, porque es necesario ganar el premio correspondiente. Ustedes se preguntarán qué tiene que ver esto con el sistema de tácticas. Pues, es muy simple. Cuando sientan verdaderamente el deseo de ganar un premio, tratarán de coordinar sus esfuerzos para lograrlo, y entonces tendrán que caer fatalmente en adoptar un sistema de juego».

* «Si aún queda alguien duro para razonar, le pondré otro ejemplo que, como se trata de números, es más fácil de entender. Que tome un lápiz y se moleste en averiguar qué diferencia hay entre los premios ganados por los jugadores de Colo Colo el año pasado y los de la temporada actual».

aún en su exacto valor -el medio no está preparado para ello-, pero sí formalmente. Y a las bancas llegan hombres prestigiados. José Minella llega a Green Cross como jugador y entrenador a cerrar sus campañas de Gimnasia y Esgrima, River Plate y Peñarol. A Universidad Católica llega Antonio De Mare, el elegante y observador técnico argentino que seguiría largamente vinculado al fútbol chileno y que hace apuntes sugerentes: «Si ese acendrado espíritu de sacrificio que adorna al dirigente chileno; si ese afán deportivo que lo mueve con el exclusivo objeto de ganar el próximo partido; si le preocupara menos la charla del café que la labor silenciosa de su Secretaría...».

El dirigente vive como todos los protagonistas, en efecto, inmerso en el mismo clima de un fútbol que tiene

algunas formas del profesionalismo, pero no sus fundamentos ni su sentido. Se vive, esencialmente, su cara competitiva, pero no hay signos profundos de desarrollo. De alguna manera, ya con diez campeonatos de historia, se vive reaccionando frente a los desafíos, pero sin un efectivo diseño y conducción.

Y si se trata sólo del espectáculo, 1944 aporta el inesperado y conflictivo regreso de Sergio Livingstone desde Racing, donde ha destacado como para obtener la capitania del equipo, a Universidad Católica, que debe indemnizar con una elevada suma al club trasandino. Para el campeonato local, en todo caso, se trata de un formidable aporte, aunque sus más brillantes actuaciones las tenga el «Sapo» defendiendo el arco del seleccionado nacional.

Un campeonato que, con el concurso de Wanderers y Everton, alcanza su máximo histórico de competidores: 12 equipos, que aportan en sus dos ruedas 132 partidos y 22 fechas de atracción que llenan un 42% del calendario anual, entre el cuatro de junio y el 26 de noviembre. Se lo anuncia, no sin razón, «como el mejor del profesionalismo».

En este panorama se produce la «chilenización» de Colo Colo, que se desprende de sus extranjeros y recurre a sus propias divisiones inferiores; de otros clubes sólo contrata a dos jugadores de Universidad de Chile: el centrodelantero Héctor Rojas y el arquero José Sabaj. Dirigido por Arturo Torres, Colo Colo no tiene un buen comienzo y al cabo de la primera rueda -en que remata tercero-, se produce el cambio en la banca y llega Luis Tirado.

El hecho es sugerente. A pesar de la resistencia a las tácticas, Colo Colo, el más popular de los clubes, acude en la emergencia a uno de los escasos apóstoles del fútbol de marcación. Tirado, estratega de nota, adelantado a su época, intuitivo y con ideas propias, hace recuperar terreno a Colo Colo, con gran apoyo en Alfonso Domínguez, el gran goleador de la época, hasta alcanzar al Magallanes de Platko (al que gana en circunstancias muy irregulares: el partido se suspende «por juego brusco», se anula y se juega de nuevo) y a Audax Italiano en la recta final.

En la temporada consagradoria de Francisco Hormazábal como el mejor armador del fútbol chileno, Luis Tirado confiesa en el momento de la victoria: «La suerte estuvo en haber encontrado en los jugadores de Colo Colo una disciplina, dedicación y conciencia profesional como hasta ahora no había visto».

No es casual. La enorme presión y exigencia que vive el jugador de Colo Colo lo hacen, por consecuencia y hábito, el más indicado para experimentar cambios que exijan disciplina y dedicación. Por eso había revolucionado con su aparición en 1925. Por eso había colaborado decisivamente en la explosión del profesionalismo. Por eso había protagonizado la revolución táctica del 41. Por eso Tirado encuentra ahora, a mitad de campeonato, a los hombres adecuados a sus ideas.

Ideas que comienzan a imponerse.

1945-1956

TIEMPO DE COSECHA

- Hombres para el cambio (1945-1948)
- El gran espectáculo del fútbol (1949-1952)
- Entre el cielo y el abismo (1953-1956)



DIGEDER

Hacer deporte es vivir mejor

EN EL FUTBOL

Formarlos
es un deber.

Guiarlos
una obligación.

Aconsejarlos,
una muestra de
cariño.

Proyectarlos,
es un objetivo.

Para una
generación de
campeones, que
se la jugará por
Chile



DIGEDER

Hacer deporte es hacer mejor

VI

Parte

TIEMPO DE COSECHA

En el Sudamericano de 1945 Chile llega a su último partido con nueve puntos. Brasil, su rival, tiene ocho. Argentina ha terminado su participación con 11. Si gana, Chile comparte el título con Argentina.

La ilusión no es gratuita, pues la campaña chilena ha sido notable. Afirmada la Selección en los goles de Desiderio Medina y en las actuaciones portentosas de Sergio Livingstone, llega invicta al último encuentro.

Tras bambalinas, hay roces entre el plantel y la dirigencia de la Federación; las discrepancias se producen por los premios acordados. Mientras el público se prepara para la gran final, los jugadores se niegan a abandonar la concentración.

Ya en la cancha, Brasil gana 1-0. Chile es tercero.

El episodio es todo un símbolo de lo que sucede en estos años. La Asociación Central no tiene tuición directa sobre las selecciones, la que recae en la Federación, cuya organización amateur impide, por definición, una comprensión del fenómeno del semiprofesionalismo que se vive y retarda su desarrollo.

En consecuencia, se vive un periodo en que el innegable progreso técnico del fútbol, producido a partir de 1941, comienza a dar resultados en cancha, pero la organización no está en condiciones de sustentar ese desarrollo. De ahí la contradicción de esta etapa histórica de 11 años llenos de luces y, también, de apagones. En ellos se registra la llegada de José Manuel Moreno a Universidad Católica, en 1949, primera contratación de un verdadero astro internacional para las canchas chilenas; y la de Jorge Robledo, en 1953, a Colo Colo, de gran significación para el avance en conceptos técnicos. Asimismo, futbolistas chilenos emigran con éxito.

Es un periodo en el que la Selección Nacional mantiene una gran actividad, en que alcanza sus mejores actuaciones sudamericanas, agregando una digna participación en el Mundial del 50 y en el Panamericano del 52. El hombre tras el éxito es Luis Tirado, que se mantiene durante agitados diez años encabezando los procesos técnicos y logra de los jugadores un comportamiento -dentro y fuera de la cancha- que otros entrenadores no consiguen, baciendo creer en un avance del futbolista en su comprensión del profesionalismo como una actividad que también conlleva obligaciones.

Una brillante generación de jugadores permite temporadas de alto atractivo y se producen campeones brillantes y de alto costo (Colo Colo el 53, Palestino el 55), y otros de trabajo formativo (las formaciones de Colo Colo el 47, las de Everton el 50 y el 52).

Por sobre todo, el periodo marca la consolidación del fútbol como gran espectáculo y la consagración de una generación de futbolistas nacidos en el clima de las marcaciones.

La estructura sobre la que se asienta esta producción de valores y los resultados no es, sin embargo, la adecuada. El déficit alarmante de canchas (a veces resuelto sólo por el estadio Independencia, producto del genio creativo de Universidad Católica), las dificultades de las tesorías, la comprensión a medias del fenómeno del profesionalismo, la relativa tuición de la Asociación Central sobre su propia creación producen un clima contradictorio, de grandes contrastes.

Más allá de esas contradicciones, queda para el aficionado el recuerdo de una época de fundadas ilusiones y de grandes alegrías.



DIGEDER
Donde el fútbol se vive mejor

HOMBRES PARA EL CAMBIO

1945-1948

Y QUE HACEN LOS PORRES?

LOS PUNTOS Y LA MARCACIÓN



1954. En España, Jaime Ramírez y Andrés Prieto [Español de Barcelona] y Paco Molina [Atlético de Madrid]. Consagración de una generación. Chile exporta:

1945-1948

HOMBRES PARA EL CAMBIO

Superando una difícil transición, el fútbol organizado termina por imponerse gracias a la superación de los seleccionados nacionales y a que despunta una generación nacida en el mundo de los sistemas. Tirado y Livingstone, dos nombres para afirmar el cambio.

«Las tácticas han servido para disimular muy bien algunas deficiencias técnicas del fútbol chileno: poco dominio del balón, poco juego de cabeza, etc. Pero eso lo irán perfeccionando con el tiempo».

Lo dice Juan López, el entrenador de la selección uruguaya, durante el Sudamericano del 47, en Guayaquil.

La opinión es certera. Apunta exactamente a la circunstancia que el fútbol chileno está viviendo desde 1941. Naturalmente, la única posibilidad de verificar el desarrollo de los procesos técnicos internos está en el cotejo internacional, en la medición de fuerzas. Y esa comparación se ofrece a través de las actuaciones de la Selección Nacional. Por ello es que el seleccionado va adquiriendo una particular significación -importante fue siempre- como reflejo del desarrollo interno en este periodo de tres años -1945 a 1948-, en el que participa en tres campeonatos sudamericanos.

LA BANCA SE AFIRMA

Uno de los aspectos que con mayor relevancia se perfila en esta etapa es el técnico. Es, por cierto, un desarrollo incipiente y resistido, pero sigue ganando espacios.

Lo fundamental es que, aún considerando sus muchas restricciones, se termina por aceptar la presencia del entrenador como factor importante. Queda claro, a estas alturas, que ya no basta con un Director de Equipo -que es un dirigente a cargo- y un Capitán, jugador con ascendiente que conduce al equipo dentro de la cancha. La dirigencia, con una renuencia previsible, va renun-

ciando poco a poco, y al menos formalmente, a la tentación de «hacer el equipo». El entrenador comienza lentamente a disfrutar de prestigio.

El hito más importante en este camino se da cuando en 1946 se le entrega la dirección técnica del seleccionado a Luis Tirado. Por primera vez, desde que se formara la primera escuadra nacional, el cargo se le da a un chileno (exceptuando la representación de 1919, en que Héctor Parra tuvo la dirección, seguramente de manera muy restringida). La llegada de Tirado, que se mantiene en el puesto durante diez años, revela varios reconocimientos: la necesidad de contar con un técnico, la existencia de valores en casa y el valor de la continuidad. Por sobre todo, el respeto a la función. Hasta aquí, sólo había sido respetable en la medida que los técnicos vinieran de medios más desarrollados.

El fenómeno se da también en los clubes. Si en 1943 y en 1944, Unión Española y Colo Colo habían sido campeones con entrenadores chilenos y sin contar con planteles estelares, el caso se repite con el Green Cross campeón del 45, dirigido por Eugenio Soto, ex arquero de Magallanes con fugaz paso por el seleccionado en 1937.

Igualmente importante resulta la tendencia general, pues se engrosan las filas técnicas con entrenadores de ideas modernas. A los que ya están en funciones, Audax Italiano agrega en 1947 a Ladislao Pakozdi, un internacional húngaro que llega como jugador desde Botafogo y que se queda para siempre en la banca; y Bádmin-ton, el mismo año, trae a José Pérez, ex jugador de Ferrocarri-ll Oeste, triunfador en Francia y, por lo tanto, imbuido también de los conceptos más modernos. Pérez, el



Recién comenzado el encuentro Desiderio Medina hace el gol que sería el del triunfo de Chile sobre Uruguay. También al comienzo había convertido Medina el gol a Argentina y se lo recuerda como «el Sudamericano de los goles de Desiderio Medina». Después los defendía Sergio Livingstone.

«Gallego», se queda también en Chile para siempre, llamado a hacer un gran aporte.

La situación comienza a ser comprendida en distintos niveles y así es como un organismo gubernamental, la DIC (Dirección de Informaciones y Cultura), dicta cursos de entrenador. En ellos se titula Enrique Sorrel, el «Tigre», quien con su flamante cartón bajo el brazo lleva a Colo Colo al título de campeón del torneo de 1947.

LOS PUNTOS Y LA MARCACIÓN

Con todo, el proceso es difícil; son varios los factores que se conjugan y que producen escepticismo, cuando no franco rechazo.

«La febril ansiedad por conseguir puntos -que suman pesos-, ha desvirtuado la fisonomía verdadera de este deporte», se escribe en 1946, «transformándolo a rates en un espectáculo realmente desagradable». Se relata que médicos y masajistas se transforman en verdaderos protagonistas de los partidos y pasan largos minutos al borde de las canchas atendiendo lesionados. «Al dribling sigue el foul, al quite el puntapié a mansalva».

Son dos los fenómenos que se reúnen para producir estos comentarios. Por un lado, está el aumento de la competitividad, que tiene una íntima relación con el hecho de que sus actores reciban una remuneración por su actuación. Importante también es el hecho de que se vive un claro intento de asimilar los conceptos novedosos del fútbol de marcación. Lo que no es fácil. Básicamente, el futbolista chileno sigue aprendiendo a marcar y, en una primera etapa, sólo se aplica a eso. Con tanto entusiasmo, que el mayor aumento se da en la cantidad de lesionados y en un fútbol de escasas luces ofensivas. Por de pronto, en el torneo del 46, al cabo de 42 partidos los comentaristas reparan que 13 de ellos han terminado en empate, proporción desusada en el pasado inmediato. Producto de que las defensas se hacen más sólidas y del aumento del interés por los puntos.

La crítica al fútbol organizado, apoyada en estos y otros indicadores, es particularmente virulenta. En 1946, después de un partido amistoso de la selección de Luis Tirado, se escribe: «Contrariamente a muchas opiniones, el team nacional se ve que está adiestrado en tal forma de no descuidar ni por un momento la marcación estricta del contrario, sistema -y en ningún caso táctica que podrán adoptar únicamente quienes estén convencidos de la inferioridad del cuadro. Es cierto que con ello se evitan los scores altos -fin primordial que persiguen los que idearon tal modalidad-, pero queda también en descubierto el desprecio por afrontar las posibilidades de buscar el gol».

No todos advierten, en el momento, que el fútbol nacional está en las primeras páginas de un nuevo silabario y es, por tanto, balbuceante. Se asiste, en efecto, a la expresión de un rústico fútbol de marcación y las canchas se ven pobladas de parejas en asfixiantes y estériles duelos personales.

El público y la crítica opinan y toman posiciones. Otros, sabiamente, se preguntan. Ante la aseveración de que «todo tiempo pasado fue mejor», este reflexivo

párrafo, también de 1946, expone: «Brillaron más los astros de antes si se los compara con nuestras actuales luminarias; pero, si su fulgor fue más intenso y su luz alcanzó más lejos, bien pudo deberse también a la escasez de astros que empañaran su firmamento. ¿Brillaron más porque fueron mejores o brillaron más porque fueron menos?».

Un tema para todas las épocas.

¿Y QUÉ HACEN LOS POBRES?

La consolidación del fenómeno de semiprofesionalismo es perceptible en varios frentes. Su importancia social se expresa permanentemente.

Ante la suspensión de una fecha del campeonato en julio del 46, por temor a la lluvia, se escribe: «Que no vuelva a suceder lo de la semana pasada, porque el espectáculo de los sábados por la tarde se está haciendo una necesidad para los hinchas fervientes. ¿Y qué quieren Ustedes que hagan los pobres, cuando los sábados ni siquiera pueden escuchar por radio el fútbol argentino?».

No es tan sólo un asunto de los sectores más populares. El fútbol es un fenómeno de amplio espectro social, al que se han sumado las Universidades, que recogen -y luego reemplazan- el interés sostenido por institutos tradicionales que ya declinan (Green Cross, Santiago National, Bádminton), al paso que Colo Colo contempla en sus filas a adictos de toda la gama social.

La difusión futbolística es necesaria al fútbol y a la población. De ahí las actuaciones itinerantes de los clubes por distintas localidades, las que tienen su precio: en un solo domingo de 1947, Colo Colo sufre cuatro lesionados en La Cisterna; Green Cross, tres en Concepción; la Católica, tres en Talca.

El espectáculo se hace cada vez más necesario, como ya sucedía en los primeros tiempos del

«La febril ansiedad por conseguir puntos -que suman pesos-, ha desvirtuado la fisonomía verdadera de este deporte».

GRITO DE GOL

El gran interés por hacer transmisiones radiales de los encuentros de fútbol nace en 1941 y, como forma de canalizarlo, el Directorio de la Asociación Central decide llamar a propuestas privadas, las que son abiertas el 4 de junio: postulan las radios Carrera, Huckle, Pacífico, Sociedad Nacional de Agricultura, Americana, Otto Becker. Se acepta la de radio Huckle, «abonando anticipadamente la cantidad de 20 mil pesos» y «se incluyó en el contrato de concesión los partidos amistosos, oficiales e internacionales organizados por la Asociación».

En septiembre del mismo año el contrato es traspasado a la radio Cervantes, la que produce una favorable innovación: transmite los encuentros por cadena de emisoras y crece el interés y «para la temporada de 1942 ya hay propuestas hasta por cincuenta mil

pesos».

La exclusividad, sin embargo, no satisface: «Las transmisiones se desprecupan completamente del elemento humano encargado del asunto y es así como resulta desagradable a veces escuchar voces que no significan ninguna garantía para los oyentes». A mediados de 1945 la Asociación resuelve la libertad de transmisión «a todas aquellas estaciones que se decidan a propalar por su onda las alternativas del presente campeonato».

La medida se aplaude, pues «establecida la libertad de transmisión, será preocupación de los directores buscar comentaristas que, por su condición intachable y por sus vastos conocimientos de fútbol, lleven a los radioescuchas una impresión cabal de lo que está ocurriendo en el campo».

amateurismo, y la presencia del público se hace protagonista.

En 1945, cuando Universidad Católica estrena su condición de local al inaugurar el 12 de octubre, su estadio en la avenida Independencia, un colocolino opina: «Quisiera que la hinchada nuestra fuera como la de la Católica. Mirenlos, van perdiendo tres a cero y todavía gritan, alentando a sus muchachos. Los de Colo Colo parece que no estuvieran en el estadio cuando el equipo va perdiendo». Es Universidad Católica quien por primera vez permite hablar estrictamente de local, aunque su fervor a ratos resulta desbordante y muy pronto la crítica clama por la instalación de «*alambrado olímpico*» en el recinto de la Plaza Chacabuco.

El entusiasmo sigue dificultando la labor de los árbitros -cuya consolidación es tan demorosa como la de los entrenadores-, y a fines del campeonato del 45 se puede leer este comentario: «*Día a día vemos como los encuentros del torneo profesional ven salpicado su normal desarrollo con la irrupción de dirigentes, hinchas y público en general, que no suelen desempeñar otro papel que el de arrojar leña a la hoguera*».

Nunca bien comprendidos, son los árbitros quienes resultan el blanco más propicio del fenómeno del fútbol de marcación que se vive. Durante la temporada de 1947 los partidos resultan particularmente violentos y el Consejo de la División de Honor llama a los jueces para pedirles más energía y decisión en sus cobros, de manera de extirpar el juego brusco. Lo cual resulta muy difícil, pues el respaldo con que cuentan es escaso. Un comentario de prensa señala que sienten «*pánico a cobrar un penal o a expulsar a un jugador*». El problema es que, cuando lo hacen, se les llena la cancha de gente y nadie los respalda, aunque en 1948 queda prohibido recusarlos, medida que sería transitoria.

La importancia de los puntos ya se vive con intensidad, generando un clima que queda retratado en este comentario de junio de 1948: «*¿Falta belleza en el fútbol de hoy? ¿Y eso qué importa? El fanático no quiere belleza; quiere goles, necesita ganar los dos puntos oficiales, ver a su club bien colocado en la tabla de posiciones. El resto no le interesa?*».

TODOS IBAN A TENER CANCHA

¿Cómo reacciona el fútbol, en su interior, ante el fenómeno del que es causa y protagonista? Las señales son variadas y contradictorias, acordes con el momento que se vive.

Ilustrativa al respecto es esta declaración de Robinson Álvarez Marín, quien señala desde la Presidencia de Colo Colo a fines del 45: «*Hasta este momento los dirigentes de Colo Colo y de la mayoría de los clubes no hemos sabido comportarnos como verdaderos dirigentes. Nos ha faltado visión para hacer verdaderamente grandes a nuestras instituciones. En Colo Colo nos ha desorientado el afán de triunfo, y yo he sido más hinchas que dirigente. Me ha cegado el título, esa es la verdad*».

De conmovedora sinceridad, la declaración del Presidente albo no significa en el futuro un cambio de actitud. Ni en Colo Colo ni en la mayoría de las

instituciones. En el caso colocolino, a la anunciada compra del estadio de Carabineros en 1946 sigue, al año siguiente, la dolorosa advertencia de que «*Colo Colo está quebrado*», que seguiría repitiéndose recurrentemente durante décadas.

Los clubes, en general, muestran conciencia respecto a algunos temas, pero escasa voluntad de acción. Todos señalan, por ejemplo, la necesidad de contar con un estadio. Universidad de Chile, que ya en 1942 había puesto la primera -y última- piedra en terrenos de la Quinta Normal, anuncia en 1946 que construirá su estadio en la Población Juan Antonio Ríos. Anuncios que preceden a otros que se repiten sin solución por todos los tiempos. También Magallanes avisa en 1946 que «*ya tiene los terrenos...*», y Santiago tiene «*ahorros*» para el mismo objeto.

Ante la diversidad de anuncios, la crítica se entusiasma y se escribe que «*llegará el día en que cinco o más clubes de la División de Honor serán dueños de cancha*». A la larga, lo único que se concreta es el anuncio de Universidad Católica, que reemplaza al viejo Campos de Sport con su estadio de la Avenida Independencia, que en 1946 es el único disponible: en reparaciones Santa Laura (que sólo reabre el 48) y el Nacional, transformados en potreros del Militar y el de Carabineros, el flamante terreno universitario es usado a toda hora para el desarrollo del campeonato.

«¿Brillaron más los astros de antes porque fueron mejores o brillaron más porque fueron menos?».

El Sudamericano de 1945 fue un gran acontecimiento. Previa al comienzo del torneo, la Revista Estadio dedicó su portada a tres valores del seleccionado nacional: Juan Alcántara, Sergio Livingstone y Francisco Hornos.



Pero la disposición de los universitarios católicos es excepcional. «Las personas que están en los puestos de dirección, salvo contadas excepciones», señala Luis Tirado en 1947, «son aficionados de buena voluntad, pero con un criterio amateur que ya no se ajusta con las necesidades del fútbol rentado. Son dirigentes exististas que sólo piensan en los dos puntos que deben ganarse el domingo».

El dirigente lo sabe, pero no lo resuelve y parece superado por su propia obra, que se le escapa de las manos. Hay gestos que se salen de este cuadro, como el que Universidad de Chile tiene en 1947, cuando resuelve cerrar sus registros de socios -que alcanzan a diez mil inscritos-, señalando que quiere «socios» y no «hinchas». Y cierra los registros para, antes de recibir más inscripciones, aclararles sus deberes societarios a los diez mil que ya están.

Actitud excepcional. Lo habitual es lo contrario. De algún modo, la dirigencia sigue siendo sorprendida por el desarrollo y hay marchas y contramarchas. Tras ver el éxito de formaciones netamente chilenas en 1943 y 1944, se resuelve limitar la contratación de extranjeros a cinco por club -lo que ya es una exageración-, pero antes de iniciarse el torneo del 45 se revoca esa decisión y se decreta la libertad de contratación.

Los mecanismos de ascenso y descenso son sólo una declaración de intenciones que en la práctica no funcionan. El Ascenso del 45 lo gana Iberia, pero como nadie acepta descender se resuelve salomónicamente que Iberia suba y nadie descienda, de manera que el torneo del 46 se juega con trece equipos, fenómeno que se repite al año siguiente.

Tampoco es resuelto el tema de la diversidad antagónica de intereses entre el fútbol profesional y el amateur y en 1945 se habla por primera vez, en la época profesional, de «reestructuración», estableciéndose que en lo sucesivo cada sector resolverá sus propios problemas, aunque en la práctica el fútbol profesional sigue administrado por una Federación básicamente amateur.

La situación económica sigue siendo lacerante y las soluciones no se divisan. Por el contrario, las dificultades aumentan en la misma proporción que la competitividad y se producen contrasentidos. Colo Colo rompe todos los records en montos transados por transferencias al pagar 180 mil pesos por Domingo Pino (de Magallanes), en 1946, en circunstancias de que durante el campeonato del 45 se había acordado rebajar los montos a pagar por transferencias o renovaciones de contrato (la experiencia ya señalaba que estos acuerdos no son posibles en una actividad competitiva).

Sigue asomando como única solución al tema financiero el aumento de partidos. Comprobado que no hay suficientes equipos de arrastre, se diseñan otros torneos. Como el Campeonato de Campeones (con los campeones desde 1933 en adelante), que comienza a disputarse en 1943, pero sin atractivo en las tribunas. Colo Colo, el más apremiado, organiza en el verano de 1948 un Campeonato de Campeones del fútbol sudamericano, que es el primer antecedente de un torneo internacional sudamericano de clubes.

El precio, en todo caso, es alto: los jugadores albos



no tienen descanso entre una y otra temporada, y a ello se deben sus zigzagantes campañas y su imposibilidad histórica de retener un título. Sólo en el verano del 45 tienen vacaciones los albos, lo que produce sorpresa y agrado en el plantel. Agrado que se transforma en tensión en 1948, cuando los jugadores reclaman descanso.

EL JUGADOR: ENTRE EL PROGRESO Y LA BOLSA

El peso de las circunstancias ambientales recae duramente sobre los hombros de todos sus protagonistas. En el jugador hay signos de progreso, de una cierta compenetración de su carácter de profesionales, aunque esto es también muy embrionario.

Después del Sudamericano del 47, Pedro Foncela, a la sazón Presidente de la Asociación Central y distinguido dirigente de Colo Colo, declara con orgullo: «Fue ésta la delegación más caballerosa que haya enviado Chile al exterior. Sabido es que se llevó vino. Lo teníamos en el salón grande, en la pieza de Tirado, sin vigilancia alguna. Cualquiera de los jugadores pudiera haber sacado cuanto quería. En homenaje a todos, debo decir que ni en las comidas se probó. Todos tomaban leche, agua mineral o jugo de frutas. Al final, tuvimos que regalar el vino».

Elogiosa, la aclaración -por el sólo hecho de ser una aclaración-, revela características de una época en que el concepto del profesionalismo es muy germinal y contradictorio. Durante el campeonato del 47, Enrique Sorrel explica desde la banca de Colo Colo: «En cuanto a disciplina, se ha destinado un fondo para premiar mensualmente al jugador de mejor comportamiento. Se le da al que asiste con mayor puntualidad a los entrenamientos y cumple con todas las obligaciones».

Este profesionalismo a medias, heredero de un amateurismo también a medias, obliga a que todos, jugadores, dirigentes, hinchas, árbitros, técnicos, periodistas, deban hacerse lentamente, muy lentamente, a una realidad de nuevas obligaciones y derechos. Un nuevo estado de cosas. Como es nuevo para Jorge

Hernán Fernández alcanzó en el Sudamericano de 1946, en Buenos Aires, una consagración internacional que le había resultado esquiva. En la fotografía, es sacado en andas por el público luego de su notable actuación frente a Paraguay.

Peñaloza (el delantero de Colo Colo) viajar en avión a Guayaquil para el sudamericano del 47: «Lo que son las cosas de la vida... Hace cuatro años fui al norte con la cuarta del Colo, en tercera y comiendo peras y queso. Y mire ahora. Me traen helado y chicles, me ponen el almohadón en la cabeza y me echo para atrás ¡como el rey!».

No todas las novedades son gratas. Las nuevas exigencias y sus consecuencias financieras generan situaciones dolorosas. Como la creación en 1945 (comienza a funcionar al año siguiente) de la Bolsa de Jugadores, la que según la revista Estadio «de una plumada envilece una profesión hasta el momento honorable» y la califica de «un atentado contra la personalidad humana, que vulnera los más sagrados derechos del hombre».

Según el nuevo sistema, el jugador que no llega a acuerdo con su club es enviado a la Bolsa con sus servicios tasados en un monto normalmente inalcanzable para las demás instituciones. Si nadie lo retira, el jugador debe renovar con su club en las condiciones ofrecidas por éste, que son muy inferiores al valor de tasación oficial. El humillante sistema duraría muchos años. Aunque parece perverso, sólo refleja el inútil intento de controlar un mercado que es, por definición, incontrolable.

La búsqueda de los cauces normales de las fuerzas de la oferta y la demanda genera roces, la temperatura sube y la caldera estalla en el Sudamericano del 45, cuando los seleccionados se niegan a salir a la cancha a jugar el último partido si no se les garantiza el pago de los premios pactados. La dura situación, que termina en severos castigos, conmueve a la opinión pública, irrita a los cuadros directivos, moviliza a la crítica y divide a los aficionados. A trece años de la oficialización del fútbol rentado, la idea de que los futbolistas reciben una paga por su actuación sigue sin ser cabalmente asimilada por el medio; y son pocos los futbolistas que captan realmente que esta situación implica no sólo derechos, sino también obligaciones. Una prueba de esta transición es que el Círculo de Periodistas Deportivos, mientras jugadores y dirigentes discuten los premios de la discordia, organiza una colecta para premiar a los mejores jugadores. Tal candor revela la explicable confusión que se vive.

BALANCE Y CONCEPTOS

«Habla el balance de la División de Honor de un movimiento de ocho millones. Importante suma que, a primera vista, tendría que poner a resguardo a todos los organismos que componen la entidad máxima del fútbol nacional de la aguda crisis por que atraviesan en estos momentos. No obstante ello, todo el mundo ha podido comprobar cómo a una mayor entrada, los gastos han superado con creces los ingresos».

«La importancia social, educativa y deportiva que representan los clubes, nos mueve una vez más a señalar el único camino capaz de orientar la marcha económica hoy en talencia. Mientras se siga

en un tren de gastos superior al de las propias posibilidades, de nada valdrán las grandes recaudaciones ni las fervientes conscripciones de socios».

«Reducción en los gastos, medida, equilibrio y orden en los presupuestos, dedicación preferente a las divisiones inferiores, cancha propia, sobriedad y recato en la gestión directiva de los timoneles de los clubes. Esas son las armas que deberán esgrimirse para detener la crisis que amenaza al fútbol profesional chileno».

(Editorial de la revista Estadio del 22 de marzo de 1947, comentando el balance de la temporada de 1946).

LAS TÁCTICAS Y LA «MODALIDAD CRIOLLA»

Sin embargo, a pesar de las contradicciones del paso desde un amateurismo-profesional hacia un profesionalismo-amateur, el desarrollo en la cancha comienza a ser perceptible y es resumido, fundamentalmente, por las actuaciones del seleccionado.

Tras los bochornos de 1942, cuando recién Chile estrena sus flamantes «tácticas» en Montevideo, pasan dos años de inactividad sudamericana para retomar a la vieja cita en 1945, con el torneo extraordinario que los emisarios chilenos consiguen para Santiago en septiembre del 44.

Frescos aún los recuerdos, la prensa de pregunta con inquietud: «¿Volverá Chile a jugar con táctica, como en Montevideo?». Y cuando «los posibles componentes del team que defenderá a Chile» cumplen su primera práctica en el estadio de Carabineros (con más de dos meses de anticipación al comienzo del campeonato), se escribe que «el sistema puesto en práctica por el entrenador húngaro Francisco Platko no es adecuado a nuestro fútbol y menos aún cuando se trata de adversarios que, como los rioplatenses, nos superan en habilidad y rapidez. El procedimiento de marcar al hombre



Terminado el encuentro de Chile y Argentina, el público ecuatoriano posa con los jugadores chilenos en el estadio Capiwell de Guayaquil, testimoniando su aprecio por un formidable desempeño. El 1 a 1 del Sudamericano del 47 es el cuarto empate conseguido ante Argentina.

UN MAYOR CON PLANES

La concepción del deporte como un asunto de Estado avanza muy lentamente en la sociedad chilena. La presencia de la actividad deportiva en la acción gubernamental se da, en 1947, a través del Departamento de Deportes de la Dirección de Informaciones y Cultura. Su actividad es amplia en estos años, probablemente debido a que su Director es el Mayor Electo Pereda, que en sus tiempos de Capitán (en los comienzos del profesionalismo) fue un actualizado entrenador de Colo Colo.

Es Electo Pereda quien propicia un plan que contempla tres pilares de una acción futura: servicio médico del deporte, construcciones deportivas y preparación de elementos técnicos. Sostiene Pereda que debe conseguirse que «no solo practiquen deportes los

individuos en condiciones orgánicas de hacerlo», sino que deben orientarse las vocaciones hacia otras áreas (construcción de recintos deportivos, creación de cuerpos de profesores y entrenadores). Su proyecto contempla la creación de la Dirección General del Deporte.

Se aplauden sus ideas, pues «no es posible seguir librados indefinidamente a la iniciativa de unos pocos hombres e instituciones bien inspirados que, lógicamente, no pueden concretar proyectos de gran envergadura».

Sin embargo, el esfuerzo de Electo Pereda no es suficiente. Ausente, en la práctica, la ayuda financiera, un año más tarde se escribe que «el deporte chileno está recibiendo de parte del Estado sólo amargas realidades».

implica exigir al jugador condiciones extraordinarias que no siempre todos pueden tenerlas. El futbolista chileno es el menos indicado para un sistema semejante. Se le destruye su empuje característico, su modalidad criolla de luchar como pueda frente a un contendidor superior. Y el trabajo que se le exige es enorme, porque sin tener dominio de la pelota y habilidad en la ubicación y en la combinación, es imposible que cumpla lo que se le pide. No se puede hacer escribir un libro a un niño que está empezando a leer».

Aunque la opinión tiene profundas contradicciones internas, refleja el enfoque de un sector muy importante, que se opone tenazmente y prefiere para el fútbol chileno «su modalidad criolla de luchar como pueda».

Afortunadamente para el desarrollo, los máximos sectores directivos insisten en la línea progresista y a pesar de la resistencia vuelve a estar Francisco Platko en la banca y el clima para la selección es favorable debido a que se juega en casa y se baja el tono de la polémica: «Nada de críticas ofensivas y destructivas para el equipo», invita un periódico, «cuando esté actuando mal, que así no se remedian las cosas». De modo que cuando el plantel sigue sus prácticas-ahora en el estadio Los Leones-, simplemente se deja constancia de que se «empleó la táctica de cuidar estrictamente a la delantera adversaria».

Ese es el ambiente, entonces, cuando la Selección sale el 14 de enero a la cancha del Estadio Nacional, para enfrentar a Ecuador. El elocuente 6 a 3 no alcanza a producir euforia. Sólo satisfacen ampliamente los desempeños de Guillermo Clavero y de Juan Alcántara y se comentan con escepticismo los tres goles ecuatorianos, atribuidos a fallas en la marcación personal, la que es peligrosa «si no se hace con inteligencia». La reflexión del redactor no es en absoluto descaminada, sólo que no considera que las marcas son aún muy rudimentarias y están en proceso experimental: «Si pensamos en una línea de forwards marcada hombre a hombre por cinco defensas y uno de los forwards burla a uno de los

defensores, el gol será inevitable». Y si Ecuador había marcado tres goles, la reflexión siguiente es inevitable: «¿Qué pasaría si el rival fuera más poderoso?».

Naturalmente, los adversarios más poderosos no aparecen al comienzo y la inquietud queda sin respuesta. Por el contrario, los encuentros con Bolivia (5-0) y con Colombia (2-0) alimentan el entusiasmo popular y dejan a Chile con seis puntos, trece goles a favor y comentarios más entusiastas: «Es posible aceptar, por esta vez, el hábito puesto en práctica por su entrenador, en cuanto a que los defensores ejerzan una vigilancia estricta sobre cada uno de los delanteros adversarios, método que podría servir para obstaculizar la acción entrabada de los rioplatenses y contrarrestar de esta manera su superioridad en rapidez y recursos técnicos».

ENTRE DESIDERIO MEDINA Y SERGIO LIVINGSTONE

Es a partir del cuarto encuentro cuando empiezan a escribirse los capítulos más importantes. No sólo del campeonato, sino de una etapa importante de la evolución futbolística chilena.

Así queda en el relato periodístico:

«Cuando el uruguayo Valentín dio la orden de iniciar las acciones, mostró el team de casa todo el valor que representa una defensa que no terminaba en Livingstone, sino que iba mucho más allá del arco mismo para encaramarse en las repletas galerías de cemento y extender en inmenso abanico la polifonía imponente de ese «¡Chi-le! ¡Chi-le!» que empujó a nuestros delanteros hasta dentro de la red de Ricardo cuando los argentinos no salían aún de su asombro».

Apenas habían transcurrido dos minutos cuando Piñero combina con Clavero y éste mete el centro rasante que al otro lado recoge Desiderio Medina para abrir la cuenta.

Después, por cierto, la tremenda defensa en la que rayan a gran altura Jorge Vázquez, Francisco Las Heras, José Pastene y Miguel Busquets. Y, por sobre todo, Sergio Livingstone, quien al final del partido es sacado en andas por el público que entra a la cancha («por grande, cada vez más grande»), cuyo trabajo había postergado hasta el minuto 23 del segundo tiempo el empate de una delantera argentina de lujo: Méndez, Pontoni, Martino, Loustau.

Se repite la fórmula al encuentro siguiente. Gol de Desiderio Medina y luego una defensa heroica que permite mantener la ventaja hasta el final contra Uruguay.

La opinión pública es conmovida. Los seleccionados son héroes. «Han sabido, con coraje y gallardía, adelantarnos una posición para el futuro, acomodarnos en la mesa de los grandes, buscarnos una cita con la Historia». Joaquín Edwards Bello reflexiona: «Es preciso ver cómo en todas partes se pronuncia el nombre de nuestro guardavallas. Parece que hubiera salvado a la Patria de un peligro mortal».

Con nueve puntos, Chile aspira a ser campeón sudamericano. Hay que ganarle a Brasil.

«¿Y qué quieren Ustedes que hagan los pobres, cuando los sábados ni siquiera pueden escuchar por radio el fútbol argentino?».

«Quisiera que la hinchada nuestra fuera como la de la Católica. Mírenlos, van perdiendo tres a cero y todavía gritan, alentando a sus muchachos».

Entonces sobrevienen las discusiones por los premios. Los seleccionados se niegan a abandonar la concentración mientras no se garantice el pago de lo acordado; otros apuntan que los seleccionados han hecho nuevas exigencias en vista del éxito.

En ese estado llega el plantel a Ñuñoa. Y todo termina con el gol de Heleno que le da la victoria a Brasil por uno a cero. De las ilusiones de campeón Chile pasa al tercer puesto. Luego, investigaciones, careos, severos castigos.

El ambiente queda tensionado. Forman bandos los medios de comunicación, lanzándose delicadas acusaciones. Se habla de *«falta de patriotismo»* y se ataca al profesionalismo, los seleccionados son juzgados por *«rebelión»*.

Más allá de los incidentes, lo concreto es que Chile suma cuatro triunfos, un empate y una derrota. Y ello consigue que baje el volumen crítico respecto del fútbol de marcación y permite que se pueda seguir trabajando en la senda del desarrollo. Ese es, fundamentalmente, el aporte del Sudamericano del 45 al progreso histórico.

LA RENOVACIÓN DE TIRADO

«Llevaron los muchachos de Lucho Tirado la ventaja de la poca exigencia que el aficionado chileno hará de sus difíciles compromisos».

Así se escribe cuando la Selección parte al Sudamericano de Buenos Aires, en enero del 46. *«Nos sabemos, como nunca, inferiores a los del Atlántico»*. Se insiste en que *«usar tácticas»* es un reconocimiento a la propia inferioridad.

Pero Luis Tirado acepta el desafío e inicia un ciclo decisivo para el fútbol nacional. Desafío de alto riesgo, si se considera que la libertad de contratación produce que la mayoría de los puestos de creación y finiquito en los equipos locales están ocupados por jugadores argentinos y uruguayos. La notable extranjerización se traduce en que de los doce clubes del torneo del 45, ocho tienen como centrohalf a un jugador foráneo y que en los mismos equipos se cuentan catorce insiders no chilenos. Al sumar a centrodelfanteros y jugadores de otros puestos se llega a una cantidad que resulta irritante y *«particularmente evidente en lo que se refiere a las líneas delanteras, en algunas de las cuales suele aparecer un solo jugador chileno»*.

Tirado encara el reto con la única solución a la mano: renovación. Nueve jugadores (Hernán Carvallo, Jorge Araya, Osvaldo Sáez, Rodolfo Clavería, Guillermo Fuenzalida, José López, José Sepúlveda, Víctor Mancilla, Jorge Peñaloza), hacen su estreno con la camiseta roja. Son pocos los que hacen larga campaña internacional (Carvallo y Sáez), pero la masiva convocatoria revela la disposición de Tirado, que se juega por la búsqueda antes que por marcar el paso. El juego es el riesgo.

Y el resultado es para meditar: dos victorias (sobre Paraguay y Bolivia) y tres derrotas: con Argentina, Brasil y Uruguay.

Tras la campaña, sin embargo, quedan apuntes sugerentes. La consagración del «Nano» Fernández en el arco (sacado en andas por sus rivales en la noche del triunfo sobre Paraguay en la cancha de San Lorenzo) y, por sobre todo, el aporte de Tirado al descender el misterioso velo tendido sobre *«las tácticas»*. El entrenador ofrece al público la descripción de sus ideas y de sus planteamientos antes de cada partido. Acierta y se equivoca, pero educa, informa. Ayuda, en definitiva, a la formación de una cultura táctica en el público y en el periodismo menos informado.

Casi dos años más tarde, en noviembre del 47, Tirado entrega la nómina de los seleccionados que en diciembre defenderán a Chile en el Sudamericano de Guayaquil. Ahora son más los debutantes. El entrenador señala que está pensando en el Mundial del 50. Se le replica que dónde quedó la renovación del 46 si ahora se vuelve a convocar a un nuevo contingente.

Lo que ha sucedido es que a fines de 1947 ya han pasado siete años de desenvolvimiento en el fútbol de marcación y hay una generación de jugadores nacidos en él y son producto de un nuevo fútbol. La marcación misma ya se ejecuta con más solvencia -aunque el proceso es muy largo y falta para su decantación-, aparecen jugadores de gran claridad táctica y, por sobre todo, se está produciendo un delantero habituado al rigor de defensas organizadas y, por consecuencia, con mayores recursos. En esta selección del 47 los mejores exponentes de esta nueva generación son los debutantes Andrés Prieto, Raimundo Infante y Pedro Hugo López, agregándose también a Fernando Riera (un adelantado en concepciones futbolísticas, que ya se había estrenado con las selecciones en 1942).

De comienzo catastrófico (0-6 con Uruguay), el equipo chileno se sobrepone (2-1 a Perú, 3-0 a Ecuador, 1-1 con Argentina, 0-1 con Paraguay, 4-1 a Colombia y 4-3 a Bolivia), para producir diversos comentarios que apuntan a sus progresos y a sus males endémicos.

La falta de gol subsiste: *«El forwards de Ustedes»*, dice el entrenador uruguayo, *«juega sólo con la pelota, a excepción del rubio (Andrés) Prieto, que se mueve buscando claros, desmarcación y ubicación estratégica cuando va con el balón otro delantero. Además, a todos les falta serenidad en el momento de definir»*.

El nerviosismo ante el éxito (ahora expresada en el partido contra Paraguay, cuyo triunfo puede darle a

Una formación ofensiva chilena en el Sudamericano del 47, que ya produce los primeros resultados del fútbol de una nueva época. En la fotografía están Fernando Riera, Andrés Prieto, Jorge Araya, Carlos Varela y Pedro Hugo López.



Chile el subcampeonato), también es recurrente y el cronista apunta: «Lo hemos visto en la competencia local. Precisamente equipos que, como este representativo nacional, estuvieron ante la risueña perspectiva de un halago grande, no contaron con la tranquilidad, la consistencia de espíritu para defender esa chance inmejorable. Se los devoró la responsabilidad».

Y también hay apuntes nuevos. Los hace Tirado al regreso:

«En el terreno de la práctica comprobamos que nuestro sistema defensivo es el más eficaz y ya está perfectamente asimilado por los jugadores».

Y advierte: «Si nuestros muchachos resultaron demasiado inexpertos esta vez, no lo serán en una segunda oportunidad».

La respuesta está en el futuro.

Las sugerencias del presente, más allá de los resultados, aparecen positivas. A la renovación de valores, al mayor dominio de la marcación y a la aparición de jugadores más hábiles y desenvueltos se suma el hecho de que las selecciones se están formando con jugadores provenientes de hasta nueve clubes (como sucede en 1946), superándose la etapa inicial del profesionalismo en que la base era un sólo club más algunas incrustaciones.

NINGUNO ERA FAVORITO

En el plano local se repite en estos cuatro torneos el fenómeno de que los cuadros campeones no aparezcan, al comienzo, como favoritos. Tampoco éstos se muestran haciendo rutilantes contrataciones extranjeras, lo que podría estar probando que los clubes adquieren en otros países los pases de jugadores de nivel discreto, con las excepciones y sorpresas del caso.

Estos dos hechos recurrentes en los torneos del 45 al 48 se dan en el Green Cross del 45. No entran en gastos los de la Cruz Verde. Contrariando los espectaculares anuncios de otros clubes (de los cuales muy pocos se concretan), sólo anuncian el retorno de Emilio Converti, llegado desde River y vuelto a Buenos Aires el 44, y la contratación de Biglieri, golero mendocino que había llegado a la suplencia en Lanús. En el resto de su plantel tampoco hay algo espectacular para Green Cross y se surte, más bien, de los jugadores a los que otros clubes dejan ir porque ya han cumplido su ciclo o porque pasan por un mal momento. Así es como desde Colo Colo llega Santiago Salfate -teóricamente a terminar su larga carrera-, desde Unión Española se incorporan Mario Carmona -al que no se estima importante- y Francisco Ruiz, el «Maneco» -le falta su mano derecha-, y desde Santiago National se agrega Luis Orlando.

Esas son las novedades con que cuenta Eugenio Soto, el ex internacional magallánico y colocolino, ahora en la banca grengrosina.

Y otra, que es la que confirma las excepciones y sorpresas en las contrataciones extranjeras. Al informar del retorno de Converti, la prensa informa: «Vuelve Converti y con él dos argentinos de discreta actuación en Buenos Aires». Uno de ellos es un joven que ha

CAMPEONES DE AMÉRICA

Nacional, de Uruguay: River Plate, de Argentina: Vasco da Gama, de Brasil: Emelec, de Ecuador: Litoral, de Bolivia: Municipal, de Perú: Colo Colo, anfitrión.

Todos ellos, campeones de sus respectivas competencias, se presentan en febrero de 1948 en el Estadio Nacional para animar el Campeonato de Clubes Campeones. Tomado con seriedad por los mejores cuadros sudamericanos, el torneo resulta un éxito total, congregando a alrededor de 450 mil espectadores -sobre cuarenta mil por reunión-, a las 11 fechas jugadas entre el 11 de febrero y el 14 de marzo.

River Plate, con una delantera

espectacular (astros de primera de línea para elegir: Reyes, Moreno, Boyé, Distéfano, Labruna, Loustau, Méndez, Muñoz), es el cuadro de más alto vuelo del campeonato. El título es para Vasco da Gama, que se muestra «más práctico».

Nacional es tercero: Colo Colo y Municipal empatan el cuarto puesto; Litoral y Emelec cierran el cómputo.

La idea está lanzada. Hay público, hay interés y hay grandes equipos como para hacer un Campeonato de Campeones. Hacia tiempo que el Presidente de Colo Colo, Robinson Álvarez Marín, tenía esa idea.

saltado de Villa Devoto a Chacarita, para luego transitar por Ferrocarril Oeste, River Plate y Platense. Es Juan Zárate, que sería goleador del torneo, que luego repetiría sus títulos con Audax Italiano en 1948, que se avecindaría largamente en el país, transformándose en uno de los futbolistas argentinos de mejor recuerdo en el fútbol chileno.

De los jugadores nacionales, Green Cross presenta en sociedad a Jorge Araya, un buen goleador que llega a la Selección Nacional, y a Juan Manuel Acuña (a préstamo de Audax Italiano), un eficiente defensor que también llega al seleccionado y que vuelve a ser campeón en dos temporadas con su club de origen.

Jugado entre doce equipos, el torneo del 45 muestra la novedad de los equipos tradicionales ubicados secundariamente: Colo Colo es penúltimo y Magallanes queda a mitad de tabla.

El campeonato de 1946 es el más largo en el historial del profesionalismo. Juegan trece equipos (asciende Iberia y ninguno acepta descender), en dos ruedas de todos contra todos y una tercera, por el título, entre los seis primeros.

Como Green Cross el año anterior, Audax no es favorito y se estima que con su plantel puede aspirar a tener un año tranquilo. Tiene buen pronóstico de gol con Hugo Giorgi (goleador argentino de fuste que más tarde

Audax Italiano posa con su plantel en El Tránque (luego Sausalito), cuando ya tiene asegurado el título de campeón de 1948. De pie: Juan Manuel Acuña, Ismael Islami, Víctor Klein, Daniel Chirinos, Carlos Atlagich, Roberto Cabrera, Américo Azores. Primera línea: Manuel Piñero, Domingo Romo, Juan Zárate, Rubén Jiménez, Domingo Walton, Carlos Varela, Armando Hermosilla y Ramón Vilasante.



*«El fanático
no quiere
belleza:
quiere goles.
necesita
ganar los dos
puntos
oficiales. ver
a su club bien
colocado en
la tabla de
posiciones. El
resto no le
interesa».*

emigraría a Italia) y con Domingo Romo (goleador del Santiago Morning campeón del 42), por lo que deja partir a Juan Alcántara, seleccionado nacional de la misma cuerda de los anteriores. Hacia atrás, el juego seguro y parsimonioso de Roberto Cabrera (el «Chino», half ya legendario a estas alturas), la eficacia de Juan Manuel Acuña y de Carlos Varela -todos seleccionados nacionales-, la trascendencia del argentino Ramón Vilasante -que también emigraría a Italia-, y la eficacia de un arquero llegado del norte que promete alcanzar grandes alturas: Daniel Chirinos.

De andar reposado, pero apto para cambiar de ritmo y ganar partidos que parecen perdidos, Audax llega a producir sesenta goles, que es el tercer mejor rendimiento del profesionalismo, y termina como en los viejos tiempos: superando por sólo dos puntos a Magallanes.

DE LA QUIEBRA AL TÍTULO

En 1947, Colo Colo no sólo no es favorito al abrir la temporada. Más que eso: hay una gran división interna y un grupo de dirigentes renuncia advirtiéndolo que «el club está quebrado».

No es muy halagüeño el panorama para Enrique Sorrel. Pero el «Tigre», que hace sus primeras armas como entrenador, logra la mística y la disciplina suficientes como para sacarle rendimiento a un plantel que casi no se refuerza. Además, prácticamente no cuenta con su astro máximo (Francisco Hormazábal, que no se recupera de sus dolencias del 45). Tampoco dispone del buen arquero que el año anterior había llegado desde Bádminton: Misael Escuti -lesionado en un amistoso de comienzos de año-. Además, los albos mantienen su

política de «chilenización».

Mezcla de veteranos (Oscar Medina, Tomás Rojas, Alfonso Domínguez) y valores jóvenes (Manuel Machuca, Pedro Hugo López). Colo Colo logra sacarle siete puntos de ventaja a su perseguidor más cercano, Audax Italiano (que le gana al campeón los dos partidos), y suma su quinta estrella sin el espectáculo ni el estruendo de otras ocasiones, pero satisfaciendo a sus seguidores por la mística que expresan los dirigidos del «Tigre» Sorrel.

Tampoco en 1948 aparece Audax Italiano como un favorito ni dispuesto a renovarse. Caso contrario al de Everton, que anuncia una renovación casi total y entre sus nuevas figuras presenta a un joven delantero que viene del norte, de Pedro de Valdivia: René Orlando Meléndez.

La única novedad de Audax está en la banca, donde sorpresivamente aparece Salvador Nocetti, que deja a Santiago Morning, el club de toda su vida.

Curiosamente, siendo el plantel de mayor promedio de edad del campeonato, Audax mantiene su notable capacidad de reacción para ganar puntos que parecen perdidos y se apoya en dos pilares para ganar el título a seis puntos de Unión Española. En los goles de Juan Zárate, que vuelve a consagrarse scorer del torneo, y en la soberbia actuación de su arquero, Daniel Chirinos, que resulta ser una de las mejores figuras del año.

Ninguno de los campeones de estos años tenía «cara de campeón». Lo cierto es que quienquiera hubiese sido el campeón, habría resultado una sorpresa. La irregularidad de los cuadros, las zigzagantes campañas de un año a otro ya son características en los equipos chilenos hacia el fin de los años cuarenta.



En 1948 concretó Colo Colo un viejo anhelo: realizar un campeonato de clubes campeones de América. En la fotografía [que muestra el óvalo cíclico del Estadio Nacional], un momento de revuelo en el arco de Colo Colo en su partido con Vasca da Gama.

1949-1952

EL GRAN ESPECTÁCULO DEL FÚTBOL

La llegada de José Manuel Moreno a Universidad Católica en 1949 afianza al profesionalismo en su faceta espectacular. Se consolida una nueva generación futbolística y los campeonatos crecen en intensidad.

- Infante no estará en el entrenamiento de hoy porque tiene una exposición.

«¿Que tiene qué?».

- Una exposición.

José Manuel Moreno cree que le están haciendo una broma. Y hay que explicarle que Raimundo Infante, además de estudiante de Arquitectura, es pintor. Y que ha estado montando una exposición y hoy es el día de la inauguración.

Más adelante, Moreno confesaría que, mientras le explicaban, él pensaba: «¡En qué club me he metido, si el centrodelantero es pintor! ¡He llegado a un equipo de locos!».

No lo creía José Manuel Moreno, el «Charro», figura indiscutida del fútbol argentino y sudamericano, estrella para todos los tiempos.

Había recorrido mucho este hombre que nace boquense pero que ancla en River después de ser rechazado en una tarde de pruebas en La Bombonera y que debuta en 1933 por la Cuarta de los «millonarios» haciéndole cuatro goles a Boca. Astro para siempre, con dos años de actuación en el España de México -desde donde vuelve como el «Charro»-, Moreno llega para la temporada del 49 a Universidad Católica y el resto del fútbol también piensa que la decisión no ha sido cuerda.

«Gastar un millón y medio de pesos en un hombre es sólo cosa de locos».

Así se dice. Y se agrega:

«Peor negocio no puede hacerse, sobre todo tratándose de un hombre viejo».

Pero en Universidad Católica están acostumbrados a las locuras. Ya habían estado cerca del fútbol a comienzos del siglo. Ya habían formado el Club Deportivo en 1927. Ya se habían incorporado al deporte federado, con fuertes ramas, en 1937. Ya habían construido el estadio de Independencia, algo casi imposible para un club privado.

Además, el «Charro» contesta las críticas con energía: «Yo juego al fútbol porque me gusta y porque no puedo vivir sin hacerlo. Y jugaré hasta que los huesos no den más».

Alberto Buccicardi, egresado de Leyes, jugador y capitán del equipo y ahora entrenador de la Universidad Católica, percibe la necesidad de un jugador de alta calidad y con ascendiente, como para ordenar, para canalizar el ímpetu desbordante de su juvenil escuadra. Tiene a un futbolista fuera de clase, como Livingstone, es cierto, pero limitado su ascendiente a su puesto de arquero.

Y José Manuel Moreno, astro refulgente de las



Desde atrás aparece sorpresivamente en el área José Manuel Moreno para rematar sobre el arco de Iberia, en la segunda rueda del campeonato del 49. El «Charro» Moreno fue la primera figura de nivel continental que llegó al fútbol chileno.



Una actuación digna, que incluyó el 5-2 sobre Estados Unidos -vencedor de Inglaterra-, cumplió Chile en el Mundial del 50. En la fotografía está la formación chilena de aquel triunfo en Recife. De pie, de izquierda a derecha: Arturo Fariás, Manuel Álvarez, Sergio Livingstone, Miguel Busquets, Fernando Roldán, Hernán Carvallo. Primera línea, en el mismo orden: Andrés Prieto, Atilio Cremaschi, Jorge Robledo, Manuel Muñoz y Guillermo Díaz.

canchas de América, llega al fútbol chileno.

«HE TRABAJADO TODA LA TARDE»

De alguna manera, la millonaria contratación de Universidad Católica establece un hito. No por la cifra pactada, sino por su significado. Se trata, por de pronto, de aportar la presencia en el campeonato de una figura de real envergadura, de un hombre que ya es una leyenda del fútbol continental. En torneos que ya habían ganado su debida importancia, se enfatiza así su contenido esencial: su carácter de espectáculo.

Por otro lado, la llegada de Moreno tiene significación por su aporte al sentido profesional. El es un hombre que ha hecho del fútbol un medio de vida y, en

consecuencia, lo protege. Se entrega por entero a su causa en la cancha y tiene clara la recompensa. Tras un partido complicado, les comenta a sus compañeros: «¡He trabajado toda la tarde y no he ganado un peso!». Y hace alarde de su dedicación -y de su vigor único-, cuando va en ayuda de un juvenil zaguero y le comenta: «¿Te parece bien que tenga yo que venir a ayudarte?». ¿Dónde están esos dieciocho años?». Más adelante, luego de un viaje a Buenos Aires, se rumorea el interés de Boca Juniors por contratarlo y pronto aparece el vicepresidente del club por Santiago formalizando la oferta. «Yo soy un profesional serio», dice Moreno, «y voy a respetar hasta el final el compromiso que tengo con la UC».

El concepto de las obligaciones que implica el profesionalismo está claro en el «Charro». Y lo comunica, lo expresa. Más allá de su personalidad exuberante, de su alegre sentido de la vida, de su apego a la jarana y de su íntima amistad con la noche, Moreno es rendimiento, es eficacia, es exigencia. Se exige y les exige a sus compañeros. «He trabajado toda la tarde...». Por cierto, es un trabajo.

Su aporte a la atracción resulta fundamental. El público, más allá de sus banderías, va a los estadios a verlo. Sin duda, la llegada de un auténtico astro internacional termina de otorgarle al fútbol en Chile su carácter de gran espectáculo.

Esta es, por lo demás, la característica de la época en la que entra el fútbol. Con Moreno no comienza el gran espectáculo. Con él se afianza, se consolida, se consagra -tal vez anticipadamente-, este hito que está en la esencia del fútbol.

Todos los aspectos que tienen que ver con el proceso de consolidación del profesionalismo -fundamentalmente las debilidades del medio-, pasan a segundo plano. Las dificultades que conlleva montar el espectáculo pasan a formar parte de él, como algo inevitable, pero dejan de tener importancia en sí mismas y no pueden entorpecer su desarrollo ni poner en peligro su existencia. Los problemas, a estas alturas, están para ser resueltos. El profesionalismo y el espectáculo forman parte del paisaje social. Son hechos. Y están fuera de discusión.

El fenómeno de la inflación, por ejemplo, se menciona, se discute, pero debe aceptarse como inevitable, inherente a la actividad. La sorpresa la produce Universidad Católica por la cifra usada en la contratación de Moreno, pero ésta sólo constituye un hito en una escalada que ha iniciado, fundamentalmente, Colo Colo, el club más exigido por el espectáculo. En 1949, los albos venden los terrenos del estadio de Carabineros (recién adquiridos) y renuncian, una vez más, al ideal del estadio propio. La presión surgida de la necesidad de tener un equipo competitivo no les deja tiempo para pensar en otra cosa, por mucho que el mismo año exista un Comité Pro defensa del estadio de Colo Colo. Y es el mismo sentido del espectáculo el que lleva a que el 10 de septiembre del 49 se estrene en Chile, precisamente por Colo Colo, el uso de números en las camisetas.

Tras el espectáculo siguen quedando sin solución

CITA CON EL PORVENIR

Los intentos por superar su aislamiento están siempre presentes en el deporte chileno. De ahí, con seguridad, su calidez como anfitrión y su eficacia como organizador.

Si en 1948 Chile había realizado el primer Campeonato de Clubes Campeones, en 1949 da forma a otra idea y, con el propósito de «estimular a la juventud», diseña un campeonato sudamericano para jugadores de Cuarta Especial, una división algo inofensiva, integrada por futbolistas que ya no son juveniles y que tampoco son titulares ni reservas (más adelante sería eliminada).

Finalmente se resuelve que sea un campeonato para jugadores menores de 23 años y se lo bautiza con un nombre que entraría a la Historia del fútbol sudamericano: Campeonato de la Juventud de América.

A la invitación responden Brasil y Uruguay. Chile gana los dos partidos a Uruguay (2-1 y 3-2) y pierde los dos (1-2 y 1-3) con Brasil, que sería el campeón.

Más allá de los resultados el torneo resulta notablemente oportuno para verificar que en el fútbol chileno hay un contingente joven numeroso y eficiente. De hecho, con una sola excepción, el plantel está formado por jugadores de entre 18 y 22 años que actúan por sus clubes en Primera División.

La mayoría de sus integrantes tendrían papel destacado en el futuro inmediato, en sus clubes y en la Selección Nacional: Misael Escuti, Adelmo y Sergio Yori, Andrés Prieto, Carlos Rodolfo Rojas, Raimundo Infante, Arturo Fariás, Guillermo Díaz.

El párrafo del cronista al inaugurarse el campeonato es certero, apreciado a la distancia:

«No importa que esta vez sólo tres países se hayan reunido en un torneo lleno de novedad y de aristas amables. El éxito que ha de tener este llamado Campeonato de la Juventud de América ha de repercutir en Argentina, en Perú, en Paraguay y, en otra oportunidad, dondequiera que sea la convocatoria, de seguro que estarán presentes todos. Es una cita con el porvenir que ha preparado la dirigencia futbolística chilena».

El párrafo del cronista al inaugurarse el campeonato es certero, apreciado a la distancia:

«No importa que esta vez sólo tres países se hayan reunido en un torneo lleno de novedad y de aristas amables. El éxito que ha de tener este llamado Campeonato de la Juventud de América ha de repercutir en Argentina, en Perú, en Paraguay y, en otra oportunidad, dondequiera que sea la convocatoria, de seguro que estarán presentes todos. Es una cita con el porvenir que ha preparado la dirigencia futbolística chilena».

otros temas. La Bolsa de Jugadores es reformada en 1952, pero sólo en perjuicio del jugador: si junto con enviarlo a la Bolsa el club deposita el 15% del valor de «tasación», cualquier otro instituto queda impedido de adquirirlo.

Es el mismo año en que se pone en marcha una «reestructuración», que consiste en que los sectores profesional y amateur se manejarían con la autonomía que sus actividades, tan distintas, requieren. De acuerdo a esta reestructuración, la Federación sería un organismo directivo central, coordinador de lo profesional y lo amateur, y su directorio y consejo estarían formados por representantes de cada sector y miembros «neutrales».

Temas que, en cualquier caso, ya van quedando para los especialistas. La inquietud cotidiana está instalada en las canchas.

CAMPEONES NUEVOS, TABLAS ESTRECHAS

Hay una característica sugerente en estos cuatro años. En 1949 es campeón Universidad Católica, en 1950 es Everton, en 1951 Unión Española y en 1952 nuevamente Everton. Sólo uno de los cuadros tradicionalmente fuertes alcanza la corona, Unión Española. No están Magallanes, Colo Colo ni Audax Italiano entre los ganadores de temporada. Tanto la UC como Everton son fuerzas emergentes y, coincidentemente, con planteles mayoritariamente jóvenes.

También coinciden estos torneos en que resultan ser estrechamente disputados por varios candidatos. Siempre hubo, es cierto, llegadas estrechas, pero con pocos favoritos. En estos campeonatos, en cambio, hay lucha permanente por el primer lugar entre tres, cuatro o cinco equipos, lo que habla de paridad de fuerzas. De hecho, dos de los campeonatos se resuelven en partido extra de definición. Y ello, a su vez, produce que cada uno de esos torneos merezca que se diga que es «el mejor de todos».

A pesar de las erráticas disposiciones respecto a la cuota de extranjeros, hay preocupación por el trabajo con los menores y en 1951 Audax Italiano resuelve la «chilenización» de su plantel y en ese mismo año, entre los cuatro equipos que terminan en punta, hay un solo jugador extranjero distinguido.

Hay evidente progreso en la cancha. Los jugadores nacidos y criados en el mundo del fútbol de marcación ya no son sólo brotes aislados, sino que constituyen una falange poderosa de respaldo para un fútbol más competitivo. Se asienta la característica de delanteros más hábiles, más seguros de los nuevos recursos técnicos que han ganado al desenvolverse contra defensas organizadas.

Es en este breve periodo cuando se reanuda el escasísimo roce de equipos chilenos contra cuadros europeos. Universidad Católica va a Europa en 1950 a estrenar su título de campeón del 49 (no viajaba un equipo chileno desde el Colo Colo del 27) y en 1952 viene el Sevilla español (el anterior visitante era el Hadjuk yugoslavo, en 1931). La Selección compite

decorosamente en el Campeonato del Mundo del 50 y tiene actividad en cuatro Sudamericanos y un Panamericano. En 1949 se juega en Chile un Campeonato de la Juventud de América, antecedente de los sudamericanos del futuro y que se suma a la iniciativa integracionista chilena del 48, con el Campeonato de Clubes Campeones.

Los temas técnicos comienzan a ser más ampliamente comentados y gana terreno la inquietud por el perfeccionamiento, con Luis Tirado a la cabeza. El técnico, cuando está al frente de las selecciones, fundamenta sus nominaciones a la prensa, expone sus planteamientos. Para la concentración del Panamericano del 52 tiene como ayudantes a seis entrenadores de provincias «que aprenden muchas cosas» en lo que Tirado llama, con propiedad, un «curso» de entrenadores.

«Tengo buenos jugadores», dice Tirado, y con ello alude a una realidad que comienza a presentarse generosa y auspiciosa. Hay un plantel nacional joven y bien dotado, dentro de las características generales de mejor técnica. Para demostrarlo están varios menores de 23 años (en 1952), algunos de los cuales están llamados a ser protagonistas durante largos años: Enrique Hormazábal, Andrés Prieto, René Meléndez, Manuel Muñoz, Guillermo Díaz, Fernando Roldán, Ramiro Cortés. No tan jóvenes, pero sin llegar a los veinticinco, son Carlos Rodolfo Rojas, Adelmo Yori y Arturo Fariás.

*«¿En qué club
me he metido,
si el
centrodelantero
es
pintor! ¿He
llegado a un
equipo de
locos!»*

Universidad Católica en 1950 es el segundo equipo de club chileno que viaja a Europa. En la fotografía, el saludo de Fernando Riera y el capitán de Lieja en medio de una intensa nevazón.



PITOS INGLESES

«No será posible, por el momento», se decía ya en 1949, «crear un cuerpo de jueces con la capacidad que requiere la importancia del campeonato profesional».

De allí surge la iniciativa de traer árbitros ingleses para el torneo local, la que se concreta en 1950. Llegan desde Gran Bretaña los referees Walter Manning, Charles Mackenna y William Crawford, a quienes se agrega más tarde David John Gregory.

Los cuatro vienen de arbitrar en el campeonato argentino: «Preferimos venir a Chile, aunque ganamos menos que en Argentina. Hay demasiada pasión partidista en el fútbol argentino».

La descripción de los árbitros británicos resume características

del medio chileno de la época:

«Aquí actuamos prácticamente igual que en Inglaterra y Escocia. Aquí hay serenidad y comprensión de lo que es el espíritu deportivo. Ello está demostrado por un hecho concreto. No existen en Chile, como tampoco en Inglaterra, rejas ni fosos que separen las tribunas y galerías de la cancha. No han sido considerados necesarios y eso habla mucho de la corrección del público».

Crawford dice al llegar: «Un árbitro no tiene más amigo que su madre. Cuando ella muere, se queda solo en el mundo».

Permanecen distintos períodos en el fútbol chileno, aunque uno de ellos regresa y se queda para siempre: Walter Manning.

Son los años del estreno de Jaime Ramírez.

Se abre, al cumplirse una década de fútbol de marcación, una etapa promisoriosa.

«ALTA LA FRENTE AL CIELO...»

Lo que Universidad Católica tiene, antes de la llegada de José Manuel Moreno, es juventud y, por extensión, velocidad. Con ello logra figuraciones decorosas, campañas insinuantes. En la representación chilena al Campeonato de la Juventud de América (jugado en el verano del 49), hay cuatro jugadores universitarios: Andrés Prieto, Raimundo Infante, Manuel Álvarez y Mario Álvarez, que testimonian el trabajo del club con sus series menores. Con todo, la Católica no llega al título. Falta canalizar esas virtudes. A eso llega José Manuel Moreno.

Curiosamente, a pesar del estruendo y la polémica, para el primer partido de los universitarios sólo llegan cinco mil personas a Independencia. Y el resultado no aporta mucho: 1-1 con el Iberia de Aller y Soarez. Felizmente para el éxito del torneo, ya en la segunda fecha se enfrentan la Católica y Colo Colo. Ahora asisten doce mil personas y queda claro que esta vez los universitarios no darán ventajas: ganan dos-cero, con goles de Moreno y de Fernando Riera. Tras ganar a Santiago Morning en la tercera, la Católica toma la punta y no la suelta más.

Pero no sin sobresaltos. Es un campeonato reñido y los entusiastas seguidores del puntero temen que, como ha sucedido en otros torneos, el cuadro pierda continuidad. Pero no ocurre ahora. Asimila bien la primera derrota (0-3 con Magallanes en la sexta fecha) y llega a su momento más brillante al domingo siguiente, ganándole 4-1 a Universidad de Chile, con un gol de Federico Monestés y tres de Raimundo Infante en un espectáculo que el «Charro» no comparte: «Es lindo el Clásico», comenta, «pero no para jugar al fútbol. Para mí fue insostenible el eco de los cantos, de las guitarras y de los pianos durante el juego».

Es al cerrar la primera rueda cuando la duda se hace lacerante para la hinchada universitaria: 2-3 con Audax y 0-2 con Unión Española. Con todo, no alcanza la UC a perder la punta y el 27 de noviembre, en el Nacional, gana a Audax y obtiene el título faltando una fecha.

La primera estrella en los estandartes cruzados.

LOS JOVENES DE MARTIN

Si la juventud predominaba en la Católica del 49, el mismo signo tiene la campaña del Everton del 50, producto de la política de renovación adoptada por los viamarinos en 1947. Esa misión se le encarga a Martín García, que había llegado en 1940 a jugar por Wanderers y que terminaba su carrera en Everton, precisamente, en 1947.

En 1952 el Clásico Universitario es una gran fiesta popular. La escena corresponde al encuentro de la segunda rueda. Fassierto, el excelente jugador español, convierte para la «U». La escena la completan su compañero Di Pace y los defensores Sergio Livingstone, Manuel Álvarez y Hernán Corvalán.



Con jugadores venidos desde las provincias y de sus propias divisiones inferiores, Martín García, el «Chueco», forma un plantel que remata cuarto el 48 y quinto el 49.

Como para ilusionarse. Y García tiene fe en sus jugadores: *«Después de todo, el fútbol es un arte y el artista no puede actuar como una máquina. Si surge una oportunidad, fuera de los cánones estrictos, hay que aprovecharla. El autómatas no puede hacerlo. Por eso, yo no quiero que mis muchachos sean autómatas».*

Se logra equilibrio en Everton. Carlos Espinoza en el arco tiene en su antesala a Daniel Torres, Augusto Arenas y Juan García para formar una sólida pared defensiva en la que se apoya un mediocampo de buen fútbol que pasa por los pies de Salvador Biondi para hacerse estruendo de gol en Meléndez, en el mendocino José María Lourido y en Enrique Ponce.

Tampoco es, sin embargo, una campaña fácil. A los punteros de estos campeonatos siempre les está saliendo gente al camino. Santiago Morning al comienzo, Wanderers más tarde y Unión Española siempre son los escollos más difíciles para Everton, que a fines de noviembre -tras caer con Green Cross en Independencia-, parece perder la ilusión. Pero reacciona de manera sorprendente para terminar ganando a Santiago Morning (2-1), a Ferrobádminton (que nace este año, de la fusión de Bádminton y Unión Ferroviario (2-1), a Universidad Católica (5-0), a Unión Española (5-0) y a Iberia (7-0).

Con esos antecedentes llega a definir el título en partido extra (algo que no se veía desde 1933), con la solvencia Unión Española de Hernán Fernández y de Isaac Fernández, el gran zaguero argentino.

Cincuenta mil personas llegan a Ñuñoa el domingo 14 de enero del 51. Los noventa minutos terminan con la cuenta en blanco. Y así están a los trece del primer tiempo de alargue. Es entonces cuando la defensa roja es sorprendida adelantada por un pase que recoge Meléndez. El celebrado goleador corre, detiene repentinamente su marcha, elude la salida del «Nano» Fernández y entra con la pelota en el arco.

Al cerrar la temporada, Everton es campeón y tiene siete mil socios. Ya es, después de una azarosa vida institucional, el equipo de la ciudad.

LA UNIÓN VUELVE, EVERTON REPITE

Dos hechos se conjugan en 1951 para modificar nuevamente el formato del torneo. Por un lado, la necesidad tradicional de aumentar las fechas del campeonato para garantizar el flujo de las Tesorerías. Por otro, el enorme interés que vienen produciendo los desarrollos de los torneos. De modo que los doce competidores de 1951 juegan dos ruedas de todos contra todos y una tercera entre los seis primeros. No es una liguilla, pues sus animadores llegan a esta última rueda con el puntaje acumulado en las dos primeras.

Esas son las reglas del juego en el campeonato en que Unión Española va por el desquite.

«EL EQUIPO QUE FUE CHILE»

Desde 1928 que el fútbol chileno no estaba presente en una Olimpiada y nada parecía indicar que volviera en 1952, para los Juegos de Helsinki. La pobreza proverbial del deporte chileno dificultaba el desplazamiento de cualquiera delegación y más difícil parecía el financiamiento de una numerosa, como la futbolística. Por lo demás, todos los proyectos respecto a la representación chilena estaban muy atrasados.

Sin embargo, en enero del mismo año las autoridades olímpicas chilenas estiman que el fútbol amateur tiene suficiente fuerza como para competir en la gran justa. Y recién en junio, a tres semanas de la partida, se nombra un plantel y se designa al técnico, cargo que acepta Luis Tirado. El financiamiento se logra gracias a un recargo del precio de las entradas con que colabora el fútbol profesional.

Sin tiempo siquiera de practicar, el resultado olímpico es presupuestable: Chile sólo llega hasta el partido preolímpico, que pierde con Egipto. Un encuentro

dramático. Lo mismo que en Amsterdam en 1928, Chile se pone tempranamente en ventaja de dos a cero -a los 15 minutos-, pero el primer tiempo termina empatado a dos. Y en un segundo lapso emocionante, gana Egipto por 5 a 4.

El plantel chileno estaba formado sobre la base de Naval de Talcahuano, campeón regional, cuadro indiscutido de la zona y serio rival de los equipos santiaguinos del profesionalismo, más algunas incrustaciones jóvenes de Universidad Católica y Colo Colo. El plantel: Fernando Jara, Sergio Litvak, Jaime Vásquez (de la Universidad Católica), Julio Vial (de Colo Colo), Justo Alborno, José Bravo, Rubén González, José García, Irineo Jara, Luis Leal, Domingo Massaro (más tarde prestigioso árbitro), Arturo Nourdin, Domingo Pillado, Manuel Roa, Ernesto Saavedra y Osvaldo Vera.

Desde entonces Naval, el sólido club «chorero», se ha retratado en sus historiales como «el equipo que fue Chile».

La Unión e Isidro Lángara. Porque el legendario vasco había sido el técnico del 50 y debe soportar las críticas a su gestión y, particularmente, a la estrategia del cuadro rojo en la definición con los viñamarinos.

Aun cuando la Unión hace 57 goles en 1950 (uno más que Everton), la idea en Santa Laura es que hay que mejorar la producción del ataque. La estructura defensiva está fuera de discusión. Hernán Fernández es un gran arquero y la solvencia de Isaac Fernández es reconocida. Américo Azares, Valentín Beperet (el «Gaita») y Jorge Ibáñez completan un cuadro de fortaleza en el quite. Tampoco es problema el enlace, con la entrega generosa de Atilio Cremaschi y la organización de Carlos Rodolfo Rojas.

También tiene gol la Unión, con Mario Lorca, artillero indiscutido. Pero quiere más. Entonces desde Universidad de Chile -donde no convence-, llega Pedro Hugo López para la punta izquierda. Y desde Buenos Aires se trae a otros dos delanteros que, sin embargo, no concretan y son devueltos.

A pesar de todos los preparativos, al abrir el campeonato no gana tanto en ataque la Unión y sí parece perder en defensa (2-4 con Magallanes y la misma cuenta con Santiago Morning). Y cuando funciona en ataque con la incorporación de Claudio Río (4-0 a Universidad de Chile), se resiente en defensa (3-4 con Everton y 4-6 con Green Cross).

Durante siete fechas los rojos se mantienen en la incertidumbre. Es entonces, ganándole 3-1 a Ferrobádminton, cuando aparece en la formación un

«Gastar un millón y medio de pesos en un hombre es sólo cosa de locos».

En el primer Campeonato Panamericano de Fútbol comienza a expresarse una nueva generación de jugadores nacida al alero del fútbol organizado. En la fotografía, al retirarse desde la cancha de prácticas a la concentración, posan Juan Negri, Misael Escuti, Hernán Fernández y Conrado Carrasco junto a la puerta del vehículo que los transporta.



joven que sería decisivo. Y que no viene del extranjero. Es un futbolista amateur de Concepción, Raúl Cárcamo. El alivia las tensiones de Atilio Cremaschi -muy exigido en las últimas temporadas-, permitiéndole irse con más libertad al ataque.

Entonces aparece la verdadera Unión. De fútbol reposado, engañoso, que de pronto mete el pelotazo para un ataque profundo, con dos aleros incisivos y un goleador nato. Pedro Hugo López hace dieciocho goles, Mario Lorca 17, Cremaschi 15. Decisivas contribuciones a la mejor producción goleadora de un equipo en el historial del profesionalismo: 72 goles en 27 partidos.

Aún así no es fácil. Los seis equipos que pasan a la tercera rueda son favoritos. Cualquiera puede ser campeón, se comenta. Y con razón. La juvenil formación de Audax pasa con 30 puntos, seguido de Everton (29), Colo Colo (28), Unión Española (27), Santiago Morning

(26) y Universidad de Chile (25).

El más certero en la rueda de definición es la Unión, que sólo pierde un punto. A favor de su mejor puntaje en las ruedas previas, Audax termina el torneo con 36 puntos. Los mismos de la Unión.

Definen el 13 de diciembre. Recién once meses antes los rojos habían perdido la definición con Everton.

Esta vez ganan, con penal convertido por Mario Lorca.

Se escribe, al final, lo mismo que el 50: ha sido *«el mejor de todos los campeonatos»*.

En 1952 el sistema de ascenso y descenso aún no funciona. Está establecido, pero no funciona. Cuando es notorio el mérito de algún equipo, asciende, pero nadie baja, lo que viene sucediendo hace varios años. Así se ha llegado a doce equipos en Primera.

Y estos doce participantes, en 1952, son programados en un intento audaz: tres ruedas de todos contra todos. El campeonato más largo de la Historia. Ciento noventa y ocho partidos repartidos en 33 fechas, extendiéndose desde fines de mayo hasta fines de enero del año siguiente. Es decir, más de un sesenta por ciento del año cubierto con fútbol.

Everton, con el solo refuerzo del uruguayo Adolfo Rodríguez (un half que se hace central y se queda para siempre), cumple el *«maratónico»* torneo sin los sobresaltos del 50 y es campeón con tres puntos de ventaja y consagrando a René Meléndez como scorer del campeonato.

EN RIO FALTA GOL Y SOBRA CORAJE

Es en la Selección Nacional donde mejor se expresan los aspectos de mayor desarrollo de este período. Hay, por de pronto, mayor roce competitivo que en el promedio histórico.

UNA IDEA MUY ESPERADA

Durante largos años la afición y la crítica esperaron que operara un necesario mecanismo de ascenso y descenso. Dos dificultades entrababan el objetivo. Por un lado, el ningún deseo de los protagonistas de la División de Honor de arriesgar su permanencia en ella; por otro, la necesidad previa de establecer una Segunda División cuyo poderío no resultara demasiado débil.

Estas dificultades, a su vez, se enlazaban con otras. Por de pronto, la falta de instituciones de real poderío, ya escasas en la División de Honor. Además, el riesgo de extender en exceso la geografía futbolística, con el consecuente costo por traslados para los equipos. De hecho, la aceptación de Wanderers y Everton se había pro-

ducido con mucho temor.

Desde 1943 se luchaba por la idea, impulsada principalmente por el capellán Gilberto Lizana (el legendario «cura Lizana», dirigente de Iberia), a quien se suman Alberto Cazzorla, Julián San Miguel (compañeros de club) y más tarde Eugenio Velasco, dirigente de Universidad de Chile.

Finalmente, en 1951 se dictan los reglamentos pertinentes, aunque no son operativos hasta cuatro años más tarde: al comienzo sólo opera el ascenso, pero no el descenso... En 1952, sin embargo, la fuerza de la Segunda División se hace notar y produce el ascenso de dos cuadros que serían, con el tiempo, buenos animadores de la Serie de Honor: Palestino y Rangers.

El Sudamericano de 1949 establece, posiblemente, el cierre de una etapa del ciclo vivido desde 1941, que puede resumirse como ingreso al fútbol de marcación-periodo experimental (malos resultados)-dominio del sistema-nuevas generaciones-resultados positivos.

El Sudamericano del 49, en Río, marca la consolidación de las nuevas generaciones, aunque no alcanza a expresarse en resultados. Chile gana dos partidos (3-1 a Uruguay y 1-0 a Ecuador), empata uno (1-1 con Colombia, aunque mostrándose muy superior) y pierde los cuatro restantes: 1-2 con Brasil, 2-4 con Paraguay, 0-3 con Perú y el impensado 2-3 con Bolivia en el estreno.

Lo mejor de Chile está en su segundo encuentro, contra los dueños de casa, que forman una máquina de hacer goles (9-1 a Ecuador y 10-1 a Bolivia en los dos primeros partidos), en una demostración de fuerzas previa al Mundial del 50.

Acicateado por la responsabilidad, el plantel chileno «estudia el partido con Brasil todos los días», para entrar «con un plan perfectamente definido». Y en la cancha, junto con su planificación, lo que llama la atención es el coraje que el equipo de Tirado muestra en la adversidad. Jair y Zizinho, los astros brillantes de las primeras goleadas, no pueden con «Popeye» Flores y Miguel Busquets. Urroz, Machuca y Negri hacen también un partido formidable. Y en el fondo está el Livingstone consagrado por América.

Sorprendentemente, Chile no decae luego de que Zizinho abre la cuenta a los 21 minutos y mantiene una presión que obliga a la violencia en la zaga brasileña. Sin embargo, el marcador se mueve en el arco chileno, cuando el uruguayo Armenthal rectifica un fallo de corner y concede penal a favor de Brasil. El penal se convierte y Chile sufre la expulsión de Flores en los incidentes siguientes.

El segundo tiempo, perdiendo cero-dos y con diez jugadores, es una de las más notables demostraciones de la Selección Chilena. La movilidad de Prieto, la habilidad de Riera, la fuerza de Varela, la velocidad de Pedro Hugo López comienzan a hacer estragos en la defensa brasileña. Chile ataca y «los espectadores enmudecieron, no sé si de asombro, de espanto o de vergüenza». Pedro Hugo López marca el descuento cuando ya es tarde para aspirar a más y al desalojar el estadio «dos ambulancias trasladaban al Hospital Das Clinicas a Flores y a Prieto, símbolo mudo de la resolución con que encararon los chilenos tan duro compromiso».

En la estadística final Chile es quinto. Y el cronista reflexiona: «Quizás si porque destruir es más fácil que construir, nos quedamos en la primera parte de la lección, que pretendió hacer de nuestro fútbol una máquina de sincronización perfecta, un juego planificado por excelencia. Sabemos defendernos, pero no atacar».

UNA GOLEADA EN RECIFE

Este es el antecedente previo al Mundial del 50, al que Chile debe clasificar en grupo con Argentina y Bolivia, aunque la deserción argentina clasifica automáticamente a sus dos rivales.

No es fácil para Chile el proceso previo. Ya en junio del 49 se designa a José Luis Boffi como entrenador y el 8 de agosto se cita a la primera práctica. El proceso preparatorio, sin embargo, es apenas nominal, pues el intenso desarrollo del campeonato local impide un movimiento significativo al seleccionado. En enero del 50 sale Boffi y vuelve Francisco Platko, que termina contrato con Boca Juniors.

Su periodo es breve y discutido. Se pierde con Bolivia en La Paz (0-2) y la derrota no es silenciada por

«Yo juego al fútbol porque me gusta y porque no puedo vivir sin hacerlo. Y jugaré hasta que los huesos no den más».



El de 1951 fue considerado el mejor campeonato en varios años. Marcó un hito en el desarrollo iniciado una década antes. En la fotografía, una alineación del campeón, Unión Española. De pie, de izquierda a derecha: Américo Azare, Carlos Rodolfo Rojas, Valentín Bepere, Hernán Fernández, Jorge Ibáñez, Isaac Fernández. Primera línea, en el mismo orden: Claudio Ríos, Atílio Cremaschi, Mario Torca, Raúl Cárcamo y Pedro Hugo López.

«¿Te parece bien que tenga yo que venir a ayudarte? ¿Dónde están esos dieciocho años?».

el 5-0 de la revancha en Santiago. Pronto aparece Platko haciendo dupla en la banca con Waldo Sanhueza, jugador de los tiempos del amateurismo y dirigente de larga trayectoria. Pronto sigue sólo Platko, pero el ambiente ya le resulta francamente desfavorable y es explosivo cuando la Selección pierde dos encuentros amistosos contra el América de Río.

Es entonces cuando surge la idea. Razonable, considerando las circunstancias: se le ofrece la Dirección Técnica a Alberto Bucciardi, que viene de regreso de Europa con Universidad Católica. Se instala en la banca, al plantel se agregan jugadores de Universidad Católica y el ambiente cambia en la concentración del Country Club. Se produce la armonía que estaba faltando.

Al grupo, donde hay fogueados como Livingstone y Riera y jóvenes que apenas se empujan sobre los veinte años como Alvarez y Prieto, se agrega Jorge Robledo, chileno de gran campaña en el fútbol inglés.

La presencia de Robledo y las frescas experiencias de los jugadores de la Católica en Europa permiten actualizar conocimientos. En los entrenamientos se practica la carga leal, absolutamente desconocida en nuestros torneos, y se evita la carga por atrás, penada por los árbitros europeos y permitida en Chile.

En el estreno, Chile le hace un buen partido a Inglaterra y el cronista apunta que *«el cuadro rojo estuvo siempre frente al equipo inglés en razón de adversario y nunca en actitud de humildad»*. Aunque el 0-2 pudiera sugerir una defensa heroica, el comentario señala que: *«Era realmente sorprendente ver a la defensa roja moverse sin esfuerzo, ofreciendo siempre la grata sensación de ser un cuerpo compacto más que un grupo de jugadores»*.

Más tarde, tras la derrota con España por el mismo marcador, queda la sensación de que el rival es ganable. Pero, tal como se escribió en 1910, ahora se dice: *«El futbolista chileno no tiene punch. Es como un boxeador científico, hábil, estilista, pero cuyos golpes no dañan»*.



El último partido, sin embargo, permite una despedida alegre. Se le gana en Recife a Estados Unidos (que venía de ganar a Inglaterra) por 5 a 2. El primer tiempo lo gana Chile 2-0. En tres minutos del segundo, Estados Unidos empató. Y los jugadores chilenos no se atolondran, mantienen el mismo juego del primer tiempo y hacen otros tres goles.

AHORA AL ATAQUE

Ahora, dice Tirado, la Selección saldrá a ganar.

De vuelta al frente de los seleccionados, para el primer Panamericano de Fútbol, que debe realizarse en Chile en 1952, Luis Tirado reconoce que, hasta aquí, las selecciones dirigidas por él efectivamente fueron fundamentalmente defensivas. Pero aclara que ello se debió a las características de los jugadores de que dispuso.

Ahora la base seleccionable, por la labor que vienen desarrollando los clubes, es mayor. Y hay un nuevo tipo de jugador. Carlos Tello, Raúl Aguila, Raúl Cárcamo, Sergio Espinoza son más nombres para sumar al listado de delanteros de una nueva era del fútbol chileno.

En el estreno, Chile le gana a Panamá, que llega como campeón centroamericano, por 6 a 0. A México, que llega como el mejor seleccionado norteamericano, 4-1. A Perú, 3-2. A Uruguay, flamante bicampeón del mundo, 2-0.

Al último encuentro, Chile se presenta con 8 puntos y Brasil con 7. La posibilidad de un título internacional parece a la mano. Curiosamente -y sin que se encuentren explicaciones-, Chile entra a marcar a presión y *«al marcar hombre a hombre, se desprotegió la defensa y ellos, en el mano a mano, son más hábiles. En los tres goles se produjo el enfrentamiento del arquero a un delantero libre»*.

Más allá de la buena campaña, los balances de Luis Tirado son elocuentes:

«Esta campaña de buenos éxitos es el premio de diez años de trabajo. Hay que defender ese progreso, que no es sólo en su dominio de los sistemas, en la rápida entrega de la pelota y en el juego de desplazamientos, sino en la educación que tiene ahora el jugador, en el respeto al entrenador y a la teoría. Hoy entran en la cancha los hombres a cumplir lo que se les ordena y los equipos pueden ser dirigidos desde afuera».

Diez años han pasado desde que Francisco Platko hiciera campeón invicto a Colo Colo jugando *«con táctica»*. Luego han estado Luis Tirado en la banca para recordarlo y Sergio Livingstone en el arco para conseguir que algunos resultados no fueran bochornosos. Pilares de una nueva era que despunta.

■
Everton llenó un periodo con sus estrellas de 1950 y 1952. A la segunda versión del Clásico Porteño de 1952 los viñamarinos llegaron ya campeones y Wanderers los ganó en Viña. En la escena, el zaguero González no llega a impedir el remate de René Orlando Meléndez, scorer del torneo.

1953-1956

ENTRE EL CIELO Y EL ABISMO

Chile obtiene su primer triunfo sobre Brasil, es subcampeón sudamericano en dos sudamericanos, consagra en tres torneos al scorer continental, es dolorosamente eliminado de un Mundial y remata último en un Panamericano. Colo Colo revoluciona al medio con la llegada de Jorge Robledo, en un periodo marcado por profundas contradicciones.

«Miraba la pizarra iluminada y no podía creerlo: Chile 4 Brasil 1».

En la noche del 24 de enero de 1956 -ya entrados en la madrugada del 25-, el cronista comienza a redactar en la habitación del hotel en Montevideo su crónica para Santiago.

«Ya no me importaba que el reloj corriera ligero. Al contrario, hubiera querido que el partido durara toda la noche, para regalo de la vista, para solaz del espíritu, para poder gozar, al fin, por mucho rato, del espectáculo incomparable de esos muchachos con la casaca roja abrumando a los fornidos morenos de la amarilla. Lo veía y no podía creerlo».

Por primera vez se habían enfrentado Chile y Brasil en 1916. Cuarenta años habían transcurrido para que se produjera la primera victoria chilena, con la cual «se rompió no sólo una superioridad, sino un complejo».

El Enviado Especial revisa las fotografías que acompañarán la crónica que algún pasajero o algún miembro de la tripulación de un avión llevará a Santiago. Trata de ordenar sus ideas. Pero aún no hay espacio para las ideas.

«Noche de emociones, que se hace difícil reproducir con serenidad. Creo estar ya lo suficientemente endurecido para penetrar sin hipérbole en la médula de un acontecimiento de esta especie. Sin embargo, temiendo que me traicionaran aún la visión insospechada de esa

pizarrita, allá en lo alto de la tribuna Amsterdam; el eco y la unción de ese himno patrio cantado a todo pulmón en los camarines, dejé pasar unas horas antes de sentarme a la máquina. Inmediatamente después del partido habría escrito una arenga y no un comentario de fútbol».

Enero de 1956. Montevideo. Campeonato Sudamericano de Fútbol. Un momento clave.

PROGRESOS EN LA CANCHA

Hijos del rigor, a los chilenos nos habían costado mucho los progresos alcanzados desde los orígenes. Apoyado en su propio encanto, que lo hace irresistible para las grandes mayorías, el fútbol ha crecido hasta superar las posibilidades del medio para sostenerlo adecuadamente. Más adelante, el fenómeno del fútbol rentado también termina por superar los cauces existentes y, tal como en los tiempos del amateurismo, las estructuras se hacen débiles. Paralelamente, sin embargo, se acusan notorios progresos técnicos a partir de 1941, los frutos comienzan a aparecer a mediados de la misma década, se colorean al abrir los cincuenta y en 1956 ya se están cosechando.

El factor decisivo de esta situación radica en hechos ya señalados: el establecimiento del fútbol chileno dentro de los marcos del fútbol moderno (cuya estrictez de marca produce a un futbolista mejor dotado técnicamente), la convicción de algunos clubes de los benefi-



■
Todo es alegría en el vestuario chileno en Lima después del 3-2 sobre Uruguay. Al centro del grupo que festeja está Paco Molina, autor de los tres goles, que sería scorer del torneo.

EL SELECCIONADOR ÚNICO

Produjo escozor la derrota con España el 53. No por la cuenta, cuya estrechez (1-2) no alcanzaba a ocultar lo mal que jugó el equipo chileno. «En Chile saben muy poco», se escuchó decir en la delegación española. Y era cierto. Como ciertos habían sido los comentarios recogidos en el reciente Sudamericano de Lima: «Chile sabe, y sus progresos son notorios».

¿Por qué la contradicción?. Por el cambio de Dirección Técnica. Removido Luis Tirado, la reinstalación de Francisco Platko produjo desconcierto en el plantel seleccionado. Productor de la revolución del 41, Platko no se actualizó y se mantuvo rígidamente en los moldes de su primer éxito, con marcaciones anacrónicas por su estrictez y falta de variantes. El comentario señala que «es como si a quienes ya cursaron sexto año de Humanidades se les impusiera de nuevo un profesor primario».

Los juicios periodísticos tras la derrota expresan espléndidamente el momento que se vive y hacia donde debe apuntar el desarrollo:

«El fútbol en todos los países sufre alteraciones. Existen períodos de alzas y bajas. La pobreza increíble mostrada por el conjunto chileno no es reflejo de nuestro momento futbolístico, sino producto de su mala dirección».

«En materia de deporte internacional estamos en la obligación de haber superado ya la etapa de las improvisaciones. Y sucede que el fútbol chileno, maduro ya y de pantalón largo, ha encarrado una contienda de enorme trascendencia mundial con la misma alegre despreocupación con que se resuelve un asunto pasajero y baladí».

«El seleccionador único se impone como remedio para los males que aquejan a nuestro fútbol en el aspecto internacional. En Argentina se llama Stábile; en Brasil, Flavio Costa o Zezé Moreyra; en Inglaterra, Winterbottom; en Italia, Pozzo; en España, Escartín. Son los hombres que les dieron a sus seleccionados una fisonomía de juego, los que estudiaron para ellos una manera de jugar. Tanto los sudamericanos como los europeos citados no se quedaron dentro de sus fronteras; salieron a investigar y a comprobar progresos para aplicarlos en sus equipos».

El seleccionador único era todavía una ilusión. Luis Tirado era víctima de la quimera. Otro hombre, en 1950, se había ido del país —aún como jugador activo—, «cansado de las limitaciones e incomprendimientos del medio», y en 1953 jugaba en Europa y se preparaba en un medio más avanzado: Fernando Riera.

cios del trabajo con los menores y la decisión de algunos institutos de «chilenizar» a sus conjuntos, política a la que vuelve Audax Italiano y en la que persiste Colo Colo. Estos tres factores se refuerzan mutuamente para ir produciendo, finalmente, a una generación notable de jugadores, que es la explicación inmediata para los sucesos que se viven entre 1953 y 1956, incluido este primer triunfo sobre Brasil en 40 años, la obtención de dos subcampeonatos sudamericanos (1955, 1956) y la consagración de un chileno como scorer en ambos (Enrique Hormazábal).

Esto no significa, sin embargo, que se haya consolidado el fenómeno del profesionalismo, en cuanto a concepción, a actitudes y conductas. Los que se consolidan, sí, son el progreso técnico y el espectáculo. Pero los fundamentos estructurales (en cuanto a organización, recursos y medios) y conceptuales (considerado el profesionalismo como un conjunto de derechos y obligaciones) no avanzan a parejas con la técnica y el espectáculo.

Sorprendentemente, es Colo Colo, en este período, el que vuelve a los viejos temas y Antonio Labán recibe de manos de Pedro Foncea, en 1953, a un club que ha mostrado preocupación por sus socios, que tiene para ellos biblioteca, ramas desarrolladas, coros musicales, salas de entretenimiento, clínica dental y médica, boletín oficial de las actividades del club. Labán prosigue en

la misma senda (y la combina con lo espectacular trayendo en 1953 a los hermanos Robledo), bajo su administración Colo Colo adquiere el mismo año la sede de Cienfuegos 41 y en 1956 se compran los terrenos para la construcción de un estadio en Pedreiros.

También Universidad de Chile realiza un trabajo de desarrollo importante (aunque más a nivel técnico que institucional), y Universidad Católica se mantiene sólidamente en el sostenido crecimiento que la acompaña desde su nacimiento.

FULGORES QUE ENCEGUECEN

Estos casos institucionales no son, con todo, expresión de la generalidad del sentimiento y los razonamientos del medio. Muy por el contrario, no se aprecia conciencia —a pesar de los llamados y recordatorios que se hacen, particularmente por sectores de la prensa—, respecto al momento que se está viviendo. El clima que se respira, con razón, es de triunfo, pero entendido éste como si se estuviera cumpliendo un destino señalado y no concretando un proceso de razones bien precisas. Una ensoñación mágica, apoyada en algunos resultados, parece dominar a los protagonistas de un significativo período histórico.

Y aun cuando todavía no se capitalizan del todo los beneficios del desarrollo alcanzado, se perciben marchas y contramarchas, contradicciones perniciosas que van socavando una estructura débil.

No se alcanza a percibir, por ejemplo, la importancia real del rol técnico y Luis Tirado es víctima permanente de esta paradoja. Feliz en 1952 porque «por primera vez en la Historia» se le entrega la misión de «seleccionar, preparar y dirigir a la Selección Nacional», es removido en 1954 y la Selección termina dirigida «por un grupo de dirigentes». Es nuevamente llamado para las notables campañas de 1955 y 56. Pero para ocupar nuevamente la banca debe hablar golpeado y sólo así, en su retorno, puede destacar: «No necesito la venia de nadie». La prensa percibe la importancia de Tirado y su causa y un cronista señala visionariamente: «Tirado se arriesgó en actitud valiente, con la tranquilidad de saber que de su actitud, acaso, dependería el futuro del fútbol chileno».

De intuitiva sicología, Tirado sabe manejar a sus grupos. Aunque la conciencia profesional no está muy desarrollada en sus dirigidos, él los alaba porque son demostración de «cómo se ha desarrollado el nivel social y cultural de nuestros deportistas». Hay un progreso, es cierto, pero no tan ostensible. Tirado lo aumenta halagadoramente como parte de su manejo del grupo. Y cuando él no está, el grupo se resentido, desconfía, se hace discolo.

Ladislao Pakozdi, en 1953, describe certeramente el fenómeno que se está viviendo: «Es muy difícil manejar al jugador chileno cuando ha llegado a consagrarse. Por eso es que los equipos fuertes han declinado. Los jugadores no tienen la sencillez que debe tener un crack: pierden el concepto de disciplina, no atienden indicaciones, creen saberlo todo».

En efecto, también el jugador, como sectores direc-

«Hubiera querido que el partido durara toda la noche, para regalo de la vista, para solaz del espíritu».

tivos, parece envuelto en la ensoñación mágica de estos días. En 1953 opera por primera seriamente el mecanismo de Ascenso (llegan a Primera División Palestino y Rangers, aumentando a catorce los competidores) y, simultáneamente, a pesar de las políticas de defensa de la labor con los menores, se aumenta de tres a cuatro el cupo para extranjeros en los equipos. Si en 1952 habían actuado 20 jugadores de otros países, en 1953 se llega, por lo menos, a 50. Es decir, alrededor de un veinte por ciento de los futbolistas en actividad, estimando a dieciocho por plantel.

Más adelante la cuota se rebaja a dos y en 1956 se intenta derogar la rebaja. Colo Colo, decididamente apoyado por Audax Italiano (y contando con Magallanes y Universidad de Chile), se opone tajantemente a la modificación, alentada principalmente por los equipos de provincias, atemorizados por los inflados precios de los jugadores locales. Este año, a favor del funcionamiento de los mecanismos de ascenso, ya la presencia provinciana es significativa: al éxito de Everton se suman las campañas promisorias de Wanderers y se asoman Rangers de Talca, San Luis de Quillota y O'Higgins de Rancagua. «¿Quieren que sigamos haciendo papelonos con la Selección?», dice Antonio Labán. «Hay que buscar jugadores nacionales y no extranjeros». El Presidente de Colo Colo, ante la cerrada oposición, advierte: «Que jueguen los provincianos solos. A nosotros no nos faltará con quien jugar». Y organiza de inmediato una temporada internacional que apaga el fuego de sus contradictores. La positiva actitud colocolina tiene, sin embargo, su reverso: había sido Colo Colo, principalmente, el autor de la permanente inflación que aflige a sus adversarios.

Aspectos contradictorios de un medio que se sigue desarrollando a ciegas. Y que se enneguece aún más con los destellos de los triunfos que vienen.

ROBLEDO, «EL OTRO FÚTBOL»

Si José Manuel Moreno había tenido una gran importancia al incorporarse a las competencias en 1949, más decisiva resulta, en 1953, la llegada de Jorge Robledo a Colo Colo.

Jorge y Eduardo Robledo Oliver, nacidos en Iquique de inglés y chilena, criados en Inglaterra, comienzan su carrera en grande en 1948, cuando pasan del Barnsley, de la segunda división, al Newcastle. Centrodelantero Jorge, half Eduardo, allí están cuando se los llama a defender a Chile para el Mundial del 50. Desde entonces, para los hermanos la idea del retorno se hace obsesiva. El Newcastle es campeón de la Copa Inglesa y Jorge resulta scorer. Exigen su libertad, el club se niega, los chilenos se declaran en rebeldía, son castigados y el equipo termina decimoséptimo entre veintidós equipos en la temporada siguiente.

Ante los hechos, el Newcastle decide la transferencia y en Chile se produce la más cuantiosa información periodística relacionada con una transferencia, ocupando crecientes espacios desde 1951. Finalmente, en el ejercicio de Antonio Labán, llegan a Colo Colo. Y Jorge Robledo queda llamado a ser una decisiva palanca de desarrollo.



Considerando el proverbial escaso roce de los equipos chilenos contra cuadros europeos, tener en casa, jugando en el campeonato, a una figura destacada del campeonato inglés, que es donde se producen todas las novedades y creaciones futbolísticas, tiene un valor inmenso. Es el fútbol «de otro mundo» puesto al alcance de la mano y en forma permanente.

Colo Colo, comprometido a mantener la «chilenización» de su equipo, no es campeón desde 1947. Espera demasiado larga para su exigente hinchada.

No está en discusión su capacidad defensiva. Misael Escuti ya aparece como una gran carta en el arco y se puede pensar en él para la Selección Nacional. Caupolicán Peña, Arturo Farías y Rogelio Núñez garantizan la última defensa, al paso que Osvaldo Sáez y Antonio Valjalo hacen indiscutidamente la mejor pareja de halves del campeonato. Pero falta ataque, a pesar de la presencia de Manuel Muñoz, de fútbol incisivo y espectacular, cuya identificación natural con el club hace que sea apodado «Colo Colo», distinción que sólo había logrado Oscar González en los años veinte.

A eso llega Jorge Robledo. A darle ataque. Pero da mucho más que eso. Y le da a todo el medio, no sólo a Colo Colo. Por de pronto, en concepción y ejecución de fútbol moderno. Simplicidad, para empezar. El juego aéreo, la contundencia del cabezazo ofensivo encuentran en él a un ejecutante de alto nivel para un medio en que este recurso parece casi prohibido. El centro retrasado, la apertura a los aleros, son también aportes de importancia. Por sobre todo, importa porque sus compañeros tratan de imitarlo, de hacer las cosas con simplicidad, sin atolondramientos ni excesos.

También fuera de la cancha Robledo hace su aporte, ayudando a perfilar la idea del fútbol como profesión, aunque nada indica que en esto haya hecho escuela. La vida austera, la reacción moderada, la concepción clara del respeto. Cuando le piden una entrevista, contesta: «De acuerdo, pero primero debo pedir autorización al club». Y agrega una frase que simboliza una mentalidad absolutamente diferente: «No olvide que yo no me

En Mayo de 1953 la Selección Chilena recibe la visita de Inglaterra en el Estadio Nacional, en el itinerario de un escaso roce de nuestro fútbol. En la escena aparecen René Meléndez (9), Manuel Muñoz y, más atrás, Guillermo Díaz.

Jorge Robledo significó un gran aporte al desarrollo del fútbol chileno. En la escena, se anticipa a Livingstone y marca para Colo Colo sobre Universidad Católica. Es el año de su incorporación, 1953.



mando solo».

Los estadios se llenan, aunque sólo para los partidos del puntero. Para los demás competidores su opción parece llegar exactamente hasta que los albos contratan a los Robledo y el torneo languidece. Colo Colo, transformado en un cuadro de equilibrada solvencia, con Jorge Robledo en papel estelar, gana el campeonato del 53 con holgura, marca 80 goles y sólo recibe 32, y se distancia en la tabla para terminar superando al subcampeón, Audax Italiano, por ocho puntos.

REGULARIDAD CRUZADA

Mientras algunos clubes adquieren jugadores extranjeros en exceso y otros buscan mantener la nacionalidad de su equipo, Universidad Católica intenta el encuentro de una fisonomía de equilibrio. La idea: un equipo hecho en casa con las adecuadas incrustaciones.

En ese plan se inserta la Católica en 1952, cuando en diciembre llega desde Inglaterra William Burnickell. Futbolista profesional a los 18 años, defensor del Sunderland, del Bradford City, ganador de la Liga, seleccionado nacional, instructor de paracaidistas durante la guerra, entrenador en Suecia (ganador de la Liga con el Helsinborg y entrenador del seleccionado sueco en el Mundial del 50), Bill Burnickell llega a trabajar exclusivamente con el primer equipo, pero pronto se hace cargo de todos los planteles universitarios.

No hay exigencias de título para Burnickell, aunque en el club existe la convicción de que el persistente trabajo con los menores, a la larga, debe dar buenos resultados. El título del 49 se explica fundamentalmente por José Manuel Moreno, pero hay también un contingente juvenil (Sergio Litvak, Fernando Jara, Jaime Vásquez, entre otros), que hace decir que «hay plantel para diez años». Luego han aparecido Horacio Cisternas, Claudio Molina, Sergio Sánchez, Jorge Luco. A ellos se suman los consagrados Sergio Livingstone, Manuel Álvarez, Fernando Roldán, Hernán Carvallo (todos seleccionados nacionales) y en el camino se agregan jugadores de gran rendimiento. Desde Uruguay llega Romualdo Moro, un fogoso alero izquierdo. Desde Racing se incorpora Miguel Ángel Montuori,

goleador de fuste y figura deslumbrante. Más tarde, Montuori brillaría en la Fiorentina y sería capitán de la «squadra azzurra». Para el torneo del 54, sólo se agregan dos jugadores: Juan Antonio Baum, el «Tucumano», que viene de Green Cross, y Raimundo Infante, que regresa después de haber aventurado por canchas de Venezuela y Francia para aterrizar en Unión Española.

Con este plantel Burnickell forma un conjunto disciplinado, luchador y, por sobre todo, regular. Es eso, regularidad, lo que le falta a Colo Colo (que se ha reforzado con Jaime Ramírez, de regreso de España, y con el eficiente Isaac Carrasco) y a Wanderers, que comienza arrollando y se queda en el camino. ¿En qué insiste Burnickell?. Principalmente en un concepto: al perder la pelota, el equipo debe concentrar su esfuerzo en dirigirse a la zona amagada, intentando el doble propósito de recuperar la pelota y tirar al adversario contra su propio fondo. Es decir, «salir a quitar», en vez de replegarse para la recuperación. Un notable concepto que en el fútbol chileno seguiría siendo incomprendido, pues requiere de niveles de concentración, voluntad y estado físico difíciles de conseguir en un estado de semiprofesionalismo.

Irregular y largo el torneo (en formato de 14 equipos, dos ruedas de todos contra todos y una tercera entre los ocho primeros para disputar el título), la Católica lo gana sin el estruendo de los anteriores, con pocos goles (sólo 67 en 33 encuentros), pero con un broche espectacular, pues en la última fecha debe enfrentar a Colo Colo, al que sólo aventaja por un punto.

Encuentro memorable, sin goles, pero con Sergio Litvak atajando de todo (cuando no lo auxilian los postes) en el pórtico universitario. Tras el encuentro, la directiva de Colo Colo va al camarín del campeón y se escucha decir: «Ganaron bien. Nos alegra, porque Universidad Católica es un ejemplo de mística y abnegación deportivas, un cuadro intachable y una institución verdaderamente amiga».

Si el campeonato no tiene el atractivo de los anteriores, en mucho se debe a la dolorosa eliminación del seleccionado en las clasificatorias para el Mundial de Suiza (en febrero) y al consecuente decaimiento del

«Tirado se arriesgó en actitud valiente, con la tranquilidad de saber que de su actitud, acaso, dependería el futuro del fútbol chileno»

plantel colocolino, que es la base de la Selección. Particularmente cansado se muestra Jorge Robledo, quien señala que no tiene un domingo sin fútbol desde hace cinco años, respondiendo así a quienes hacen un apunte sugerente: a un año de estar en Chile, pareciera haberse entregado a la indolencia del fútbol chileno. Es decir, él no cambia al medio, pero el medio lo cambia a él. Algo parecido, desde comienzos del siglo 19, opinaban algunos visitantes ingleses de sus compatriotas radicados en Chile.

MILLONARIOS EN FÚTBOL

Profundamente emocional, el mundo futbolístico chileno, incluyendo a todos sus actores, parece siempre víctima de impresiones y arranques antes que de análisis y decisiones. Si el 53 la sola llegada de Robledo consigue que sus rivales renuncien al título, algo parecido sucede en 1955.

Palestino, ascendido en 1953 (con Luis Tirado en la banca), intenta de inmediato la formación de un gran equipo. Ya ese año contrata a Rubén Bravo, el rosarino de los registros de Racing, en una de las transacciones más cuantiosas del profesionalismo: cuatrocientos mil nacionales. Luego llega Osvaldo Pérez y más tarde el inolvidable Roberto Coll, el «Muñeco», uno de los más queridos jugadores argentinos que hayan pasado por Chile. Se forma la famosa ala Pérez-Coll. Luego llega Julio Baldovino, también de Racing. Pero no basta ante el arrollador Colo Colo de los Robledo. Y tampoco basta para el campeonato del 54 (Palestino remata a quince puntos del campeón), por lo que los tricolores deciden que el 55 es su año. Para encabezar la cruzada está Amador Yarur, inigualablemente entusiasta.

El movimiento informativo del receso es espectacular. Se habla de los «Millonarios» de Palestino, hasta circulan chistes al respecto, y se le atribuye la contratación de todas las luminarias del fútbol sudamericano. Son, en realidad, más las noticias que las contrataciones. Pero éstas son de calidad, principalmente el ala izquierda de Wanderers, que forman José Fernández (el «Peta») y Guillermo Díaz. Pérez-Coll y Fernández-Díaz, dos alas para volar a cualquiera altura.

Y sucede que después de todos los anuncios de bombásticas transferencias, se repite lo del 53: el campeonato pierde interés, los rivales resignan su opción y Palestino cuenta con eso, además de su formidable equipo (que llega a los 91 goles), para adjudicarse el título con una ventaja inédita sobre el segundo: 9 puntos.

Es el campeonato de un equipo que hace decir: *«Para muchos, es el mejor cuadro que ha participado en el fútbol chileno. Es mejor que la UC de José Manuel Moreno el 49 y más que el Colo Colo de Robledo el 53»*. Es el campeonato de los goles del rosarino Juan Manuel López, de dos alas históricas, del patrón del área que es Rodolfo Almeida, que reverdece su éxito del 49 con Universidad Católica. Por sobre todo, es el campeonato del «Muñeco» Coll, talentoso, eficiente y querido: *«Tiene la buena técnica de Robledo, la laboriosidad de Cremaschi, el sentido innato de fútbol de Sergio Espinoza, la inspiración instantánea de René Meléndez»*.

ESTATUTOS PARA GRANDES Y CHICOS

Muchos de los fenómenos propios del fútbol chileno desde sus orígenes se repiten en la era profesional. Aquello de los «pequeños clubes de que están sembrados los cerros de Valparaíso», escrito a fines del siglo 19, mantiene su vigencia y genera dificultades que, junto con el estado de semiprofesionalismo que se desarrolla, también crecen proporcionalmente.

En 1954 los clubes de mayor poderío se unen para intentar imponer cuatro puntos que consideren vitales: «reducción de clubes, disminución de la cuota de jugadores extranjeros, una política económica más de acuerdo con el aporte de los clubes y nueva reglamentación».

Las opiniones periodísticas respecto a los dos primeros puntos:

«La reducción de clubes es necesaria porque está visto y comprobado que catorce participantes en la competencia principal constituyen un número demasiado generoso para nuestro medio, al menos en las condiciones actuales». (La solución ofrecida para la reducción se fundamenta en los mecanismos de ascenso y descen-

so, los que finalmente son operativos a partir del año siguiente, pero sin que ello consiga la reducción de clubes).

«En lo que concierne a la disminución de jugadores extranjeros, los grandes proponen mantener cuatro elementos este año y tres el próximo para llegar a la cuota máxima de dos en 1956. Los chicos arguyen que debe conservarse la cuota actual y bajar directamente a dos el 56. Las dos proposiciones llegan a lo mismo. No es posible que de los cultores actuales o, mejor dicho, del plantel que el fútbol profesional tuvo en actividad el año pasado, un tercio corresponda a elementos extranjeros».

Una vez decididas las reformas se comenta: «Esta vez la afición entera del país espera que se termine con los golpes de mayoría, que pasan por encima de decisiones anteriores y, año a año, modifican los reglamentos y los usos. Se hace imprescindible que, de una vez por todas, el fútbol rentado tenga un estatuto formal y permanente, una ley por la que se rijan todos y que la vara sea igual para grandes y para chicos».

Palestino se inscribe como el mejor campeón de la Historia.

60 GOLES Y 28 HECTÁREAS

Y el de 1956 queda como *«el mejor campeonato de todos»*. El elogio se repite y no es vano. Salvo las escapadas de Colo Colo el 53 y de Palestino el 55, los campeonatos de los años cincuenta habían comenzado a caracterizarse por la lucha cerrada por el primer lugar, por los relevos de los escoltas, por los desenlaces intensos. El torneo del 56 recupera esa fisonomía.

Se inserta, por lo demás, en el mejor momento histórico del fútbol chileno, cristalizada y fogueada toda una generación de jugadores.

A esa generación pertenece Enrique Hormazábal, «Cua Cua», alero derecho de Santiago Morning y goleador en la Selección Nacional. Lo contrata Colo Colo para recuperar el título. A esa generación, aunque más joven, pertenece Mario Moreno, a quien Robledo ve jugar por la Cuarta Especial de los albos en San Antonio (y ya no vuelve a jugar por la Cuarta). Es la generación de Misael Escuti, Manuel Muñoz (ya consagrados), Jaime Ramírez (que llega a ponerse la blanca este año) y de otros que asoman, como Bernardo Bello.

Colo Colo (Escuti; Peña, Fariás, Carrasco; Villarreal, Núñez; Moreno, Hormazábal, Robledo, Cremaschi, Ramírez) es, casi, la Selección vestida de blanco.

Desde la revelación que es Mario Moreno hasta la



Una delantera de grandes valores fue la que produjo el 5-0 sobre Paraguay en el Sudamericano de 1955. Pisan Enrique Hormazábal, René Orlando Meléndez, Jorge Robledo, Manuel Muñoz y Jaime Ramírez.

notable campaña del generoso Atilio Cremaschi, pasando por el talento de Enrique Hormazábal, el año espectacular de Jaime Ramírez, la recuperación notable de Jorge Robledo, la eficacia de un gran central como Arturo Fariás, la seguridad de Misael Escuti, la batalladora dupla de medios que hacen Charles Villarroel y Rogelio Núñez, la aplicación de Caupolicán Peña y de Isaac Carrasco para cuidar los flancos, todo es una espléndida conjunción de estilos y voluntades para aunar opiniones: «Este es un puntero», se dice tras la séptima fecha, «por donde se le mire: es el equipo que lleva más triunfos, el que tiene al scorer, el que anota más goles, el que tiene la valla menos batida, el que encabeza la tabla de recaudaciones, con un millón de pesos promedio por encuentro».

En un torneo con nuevo formato que se juega en solo dos ruedas, Colo Colo mantiene su producción (aunque el rendimiento goleador es escaso: 60 goles en el campeonato), sale airoso de los intentos de sus escoltas por alcanzarlo y se corona a dos fechas del final. Es entonces cuando Antonio Labán anuncia: «Hemos adquirido un terreno de 28 hectáreas en Vicuña Mackenna con Pedreros. Allí se levantará un moderno estadio...».

CHILE, DE CARA AL PACÍFICO

Cuando se presenta formalmente la solicitud para ser sede del Mundial de 1962, muchas reacciones en Chile son escépticas, cuando no irónicas. Les parece a los detractores que no es posible que la FIFA acceda ni que Chile sea capaz de hacerlo.

Manuel Bianchi Gundán, diplomático, representante chileno ante la Fifa, explica en agosto de 1954, cuando ya la solicitud está presentada:

«La Fifa tiene una misión primordial: propiciar la difusión del fútbol en el mundo entero. Conseguir que se juegue allí donde no era anteriormente conocido y que crezca en aquellos países donde todavía no ha alcanzado un poderío suficiente. No se asigna la sede al campeón del año anterior

ni al país que posea mejores estadios o mayor cantidad de aficionados».

«Un Mundial en Chile abriría las puertas del Pacífico, que es ahora el gran objetivo de la Fifa. Casi toda la actividad futbolística del mundo está concentrada en la cuenca del Atlántico. La Fifa quiere extenderla hacia el Pacífico y, de todos los países que rodean a ese océano, Chile es el único que está en condiciones de hacer una Copa Jules Rimet».

«Si Chile obtuviera la sede, se vería obligado a ampliar sus actuales estadios y a construir otros nuevos».

«Y cuando la obtenga, demostrará lo que es capaz de hacer. Eso no lo puede dudar nadie».

A LIMA CON GOL

Más que los equipos campeones, es la Selección Nacional la que mejor resume lo que sucede al interior del fútbol chileno en este particular periodo que va desde 1953 a 1956 y que, sin duda, cierra una etapa histórica.

A través de una actividad mayor que la habitual (39 partidos jugados en cuatro años), hay contradicción. Contrastes. Las más grandes alegrías y las tristezas más profundas. Los triunfos más sonados y las derrotas más humillantes.

El análisis de los contrastes está lleno de sugerencias.

Cuando hay que viajar al Sudamericano de Lima, en febrero del 53, se vive un momento de gran optimismo por el Panamericano del 52 y por la intensidad del campeonato local. Además, ya puede hablarse de exportación de jugadores. Raimundo Infante, Fernando Riera y Andrés Prieto parten a Venezuela; los dos primeros siguen a Francia, mientras Guillermo Díaz, el alero wanderino, hace maletas. Más tarde viajan a Europa Jaime Ramírez, la notable revelación de Universidad de Chile, y el mismo Andrés Prieto.

El panorama interno es halagador. Parecieran sobrar buenos medios de apoyo (Augusto Arenas, Carlos Rodolfo Rojas, Luis Vera, Osvaldo Sáez, Antonio Valjalo, Mario Ortiz), no faltan los aleros (Jaime Ramírez, Oscar Carrasco, Fernando Hurtado, el magallánico Mario Soto) y se puede elegir entre los interiores (Manuel Muñoz, Atilio Cremaschi, Andrés Prieto, Carlos Tello, Enrique Hormazábal, Paco Molina -revelación en Universidad Católica-, Braulio Musso). Y si alguno falta, el comentario periodístico es tranquilizador: «Hay hombres donde elegir».

Siguiendo una constante del carácter del chileno, esa seguridad es precisamente la que traiciona al equipo en el estreno en el Sudamericano de Lima, en febrero del 53. El que se presenta es un cuadro «demasiado confiado en sus medios», parsimonioso, ante una selección paraguaya que hace alarde de bravura y gana 3 a 0.

Después del desastre, la rehabilitación. Así surgen el 3 a 2 sobre Uruguay y el significativo empate con Perú: por primera vez uno de los tradicionales adversarios del Pacífico saca un punto como visitante.

Aprendida la lección, en el partido con Ecuador -jugado quince días más tarde...-, se vuelve a jugar «de grande a chico», tan difícil para las escuadras chilenas, pero esta vez se hace bien, a ras de piso y con calma, produciendo un 3 a 2 con «una demostración futbolística de alto vuelo y brotó el jolé de las tribunas».

A pesar de la derrota con Brasil y del empate final con Bolivia, se redondea una actuación acorde con las expectativas tradicionales y en todos los rankings finales aparecen Meléndez, Molina y Ramiro Cortés. Además, Paco Molina es scorer del torneo y de inmediato recibe ofertas desde España, hacia donde parte.

EN LA BANCA CABEN TODOS

Con ese antecedente se recibe en mayo a la Selección de Inglaterra (el 25 de mayo de 1953 se presenta

¡por primera vez! un seleccionado europeo en Chile), y el triunfo inglés (2-1, con un equipo chileno que insiste en ir al choque y en el juego aéreo), produce la inmediata remoción de Luis Tirado y es llamado Francisco Platko.

Entonces es cuando la prensa comenta: *«En estos últimos cuatro años, el seleccionado nacional ha sido adiestrado por Boffi, Platko, Buccicardi, Tirado y Platko otra vez».*

Cinco designaciones en cuatro años. La reacción periodística es tan dura como los hechos: *«Quince días antes... se pone en pública subasta el cargo de entrenador. El que cobre menos, éste se queda con el equipo. Luego se llama a veintidós o más hombres. Por lo general, en estas designaciones no cuenta para nada el entrenador; a él se le entregan los jugadores que una comisión estime como indicados. Y se les mete en una concentración, sin preparación adecuada, sin método científico-deportivo alguno. En quince días, a veces una semana, el director técnico les vierte algunas ideas de fútbol o tiene que amoldar un sistema a los hombres de que dispone».*

Se pierde también con España, con la marcación estricta ordenada por Platko, quien pareciera haberse quedado en los moldes iniciales del fútbol de marcación, sin evolucionar, y se comenta que el seleccionado parece un equipo de los años cuarenta.

Y cuando se va a Lima -a la primera versión de la Copa del Pacífico-, no queda claro si Platko recapacita o si los jugadores resuelven hacer las cosas a su modo. El periodista se limita a reproducir lo que jugadores le han dicho: *«No vamos a jugar pegados; vamos a jugar como sabemos hacerlo. Esta defensa se conoce bien. Ahora hay libertad para hacer postas, para cerrarnos sobre el área sin necesidad de andar corriendo detrás de los contrarios a donde estos vayan. Fariás romperá más y hay acuerdo entre Rojas y Cortés para cambiarse según jueguen los interiores peruanos».*

Los acuerdos funcionan y Chile gana 2-1 (primer triunfo chileno en Lima), pero no bastan en el segundo, en que se sufre una expulsión, se comete un penal, se pierden dos y se hacen dos autogoles: 0-5, una goleada que no se sufre desde el 0-6 con Uruguay en el Sudamericano del 47.

EL JUEGO DE LA IMPROVISACIÓN

El resultado es que para las clasificatorias del Mundial del 54 (jugadas el mismo año), contra Brasil y Paraguay, vuelve a la banca Luis Tirado. Hasta ahora, Chile nunca ha jugado una clasificatoria y tiene la gran ocasión de demostrar sus notorios progresos. Tan notorios, aparentemente, que no parece necesario preocuparse demasiado: en pleno mes de enero (la clasificatoria comienza en febrero), un delegado expone en la Asociación Central: *«Señor Presidente, estamos a cuarenta días del primer encuentro con Paraguay y deseamos saber qué se ha hecho al respecto y qué se hará en el corto tiempo que falta».*

Se hace muy poco: dos amistosos con Mariscal Sucre.

En Asunción, no se da lo pensado por Luis Tirado:



Luis Tirado y Jaime Ramírez durante el inolvidable Sudamericano de 1955, en Santiago. El técnico dio pautas durante una época y el jugador fue uno de sus mejores intérpretes.

«Hay que aguantarlos durante el primer tiempo y en el segundo, presionados por su hinchada, los paraguayos se desorientarán». Pero no sucede así. Tal como en Lima, el chileno es nuevamente un equipo parsimonioso, demasiado atildado, creyente en una superioridad técnica que no es tal y que, si lo fuera, no bastaría. Paraguay hace su primer gol a los treinta y cinco minutos y luego hace otros tres.

La revancha en Santiago la gana Paraguay 3-1.

La espera de Brasil es desilusionada. Y aunque los resultados son decorosos en Santiago (0-2) y en Rio (0-1), el efecto anímico sobre el público es desastroso.

Y cuando hay que jugar la segunda versión de la Copa del Pacífico, ahora en Santiago (2-1 y 2-4), en la banca ya no está Tirado. Ni ningún técnico. El cuadro es

■ Palestina armó un equipo para ganar el campeonato de 1955. Lo conquistó con una máquina de hacer goles. Una de sus formaciones está en la fotografía. De pie, de izquierda a derecha: Mario Ortiz, José Donoso, Julio Baldovino, Sergio Goity, Rodolfo Almeida y Juan Toro. Primera línea, en el mismo orden: Osvaldo Pérez, Roberto Coll, Juan Manuel López, José Fernández y Guillermo Díaz.



ESCUCHANDO CRECER EL PASTO

La misión del Periodismo no es sólo comunicar acontecimientos. Su función vital es poder relacionarlos y ofrecer, así, una visión de conjunto que oriente al público.

Al respecto, la editorial de la edición 679 de la Revista Estadio (18 de mayo de 1956), es una verdadera lección objetiva. Aquí están extractados sus conceptos:

«Todas las manifestaciones del ser humano están sujetas a influencias de uno u otro orden que, por periodos, gravitan sobre su desarrollo, sus normas, estilos o fisonomías».

«Nosotros, acuciosos observadores del fútbol nuestro, tenemos mucho miedo de que estemos presenciando el fin de uno de estos ciclos. El popular deporte ha vivido en los últimos diez años una de sus etapas más favorables, en la cual su fisonomía cambió totalmente, y en la que sus progresos fueron reconocidos en forma unánime en casa y en ambientes foráneos. Para muchos se operó un verdadero milagro en el fútbol de nuestro país».

«Lo más grato de comprobar en este panorama hermoso era que el jugador parecía haber cambiado su concepto del fútbol. Nuestros jugadores no necesitaban ya que se les recordara en cada entrenamiento las premisas de siempre: «La pelota corre más que el jugador». «La habilidad no estriba en acariciar el balón y llevárselo consigo por todos los rincones de la cancha, sino que en enviarlo con precisión y justeza, cerca o lejos, pero rápido, adonde su pre-

sencia produzca más daño».

«Confesábamos tener miedo de estar asistiendo al final de todo esto. O al comienzo de un nuevo ciclo, en el que la transformación pudiera consistir en volver a las viejas prácticas, al fútbol de patrero de antes, que aunque se juegue en grandes estadios y ante grandes públicos es siempre fútbol de patrero».

«No se advierten actualmente, en la mayoría de los partidos, planes de juego: se está corriendo demasiado con la pelota, perdiendo la aplicación a los sistemas defensivos».

«Los entrenadores, como es natural, son los responsables más directos: pero también las directivas, en su misión de respaldar a éstos, para que su ascendiente sea mayor».

«Damos a conocer esta impresión nuestra, que ojalá no sea más que eso, una impresión que no ha de confirmarse. Pero es conveniente advertirlo a tiempo: que todos nos pongamos sobre aviso para detener el mal que se insinúa».

A muy poco andar, apenas un año más tarde, la Historia confirmaría aquella impresión. En efecto, el fútbol chileno, a favor de lo aprendido -pero no del todo asimilado-, y de una generación excepcional de jugadores, había logrado momentos embriagadores. Y muchos pensaron que ya no había más que aprender. Pensamiento a partir del cual se emplea inexorablemente a retroceder.

dirigido «por un grupo de dirigentes».

Indiscutiblemente, el desarrollo del fútbol en técnica no va a parejas con su organización; los requerimientos del progreso no son cabalmente comprendidos en todos los niveles y, en consecuencia, retardan el ya lento desarrollo profesional de los jugadores y de los técnicos.

ROZANDO UNA ESTRELLA

Durante diez años Chile no ha sido anfitrión de un Sudamericano y ahora, en 1955, la ocasión es particularmente importante. Porque desde Italia viene Otorino Barasi, Presidente de la FIFA, «a auscultar la capacidad de Chile como aspirante a organizar el Campeonato del Mundo de 1962», cuya sede ha pedido Chile en Suiza el año anterior. Hay que mostrar, entonces, las capacidades organizativas. Por otro lado, el campeonato señala el retorno de Argentina a los torneos continentales, cuyo ostracismo la ha dejado fuera de dos Mundiales, dos Sudamericanos y un Panamericano.

Luis Tirado vuelve después de formular ácidas de-

claraciones por su marginación y por la marginalidad de los técnicos -su retorno es un elocuente mea culpa directivo y un signo de progreso-, y pone de inmediato en práctica su idea de terminar con las concentraciones en recintos militares: «La larga vida en común, desde la diana hasta la retreta, la uniformidad invariable del panorama y la dedicación absoluta de todas las horas y minutos del día a la idea de fútbol y campeonato, terminan por enervar y malhumorar a la gente, como ha sucedido siempre». Se da con una solución mixta: los seleccionados pasan el día en el Estadio Italiano y por la tarde son recogidos para alojar en el hotel Kent.

El técnico se muestra feliz por sus completas atribuciones, se lamenta de tener sólo un mes para la preparación («Si hubiéramos tenido tiempo habríamos conseguido el ideal»), y se alegra del plantel: «Nunca me tocó dirigir un lote mejor que éste. Son dóciles, disciplinados, respetuosos; no hay los cabecillas que nunca faltan». Además, técnicamente «tengo hombres dúctiles, versátiles, que conocen varios puestos y distintas funciones, cualquier cambio necesario no será una improvisación».

Con la gran novedad de que ya no está Livingstone en el arco y comienzan los tiempos de Misael Escuti, Chile parte goleando a Ecuador 7-1, lo que no alcanza a sorprender. Pero sí sorprende el 5-4 sobre Perú (llegan a estar empatados a 4), pues «sólo confiábamos en la defensa» y no se esperaba tanto del ataque. Más que satisfactorio es el empate con Uruguay (2-2), porque se consigue tras ir perdiendo y porque exhibe en toda su capacidad creativa a Enrique Hormazábal, que ya no es alero y se muestra en su consagradoria vocación de armador de lujo.

Con catorce goles en tres partidos parece desmentirse una tradición de déficit ofensivo, lo que queda subrayado en el cuarto encuentro, que se le gana a Paraguay 5-0, con la estrategia que no había funcionado en las clasificatorias: en el primer tiempo, «con aplomo y astucia», Chile produce el desgaste guaraní y en el segundo «clava sus banderillas».

Chile queda a las puertas del título. Debe cerrar el campeonato con Argentina. La presión popular por ver el partido es gigantesca este 20 de marzo. Ningún estadio podría contener a los interesados en presenciar el partido. Y todos quieren ser los primeros en entrar. Cuando se abren las puertas, la multitud congregada frente a ellas -unas veinte mil personas-, presiona inconteniblemente, derribando los soportes de las rejas. Seis personas mueren, trece resultan heridas.

En la tarde más triste del fútbol chileno, la Selección hace un buen partido y, si bien no acredita superioridad sobre Argentina, tampoco merece perder. Pero pierde 0-1.

Pasado el dolor de la tragedia popular, en los balances queda que hay plantel, que hay fuerza ofensiva. Y que el título de scorer vuelve a quedar en Chile con los seis goles de Enrique Hormazábal.

Más adelante, en septiembre, en disputa de la na-ciente Copa O'Higgins, Chile empató con Brasil en Rio (1-1, con gol de Jaime Ramírez, que es el primero de Chile en el Maracanã) y repite el resultado en São Paulo.

Hay alegría. Cortés, Cubillos y Hormazábal hacen un macizo trabajo de media cancha. Y hay ataque. Jaime Ramírez y Leonel Sánchez (¡el zurdo entra en la Historia!) son aleros de punta. Meléndez y el «Peta» Fernández hacen daño por el centro. La defensa no tiene brechas, con Manolo Álvarez e Isaac Carrasco clausurando los flancos y con Rodolfo Almeida y Cortés frenando a los arietes.

Para soñar.

SUEÑOS EN MONTEVIDEO, PESADILLAS EN MÉXICO

David Arellano, en 1926, se había proclamado goleador del Sudamericano. En 1937 Raúl Toro repite el halago para Chile. Distinciones alejadas en el tiempo. Que empieza a hacerse frecuente. Paco Molina en Lima el 53. Enrique Hormazábal en Santiago el 55.

Y Enrique Hormazábal, nuevamente, en Montevideo el 56.

El de los orientales es el gran sudamericano de la Historia. Hacia muchos años -desde el torneo del 45- que no se encontraban «las auténticas potencias del fútbol sudamericano». Llegan los tres grandes del Atlántico (Argentina, Brasil y Uruguay acumulan campeonatos); Perú, que registra un título; Paraguay, campeón del 53; y Chile, actual subcampeón.

Antes de partir, Tirado vuelve a innovar: los jugadores son concentrados en El Quisco, acompañados de sus esposas, y el periodista, observando la convivencia de la noche de Año Nuevo concluye en que «Tirado tenía razón; la idea fue espléndida».

En el estreno montevidiano, el 4-1 a Brasil. Dos goles de Enrique Hormazábal, uno de René Orlando Meléndez, uno de Leonel Sánchez. «Miraba la pizarra iluminada y no podía creerlo».

Todos son grandes. El joven Leonel Sánchez, que gana un duelo espectacular a Djalma Santos; Enrique Hormazábal, que suelta la marca de Canhoteiro para subir con su empuje creador y, además, llegar al gol; Misael Escuti, haciendo fáciles contenciones difíciles; René Meléndez vuelve a ser «el señor centrodelantero de las mejores tardes de Everton»; Cortés y Cubillos llenan la media cancha.

Es tan notable esta exhibición, que Argentina debe preocuparse para enfrentar a Chile. Y se preocupa. Aún así, «por primera vez es el equipo chileno el que tiene la iniciativa y llena la cancha, obligando al arquero rival a ser el mejor hombre de su equipo». Y aún así «todo esto se produjo en un match que se perdió por 2 a 0. Los escépticos dirán que son las explicaciones de siempre. Pero para eso venimos a estos acontecimientos, para no caer en el escepticismo del que saca conclusiones sin el importante elemento de juicio que significa haber visto».

Después, derrota con Uruguay, y buenos triunfos sobre Perú y Paraguay. En el balance quedan las declaraciones de Guillermo Stabile, el entrenador argentino, quien señala que debió pensar en una alineación y en un plan de juego «para ganarle a Chile» -algo inédito;

quedan el grato sabor del primer triunfo sobre Brasil, de un nuevo subcampeonato y del nuevo título de scorer de Enrique Hormazábal.

El 12 de febrero juega Chile su último partido en el Sudamericano. El primero de marzo entra a la cancha en Ciudad de México para jugar el segundo Campeonato Panamericano. En dieciséis días, el equipo cae de las estrellas al abismo.

Pierde 1-2 con Brasil («no recuerdo», escribe el cronista, «otra presentación tan pobre y decepcionante como la de esta noche»); con Costa Rica 1-2 («Creo que estoy en presencia de un sueño mortificante»); 0-3 con Argentina («A los cinco minutos yo creí que ganaba Chile, a los 15 no me cupo ninguna duda de que ganaba Argentina»); 2-2 con Perú («Casi me atrevería a decir que por fin se jugó normalmente»); 1-2 con México («El contraste sirvió para epilogar una trayectoria que no merecía otra recompensa»).

Hay estupor y desconcierto. Resulta inexplicable. Y no se explica. «Plantel gastado», se dice. «No se trabajó adecuadamente a los suplentes», sostienen otros.

¿Cuál es el verdadero fútbol chileno? ¿El del Sudamericano o el del Panamericano?

El 29 de agosto, en el Estadio Nacional, se produce un nuevo hito, como para confirmar el optimismo. Chile, ganando 3-0 a Checoslovaquia, obtiene uno de sus mejores triunfos internacionales y cierra el año abonando los mejores augurios.

En la banca está José Salerno, que también vino desde el otro lado de Los Andes y se quedó para siempre.

Ya no está Luis Tirado, que ha completado una década al frente de las selecciones nacionales. Es el hombre que se ha jugado por el prestigio de la profesión de entrenador y que se enorgullece del progreso «técnico y social» del jugador chileno. Lo que no queda claro es si este progreso está consolidado o si sólo se produce cuando Luis Tirado maneja al grupo.

El futuro lo dirá.

Con la Selección del Sudamericano de 1956 en Montevideo, el fútbol chileno alcanza alturas que cierran un ciclo. En la fotografía están, de pie, de izquierda a derecha: Manuel Álvarez, Ramiro Cortés, Rodolfo Almeida, Misael Escuti, Carlos Cubillos e Isaac Carrasco. Primera línea, en el mismo orden: Jaime Ramírez, Enrique Hormazábal, René Orlando Meléndez, Manuel Muñoz y Leonel Sánchez.



1957-1962

ANTES Y DESPUÉS

- La revolución del 58 (1957-1958)
 - El fútbol que viene (1959)
 - Porque no tenemos nada (1960)
- Este equipo se está armando (1961)
- Entre los mejores del mundo (1962)



Programa
VIVA EL DEPORTE DE
RADIO AGRICULTURA
Adhiere a los
100 AÑOS DEL FUTBOL



Sergio Livingstone



Alberto Fouilloux



Héctor Vega Onesime



Milton Millas



57 AM • PRIMERA EN EL DIAL • PRIMERA EN NOTICIAS • PRIMERA EN DEPORTES

Santiago CB-57 • La Serena CA-144 • Valparaíso CB-98 • Los Angeles CD-120 • Temuco CD-127

VII

Parte

ANTES Y DESPUÉS

El Mundial de 1962 es más que un capítulo en la Historia del fútbol chileno. Su magnitud y su profundidad, su carácter de síntesis de las experiencias ya vividas y su consecuente efecto sobre los hechos futuros, producen un cambio tal en esta Historia que obligan a considerarla, en lo sucesivo, dividida en dos grandes etapas: antes y después del Mundial del 62.

Hasta aquí, el fútbol del país, desde sus pintorescos comienzos hasta las consolidadas demostraciones de mediados de los años cincuenta, se había acercado a difíciles progresos. La instalación del profesionalismo, a comienzos de los años treinta, había colaborado a manifestar un grado de desarrollo, permitiendo el ejercicio de algunos principios muy básicos. Pero los conceptos de un verdadero desarrollo sólo se expresaban episódicamente, a través de acontecimientos particulares, de dirigentes esclarecidos, de entrenadores iluminados, de periodistas avisados. Pero sin organicidad ni amplitud. Más de alguna buen resultado, en tales condiciones, podía explicarse en razón de un fluir simplemente inercial o por la acción de hombres o grupos inspirados.

Desde que en 1956 la FIFA concede a Chile la organización del Mundial de 1962, un proceso completamente diferente comienza a suceder.

Saben sus mentores, Carlos Dittborn, Ernesto Alveal y Juan Pinto Durán, con la importantísima ayuda diplomática de Manuel Bianchi Gundián, que el Mundial debe trascender absolutamente cualquier carácter eventual para transformarse en un hito decisivo.

Es, definitivamente, el tema del desarrollo del fútbol chileno lo que está en juego. Todo lo bueno recomendado y nunca practicado hasta aquí, debe concretarse. Todos los vicios acumulados hasta aquí, deben ser erradicados.

Es la ocasión de hacerlo. El carácter de compromiso nacional que tiene la empresa, la visión de todo un país y de todo el mundo sobre el proyecto y su ejecución, proporcionan el marco -peligroso, pero al mismo tiempo propicio-, para hacer el gran intento. Se puede dar un gran salto, desprendiéndose de la rutina doméstica, pequeña y paralizante.

Hombres de ideas claras, preparados -Eugenio Velasco y Juan

Góni llegan a ocupar la Presidencia de la Asociación Central-, rompen la medianía habitual y constituyen, junto con los miembros del Comité Organizador del Mundial y dirigentes de club de nuevo cuño, un soporte vigoroso para las nuevas ideas.

Para la gran revolución futbolística, este grupo directivo busca al hombre indicado y luego lo respalda con la convicción de que la trascendencia de la obra obliga a no hacer concesiones a viejos hábitos y gustos, por muy populares que éstos sean.

Fernando Riera es el hombre elegido. Antes que a cuestiones técnicas específicas -en las cuales es un prestigiado experto-, el entrenador nacional se aboca a la prédica del verdadero profesionalismo. Establece la diferencia entre un futbolista rentado y un futbolista profesional, con todas las implicancias técnicas, humanas y sociales que la diferencia conlleva.

Esa es la gran revolución, que el técnico puede realizar porque cuenta con el respaldo de dirigentes que tienen el roce, la cultura y la experiencia que les permiten entenderlo así. Ayudados, afortunadamente, además, por los tristes episodios del Sudamericano de 1957 en Lima, los que producen un efecto mágico que parece detener el tiempo para obligar a sus protagonistas a reflexionar. Una etapa queda cerrada.

La Historia juega su juego y a pocos meses de esos acontecimientos se produce la contratación de Riera y el comienzo formal de una etapa crucial en la que muchos conceptos, muchas veces expresados por hombres inteligentes y con resultados fugaces, ahora se tratarán de concretar de manera orgánica, sistemática y global.

En cinco años, con muchos esfuerzos, luchando contra hábitos fuertemente arraigados, el fútbol chileno es instalado en un escenario completamente diferente, el de la cultura del profesionalismo.

Cuando termina la Copa del Mundo, los conocimientos y la experiencia del fútbol del país son otros. Está resumida su Historia, está propuesto el cambio, está obtenido -además- el mejor resultado de todos los tiempos. Que sus hombres decidan seguir los nuevos rumbos señalados es otra Historia. Es la Historia que comienza después del Mundial.

Esta, la de estos cinco años, es la más hermosa, la más fecunda, la más emocionante jamás vivida.



El abrazo de dos pilares centrales del éxito, Leonel Sánchez y Fernando Riera, luego del decisivo triunfo sobre la Unión Soviética.

1957-1958

LA REVOLUCIÓN DEL 58

Eugenio Velasco desde la Presidencia de la Asociación Central y Fernando Riera al frente de un Plan para el Mundial del 62, generan la más profunda renovación del fútbol chileno, desmoronado después del Sudamericano del 57, y le dan una organización que reclamaba desde el nacimiento del profesionalismo.

En la pista de ceniza, la banda del Regimiento Arica ejecuta la Canción Nacional. El público que colma el estadio La Portada está de pie. En la línea de costado de la cancha, de frente a la tribuna oficial, forman los dos equipos flanqueando al trio de jueces.

Un equipo es La Serena. Su rival es el Equipo Azul.

Jueves 18 de septiembre de 1958. Festejos de Fiestas Patrias. Por eso la presencia de la banda militar y el pabellón que se iza en el estadio serenense.

Es la fecha elegida por el fútbol para dar comienzo oficial al desarrollo de un proyecto. El más ambicioso proyecto de su Historia: preparar a un seleccionado con cuatro años de anticipación para un Mundial. El Mundial del 62.

En tres escenarios se presentan los tres equipos que encarnan la filosofía de Fernando Riera. La Selección Azul, debutando en La Serena, es la de los consagrados. La Selección Blanca, que juega en Talca contra Rangers, es la de los menores de 23 años. La Selección Juvenil, que juega contra Universidad de Chile en Santa Laura, la forman los menores de 20.

Es un plan en marcha, algo que sorprende, que rompe los moldes tradicionales. No sólo por la notable anticipación, que parece desmentir a un historial de improvisaciones, sino también por su envergadura. Es algo más que la preparación de un seleccionado. «No recordamos, se escribe, un paso semejante en el fútbol nuestro. Cuando más, se preparó una selección en vísperas de un sudamericano o un compromiso urgente. Pero se preparó un equipo, un plantel. En estas Fiestas Patrias hubo tres en actividad casi simultánea. Es un paso hacia adelante, una conquista que conviene estimular, una batalla que entrenadores y periodistas hemos logrado después de mucho bregar».

La Selección Azul gana a La Serena, aunque sin establecer en cifras su notable superioridad. En Talca, los menores de 23 derrotan a Rangers, con tres goles de un joven que hace pensar que es más delantero que mediocampista: Eladio Rojas. En Santa Laura, los juveniles empatan con la U.

Pero no son los resultados lo que preocupa a la crítica. Lo que importa es la fisonomía de los equipos, la manera de hacer las cosas.

Los juveniles producen grata impresión en Santa

Laura, pues «están en la onda del fútbol moderno. Avanzan con una orientación muy exacta: pases en profundidad, rapidez, nada de entretenerse con el balón y pasarlo hacia los lados. El trio central, que en esta ocasión formaron Dagnino, Fouilloux e Iturrate, mostró armonía y buen planteo ofensivo».

En La Serena el balance también es satisfactorio. Raúl Coloma saca bien su tarea en el arco de la Selección Azul, y en el pórtico serenense se luce el segundo portero seleccionado: Pancho Fernández. Buen trabajo de Yori, Vera, Torres y Carrasco (en los primeros ensayos de adopción del 4-2-4 por parte del fútbol chileno), dudas en media cancha, y satisfacción por el cuarteto de ofensiva: Moreno, Molina, Sánchez y Bello, con notable actuación de Paco Molina, que parece mantener intactas las condiciones que lo habían llevado a ser goleador del sudamericano de Lima cinco años antes.

Desde Talca, donde se juega en los mismos días de Fiestas Patrias, se comenta que «aunque faltaron algunos muchachos que habría sido agradable ver, la faena se cumplió con acierto. La orientación está bien. La delantera formada por Moreno, Eladio Rojas, Rosales y Hoffmann agradó, porque disparó el arco sin retencias, jugó de primera y buscó avanzar con velocidad y al hueco».

También la expedición defensiva resulta gratificante, con un buen partido de Mohor («gran animador en la media cancha»), un convincente desempeño de Luis

El mejor resultado de la campaña de «chilenización» de los cuadros de Audax Italiano: la formación que le da el título de campeón de 1957. En la foto están, de pie: Adolfo Yori, Daniel Chirinos, Guillermo Miranda, Vicente Astorga, Luis Escobar y Luis Vera. Primera línea: Oscar Carrasco, Francisco Molina, Juan Martínez, Carlos Tello y Raúl Aguila.



Eyzaguirre como lateral y el buen trabajo de Navarro, Hernán Martínez y Beltrán.

Y más allá de la línea futbolística, otros hechos llaman la atención. El más importante, el comportamiento de los seleccionados fuera de la cancha, que hace exclamar tras el viaje a La Serena que «pocas veces nos ha tocado convivir con una selección tan ejemplar». Se observa una particular disposición en los jugadores: «Hay seriedad. Hay respeto. Todo esto tendrá que dar sus frutos más adelante». Se destaca que en La Serena, aún siendo días de fiesta, después del partido los jugadores prefieren recogerse temprano, desechando las invitaciones a celebrar en Coquimbo.

Llama la atención tanta seriedad. Tanta disciplina.

Parece ser la mejor carta de presentación, la más perfilada característica del plan que comienza en estos días de Fiestas Patrias de 1958.

Aunque el capítulo histórico quizás comenzó a escribirse antes. Tal vez cuando se contrató a Fernando Riera. O cuando se jugó el Sudamericano Juvenil.

O tal vez antes. Porque los episodios que caracterizan a cada época no son hechos aislados, sino eslabones de la cadena sin fin de la Historia.

En el Plan Riera se da el notable caso del explosivo cierre de un proceso histórico coincidiendo con el iluminador comienzo de otro.

La Historia del plan del Mundial del 62 comienza a escribirse en estos días de Fiestas Patrias de 1958. Pero había comenzado a producirse antes. Tal vez mucho antes.

EN LIMA EXPLOTA UNA BOMBA DE TIEMPO

La Historia del desarrollo del fútbol chileno parece detenerse sorpresivamente, violentamente, en 1957. El halagador 1956 había simbolizado la concreción de sentidas aspiraciones largamente buscadas desde los orígenes y, particularmente, desde 1941, con la aparición de los sistemas y la consagración de Sergio Livingstone.

Todo, sin embargo, se detiene en 1957. Produce la sensación de un vuelco violento de la Historia. O de un paréntesis en el curso de promisorios acontecimientos.

Sin embargo, no es así. Estos sucesos constituyen, en realidad, el desenlace de múltiples procesos y circunstancias.

De vuelta a la actividad, en el verano del 57, en la mira del fútbol chileno está el Sudamericano de Lima. ¡Ocasión propicia! Por muchos motivos. Por el recuerdo de las actuaciones del seleccionado en el año anterior. También porque en el plano local Colo Colo había sido un indiscutido campeón y las campañas triunfales del *Cacique* producen un clima general de optimismo. También porque se abría una nueva era luego de que se le concediera al país la organización de un Campeonato del Mundo. Y también porque, por último, se jugaría en

Lima, que tan favorable había sido para Chile en 1953.

Las alegres expectativas, sin embargo, se transforman en una dolorosa desilusión. En la acogedora capital peruana, en el Sudamericano de los «cara sucia» (la notable selección argentina capitaneada por el veterano Néstor Rossi y caracterizada por el histórico trío central que forman Maschio, Angelillo y Sivori), Chile pierde cuatro partidos, empató uno y gana uno; le hacen diecisiete goles y marca nueve. Es penúltimo, superando sólo a Ecuador en el cómputo final.

Naturalmente, a los seleccionados no se les ha olvidado lo que sabían el año anterior. Han sucedido otras cosas. Cosas que significan que, al regreso de Lima, el Tribunal de Penalidades de la Asociación Central dictamine sanciones para la casi totalidad de los jugadores. Drásticas sanciones, que van desde expulsión a perpetuidad hasta amonestaciones.

Se trata, por cierto, de un caso de indisciplina generalizada. Pero no se produce, naturalmente, por generación espontánea. Tiene que haber antecedentes que la expliquen. Y los hay.

Globalmente, corresponde a un proceso. El jugador chileno, dolorosamente vapuleado en los orígenes, encuentra en los sistemas (y en técnicos estudiosos) al gran aliado para enfrentar a los adversarios tradicionales que son técnicamente mejor dotados. Esa alianza de jugadores aplicados y sistemas, que nace exitosamente con el Colo Colo campeón invicto del 41, produce, por consecuencia, a jugadores más hábiles, simplemente porque deben desarrollar mejores recursos para enfrentar a defensas más orgánicas y numerosas que en épocas anteriores.

Los éxitos más recientes han sido producto, precisamente, de una generación de futbolistas nacidos y crecidos en el campo del «fútbol de marcación». Este jugador es más seguro de sus propios recursos porque... tiene más recursos. El fútbol se le hace más fácil y, en

«El fútbol es por hoy una actividad nacional. Ha crecido como una bola de nieve en el interés popular. Todo el país sigue las alternativas de su competencia. Desgraciadamente, la dirección de esa actividad no ha variado y el fútbol sigue orientado con una mentalidad de antaño.»

UNA COPA PARA CHILE

La disputa de un torneo por eliminación estaba dentro del Plan para el despegue del fútbol chileno. Así, junto con las últimas fechas del torneo de 1958, jugándose a mitad de semana -según la idea-, se realizó el ensayo de disputa de la Copa Chile.

No prendió al comienzo. Los mismos clubes no le concedieron mayor importancia y a la primera fecha se presentaron con muchos suplentes. Menos de dos mil personas asistieron a la primera fecha en el Estadio Nacional. Sin embargo, terminó por entusiasmar y reunió a más de veinticinco mil espectadores en la jornada de cierre.

Diseñada como competencia mixta entre cuadros de Primera y Segunda División, mostró como

gran revelación a un crecido San Luis de Quillota que, junto retornar a Primera, en la Copa llegó hasta semifinales.

La final la protagonizaron Colo Colo y Universidad Católica. El empate se resolvió por el procedimiento de la época: goal average. Y la primera Copa Chile fue para Colo Colo.

Fue un gran año para el fútbol provinciano. Además del título de Wanderers, se produjo la notable campaña de La Serena. Como debutante en la serie de Honor, alcanzó a estar diecisiete fechas puntuando, lo que se celebraba como todo un record. A pesar de que luego perdió el notable tren, se recuperó y terminó como subcampeón.

consecuencia, él se siente más fuerte dentro de la organización.

La organización, sin embargo, no está preparada aún para responder a las exigencias de un medio técnicamente más desarrollado. El profesionalismo había nacido en 1933 por la fuerza de los hechos y se había venido adecuando a nuevas circunstancias, pero no podía gobernar esas circunstancias. Así es como, por ejemplo, desde 1946 existe la Bolsa de Jugadores, institución ignominiosa para la dignidad profesional y humana del futbolista. A ella son enviados los jugadores que no llegan a acuerdo con sus clubes para la renovación de sus contratos y de ella son retirados por el club que pague lo pedido por la institución de origen. Los clubes, naturalmente, piden sumas inalcanzables y los jugadores deben renovar por lo que inicialmente han rechazado.

La existencia de esta Bolsa de Jugadores -que hace que a los futbolistas se los llame «esclavos con cadenas de oro», es un ejemplo de la existencia de un

profesionalismo apenas embrionario, a pesar de que ya tiene más de dos décadas de vida. Lo que hay de «profesionalismo» es que los jugadores reciben dinero por jugar. Pero sólo eso. Lo cierto es que ni la organización ni los jugadores están preparados para responder a las exigencias del profesionalismo. No existe una *cultura profesional*.

Hay, obviamente, mutuos resentimientos. Que esperan el momento de explotar.

Y explotan.

LOS RESULTADOS DE LA INMADUREZ

Durante la concentración del seleccionado los jugadores formulan demandas económicas que se estiman desmedidas, se rechazan y los jugadores renuncian. Antes de que el Tribunal de Penas actúe, los jugadores recapacitan y aceptan, pero de todos modos algunos de ellos -los que aparecen como líderes del movimiento-, son castigados, aunque más adelante son levantados estos castigos.

Caupolicán Peña -profesor, estudioso de su entorno más allá del fútbol-, expone lúcidamente el origen del conflicto:

«El futbolista, por lo regular, se hace en los barrios y el potrero. No tiene, lógicamente, la cultura del dirigente. No comprende muchas cosas, porque nadie se las ha explicado. No sabe de reglamentos ni de problemas internos. El recado telefónico o la fría nota escrita a máquina no son entonces el medio más adecuado para ponerlo en contacto con el superior».

Se hablan, por cierto, lenguajes diferentes, producto de entornos culturales diferentes. Y ninguno está en condiciones de comprender al otro.

De modo que el seleccionado parte a Lima con aquel antecedente de relaciones francamente malas. Y en Lima subsisten y llegan al climax.

Tampoco iba a ser el nuevo entrenador la solución. José Salerno, nacido en Argentina y formado al alero de Emérico Hirsh, el húngaro introductor de la marcación en el fútbol trasandino, es un hombre bonachón y conciliador, que llega a Chile como entrenador de Green Cross y cuyo paso por la banca nacional en el partido contra Checoslovaquia del año anterior lo proyecta hacia el cargo en propiedad. El genera un clima amistoso en el plantel. Agudamente, el cronista destaca ese hecho... y sus peligros:

«No se advierte esa cosa uniforme de la concentración tipo militar ni la imposición por mandato, siempre molesta. Puede ser peligroso el procedimiento, porque la libertad mal entendida suele deslindar en libertinaje. Pero esta vez llevan las riendas dos hombres bondadosos y el contenido humano prevalece por sobre cualquier otro predicamento. Entre dirigentes y dirigidos las relaciones son francamente amistosas. No podría ser de otra manera estando José Salerno de entrenador y Pancho Candelori a cargo del equipo. Los dos perte-



Desbordante aspecto del Estadio Nacional para el choque de Audax Italiano y Colo Colo. Daniel Chirinos se eleva. Manuel Muñoz queda a la expectativa. Dos nortinos. Dos estrellas.

necen al tipo reconocido de hombres bonachones».

No es, en este momento, lo que el fútbol chileno necesita. Por el contrario, se puede echar de menos a Luis Tirado, que había estado ligado a la banca de la Selección durante veinte años. Emigrado con gran éxito al fútbol peruano después del Panamericano del 56, podía jactarse del singular *«progreso futbolístico y social»* de los jugadores y hacía tiempo, en efecto, que se venía hablando de *«delegaciones ejemplares»*. Evidentemente, él tenía mucho que ver con ese progreso y su ausencia se habría de notar.

Por otro lado, a las propias contradicciones internas del fútbol hay que sumarle el entorno social, que busca rápidamente reivindicaciones a las que el futbolista, en su condición de trabajador, no quiere restarse. Aquella realidad social, por lo demás, estaba encarnada con precisión al interior del fútbol a través de Caupolicán Peña, cuyo interés por los temas de la sociedad habría de llevarlo más adelante a la cosa pública como protagonista.

Sin embargo, personas y circunstancias son sólo detonantes de temas de arrastre que buscan cauce y solución. En este caso, las íntimas e inevitables contradicciones de un profesionalismo formal y superficial. Por sobre todo, inmaduro.

En Lima, nadie se explica que ese equipo sea el mismo de la formidable campaña en el sudamericano de Montevideo apenas un año antes y el de la notable victoria sobre Checoslovaquia. Del desastre sólo se rescata la actuación personal de Jaime Ramírez, considerado el mejor puntero derecho del torneo, la inclusión promisorio de Carlos Verdejo, el estreno de Jesús Picó.

AUDAX ITALIANO MUESTRA UN CAMINO

El fútbol chileno, en abril del 57, parece sumido en el más bajo escalón de su desarrollo.

Con aquel antecedente inaugural, con el campeonato atrasado en su comienzo, con los perjudicados con las sanciones (especialmente Colo Colo) amenazando con retirarse de la Asociación y formar una Liga paralela, nada parece venturoso.

Se logran trabajosos acuerdos -influidos por la condición de país sede de un Mundial, distinción conseguida precisamente por nuestra *«actitud inalterable de respeto a las autoridades constituidas»*-, y el campeonato puede comenzar recién a mediados de mayo.

El torneo, con todo, produce la consagración de la política de *«chilenización»* que Audax Italiano había iniciado en 1951. Desde entonces, el equipo de la colonia italiana, dirigido por Ladislao Pakozdi, un ex internacional húngaro, no tendría más extranjeros.

De excelente campaña en ese primer año del experimento (sólo se despidió del título en partido extra de definición con Unión Española), no baja del tercer puesto en los tres campeonatos siguientes. Luego vendría la declinación y en 1957 el club se encuentra

estudiando la posibilidad de terminar con la política de *chilenización*. Sin embargo, a pesar de que cinco de sus titulares indiscutidos se encuentran entre los sancionados, decide mantenerla.

«Los de la calle Lira», siguiendo una política ya legendaria, vuelven a recurrir a la generosa cantera amateur provinciana para reforzarse en la emergencia. Con el agregado del retorno de Paco Molina, exitosamente emigrado a España después del Sudamericano del 53, que vuelve como *«una de las figuras más destacadas del Atlético de Madrid en las últimas tres temporadas y es uno de los jugadores mejor cotizados en el exigente fútbol español»*.

Y aunque el equipo estrella de las primeras fechas es Everton, que obliga a reparar en un joven centrodelantero goleador que viene del norte y que se llama Eladio Rojas, Audax gana puntos que le permiten sostener un interesante invicto que supera las rachas de los demás, incluyendo a Colo Colo, que no puede soslayar la ausencia de sus jugadores sancionados. Ni siquiera la contratación de Sergio Livingstone, con 37 años de edad y 19 en Primera División (que advierte a la llegada: *«No me pidan milagros»*), ayuda a la recuperación alba. Y aunque el legendario guardapalos ataja bastante y es atracción del campeonato, su trabajo no basta. Como tampoco basta un joven que aparece haciendo goles y al que el público llama *«Niño gol»*: Juan Soto.

A los demás tampoco les bastan sus rachas. Tiene buenos momentos Magallanes y también los tiene la «U». Y cuando Audax entra en mala racha, perdiendo cuatro partidos seguidos y sus cinco puntos de ventaja, el torneo se suspende para jugar las clasificatorias del Mundial de Suecia. El descanso les viene bien a los itálicos, que en el retorno aseguran el título con tres puntos de ventaja y que, faltando una fecha, hacen la base de un Combinado que le gana al Dynamo de Moscú con gol de Juan Soto.

Este triunfo es un consuelo para un año duro y difícil. Como también es consoladora la actuación por la Copa O'Higgins en septiembre, con triunfo y derrota (1-0 en

«Se me ha contratado para hacer muchas cosas muy interesantes, al estilo europeo. Preparar no sólo un contingente internacional, sino crear un clima, reestructurar unos cimientos, hacer penetrar un estilo que se avenga con las características del jugador nuestro».

EL TIEMPO Y LA GENTE

Gol de O'Higgins.

Importante. Es el gol de la victoria para un equipo que está comprometido en el descenso con sus escasos veinte puntos.

Pero hay reclamos de los adversarios y el árbitro vacila. ¿Qué hacer? Se acerca al autor del gol, Juvenal Soto, un certero goleador rancagüino.

«Sí, señor, lo hice con la mano».

Hubo gestos parecidos en épocas anteriores. Pero es bueno comprobar que en 1958 aún era posible que un árbitro se acercara a un jugador para pedirle una confesión.

Producto de esta situación protagonizada por Juvenal Soto se escribió:

«Estos gestos están señalando que el deporte progresa. Cuando hay un jugador caído, son los adversarios los que detienen para que al accidentado pueda recibir atención. Y luego, al servir el lanzamiento lateral, se devolverá la gentileza. Detalles que aparentemente pueden no tener importancia, pero indican que existe un cambio, que el fútbol se está jugando con nobleza y con hidalguía».

Los tiempos han cambiado. ¿O es la gente la que ha cambiado?».



■ Jaime Ramírez se anticipa al arquero para recoger el centro. Dominada la pelota, avanzará con ella hasta el arco para hacer el gol en la línea. Es el segundo gol chileno en el 2 a 2 con Ecuador en el Sudamericano de Lima.

ambos casos) con Brasil en Ñuñoa. Primer triunfo de una selección chilena sobre una brasileña jugando en Chile (y la Copa que queda en casa luego de treinta minutos de definición).

Atenuantes, consuelos, para lo de Lima y lo de las clasificatorias.

Aunque, en realidad, el dolor por la eliminación en el rumbo al Mundial de Suecia no resulta tan intenso. Estaba casi previsto. No se podía esperar mucho de una selección con jugadores sancionados y ausencias eventuales. Chile, dirigido por Pakozdi, sólo consigue una victoria: sobre Bolivia en Santiago. Luego pierde en La Paz y con Argentina cae de ida y vuelta.

No se podía esperar otra cosa.

El público lo toma con calma. Es mejor pensar en nuevas generaciones, en valores de recambio. En un Mundial que se jugará en casa dentro de cinco años...

EUGENIO VELASCO TOMA EL TIMÓN

Todos piensan en el futuro en estos días contradictorios de 1957. La Historia ha formado una esquina con los fracasos del pasado y la opción de caminos nuevos. Es decisión del fútbol tomar los nuevos rumbos o seguir marchando por sendas gastadas.

Para facilitar la opción, la Historia también pone al hombre que puede señalar las nuevas rutas.

Abogado exitoso, profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile -con rumbo a la Dirección y seguramente al Decanato, según los pronósticos-, político, deportista entusiasta -con particular énfasis en el automovilismo-, dirigente deportivo de la Universidad, Eugenio Velasco Letelier es el hombre que aparece en escena en el momento más crítico del historial del fútbol chileno. A poco de producidos los sucesos de Lima, está al frente del directorio de la Asociación Central de Fútbol.

Tiene claro que hay que hacer muchas cosas, enderezar muchos rumbos y hacer caminos nuevos. Y que eso no será fácil. Por el contrario, será muy difícil.

Muchos son los que saben que hay que extirpar hábitos fuertemente arraigados, pero pocos los que lo reconocen abiertamente y nadie con la firmeza de carácter y la determinación para hacerlo. Sólo se puede intentar con facultades especiales. Eugenio Velasco las pide. Se le otorgan. Tal vez si en otro momento, sin la gran crisis aún fresca y sin la responsabilidad de organizar un Mundial por delante, no se le habrían otorgado.

En su primer encuentro con la prensa, prefiere no entrar en detalles. Sintetiza duramente:

«El origen de todos los problemas se debe exclusivamente a la falta de dirigentes. Ahí está el gran bemoal del fútbol nuestro. El fútbol es por hoy una actividad nacional. Ha crecido como una bola de nieve en el interés popular. Todo el país sigue las alternativas de su competencia. Desgraciadamente, la dirección de esa actividad no ha variado y el fútbol sigue orientado con una mentalidad de antaño. La indisciplina que tuvo su último brote en Lima, la mentalidad misma de nuestro jugador, el errado régimen económico de nuestros clubes, se deben exclusivamente a eso. A falta de dirección. Las instituciones son conducidas por hinchas, y el hincha es de por sí apasionado. Vive el partido del domingo, de salir de la cola o alcanzar al puntero, de ganar al rival de siempre o lograr al hombre que destaca en otras filas. Y así estamos de mal en peor. Nada de esto es original. Lo que expongo se ha dicho en muchas ocasiones. Pero nadie le ha puesto atajo. Hay que hacerlo antes de que el agua suba al cuello y el naufragio resulte inevitable».

No hay necesidad de ser economista para comprender el problema financiero de los clubes. Gastan el triple de lo que producen. Mientras se sigan adquiriendo elementos sabiendo que las recaudaciones del año no son suficientes ni para financiar un tercio del plantel, seguirá latente el problema de las selecciones y todos los puntos que semana a semana se discuten en sesiones interminables e ineficaces.

La reglamentación de hoy (para el jugador) es absurda. En el fondo es una suerte de esclavitud sencillamente inaceptable. Hay que buscar una solución para que el jugador no se sienta un ente o un mueble.

Debe limitarse la transferencia de jugadores formados, porque armar un cuadro con once estrellas no es deporte. Se debe llegar a la limitación de pases. Cada cual se verá obligado a formar con su propia gente. Como debe ser.

Se ha seguido dirigiendo a la antigua un deporte que ha tomado demasiado cuerpo hasta ser preocupación nacional.

Dice cosas Velasco.

Y propone.

De sus proposiciones surge un reglamento que se refiere a cuestiones básicas: limitación al mínimo del cupo de jugadores extranjeros en Primera División y supresión en Ascenso, creación de organismos especiales encargados de defender la producción de valores

nacionales, defensa de la estabilidad económica de las instituciones a través de la exigencia de presentación de presupuestos, terminación del sistema de contrataciones (la Bolsa), establecimiento de un régimen legal de previsión deportiva profesional, creación de una Selección permanente.

Propone, también... la supresión del Consejo de Delegados, que es el que tiene que aceptar los reglamentos.

Naturalmente, esta reforma no pasa. Pero sí se acepta el criterio del Presidente: «Los poderes excesivos suelen ser perniciosos. Para problemas mayores están los propios Presidentes de los clubes. A ellos les corresponde reunirse y aunar voluntades».

Eugenio Velasco invita a la prensa especializada a revisar su proyecto. Reitera su pensamiento y pregunta porqué la crítica del periodismo hacia las esferas directivas es tan dura. Los periodistas le señalan que la respuesta está en sus propios planteamientos y declaraciones.

Hay diálogo. Y diálogo sobre cuestiones de fondo. La prensa saluda las iniciativas, señalando que el desafío del Presidente es darle al fútbol profesional una organización que no tuvo en sus veinticuatro años de existencia.

Y aires nuevos comienzan a soplar para la actividad. Saludables, renovadores.

No todos los cambios son posibles. Pero se avanza. «Se advierte claramente el cambio», se escribe más adelante, cuando ya están aprobados los reglamentos. «Las antiguas sesiones del Consejo de Delegados, tan pintorescas y tan perjudiciales, no hacen reír ni hacen sufrir a nadie. Existe una atinada orientación. Aflora una sensación de seriedad y responsabilidad».

Pero eso sucede a medida que Velasco logra éxito en su labor de convicción. Cuando recién asume, en agosto del 57, todo es sólo esperanzas. Y clima. El clima de confianza, de seguridad, que produce el nuevo Presidente del fútbol. Es en ese clima donde florecerán las nuevas ideas.

FERNANDO RIERA Y ALGO MÁS QUE UN PLAN

Es en estos días, donde se funden el desencanto y la esperanza, en momentos de gran confusión, en momentos en que el divorcio de jugadores y dirigentes es notorio, en que el nivel del profesionalismo existente entra en crisis y en que los resultados generan dolor, es entonces cuando aparece en escena Fernando Riera.

Campeón con Universidad Católica en 1949, Riera emigra al año siguiente. Futbolista maduro entonces, juega en Venezuela y termina su carrera en Francia. Entrenador por vocación y por extensión lógica de su visión del fútbol, ya como jugador en Reims había tenido a su cargo a un grupo de niños, labor encomendada sólo a aquellos futbolistas con aptitud para la enseñanza.



Su llegada a la banca de Belenense está precedida de los cursos de entrenador de Reims y de Vincent, en París, más otros a los que es llevado por su inquietud personal. Pelea el título portugués en su primer año y sigue sosteniendo campañas exitosas cuando, de gira por canchas sudamericanas, es contactado por representantes del Comité Pro Mundial del 62 que le ofrecen hacerse cargo de la preparación del seleccionado. La aceptación se produce fácilmente.

Eso ocurre en julio del 57. Cuando una penosa realidad está en pleno transcurso. Es decir, el momento preciso como para escuchar las palabras de un técnico que conoce profundamente la realidad del fútbol chileno y, al mismo tiempo, tiene la formación personal y la capacitación europea en torno a una verdadera concepción del profesionalismo.

En efecto, Riera aclara que su misión va más allá de la preparación de una selección, que sus objetivos son más extensos y profundos. Dice:

«No se trata sólo de entrenar un equipo a cinco años plazo. Se me ha contratado para hacer muchas cosas muy interesantes, al estilo europeo. Preparar no sólo un contingente internacional, sino crear un clima, reestructurar unos cimientos, hacer penetrar un estilo que se avenga con las características del jugador nuestro. No vamos a trabajar solamente un determinado número de jugadores y yo. Tengo la pretensión de interesar en esta amplia labor a todos los resortes que forman el engranaje de la máquina futbolística del país; provocar un acuerdo, una conciencia colectiva uniforme. Que haya mucha gente que piense igual y esté

En la solidez de su defensa basó Wanderers la obtención de su primera estrella. Treinta y un goles en 26 partidos le marcaron al campeón del 58. En la fotografía están los integrantes de su defensa: Emilio Bozalla, Félix Martínez, Oscar Ledesma, Reinaldo Coloma, Raúl Sánchez y Francisco Julio.

«Es un paso hacia adelante, una conquista que conviene estimular, una batalla que entrenadores y periodistas hemos logrado después de mucho bregar»

dispuesta a trabajar por el fútbol chileno, y porque éste salga bien de su gran responsabilidad».

No hay nada que interpretar en esta declaración. El objetivo está claramente señalado. Lo que Riera ha aceptado no es adiestrar a un equipo. Es algo mucho más ambicioso y profundo. Es cambiar una mentalidad.

El desafío es enorme y trascendente. Va, por de pronto, en contra de costumbres fuertemente arraigadas. Hay una concepción del profesionalismo que debe ser modificada, en todos los sectores, comprendiendo a los jugadores, a sectores técnicos, al público, a la crítica. Es toda una revolución. Si Platko había generado un gran proceso por extensión, y a través de la gran caja de resonancia que es Colo, el desafío de Riera es producir su revolución en el seno mismo del fútbol y en todos sus niveles. La nueva visión, el cambio, no se iba a producir por consecuencia, sino que es el objetivo declarado.

Con ideas importadas sobre orden, disciplina, seriedad, concentración, organización, y todo lo relacionado con un verdadero profesionalismo, tendría que chocar inevitablemente contra los hábitos de un medio muy distante de esas características, no culturizado en aquellas ideas distantes y ajenas. Y choca. Violentamente. El duelo es extremo. Se da entre un medio adormecido en su rutina y un hombre que quiere *«provocar un acuerdo, una conciencia colectiva uniforme»*. No hay transacción posible y queda abierto el camino a las incondicionalidades que acompañarían al *Plan Riera* durante todo su recorrido. El recuerdo popular de los recientes desastres y la comprensión de los sectores más cultos del periodismo y de las esferas directivas tendrían que ser los apoyos más sólidos del Plan.

Para muchos, el largo proyecto no tiene sentido, pues de todos modos en 1962, llegado el momento, actuarían por la Selección los que estuvieran jugando mejor. Difícil resulta explicarles que ése no es el tema, que muchos jugadores habrían de pasar por los seleccionados en ese tiempo y que cada uno de ellos sería

portador, hacia el interior de su club y por todo el país, de una nueva visión del fútbol, de un sentido real de lo que es el profesionalismo. Riera fundamenta:

«Yo tenía cien muchachos seleccionados, perfectamente equipados, con sus buzos, sus zapatillas, sus zapatos de fútbol, su atención médica. Con canchas magníficas para que jueguen. No se piensa allá que se aprovecharán sólo tres o cuatro de ellos, esa posibilidad ya basta para que las cosas se hagan bien, con todos los recursos a la mano».

Naturalmente, si se trata de producir un cambio de mentalidad, el trabajo debe comenzar ampliando la base y dirigiéndose a los jugadores en formación. Sin descuidar a los consagrados del momento, hay que pensar en los que vienen, que son los que estarán a punto en cinco años más y que son los moldeables a una nueva visión. Además, el filtro debe ser distinto al habitual. Ya de vuelta, en agosto, Riera lo define:

«El jugador complicado, de vida anormal, de malas costumbres arraigadas, debe ser eliminado. Lo que se gana con sus virtudes futbolísticas se pierde con sus otros defectos».

Hay mucha fuerza en lo que dice el entrenador nacional. Y muchos problemas. Más de algún caso habría que afrontar en virtud de aquella declaración de principios. A favor, en la imagen popular, está el hecho de que las *malas costumbres* ya habían costado demasiado y eso le da razón al entrenador.

IDEAS PARA EL CAMBIO

Entrenando y predicando, Riera presenta su primera expresión del Plan en cancha en marzo del 58, cuando se disputa en Santiago la segunda versión del Campeonato Sudamericano Juvenil.

No hay ambiente para aquel estreno. El público se debate en la duda que le producen las versiones favorables y contrarias al Plan, y se abstiene, mezquinando su asistencia al torneo, que registra concurrencias bajas (la mejor anota doce mil espectadores). Además, los que asisten lo hacen con una apreciación muy emocional y extemporánea de la realidad. Dolidos por los acontecimientos recientes y esperanzados en el futuro que se promete, critican ácidamente a los jóvenes, enfocándolos como si ya fueran los seleccionados del 62.

Uruguay gana el título. Segundo es Brasil. Chile, tercero. De los dieciocho jugadores chilenos seleccionados, varios de ellos harían carrera con distinta notoriedad en las competencias locales, aunque sólo uno de ellos, Alberto Fouilloux, llegaría a la cita del 62.

De ahí en adelante, el trabajo del entrenador nacional sigue en silencio. Puertas adentro. Intentando incorporar a sus dirigidos a un mundo nuevo. De técnicas, de tácticas, de costumbres.

Pero a mediados de años un suceso exterior, aparentemente distante, viene a confirmar temas que se predicaban en Chile.

El Mundial de Suecia produce la aparición y consa-

José Pérez formó al Wanderers campeón. Tras el último encuentro, festejos en el vestuario. Rodeando al «Gallego» Pérez están Jorge Dubost, Aldo Valentini, Oscar Ledesma, Armando Tobar, Cristián González y Víctor Beltrán.



1959

gración de Pelé y el rotundo fracaso de Argentina, que comprueba con estupor y dolor la muerte del romántico «fobal» ante la velocidad, la fuerza y la aplicación del fútbol europeo. Mientras en Argentina se vive el desencanto del fracaso inesperado y se mira hacia el futuro en medio de ásperas polémicas, las lecciones de Suecia encuentran espectadores aplicados en Chile. A Fernando Riera le sirve:

«Me alegra que este campeonato haya sido una exposición o una vitrina enorme y brillante de los métodos que he venido sustentando desde mi regreso a Chile. Este Mundial es un respaldo magnífico».

Lo es, por cierto. Si el orgulloso fútbol argentino había sido humillado en campos suecos, a pesar de tener las reservas individuales más ricas del mundo, peor tendría que ser el futuro chileno, menos dotado y cuyos escasos éxitos los debía a su rigor antes que a su brillo.

Riera, conocedor de su medio, lo apunta gráficamente y con realismo:

«En cuanto a marcación, a sentido de fútbol, Chile está bien, en la primera línea. El mejoramiento que debe buscar el fútbol chileno no está en los sistemas, sino en el ritmo. Estamos al día en la cuestión técnica, pero yo diría que en teoría. Se sabe cómo debe jugarse, pero no se juega como se piensa».

Producto, seguramente, de las imperfecciones o de la inmadurez del medio, de un profesionalismo a medias, en busca de su desarrollo. El futbolista profesional, a pesar del tiempo transcurrido desde su aparición, sigue siendo un personaje novedoso en la escena social de estos días. Posiblemente gana más dinero del que puede ganar otro ciudadano con su misma preparación -muy básica, normalmente-, pero insuficiente para producir el espectáculo y los resultados que de él se esperan. La conciencia social no está preparada aún para captar la condición del futbolista como protagonista de un espectáculo y entender que no es, en rigor, un trabajador como cualquiera. Y si la sociedad no está preparada para entenderlo así, lo cierto es que el futbolista tampoco lo está.

Lo que Riera dice puede ser fácil entenderlo, pero hay que estar en condiciones de entender. Y de aceptar el desafío. ¿Qué dice?. Cosas que veinte años después podrían parecer elementales, pero que en su momento no lo son en absoluto: que hay que correr los noventa minutos, que el puesto hay que ganárselo con el trabajo semanal y que los cracks no pueden vivir de sus pergaminos, que el entrenador debe tener amplias facultades para decidir las formaciones de acuerdo al rendimiento de los hombres, que hay que entregar rápido la pelota, que la preparación física es esencial para poder solventar el consumo de energías que demanda un fútbol más dinámico, que la técnica debe estar al servicio de la rapidez y no ser un argumento para trabajar menos en la cancha. Parece elemental. Y lo es. Pero el medio no está del todo preparado para resistirlo. Porque los progresos, hasta aquí, no han sido orgánicos, sino producto de inquietudes individuales. La proposición de ahora es

PARAGUAS QUE LLEGAN Y BOLITA QUE SE VA

De acuerdo a las nuevas normas, sólo pudieron actuar dos jugadores extranjeros por equipo en el campeonato del 58. Es decir, un máximo de 28 en la Primera División, contrastando con más de sesenta que se llegaban a registrar en otras temporadas. Y para el torneo del 59 se anuncia que sólo podrá haber una contratación no nacional por club.

De modo que en esta promisorio temporada del 58 hubo pocos jugadores venidos de otros países.

Curiosamente, junto con la restricción, los clubes chilenos pusieron los ojos en el fútbol paraguayo, al cual no habían acudido antes para reforzarse. «Extraño», se escribe, «porque están cerca y poseen los atributos indicados para imponerse y agradarnos».

Universidad Católica y Everton producen las primeras incorporaciones. Los universitarios muestran a Juan Carlos Lezcano y a Adolfo Godoy, dos delanteros cinchadores. Everton trae a Víctor Figueroa, un vigoroso zaguero central, y a Máximo Rolón, excelente jugador de Libertad y de las seleccio-

nes paraguayas que se adentra en el corazón de la afición viñamarina por su carácter «resuelto, valiente, fiero en el área».

Sin embargo, es un hombre que se va el que produce los mejores comentarios del año. Es Ramón Carranza, «Bolita».

Propietario del mejor toque, como buen rosarino, la hinchada de la Unión Española lo había hecho su favorito, sin embargo, por otras virtudes. En Santa Laura, desde que llegó en 1956, lo apreciaron -y sus rivales lo respetaron- por su valentía, por arriesgarlo todo en busca del gol. Ahora se va a España y se escribe: «El pique, el oportunismo, el corazón que Carranza derrochó generosamente en sus celebradas tardes de Santa Laura serán valiosas credenciales que los hinchas del Zaragoza sabrán apreciar».

Al despedirse, Carranza confiesa: «¿Ustedes creen que podré olvidar Santa Laura?».

«Bolita» no olvidó. Donde estuviera, fue siempre un gentil anfitrión de los chilenos que llegaron.

global, totalizadora, orgánica. Para ello se requiere sacudir la inercia y esto requiere entrar en múltiples consideraciones. Dice Riera:

«Para mantener ese ritmo hay dos recursos básicos: estado físico óptimo y condición social (llamemos así al sistema de vida, salud y alimentación de cada jugador). Será obligatorio el control médico y observar sus recursos y medios de vida».

Había que preocuparse del jugador y su entorno. Tomar al fútbol en su sentido estricto de profesionalismo y no quedarse en la idea primaria de *fútbol rentado*, aquel del dirigente que busca en su industria o negocio un trabajo al goleador del equipo para que pueda «hacerse un sueldo». El jugador tendría que lograr buenos ingresos con su actividad de futbolista. Pero tendría que ganárselos. Con dedicación, con trabajo acucioso. Con *profesionalismo*.

El tiempo del trabajo de puertas adentro y de las reflexiones termina en septiembre. Para los días de Fiestas Patrias. Cuando tres selecciones echan a andar casi simultáneamente. En La Serena, en Santiago y en Talca, la Azul, la Blanca y la Juvenil emprenden el vuelo hacia un sueño.

WANDERERS: OTRA VOZ DE ESPERANZA

Hay algo mágico en la suma de los acontecimientos que se viven en estos días. En el suelo, derrotado y dolido a comienzos del 57, en lo sucesivo los hechos

«El jugador complicado, de vida anormal, de malas costumbres arraigadas, debe ser eliminado. Lo que se gana con sus virtudes futbolísticas se pierde con sus otros defectos»

más importantes del fútbol parecen la sumatoria de un proceso destinado al éxito. Todo pareciera empezar a coincidir favorablemente. Hay accidentes y tropiezos, es cierto, pero la tónica es de coincidencia en relación a las cuestiones más fundamentales.

Si los acontecimientos de Lima y el Mundial de Suecia habían servido al discurso del entrenador nacional, lo mismo que la consagración de la *chilenización* de Audax, también vendría en su respaldo el título de Wanderers en 1958.

Los porteños lo buscaban hacía años. Participantes en Primera División regularmente desde 1944 -tras un paso fugaz en 1937-, tenían hacía años en su banca a otro hombre conocedor de las exigencias reales de un verdadero profesionalismo, protagonista del fútbol europeo y amigo del trabajo con los chicos.

José Pérez, el «Gallego», había llegado a Chile en 1947, a la banca de Bádminton, tras exitosa carrera como jugador en Argentina y Francia. El 49 se instala en Wanderers, permanece dos años, se va a Platense y vuelve en 1956.

Su pasión es el trabajo con los menores. Su convicción es que si no se cuidan los fundamentos en la etapa formativa, luego no habrá remedio. Además, ha sido testigo -como Riera- de los procedimientos del fútbol europeo. Así, su trabajo en el Puerto rinde dividendos en la aparición permanente de jóvenes valores.

Y, en una nueva mágica coincidencia, este equipo, dirigido por un entrenador sudamericano capacitado en Europa, con un plantel de jugadores surgidos de Valparaíso, de Villa Alemana, de Viña del Mar, sustentados en un valioso aporte foráneo, gana el título del 58.

En la veterana sapiencia de Juan Félix Martínez,

Bozalla, Dubost y Ledesma, en la juvenil eficiencia de Raúl Sánchez, Armando Tobar y Jesús Picó, en la espléndida revelación de Cristián González y Aldo Valentini, Wanderers logra su primera estrella dramáticamente, en la última fecha, empatando con O'Higgins en Rancagua. En Valparaíso hay fiesta popular, la gente sale a la carretera para saludar a los campeones e inunda calles y plazas del Puerto para recibirlos.

Es la consagración de un plantel formado en casa y, además, de un fútbol veloz, fuerte y aplicado, con fundamentos enseñados desde la primera edad futbolística.

Es decir, el triunfo de los mismos valores que se empiezan a predicar.

Valores que no son del todo nuevos en el fútbol chileno. Por ellos se había luchado y hubo en toda época insignes predicadores entre dirigentes, entrenadores y periodistas, pero su mensaje sólo lograba avances parciales. Ahora es distinto. Porque el entrenador nacional cumple la doble condición de ser chileno y tener experiencia y escuela europeas. No es un extranjero al que se pueda impugnar por falta de conocimiento de nuestro carácter, ni es un chileno sin roce europeo. Es distinto, también, porque Chile es el organizador de un Mundial que viene y la Selección que se forme jugará en su propia casa y su desempeño formará parte del éxito o el fracaso del país. Y es distinto, también, porque las rutas tradicionales ya se habían agotado en Lima.

Por todo esto, ahora hay que escuchar. Y muchos escuchan. Y muchos aprenden. Se ve «Un Plan en Marcha». Más que eso: es una revolución anunciada.

Anunciada desde que Eugenio Velasco asumió la Presidencia de la Asociación Central de Fútbol y obtuvo facultades especiales para diseñar, aprobar y ejecutar un nuevo proyecto. Al terminar el decisivo año 1957, la Revista Estadio comenta sobre Eugenio Velasco:

«Su actuación ha sido impecable. Aún no ha obtenido el triunfo definitivo, pero lo más difícil está logrado ya.»

En las páginas de esta revista en muchas ocasiones se pudieron leer severas críticas a los dirigentes de nuestro fútbol. Siempre fue dura e ingrata esta tarea para nosotros. Pero los dirigentes nos proporcionaron, con sistemática regularidad, motivos para hacerlo. Nos obligaron a ello con su obstinación en cometer errores. Por todo esto es que nos alegramos ahora de la excelente actuación de Eugenio Velasco, y le brindamos nuestro aplauso más caluroso y, sobre todo, nuestras felicitaciones por el enorme servicio que le ha hecho al fútbol de nuestro país. Eugenio Velasco se trazó una línea de conducta, basada en el estudio acucioso de lo que debía hacerse, y no se apartó jamás de ella. Su personalidad hizo lo demás. Se hizo escuchar, convenció y encontró apoyo. Lo repetimos, el fútbol chileno le debe una de sus jornadas más felices».

Le debe un futuro.

Otra Historia comienza a escribirse.

El equipo volvía al Puerto como campeón y los porteños salen a la carretera a esperarlos. Ya en Valparaíso, el bus de los triunfadores del 58 intenta avanzar entre la jubilosísima multitud.



1959

EL FÚTBOL QUE VIENE...

El histórico primer triunfo sobre Argentina, los Cursos de Entrenador de Gabriel Hanot, el título ganado por los jóvenes de la «U» dirigidos por Luis Alamos, la victoria de Colo Colo sobre el Santos de Pelé, marcan el curso de 1959 en el rumbo a un Mundial y a una nueva mentalidad.

Como protagonista, el entrenador había aparecido en la escena del fútbol chileno más tardíamente que en otros países vecinos. Y sus primeras actuaciones en ese escenario habían sido más bien formales. Más por copiar una moda que por cumplir una obligación. Desde la lejana aparición de Juan Carlos Bertone en los años 20 las cosas han cambiado, es cierto, pero no lo suficiente. El éxito de Bertone, incluso, más puede explicarse por su condición de extranjero y proveniente de un medio laureado como el uruguayo, antes que por alguna convicción respecto a la necesidad de tener un entrenador.

Así, resulta una profesión incomprendida y al técnico más bien se lo entiende como un relacionador entre las directiva y los planteles. Lo que no significa que no hubiese hombres capacitados, inquietos, dispuestos a perfeccionarse. Los había, pero su oficio no tenía prestigio, del momento que no se lo consideraba siquiera necesario. Eran, simplemente, los «mentirosos de azul» en alusión al color habitual de sus buzos, sin concesiones a la importancia de su labor. Por mucho que distinguidos entrenadores hubieran hecho de la defensa de su oficio una causa de vida, sólo habían tenido éxitos parciales.

Cualquier intento de dignificación de la actividad debe comenzar por dignificar la profesión de entrenador. Hacerla, por de pronto, una profesión. Además, si el gran objetivo del plan en marcha es cambiar una mentalidad, lo primero es la labor de convicción sobre los formadores.

UN SABIO DEL FÚTBOL DA CLASES EN CHILE

A eso obedecieron los Cursos de Entrenador de 1958.

Y a eso obedecen estos de 1959. Pero tienen éstos una novedad: los preside Gabriel Hanot.

Profesor de filosofía titulado en la Sorbona, ex jugador del Turcoing de París, doce veces seleccionado francés (alero izquierdo y lateral a las dos bandas), redactor jefe de L'Equipe (y colaborador, desde 1920, de Excelsior, Miroir des Sports, Sport e Vie, France Football, France Sport), Presidente de la Comisión Técnica de la Federación Francesa, técnico de fama mundial, Hanot había conocido a Fernando Riera en Francia y éste llegó a ser su alumno predilecto y uno de sus mejores amigos. De modo que cuando recibe la invitación de Chile, no lo piensa dos veces: «Si se trata de una gestión de Riera, debe ser algo serio, interesante y responsable».

Llega el primer día de enero y pide que lo pasen a

buscar a las seis de la mañana para conocer el estadio Independencia, campo de los cursos.

A sus setenta años, «de aspecto sano y tez rubicunda», habla poco.

«¿Por qué el fútbol es tan popular? Porque se juega con una pelota. Y todos los cuerpos esféricos pesan enormemente en los sentimientos afectivos de la Humanidad». Hanot reflexiona, observa, habla sólo para decir algo.

«Me parece que los próximos cursos deben hacerse zonalmente. Es marcada la diferencia entre los hombres del sur, del centro y del norte. De preparación, de criterio, de conocimientos deportivos. Viven en terrenos y ambientes diferentes y no pueden presentarse a un examen común. El chileno aprende con facilidad. Es de mente despierta y salida pronta. Observé también un defecto, especialmente en el curso de información. Muchos técnicos no saben hablar. Y eso es parte de su profesión. El que no sabe explicar lo que sabe, es lo mismo que el que no sabe».

Gabriel Hanot, en Europa, es la ley. Creador de la Copa Europa, no se pierde de nada importante. Mundiales, clasificatorias, finales de Copa. Todo evento en el que pueda aprender algo. Y les insiste en eso a sus ochenta alumnos: siempre se aprende algo nuevo.

Dice:

«Los futbolistas son obreros que en la cancha salen a ganarse el pan. Por aquí, por allá, por todos los sectores. Con la misma aspereza que el ciudadano

■ Línea delantera titular de Universidad de Chile para la conquista de su segunda estrella. Están, de izquierda a derecha, Braulio Musso, Ernesto Álvarez, Carlos Campos, Leonel Sánchez y Osvaldo Díaz.





Última foto de Sergio Livingstone con la Selección Chilena. Es la noche de su despedida. El «Sapo» se ubica en el arco norte por algunos minutos y luego es espectador de la primera victoria de Chile contra Argentina. Junto al arquero están, de pie: «Humberto», el querido utilero de las selecciones nacionales durante muchos años, Eyzaguirre, Rodríguez, Lugo, Sánchez y Navarro; en primera línea: Moreno, Meléndez, Tobar, Sánchez y Bello.

común obtiene su sustento en la calle. El arquero y el zaguero central no necesitan salir a buscar ese pan, porque a ellos el cheque se lo llevan a casa... A la larga, el juego tiene que llegar a sus guaridas».

Le preguntan ¿cuál es la diferencia entre sistema y táctica?

Hanot se levanta, va a la pizarra y dibuja la célebre WM. Dice:

«Esto es sistema. Todo lo que se haga desde que comienza el partido, es estrategia».

Su decir lo muestra «sabio, preciso, didáctico». Luis Alamos califica su visita: «Nunca se dio un paso tan importante. Yo pensaba que sabía algo de fútbol. Cuando llegó monsieur Hanot, llegué a la conclusión de que no sabía nada. ¿Desilusión? No, nada de eso. En la vida es necesario llegar a conclusiones. El técnico francés me enseñó a ordenar ese poco que en realidad sabía».

Aunque se sabe que la venida de Hanot es más importante que la visita de los mejores equipos, también

BRILLANTES

El campeonato del 59 estaba marcado por las expectativas del Mundial, de modo que el ranking de fin de año -lo mismo que en las temporadas siguientes-, tenía particular importancia. Se trataba de ir confirmando el estado de los consagrados que podrían llegar a la cita máxima y la consolidación de los jóvenes que para entonces estarían en plenitud.

Los dos primeros lugares entre los arqueros los ocuparon Misael Escuti (Colo Colo) y Raúl Coloma (Ferroviario), el primero con un año brillante y el segundo consiguiendo un largo anhelo: llegar a la Selección Nacional.

Los mejores laterales derechos fueron Adelmo Yori (Audax Italiano) y Luis Armando Eyzaguirre (U. de Chile). Defensas centrales: Mario Torres (AI) y Raúl Sánchez (Wanderers). Laterales izquierdos: Sergio Navarro («U») y Manuel Rodríguez (Unión Española). Volan-

te de contención: Ramiro Cortés (AI), Emilio Bozalla (W). Volante de apoyo: Alfonso Sepúlveda («U») y Roberto Rodríguez (O'Higgins). Punteros derechos: Mario Moreno (CC) y Braulio Musso («U»). Interior derecho: Ernesto Álvarez («U») y Luis Gatti (San Luis). Centrodelfanteros: René Meléndez (O'H) y Armando Tobar (W). Interior izquierdo: Leonel Sánchez («U») y José Benito Ríos (O'H). Punteros izquierdos: Bernardo Bello (CC) y Manuel Contreras (La Serena).

De ellos, los más aplaudidos fueron Mario Moreno, que ganó el apelativo de «Superclase» durante la temporada con Colo Colo y la Selección; Leonel Sánchez, el mejor del campeonato, de quien se dijo que «la temporada llevará su firma»; y Ernesto Álvarez, pilar del título azul: cuando él faltó, la «U» perdió la brújula y, cuando regresó a la cancha, el equipo enrumbó a la corona.

se sabe que los cursos no tienen repercusión popular, que el hinchazo apenas repara en su existencia. Pero, apunta el cronista, «sólo el tiempo se encargará de abrir los ojos al demostrar los beneficios incalculables de una orientación técnica seria, con base».

El mejor y más entendible legado de esta iniciativa para la posteridad tal vez queda en esta declaración de Norton Contreras, hombre de origen humilde, gran armador del Colo Colo campeón invicto del 41, alumno de los cursos, que en la jornada de cierre dice con emoción:

«Estoy tan agradecido del señor Hanot, de Fernando Riera y de todos los instructores del curso, que es como si naciera de nuevo. Juro que entraré a alguna escuela nocturna para aprender algo más. No puedo seguir así».

Conmovedor.

Y es que el fútbol en su totalidad estaba siendo conmovido.

Pero no todo es puertas adentro. Hay que salir con el Plan a la cancha. Y nada menos que a un Sudamericano.

MÁS QUE UNA NÓMINA PARA IR A BUENOS AIRES

La conversación entre Fernando Riera y Enrique Hormazábal había sido amigable. Pero sería.

«Mira, Enrique, tú sabes que eres número puesto en cualquiera selección. Yo al menos así lo creo. El puesto es tuyo. Pero tienes que someterte a lo que yo digo y a la disciplina que yo imponga. No quiero tenerte a la fuerza. Vuelve cuando quieras, pero bajo esa condición».

Cua Cua no volvió. El insigne armador, el indiscutido número uno del mediocampo chileno hizo pensar que recapacitaría. Pero no lo hizo.

Por eso es que en enero de 1959, cuando los comentaristas analizan la nómina de seleccionados para el Sudamericano de Buenos Aires, no se conforman con las soluciones dadas por el técnico para el mediocampo. Y sueñan con que Hormazábal finalmente aceptará el nuevo orden y se lo tendrá en el seleccionado, como invariablemente ocurrió en los últimos años.

Mientras tanto, sólo queda esperar.

Y reparar, principalmente, en que esta vez no sólo se ha entregado una nómina de seleccionados. Se destaca que el entrenador nacional ha entregado un plan y una nómina. «Un plan que felizmente se va a cumplir sin tropiezos, porque se está trabajando con seriedad y el entrenador dispone de la independencia y el apoyo que precisan sus funciones».

Esa es la primera observación que salta a la vista. La segunda es que en esta nómina «escasean los veteranos y abundan los jóvenes».

Se acepta esta realidad, puesto que se está trabajando a un plazo largo y hay que recurrir a los jóvenes. Además, hay más de una fórmula que quedó sepultada para siempre después de lo de Lima. Sin embargo, se estima que hay jugadores en pleno ejercicio que no pueden estar fuera de un seleccionado, pues no debe arriesgarse el prestigio del fútbol chileno en un compromiso del nivel de un sudamericano.

Del plantel, sólo Raúl Coloma y Adelmo Yori bordean los treinta años. Después viene Pancho Fernández. Sus designaciones son indiscutidas, lo mismo que la de Adelmo Yori, «que ha vuelto a ser el de antes, más el aplomo que dan los años». Ninguna discusión en torno a los zagueros centrales, Mario Torres y Raúl Sánchez. Tampoco se discute la presencia de Sergio Navarro, el joven lateral de la U, que se presenta como el de mejor proyección en su puesto. Juan Rojas y Constantino Mohor parecen adecuados para los requerimientos de quite y apoyo, y la suplencia parece en buenas manos: Jorge Luco y Gonzalo Carrasco. Y para el ataque «diez forwards jóvenes, animosos, disciplinados»: Mario Moreno, Eladio Rojas, Carlos Verdejo, Juan Soto, Armando Tobar, Leonel Sánchez, Luis Hernán Álvarez, Jorge Toro, Carlos Hoffmann y Mario Soto.

Y aunque parece que «Eladio Rojas parece más habituado de volante que de forward», el cuadro de atacantes satisface y abre la interrogante: ¿quién será el que los conduzca, el que los oriente? Se sabe que Hormazábal es «el veterano sabio» indicado para esa responsabilidad. Pero no está. El otro es Paco Molina, que luego de su rutilante regreso desde España ha sido marginado del primer plano por rebeldes lesiones.

No hay conductor. El otro podría ser Leonel Sánchez, de admirable movilidad. Pero su deseo de «estar en todas y hacer demasiadas cosas a la vez» lo traiciona. Además, parece muy joven todavía para esa responsabilidad.

El otro reparo que se hace es que se ha postergado a consagrados aparentemente imprescindibles. Isaac Carrasco, por ejemplo, que había jugado admirablemente el 58 por la Copa O'Higgins contra Brasil «y puede parar a Garrincha, a Corbatta o al que sea». También se repara en que Luis Vera y Hernán Rodríguez, que veían jugando en la selección azul, no hayan sido considerados.

Consideraciones en torno a la primera selección del Plan Riera. Hasta aquí, todo ha sido experimental o preparatorio. El Sudamericano juvenil, el comienzo de las tres selecciones, los partidos de la juvenil contra el First de Viena en enero del 58 y los de la Selección Azul contra Racing en diciembre. Ahora se trata de un Sudamericano.

Son esas algunas de las reflexiones del verano del 59. Un verano intenso.

Demasiado intenso, como siempre, para Colo Colo. Sin descanso en prácticamente todos los recesos, esta vez va a un Hexagonal a Lima, con Alianza, Universitario, River Plate, Peñarol y Flamengo. Sólo obtiene una victoria y cuatro derrotas. Hugo Tassara, de largo paso por la banca alba, que ya había denunciado reiteradamente el exceso de partidos del equipo, renuncia y parte directamente desde Lima a Costa Rica, donde haría fecunda labor por largos años.

Pero Colo Colo se queda sin entrenador, cuando en casa lo esperan nuevos compromisos -de nuevo River, Peñarol, Flamengo-, y el plantel está en periodo de renovación de contratos. Universidad Católica va en su apoyo, facilitándole a su entrenador, Alberto Bucciardi, y refuerzos.

Muy pronto Colo Colo produce la noticia bombástica: la incorporación de Flavio Costa, mediante «un contrato que no guarda ninguna relación con la situación

BALANCES ALEGRES

* La Asociación Central ofreció un almuerzo de despedida del año al plantel seleccionado.

Dijo Juan Góñi en su discurso:

«La Asociación Central está orgullosa de Ustedes, de su espíritu de seleccionados chilenos, de su ejemplar conducta, y de la colaboración que han prestado como nunca antes la tuvo el fútbol. No podemos temer al futuro. Está reflejado en sus caras, en sus carnis o en ese espíritu de que han hecho gala».

• En los balances periodísticos había satisfacción por muchos motivos. También por éste:

«En el aspecto directivo, el deporte popular exhibió una línea de conducta que invita al reconocimiento unánime. Polémicas, escándalos y discusiones se han visto

reducidos a su expresión mínima. En todos los círculos hay más respeto. Hay sobriedad. Hay autoridad».

El goleador del campeonato 1959 fue José Benito Ríos, con 22 conquistas. Sin embargo, sería recordado para siempre por un gol que no entra en el cómputo del campeonato: el que le hizo a Argentina en la noche del 18 de noviembre. Fue el cuarto gol chileno.

Segundo en la tabla de artilleros del campeonato fue Leonel Sánchez, campeón de los tiros libres a favor de una zurda privilegiada. Leonel marcó 21 goles. De ellos, nueve los logró mediante lanzamiento penal. Y por ese mismo procedimiento pudo ser el artillero máximo, pero perdió dos penales contra Magallanes.

angustiosa de nuestros clubes». Más allá del esfuerzo de Colo Colo, concretamente se integra al fútbol chileno a un técnico de gran prestigio, posiblemente el número uno del fútbol brasileño, aunque quedara sobre sus hombros el recuerdo de haber sido el entrenador de Brasil para el Maracanazo del 50.

No es la única nota internacional de estos días del verano del 59. El país se conmueve con el Mundial de Béisquetbol. La gente se impresiona con Krumins, el gigante soviético de dos metros diecisiete centímetros, se emociona con los últimos partidos de Rufino Bernedo, el «chico grande» de Temuco con quince años entre los cestos, aplaude a los brasileños campeones del mundo y los niños quieren ser como Juan Guillermo Thompson, auténtico astro del baloncesto chileno, que termina tercero en el Mundial.

SANA ALEGRÍA DE DEPORTISTAS SANOS

Sin el estruendo del evento internacional, para el

El Sudamericano de Buenos Aires de 1959 fue la primera prueba internacional del seleccionado en el camino que iniciaba hacia el Mundial del 62. En la acción, Mario Moreno se interna en el área uruguaya.





los compromisos con Brasil, por la Copa O'Higgins, permitieron a Chile confirmar su estado frente al mejor fútbol del mundo. Los severos contrastes sufridos templaron anímicamente al plantel en sus inicios. En Morumbi, portando la bandera brasileña, aparecen Mario Torres, Raúl Coloma, Jorge Luco, Sergio Navarro y Hernán Rodríguez.

«Los futbolistas son obreros que en la cancha salen a ganarse el pan. Por aquí, por allá, por todos los sectores. Con la misma aspereza que el ciudadano común obtiene su sustento en la calle».

fútbol se comienzan a percibir otros aspectos de un nuevo orden. Se fortalece a la segunda división, aumentando de 10 a 12 las plazas (se incorporan Ñublense, Coquimbo Unido y la Universidad Técnica del Estado) y asegurando la máxima seriedad para sus mecanismos. Se decide disminuir el cupo de jugadores extranjeros por club, dejándolo en uno, de manera de defender el patrimonio futuro de las selecciones nacionales. Esto obliga a hacer labor en las divisiones inferiores y los que ya se han preocupado del tema, como las Universidades de Chile y Católica, anuncian la profesionalización de cinco o seis jóvenes cada una.

Logros notables de una verdadera cruzada de reorganización (o de primera organización, en rigor) del fútbol profesional. No todo es posible conseguirlo en apenas unos meses y subsisten errores. Tremendos errores. Como el que significa la extemporánea finalización de la brillante carrera de Jorge Robledo. El centrodelantero colocolino, uno de los grandes aportadores al desarrollo del fútbol chileno en el concepto del profesionalismo y en aspectos técnicos, no llega a acuerdo de renovación con su club y éste resuelve enviarlo al Servicio de Contrataciones, como ahora se llama a la Bolsa de Jugadores. Colo Colo decide aceptar una oferta de Rangers. Pero a Robledo no le interesa ir a Talca. Resultado: no juega por nadie y se interrumpe, de forma tan innecesaria, una de las más brillantes carreras de un futbolista chileno.

Queda, por cierto, mucho por hacer. Se está sólo en la partida.

Es, asimismo, el comienzo de la nueva Selección. Y es un comienzo nuevo. El cronista lo advierte en la visita a los jugadores en su campo de entrenamiento, el estadio del Banco de Chile, en Vitacura. Y esa es la primera novedad: no hay concentración. Un bus los recoge a las 8 de la mañana en la Asociación Central y los lleva hasta el entrenamiento.

Y allí, el periodista anota más novedades:

«Hay un clima renovado, una disposición diferente. Hay respeto. Respeto entre los mismos compañeros, respeto para el entrenador, que jamás tiene palabras duras, pero que mantiene su ascendiente y sabe hacerse entender».

Hace años que se viene hablando del buen compor-

tamiento de las delegaciones chilenas. Pero esto de ahora es diferente. Tal vez porque esta vez se vive un clima total de reformas, de formación de una conciencia profesional. Tal vez, también, porque el buen comportamiento de otras ocasiones sólo consistía en ... no tener mal comportamiento. O era diferente, tal vez, porque éste de 1959 parece consciente, libremente adoptado.

«Es difícil ubicar otro plantel, en el recuerdo, con tantas buenas disposiciones como éste. Firmemente, creo que están edificando los cimientos de una nueva era para nuestro fútbol. Hay buen humor, pero sin chabacaneria. Ninguno tirará migas de pan a un compañero en el almuerzo y no se escucharán palabras fuera de tono. Alegría, pero auténtica, sin veneno. Sana alegría de deportistas sanos».

Antes de partir a Buenos Aires, la Selección empata un amistoso con Palmeiras produciendo el comentario más o menos habitual: se puede confiar en la defensa, pero del ataque se espera poco.

Sin embargo, en el estreno en el estadio de River, la que defeciona es la defensa. Argentina, en un polémico intento por entrar en los marcos del fútbol moderno, con una selección que no convence a todos, gana 6-1. A pesar del tremendo descalabro defensivo, queda la sensación de que sólo se trata de ajustar algunas piezas y parece, incluso, que el ataque puede funcionar muy bien.

El ingreso de Raúl Sánchez como zaguero central -en una titularidad que nunca abandonaría-, afirma a la defensa a pesar de la derrota con Paraguay. Y se juega bastante bien contra Brasil, que desequilibra en dos jugadas de un iluminado: el niño maravilloso de Suecia. Pelé.

Luego, empate con Perú, goleada a Bolivia y un muy buen triunfo sobre Uruguay.

Se esperaba menos del equipo. Además, su superación de partido a partido le gana el reconocimiento general y en el aeropuerto internacional de Los Cerrillos se recibe a los seleccionados con aplausos.

El público, además, valora los comentarios extranjeros. Como este para el partido con Brasil: *«Han estado con tan poca suerte los chilenos, que justamente realizaron el mejor encuentro contra los campeones del mundo y éstos ganaron sólo por eso, porque son campeones del mundo».*

Sepp Herberger, el legendario entrenador de las selecciones alemanas, espectador del sudamericano, apunta: *«Me atrevo a asegurar que Chile tendrá para 1962 un gran cuadro, con seis o más jugadores de estos que ahora, aparentemente, están fracasando».*

ENCUENTRO CON LA HISTORIA

De vuelta de Buenos Aires, donde Carlos Robles es considerado el mejor árbitro del campeonato, sigue la temporada internacional. La ocasión de que Colo Colo muestre la mano de Flavio Costa. ¡Y vaya si lo hace!

Gana a Racing, que viene con siete seleccionados argentinos recién coronados campeones sudamericanos, y hace decir que *«la expedición de Colo Colo a través de los noventa minutos de juego es una contundente y clarísima prueba de que el fútbol chileno vale cuando se muestra a través de un equipo bien armado y bien adiestrado».*

La gran figura es Enrique Hormazábal, de quien se comenta que bajo la dirección de Costa ha bajado ocho kilos y, con un peso adecuado, puede mostrar todo lo buen jugador que es.

Y eso no es todo. En los días en que los albos festejan su 34 aniversario (trabajando «por contar con un monumental estadio propio»), viene Santos. La verdad es que el club brasileño había ofrecido su presencia hacía varios años. Entonces a nadie le importaba mucho. Ahora sí: en sus filas está Pelé.

Llega Santos y conoce la derrota a manos de Colo. Un inolvidable 6-2. Increíble. Es la gran noche de Mario Moreno, hábilmente explotado por los pases largos de Enrique Hormazábal y de Jorge Toro, un joven armador confirmado en el primer equipo albo después de ser seleccionado. Pelé, ante la marca celosa, opta por irse a mediocampo y sólo muestra escasas acciones dignas de su fama.

Lo que queda claro es que, con aplicación, los equipos chilenos pueden lograr grandes resultados.

Aplicación es lo que no tiene la Selección en Río de Janeiro, en septiembre, cuando vuelve a la cancha. Es la Copa O'Higgins.

Tal vez si confiados por un excelente triunfo sobre San Lorenzo -puntero con gran ventaja del torneo argentino-, los seleccionados chilenos no miden adecuadamente las diferencias y pierden con Brasil 0-7 en Maracanã.

Sin embargo, en el segundo partido, en Pacaembú, se demuestra que la lección ha sido asimilada. Con Jorge Luco como «cuarto zaguero» (hombre clave del novedoso 4-2-4 y de difícil asimilación: un «half» se retrasa y se alinea en la defensa, acompañando al back centro), la recuperación es notable. La aplicación de todos es manifiesta, con gran actuación de Hernán Rodríguez, Mario Soto y Leonel Sánchez. Aunque no alcanza para la victoria (0-1) deja las diferencias en un plano más tolerable.

No sería lo de Pacaembú, sin embargo, lo que iba a quedar para el recuerdo imborrable de la Selección Nacional en 1959. Le quedaba por escribir su capítulo más importante, más significativo y más emotivo.

Lo escribe en la noche del 18 de noviembre.

Es el día de la despedida de Sergio Livingstone. El «Sapo» había tenido una tremenda importancia para el fútbol. Responsable de la valla chilena en momentos de grandes delanteros del fútbol del Atlántico, cuando Chile entraba recién en el mundo de las tácticas, había sido decisivo para hacer decorosas algunas derrotas que pudieran ser bochornosas o para arrimarse a resultados inesperados ante adversarios manifestamente superiores. Muchos de sus partidos fueron duelos directos con poderosas líneas de ataque, afianzando con resultados dignos la experiencia del fútbol de marcación en que el país entraba en medio de gran polémica.

Eso se lo debe el fútbol chileno a su gran guardapalos y se lo testimonia en esta noche de primavera.

Livingstone ocupa la portería, chilena recibe la ovación y sale de la cancha y del fútbol activo.

No sabe que va a ser testigo de un acontecimiento tan histórico como su despedida. Como un símbolo de un cambio de era, Chile le gana a Argentina.

UNA NOCHE DE PRIMAVERA

El fútbol chileno creció admirando al fútbol argentino. Con menos posibilidades de roce con los fuertes conjuntos europeos de cada época y siempre con menos recursos, su desarrollo notablemente más lento. Por eso el significado de feliz acontecimiento que tenía la victoria de la noche del 18 de noviembre. Así se reseñó el desenlace:

«Terminó el partido y el equipo chileno formó en el círculo central. Como lo ha impuesto Fernando Riera. Un saludo sobrio frente a la tribuna y luego un giro hacia la galería. Pero el público pedía más. Como si quisiera saborear el momento. Nadie quería irse... Vino entonces la vuelta olímpica. Completa. Clamorosa. Once muchachos emocionados y cuarenta mil pañuelos que se agitaban jubilosos en la más pura expresión de alborozo».

Quedó la estadística, a la usanza de la revista Estadio, para la

Historia:

Estadio Nacional.

Público: 36.581 personas.

Recaudación: \$ 35.432.300

Arbitro: Carlos Robles.

Chile (4): Coloma; Eyzaguirre, Sánchez y Navarro; Luco y Rodríguez; Moreno, Meléndez, Tobar, Sánchez y Bello.

Argentina (2): Negri; Lombardo, Anido, Murúa; Rattin y Varacka; Facundo, Ruiz, García, Sanfilippo y Baggio.

Cambios: Chile: Contreras por Luco, Ríos por Tobar y M. Soto por Meléndez. Argentina: Tarnawsky por Negri, Cap por Rattin, Belén por Facundo, Pizutti por Ruiz y Menéndez por García.

Goles: En el primer tiempo: Ruiz a los 26. En el segundo: Sanfilippo al minuto; Bello, a los 10, Sánchez a los 13, de penal, Bello a los 25 y Ríos a los 42.

Contra todo pronóstico y contra un comienzo nada venturoso, pues al minuto del segundo tiempo Argentina gana 2 a 0.

Pero esta nueva Selección Chilena, demostrando que no es una selección más, que tiene recursos y motivaciones mayores que las de otro tiempo, surge espléndida después de los dos contrastes y en una actuación inolvidable consigue descontar (Bernardo Bello), empatar (Leonel Sánchez), pasar arriba en la cuenta (Bello, nuevamente) y concretar una victoria espectacular en el gol triunfal de José Benito Ríos, la revelación que aporta O'Higgins de Rancagua a un año espectacular.

En 1910 se habían enfrentado por primera vez Chile y Argentina. Casi cincuenta años habían pasado antes de la primera victoria chilena. Medio siglo queda atrás. Y no es casual. Algo nuevo está sucediendo.

En la mañana de este 18 de noviembre se habían abierto las propuestas para los trabajos de ampliación del estadio Nacional. Ciertamente, se cierra un ciclo. Y

■ Brazo en alto saludan los jugadores de Colo Colo. Luego obtendrían la más sonada victoria de la época para un club chileno: ganar, goleando, al Santos de Pelé. Aparecen, de izquierda a derecha: Juan Soto, Caupolicán Peña, Jorge Toro, Bernardo Bello, Isaac Carrasco, Mario Ortiz, Misael Escuti, Fernando Navarro, Hernán Rodríguez, Mario Moreno y Enrique Hormazábal.



■
Astros de distintas épocas reunidos en una foto histórica. Leonel Sánchez ha obsequiado hermosos banderines a los capitanes de Colo Colo y Universidad de Chile al comienzo de un match que se haría «Clásico». Aparece, de izquierda a derecha, Jorge Robledo, el árbitro José Luis Silva, Leonel Sánchez y Mario Ibáñez. Personajes legendarios.



otro se abre.

UNA FUERZA QUE NACE

Todo, en la magia de estos días de promesas, parece conjugarse. Como si la Historia fuera disponiendo las piezas de un destino por armar.

Porque en ese triunfo histórico sobre Argentina hay otro apunte que no es casual.

En la formación roja de la noche del 18 de noviembre están Luis Eyzaguirre, Carlos Contreras, Sergio Navarro y Leonel Sánchez.

Tienen mucho en común. Además de ser jóvenes y de ser seleccionados nacionales, pocos días antes habían tenido la satisfacción de ser campeones en el torneo local, brindándole la segunda estrella de su Historia al club que los vio nacer y los ve crecer: Universidad de Chile.

Seleccionados Eyzaguirre, Navarro y Leonel, preseleccionados Contreras y Alfonso Sepúlveda, habían sido también vitales en la obtención de ese título de la U.

Un título también lleno de significados y de sugerencias. En la dramática campaña triunfal de Universidad de Chile están coincidentemente presentes muchos de los valores que se pretende imponer para todo el fútbol chileno.

Por de pronto, el triunfo azul no es una eventualidad. Aunque se resolviera en partido extra de definición con Colo Colo, representa un trabajo largo. Tal vez si tan extenso como el tiempo que tiene en la banca azul el gran productor del título, Luis Alamos, otro de los más

distinguidos luchadores por el desarrollo.

Llegado a Universidad de Chile en 1941, fue jugador de Primera División durante ocho temporadas. Pieza táctica de gran disciplina al servicio de otro de los grandes estrategas que han pasado por el fútbol de Chile, Alejandro Scopelli, Alamos tenía para aportar más que esas condiciones. Por de pronto, la visión, necesariamente amplia, de un profesor. Nacido en Chañaral y educado en la Escuela Normal de Copiapó, Luis Alamos tenía en el fútbol intereses trascendentes, acordes con su condición de profesor de Educación Física y con su compromiso con el país.

Como formador tenía que ver más allá del partido del domingo. Como hombre inteligente, tendría que hacer un aporte más allá de los resultados.

Y así sucede. Apenas se retira del fútbol activo, su club, con la inquietud propia de una institución que pertenece a la Universidad, le encarga hacerse cargo de las divisiones inferiores, con la intención de desarrollar un proyecto. Aunque son mejores las intenciones que los recursos, hay en ello vocación universitaria y formadora.

En 1956, con varios años de desarrollo de la idea, se le dice a Alamos que su trabajo debe comprender, también, al primer equipo. Ahí se plantea al Alamos formador el dilema del fútbol competitivo. Y ahí surge Alamos «el Zorro». Es, también, un estratega.

Con gente formada en casa a través de un largo proceso -desde Braulio Musso, con nueve años en el primer equipo, hasta el joven Luis Eyzaguirre-, más la sabia incorporación de Ernesto Álvarez, distinguido rosarino con carrera en Banfield y en Green Cross, Alamos arma una fuerza respetable.

Una fuerza que parte con seis partidos invicta, pero que se resiente intensamente cuando se lesiona Álvarez y termina la primera rueda sin mayores ilusiones. Para recuperarse admirablemente en la segunda y plantearse como serio aspirante al título frente a un Colo que marchaba con paso de campeón de la mano de Flavio Costa.

Faltando cuatro fechas, con los albos arriba a cuatro puntos de ventaja, la «U» inicia la cacería que termina en la última fecha con ambos empatados en el primer lugar.

El partido extra de definición lo gana la U por 2 a 1.

Es más que un resultado. Y es más que un título. Es la suma de muchas cosas. De un trabajo extenso y serio. De la preocupación por formar valores en casa. De la misión formadora de un hombre inteligente. De la disposición de un club para asomarse al futuro. De una generación de jugadores notables, encabezados por Leonel Sánchez, con su ascendiente, su actividad y sus veintidós goles aportados a la causa del título.

Y aún es más que eso. Es la feliz coincidencia de todo aquello con la búsqueda en la que todo el fútbol chileno está empeñado.

Es, como lo dice Alamos al final de la campaña: «El fútbol que viene».

Y que en 1959 se asoma. Con una «Roja» que le gana a Argentina, con un Colo Colo que le gana al Santos de Pelé y con una U que da trancos firmes aunque en la trama de su juego insinúe la plasticidad de un «Ballet».

■
Despedida de gran fiesta de la Selección Chilena en la noche del 18 de noviembre luego del triunfo sobre Argentina. Se despiden alegremente Raúl Coloma, Raúl Sánchez, José Benito Ríos, Luis Armando Eyzaguirre y Mario Soto.



1960

PORQUE NO TENEMOS NADA

La Selección va a Europa en una gira de proyecciones históricas y al regreso el peor terremoto de la Historia bunde al sur de Chile.

Hay que hacer «otro Mundial». Austero. Digno. Carlos Dittborn: «Puedo asegurarles que el 30 de mayo de 1962 se inaugurará el Séptimo Campeonato del Mundo de Fútbol».

«Tenemos ahora que jugar, y jugar mucho. Ojalá se pudieran concertar partidos con equipos extranjeros cada mes, y veríamos entonces si a la vuelta de un año un team chileno no se haría respetar».

Guillermo Saavedra, el diestro capitán, lo había señalado, como una cuestión urgente, al regresar de las Olimpiadas de Amsterdam y gira europea de 1928.

Con todo, el retorno del fútbol chileno a Europa no es precisamente urgente. Demoraría treinta y dos años en volver.

Se había dicho la primera vez, en abril del 28:

«¡Vamos a aprender!. Amsterdam será el yunque donde los nuestros pulirán sus cualidades y regresarán a la tierra con el bagaje notable del más pulido tecnicismo».

Ahora, en marzo de 1960, se escribe:

«Una selección que se prepara para jugar un Mundial necesita este roce con diferentes estilos, modalidades, conceptos de fútbol».

Las jóvenes de la Juventud Católica Femenina habían regalado medallas en la Estación Central aquella primera vez y habían dicho:

«Ningún chileno dejará de derramar una lágrima de regocijo cuando las noticias nos digan que más de un triunfo habéis obtenido».

Ahora se escribe:

«No hay porqué mirar con exagerado pesimismo ni desmedido optimismo la gestión del seleccionado chileno en Europa».

«FÚTBOL DE FINEZA» Y «FÚTBOL DE FUERZA»

Ya en la primera gira se habían apreciado cuestiones fundamentales. Más allá de las anécdotas pintorescas causadas por la sorpresa de los viajeros, en Amsterdam, en París, en Berlín, los chilenos se habían impresionado con la velocidad de los europeos, con su fortaleza. Habían confirmado, asimismo, que no bastaba con jugar muy bien los primeros veinte minutos, aunque en ese lapso se hicieran dos goles, dada la resistencia y la perseverancia de los adversarios.

En 1960 el roce con aquellos rivales sigue siendo muy escaso. Apenas las visitas de dos equipos europeos

antes de la década del cincuenta y un movimiento apenas mayor a partir de entonces. De modo que el fútbol europeo sigue siendo algo más o menos misterioso, conocido sólo a través de las revistas y de los viajeros.

De modo que las sorpresas de los pioneros serían más o menos las mismas para estos jóvenes viajeros que se preparan para ser locales en un Mundial.

El imperativo de romper el aislamiento, de ganar roce, de expedirse en climas extraños y adversos, de conocer realidades diferentes es uno de los objetivos principales del Plan en ejecución. No sólo por la preparación de un equipo en especial, sino por la ganancia en experiencia para todo el fútbol, por la capitalización para el patrimonio cultural futbolístico del jugador chileno. Saliendo e invitando.

Por eso es que al abrir 1960 está de vuelta Gabriel Hanot. Al despedirse el año anterior, el experto francés había anunciado nueva visita para el Mundial. Pero regresa mucho antes. Su pasión le impide restarse a esta experiencia casi insólita de un país al fin del mundo que organiza los únicos cursos para entrenadores de América.

Ahora es en las instalaciones del Estadio Municipal de Ñuñoa donde se lo ve en jornadas de hasta catorce horas. Describiendo a sus alumnos chilenos anota: *«Iniciativa. Deseos de marchar con la actualidad».*

Misael Escuti recoge el remate de Carlos Reynoso. Armando Tobar frena su arremetida y Fernando Navarro queda a la expectativa. Uno-cero ganó Colo Colo en Playa Ancha, terminando con la fiera resistencia de Wanderers, que hizo el gasto del campeonato.





El Caravelle espera la subida de los viajeros. Recién en 1960 hace la Selección Chilena su segunda gira a Europa. En 1928 había sido la primera. La gira trata de suplir el desconocimiento del fútbol europeo con vistas al Mundial. De elegante abrigo azul, el enviado especial de la revista Estadio, Julio Martínez.

«En el jugador chileno hay iniciativa. Deseos de marchar con la actualidad. Espíritu de inventiva. Solidaridad con el compañero de grupo, en quien no ve a un posible competidor sino precisamente a un compañero».

Espíritu de inventiva. Solidaridad con el compañero de grupo, en quien no ve a un posible competidor sino precisamente a un compañero». El contraste con el europeo es notorio, pues éste «tiene un espíritu menos despierto, una iniciativa más lenta, y una mayor frialdad por la suerte de los demás».

Eso, posiblemente, les permitió a los seleccionados chilenos hacerles dos goles de entrada a los portugueses tres décadas antes. Pero otros valores les habían permitido a los lusitanos terminar ganando el partido 4 a 2. Y esos son los valores que nuestro fútbol debe conocer. Y conocerlos en su propio medio.

De ahí el valor de la gira que se prepara.

Hanot:

«Chile conoce perfectamente el fútbol de fineza; necesita conocer el fútbol de fuerza, que es la otra forma mundial del fútbol. Necesita el contacto -fuera de su casa-, con rivales de diferentes estilos y peso. Precisa la experiencia de otros ambientes. Por los resultados no se debe temer. Por lo demás, recuerden el caso de Brasil. En 1956 jugó varios partidos en Europa, con desenlaces muy desfavorables. Dos años después se consagraba campeón del mundo en Suecia».

Les insiste a los alumnos del curso y a los periodistas en que no se debe confundir el «fútbol de fuerza» con el «fútbol de brutalidad» y define al primero como «fútbol vertical».

EL DILEMA DE GASTAR MENOS O PRODUCIR MÁS

Son días intensos éstos en que comienza una década. Parecen impulsados por los vientos del cambio. En todos los asuntos, los gratos y los ingratos, se advierte la inquietud de la reforma.

Aunque algunos cambios no van tan de prisa como algunos quisieran. Los nuevos reglamentos producidos por Eugenio Velasco en el periodo 57-58 habían avanzado algunos temas, pero no lo suficiente y ahora las dificultades son para su sucesor, Juan Goñi, que pronto debe vérselas con una rebelión de los jugadores.

Rebelión justa en sus contenidos, aunque dañada en su imagen popular por la oportunidad.

Es en la mañana del 10 de febrero cuando Caupolicán Peña detiene el entrenamiento de Colo y, a nombre de sus compañeros, expone al Presidente del Club el rechazo a las resoluciones del Consejo de Delegados de la Asociación Central tomadas en la madrugada del 14 de enero. Según se había resuelto, se rebajaría el sueldo tope de los jugadores «de cuatro a tres vitales» (el «vital» es un sueldo mínimo, cantidad estimada como básicamente suficiente para la subsistencia digna de un ciudadano, cuestión muy discutible y discutida) y además se establecía que los contratos tendrían una duración de tres años.

Arde Troya. Queda la sensación de que las disposiciones reglamentarias del periodo de Velasco habían sido meramente formales. El recuerdo del drama de Robledo -aunque este año vuelve a la actividad, vistiendo la celeste de O'Higgins-, está muy fresco. Los jugadores, aunque renuentes a agruparse, se unen en torno al rechazo de la disposición que establece que «al cabo de los tres años de contrato las partes quedarán en libertad de acción. Si el club desea recontratar al jugador, podrá hacerlo por un nuevo periodo de tres años, pagando un sesenta por ciento de aumento sobre el contrato vigente. Si no hay interesados de otros clubes, el jugador quedará obligado a renovar, lo que hará efectivo por el hecho de enviar el club a la ACF el ejemplar respectivo dentro del plazo y la forma que señale el Directorio. El jugador que no acepte quedará impedido de actuar por cualquier club por espacio de dos años».

Una monstruosidad. Pero aquí no puede hablarse de víctimas y victimarios. Ambos, jugadores y dirigentes, son víctimas de un sistema. O de una Historia. Lo que sucede, simplemente, es que los clubes recaudan cantidades insuficientes para pagar, siquiera, lo que pagan. Y se les pide que paguen más. De modo que ajustan sus cuentas con aportes particulares, normalmente de los mismos miembros del Directorio. Es el sistema el que está mal diseñado, como lo apuntara Eugenio Velasco, pero las solas reformas reglamentarias no bastaban para establecer una estructura diferente y eficiente. La solución no radicaba en gastar menos, sino en producir más. Pero las herramientas para ese objetivo no eran conocidas aún en la sociedad nacional o era casi imposible usarlas.

De hecho, el precio de las entradas al fútbol está fijado por la autoridad económica. El contrasentido salta a la vista. Se lo considera un producto importante de consumo masivo y con eso se le reconoce su indudable carácter social y, a cambio, se lo entorpece. Se da, entonces, la íntima contradicción de que el fútbol tenga sueldos mínimos y precios máximos. Imposible sostenerse de esa manera. Y los clubes están, efectivamente, en bancarota.

Los jugadores, si bien no alcanzan a formar un Sindicato, sí forman la Unión. Y en su representación Caupolicán Peña, René Meléndez, Sergio Goity, Armando Tobar y Sergio Navarro declaran la huelga.

Esto sucede cuando la Selección está haciendo maletas para partir a Europa, de modo que el anuncio, si

bien es considerado justo, resulta ingrato para la opinión pública. Mario Acevedo, gerente de la Asociación Central, advierte: «Si se aburren los dirigentes que respaldan económicamente a los clubes, las cosas se pondrán peores». Fernando Riera da un ultimátum: «Viajaremos aunque sea con la Selección Amateur».

La sangre no llega al río. En reunión de Asociación y Unión se acuerda: libertad de acción para los jugadores enviados a la Bolsa de Jugadores al cabo de dos años, aumento de contrataciones por club y «vacaciones para los jugadores que hayan participado en ochenta por ciento o más de los partidos del año».

Asunto resuelto y los seleccionados pueden partir, en los mismos días en que la FIFA termina de recibir las inscripciones para el Mundial y sortea los grupos. Sesenta países marcan un nuevo record: dieciocho americanos (incluidos nueve sudamericanos), siete africanos, seis asiáticos y veintinueve europeos. En el mismo Congreso, en Basilea, Carlos Dittborn logra una transacción con el bloque europeo, que quiere que el Mundial comience el 15 de junio, para no entorpecer sus competencias, al paso que Chile quiere comenzar el 15 de mayo, para alejarse del periodo más lluvioso. Se transa en el 30 de mayo.

De vuelta a la cancha la Selección juega con Fluminense y Nacional para embarcarse en el Aeropuerto Los Cerrillos rumbo a Europa.

MÁS QUE UN VIAJE, MÁS QUE UNA GIRA

Montevideo, Santos, Río, Bahía, Pernambuco, Las Palmas, Lisboa, La Coruña, Amsterdam había sido el itinerario marítimo de los pioneros del 28.

Montevideo, Río, Recife, Dakar, Casablanca, París es el itinerario aéreo de los jóvenes del 60.

Y parecen tan sorprendidos como los de antaño en la partida. En el aeropuerto «la espera, los abrazos, la despedida, todo provocó un clima emocional que no supo de edades ni experiencias. Frases entrecortadas. Siempre ocurre lo mismo. Cuando el avión surca el espacio y los pañuelos se agitan en Los Cerrillos». No hay oficio de viaje en estos jóvenes chilenos.

Muy jóvenes. El más veterano de los que juegan en el partido de despedida es Raúl Coloma, con 29 años. Lo siguen Hernán Rodríguez 26, Raúl Sánchez 25, Jorge Luco 24, Moreno, Leonel Sánchez y Bernardo Bello 23, Eyzaguirre 20, Fouilloux 19. En el aeropuerto de Ezeiza le preguntan a Fouilloux si se trata de una selección juvenil y Antonio Losada, médico a cargo de la delegación, advierte: «Si ven a Eyzaguirre, pensarán que es una selección infantil».

En el breve pero zarandeado vuelo a Montevideo, Riera rifa entre los viajeros un par de zapatos de fútbol fabricados en Alemania. Suela plástica, estoperoles atornillados. Toda una novedad. Río de Janeiro. De allí a Recife, donde Chile jugó en el Mundial del 50. Alero de esa selección había sido Fernando Riera. Y el entrenador de entonces, Alberto Bucciardi, va en este vuelo como periodista. Ambos pueden hacer recuerdos del 5

a 2 con que Chile derrotó aquella vez a Estados Unidos.

Y luego el cruce nocturno del Atlántico para amanecer en Dakar y el paisaje africano que es «igual que en el cine». Un día de para (con mucha playa), cambio de avión a uno menos poderoso que obliga a hacer escala en Casablanca.

París. Las primeras noticias sobre lo que espera en Parc des Princes son bien recibidas en la delegación: no estará Raymond Koppa en la formación francesa del 16 de marzo.

Pero está Just Fontaine, el insigne goleador del Mundial de Suecia.

Si en la Copa O'Higgins los brasileños le habían hecho siete goles a Chile en el primer encuentro y en el Sudamericano de Buenos Aires Argentina le habían marcado seis, parece claro que el sino de esta Selección es el infortunio de sus estrenos. Se confirma ante unos cuarenta y cinco mil espectadores en el tradicional estadio parisino. Francia, que le ha hecho cuatro goles a España, cinco a Austria y cinco a Irlanda, y que viene de perder con Bélgica, le gana a Chile 6 a 0.

Da una ventaja la selección nacional al no contar con Fouilloux ni con Meléndez (desgarrado en el primer entrenamiento serio) en el debut. Más allá de un primer tiempo que resulta digno (0-1) y que le significa a Francia salir entre pifias, el equipo chileno revela su desconocimiento de la continuidad del fútbol europeo. Corren los noventa minutos los franceses y Chile no tiene a los hombres que puedan retener y poner la pausa para equilibrar un tren que les parece endemoniado.

Se escribe:

«Durante la media hora final la diferencia física fue tan apreciable, que a ratos parecía un encuentro entre un equipo de Primera y una Cuarta Especial».

Los seleccionados pueden comprobar que es cierto todo lo que se les ha dicho sobre las características del fútbol moderno y de la fuerza europea. Lo confirman particularmente Armando Tobar y Juan Soto, que van valerosamente al choque con hombres sólidos y duchos en chocar.

En casa, entretanto, la goleada sirve de argumento a

«Recuerden el caso de Brasil. En 1956 jugó varios partidos en Europa, con desenlaces muy desfavorables. Dos años después se consagraba campeón del mundo en Suecia».

En 1960, el partido de Colo Colo con Santiago Morning mantenía su carácter de «clásico». En la primera rueda empataron sin goles y a ese encuentro corresponde la escena, en la que el remate de Juan Soto no alcanza a ser trabado por Isaac Carrasco y rebota en Humberto Cruz. A la expectativa quedan Hugo Lepe y Enrique Hornazábal. Todos los protagonistas de la escena vistieron la casaca blanca en algún momento de su carrera.



los detractores del Plan. La argumentación del periodismo serio es igualmente dura:

«Hay espíritus negativos que se solazan en los fracasos. Hay cerebros cerrados a todo lo que sea estimulante y optimista. Hay hombres que sólo ven lo malo, lo feo, y que cuando algo bueno y hermoso se pone delante de sus ojos, hacen como si no vieran. De ahí que cuando el deporte chileno tiene un traspie, salten a la palestra, diríase que con alborozo, llenos de argumentos trituradores».

REFLEXIONES PARA UN FÚTBOL NUEVO

Los demás encuentros de la gira sirven para reafirmar conceptos, que es el objetivo del viaje.

En Stuttgart (ante casi ochenta mil personas), se tiene el empate al alcance de la mano. Incluso es posible ganar. Con Leonel, Fouillieux y Braulio Musso se puede aspirar a tener la pelota y se aprecia a un cuadro más coherente y armónico que puede generar el contragolpe para el desborde de Mario Moreno y la aparición de Juan Soto por el centro. El 1-2 final pudo ser diferente.

DEL «TANO» AL «NINO»

La campaña de Wanderers tuvo ribetes espectaculares. A pesar de un bajón de seis partidos en los que sólo ganó un punto, fue puntero del campeonato hasta la undécima fecha de la segunda rueda. En la primera rueda hizo 19 puntos sobre 26 posibles.

Colo Colo empezó a mostrar su opción en la novena fecha, cuando avanzó al cuarto lugar. En la décima de la segunda rueda alcanzó a Wanderers en el primer lugar y a la semana siguiente quedó solo en punta.

Los porteños hicieron el gasto y no pudieron aguantar la atropellada colocolina.

Colo Colo, aunque no tuvo una de sus mejores producciones, con sus 52 goles (un promedio de exactamente dos por partido), tuvo el mejor rendimiento del torneo. Goles importantes para ganar puntos decisivos fueron muchos de los conseguidos por Bernardo Bello, que completó dos años espectaculares.

Fue Bello considerado el mejor puntero izquierdo del campeonato. Un indiscutido.

Llena de aplausos estuvo, asimismo, la temporada de Ramiro Cortés. Inactivo luego del Sudamericano del 57, el notable marcador volvió al torneo del 59 y se pensó que no podría reeditar las actuaciones que lo habían distinguido,

en Audax Italiano y en la Selección Nacional, desde 1955.

El suyo, sin embargo, fue un renacimiento futbolístico conmovedor. Considerado el mejor medio de defensa del 59, repitió el 60, con una actuación aún mejor. Baluarte de un Audax permanentemente asediado por el descenso, fue su mejor figura y autor del gol de último minuto que aseguró la permanencia del equipo en Primera División.

Marcó también 1960 el alejamiento definitivo de las canchas de Rodolfo Almeida. El «Tano» había dicho que la del 59 sería su última temporada. Estró la despedida un año más.

Llegado desde Argentina 15 años antes, y radicado en Chile para siempre, Almeida fue campeón con Universidad Católica el 49 y fue el solvente zaguero central de la formación triunfadora de Palestino el 55. Vistió la camiseta de la Selección entre 1964 y el año de su despedida.

En el otro extremo, el de las revelaciones, las palmas del 60 se las llevó un chispeante centrodelfantero que se estrenó y se hizo aplaudir con tres goles en Rancagua. Y que los siguió haciendo. Hizo decir: «Es más que un goleador en potencia. Hay manera en él para algo más». Honorino Landa.

Se escribe:

«Los largos períodos de silencio en las graderías eran la mejor muestra del estupor alemán ante el equipo de Chile».

Y se dice algo que no es nuevo ni se dirá por última vez:

«Con gol de Juan Soto, Chile salió en ventaja en el primer tiempo. Los dos únicos errores de la defensa en el segundo costaron los goles de la derrota».

En Frankfurt, además de enfrentar al fútbol fuerza, los seleccionados chilenos pueden verlo. Son invitados a presenciar un encuentro entre las selecciones Norte y Sur de Alemania. Resulta impresionante: «Es otro fútbol. Un fútbol que en Chile ni siquiera se sospecha». Es uno de los tantos temas que tienen para comentar cuando les ofrece una recepción Enrique Melkonian, Cónsul de Chile en la ciudad alemana, con su acogida generosa y fina de siempre.

Todo juega en la gira histórica. Los viajes (hasta tres vuelos en un día), la vida de hotel, los cambios de todo tipo, los resfriados y las lesiones (aunque en los informes del doctor José Ercole no hay situaciones dramáticas, salvo la seria lesión de Meléndez). Y el fútbol.

Y si se trata de jugar contra europeos «en su salsa», lo mejor es lo de Dublin, donde sobra barro, lluvia y frío. Entumidos en la ceremonia previa, después deben soportar un arbitraje deficiente y, naturalmente, la proverbial fuerza irlandesa.

Más allá de las incidencias de un penal poco claro que se le cobra a Eyzaguirre y uno muy claro sobre Musso que queda sin sanción, Chile cae 0-2 ante una selección que cumple seis años invicto como local.

Se escribe:

«Chile jugó en Dublin su mejor match, pero fue derrotado por no saber hacer, una vez más, los goles que tuvo a su disposición».

En casa surgen voces para señalar que los resultados se originan en la «debilidad física de la raza». Pero también se argumenta que no se puede reducir todo a las condiciones alimentarias populares, sino que hay más aspectos. Como que el chileno, siendo despierto y atléticamente apto, «no trabaja con intensidad, no se esfuerza».

Más allá de los resultados, lo que importa de la gira son las circunstancias en que se producen. Al respecto, la conclusión es clara: como calcando las actuaciones de 1928, Chile sólo aguanta bien los primeros tiempos. En los primeros cuarenta y cinco minutos -confirmado en el 2 a 4 ante Suiza- sólo ha recibido un gol de juego.

Ello aconseja tomar medidas. Darle aire al equipo, no exponerlo a un ritmo que terminará por reventarlo. A eso entra René Meléndez en el partido con Bélgica y lo consigue plenamente. Es la gran figura de la cancha y Chile empató a un gol.

También es empate la despedida: 3 a 3 con Internacional, en Milán. También había hecho tres goles Chile en su despedida de 1928, sólo que aquella

vez el Red Star francés le hizo cuatro.

De todos modos, los paralelos entre una y otra expedición se reiteran. En Milán, Chile gana 3-1 el primer tiempo. Y no puede resistir la carga final del equipo italiano.

Pero no es necesario recordarles la historia ni mostrarles páginas de revistas a los jóvenes seleccionados chilenos. Ya lo han visto, lo han probado. Carlos Contreras resume la experiencia: *«El 62 nos encontrarán en guardia»*.

De vuelta en casa, *«surgen en todos los sectores los comentarios de carácter general y las críticas correspondientes»*. La opinión dominante, en todo caso, es que se cumplieron los objetivos que se pretendían con la gira.

Lo más importante es lo que puedan haber capitalizado los jugadores.

Raúl Sánchez: *«Ha sido el viaje más provechoso de mi vida. Tenemos mejor técnica que los europeos, pero nos falta la disciplina y creo que también su sistema de vida, mucho más sobrio y ordenado que el nuestro»*.

Luis Eyzaguirre: *«En Europa hemos visto otro fútbol, en que cada jugador se entrega por entero a su profesión y puede lograr entonces el rendimiento máximo. Debemos tratar de mirar el fútbol con la conciencia del futbolista europeo»*.

Isaac Carrasco: *«Fuimos a conocer lo desconocido y la verdad es que existen cosas que pueden ser beneficiosas si tenemos la suerte y la convicción de ejecutarlas a la medida de nuestro medio y las posibilidades de nuestro esfuerzo»*.

Lo cierto es que, ya en pleno 1960, Europa y su fútbol no deberían ser tan desconocidos para Chile. Pero, tal como se ha escrito la Historia, lo es. De ahí la trascendencia del viaje. Mario Torres, el fornido defensor de Audax Italiano, lo sintetiza gráficamente:

«Mi impresión es que ahora nos va a costar entendernos con nuestros compañeros en el sentido de unificar propósitos para provocar una enmienda en nuestro modo de vivir y de jugar. El asunto es que ellos sepan interpretar los moldes que tratemos de imponer quienes tuvimos la suerte de hacer un viaje tan trascendente».

Con esa sola declaración la gira ya valía la pena. Insiste en lo mismo Manuel Astorga:

«Lástima que sólo 22 jugadores pudiéramos gozar de esta lección. Todos los futbolistas chilenos debían conocer el Viejo Mundo».

Sergio Valdés:

«A lo mejor, muchos compañeros no nos van a creer lo que contamos. Pero nuestro deber es convencerlos de que nosotros sólo jugamos a medias».

Bernardo Bello repite, a 32 años de distancia, lo de Guillermo Saavedra:

«Nos falta salir más. Jugar más. Que cada gira no constituya una excepción ni un acontecimiento».



Es cierto: la gira ha sido una «Misión cumplida».

EL APERTIVO ESTABA DE MÁS

Ya se puede volver al Campeonato local. Pero hay una novedad...

Chile había propuesto largamente a la consideración de las autoridades sudamericanas la idea de hacer un campeonato reservado a los Campeones de las ligas locales. De hecho, Colo había hecho aquel ensayo de 1948, durante la Presidencia de Róbinson Álvarez Marín.

Finalmente se había hecho el diseño, con un nombre sugerente. Se jugaría la Copa de los Libertadores de América.

Buen aperitivo para la competencia del 60, pues mejor representante no puede tener Chile para el estreno de una competencia de esas características. Universidad de Chile había ganado el campeonato del 59 exhibiendo encomiables características. El cuadro de la definición del título con Colo Colo había sido francamente notable.

Además, debía empezar jugando contra un representante del fútbol colombiano, Millonarios, aún de tono menor en el concierto sudamericano y seguramente de estilo adecuado a las características del campeón chileno: *«Néstor Rossi y Adolfo Pedernera sentaron una escuela en Colombia y de ella no se han apartado los futbolistas de ese país. Fútbol clásico de corte bonaerense, archiconocido para nosotros»*.

Lo ratificaban Roberto López y Carlos Poretti, dos jugadores argentinos en el torneo chileno que conocían la competencia colombiana y a su campeón: *«Es un cuadro que juega bien la pelota, pero lento. Si la «U» impone su juego debe hacerle cuatro goles»*.

Son seis, al final pero se los hace Millonarios a la «U» en el Estadio Nacional.

Estadio Heysel, de Bruselas, donde Chile consigue empatar a un gol con la selección belga. Leonel prepara su potente zurdazo y Juan Soto espera el resultado. Las experiencias de la gira sirvieron al desempeño chileno en la Copa del Mundo dos años más tarde.

«El jugador que no acepte quedará impedido de actuar por cualquier club por espacio de dos años».

Seis jugadores argentinos y un paraguayo (y buenos jugadores colombianos, como Zuloaga) forman en Millonarios. Pero no es esa la única razón de la derrota azul. La más importante es su propio descabro. Hasta los seleccionados resultan inconocibles.

Se comprueba que no es sólo a la Selección Chilena se le hacen seis goles en el primer partido, como sucedió en Buenos Aires, en Río de Janeiro y en París. Es a cualquier equipo chileno.

En el partido de vuelta, en Colombia, la «U» demuestra que lo del primer partido fue cuestión de aplicación: cae estrechamente (0-1) y produce mejores comentarios.

UN PROFESOR PARA COLO COLO

Y ahora al Campeonato.

Por de pronto, trae, muchas novedades.

La más discutida, sin duda, es la contratación de Angel Labruna, traído por Rangers. Figura estelar de las grandes alineaciones argentinas de otra época, Labruna hacía dos años que había celebrado 25 de actividad y más de cuarenta de edad. Se entiende que Rangers lo trae como motivo de atracción y mejorar las asistencias en Talca. Se le advierte que, competitivamente, será difícil que tenga algún éxito, pues en Chile se corre y se marca y ya nadie viene de paseo. Junto con Labruna llega a Talca *«un buen mediocampista de Tigre»*: Vicente Cantatore.

Y todos tienen algo que decir en este campeonato tan esperado. Manuel Muñoz, el legendario insider de Colo, retirado del primer plano y jugando en el torneo Regional, es contratado por Audax Italiano.

Son los días en que se discute sobre *«el fútbol espectáculo»*. Muchos insisten en que esa es la fórmula para Chile. Traer grandes figuras, hacer lo que hace el Real Madrid. Se comenta lo que significa Pelé para Santos. Y todo esto para justificar el aumento de cupos para extranjero.

SUBIR Y BAJAR

Ascendido el 58, el cuadro rojo de La Serena fue atracción. Sin embargo, no mantuvo el rendimiento ni el fervor de su público y descendió el 59. Por su fuerza como plaza, se esperaba su inmediato retorno. No lo consiguió.

En cambio, sí logra su vuelta a la Primera División uno de los institutos más tradicionales, Green Cross, afectado por su descenso el 58, por el incendio de su sede social, por su fracasado intento de volver de inmediato, logró el retorno en porfiada lucha con los rojos de La Portada y al volver se encontraba instalado en el Estadio Municipal de Ñuñoa, intentando echar raíces en una época que ya parecía muy lejana de sus románticos orígenes.

Un club provinciano de gran arrastre en tiempos también lejanos debió «retornar a su Asociación de origen»: el Alianza de Curicó tampoco tenía un lugar en los nuevos tiempos.

El club que vive en 1960 un momento histórico de su hermosa vida deportiva es Magallanes. En su análisis, el comentarista lo establece con claridad:

«Aunque parezca extraña paradoja, 1960 fue de los mejores años que ha tenido en estos últimos tiempos el cuadro albiceleste, y, sin embargo, dirá la historia que fue el de su descenso».

No sería el último. Otros tiempos.

Pero la traída de jugadores foráneos no garantiza la espectacularidad del torneo. En muchos casos las importaciones terminan en grandes desastrosos. Pero en otros se acierta. Es acierto el de Ferrobádminton, que trae a Héctor «Chiche» Molina, de Boca y la selección argentina; el de Palestino, que contrata al goleador José Falcón; el de San Luis, que incorpora al fútbol chileno al paraguayo Máximo Rolón; el de Universidad Católica, que trae a Juan Nackwaki, de Independiente y seleccionado argentino.

Sin restricciones los clubes para contratar, el movimiento de transferencias internas también es intenso. Hugo Lepe deja a la «U» e Isaac Carrasco a Colo Colo para irse a Santiago Morning. Hernán Martínez, identificado con Unión Española, se va a Viña del Mar. Roberto López, argentino de lucidas campañas con La Serena, se va a Ferro. El paraguayo Juan Carlos Lezcano vuelve desde Trasandino a Universidad Católica. Jesús Picó deja Wanderers para irse a San Luis. Jaime Ramírez, eterno viajero y coleccionista de camisetas, está de vuelta desde Granada para vestir la camiseta de O'Higgins, que a la luz de su masivo reforzamiento hace que algunos se pregunten: *«¿Y quién será segundo?»*.

Sin embargo, es un desconocido el que llama la atención en la primera fecha del campeonato. Un joven formado en casa. En Santa Laura. Hace tres goles en el debut: Honorino Landa.

El que no produce novedades en cuanto a contrataciones es Colo Colo. Había hecho noticia en el verano, cuando su Presidente, Antonio Labán, había mostrado los avances en la construcción del estadio.

Al impulso de los nuevos aires, el laborioso dirigente, al cabo de ocho años en el cargo, quería apresurar la inauguración del estadio albo. Lo que había sido un hoyo en Pedreros era, en marzo del 60, la visión de una obra espectacular. Mario Recordón, el recordado atleta internacional, arquitecto a cargo, mostraba planos y realidades. El estadio tendría capacidad para cincuenta mil espectadores y son muy pocas las aposentaduras que quedan por habilitar. El golpe de vista es impresionante.

Y con el solo esfuerzo del club y la diligencia de su Presidente. Porque no es posible conseguir apoyo estatal -se había pensado en obtener algo de los recursos del Mundial- y el «Cacique» debe rascarse con sus propias uñas.

Pero todo vale poco si el equipo anda mal. Y Colo Colo anda muy mal. Las relaciones con Flavio Costa son tirantes y la cuerda se corta después de la derrota con Everton (0-4).

Es entonces cuando Labán, tal vez si al conjuro de los signos de la nueva época, varía radicalmente de política. Pasa directamente de Flavio Costa a un técnico que parte aclarando:

«Más que entrenador, soy maestro».

Es Hernán Carrasco.

Otro más, en la larga historia que arranca en los

1961

misimos orígenes, que marcha por los rumbos vocacionales del magisterio y del fútbol. Lo que pretende es la convivencia sana, el respeto, la confianza mutua y la solidaridad. No es casual: viene de la «U», a cuyo gran proceso se integra en 1951, junto a Luis Alamos y del que sólo se desprende ahora, cuando Colo Colo le hace una gran oferta y en Universidad de Chile simplemente no le creen.

Dice Carrasco lo mismo que se dice en estos días en torno a la Selección. Lo mismo que se dice en el país. Y en el mundo.

De entrada les aclara a los jugadores de Colo Colo:

«Bien, muchachos. ¿Qué les puedo enseñar a ustedes, si de fútbol saben tanto o más que yo? Aquí hay varios que podrían darme clases de experiencia en la cancha... Soy entrenador, pero nada podré hacer si no cuento con la voluntad de Ustedes. Vamos, más que a trabajar, a ayudarnos mutuamente en una tarea que será grata si nos respetamos y nos comprendemos».

Precisa conductas:

«Ya lo sé, el garabato es cosa chilena. Y un garabato cuando está bien dicho y es oportuno está bien. Pero no veo la razón de estar diciendo palabrotas sin causa y sin gracia ningunas».

Están cambiando las cosas.

Pero las reflexiones deben detenerse. La Naturaleza obliga a moverse.

Porque no tenemos nada

Se han jugado tres fechas del campeonato cuando Chile se estremece en el Sur. Es el peor terremoto de su Historia. El mar entra kilómetros tierra adentro y se recoge con su ganancia de víctimas. Medio país queda en el suelo. El lago Riñihue amenaza desbordarse sobre Valdivia y sólo una obra de arte de la ingeniería lo impide.

Chile llora y reconstruye. Una vez más. Así ha sido y será.

El Comité Ejecutivo del Mundial se dirige al Gobierno y hace devolución simbólica de los recursos estatales ofrecidos para la organización de la Copa del Mundo. La solidaridad obliga.

Y la dignidad también obliga.

Carlos Dittborn invita a la prensa y muestra el telegrama que se ha despachado a la FIFA:

«Chile reitera inquebrantable decisión de organizar Copa del Mundo 1962. Va carta».

La inquietud, por cierto, recorre al mundo del fútbol aparejada con la solidaridad. ¿Cómo podría organizar este pequeño país el Campeonato Mundial en estas condiciones? Ya hubo que argumentar mucho durante años para garantizar el éxito de Chile como sede. Pero ahora... ¿Cómo construir estadios si hay que reconstruir el país?

Ahora... «hay que hacer otro Mundial, hacer otra estructura, fijar condiciones nuevas que se avengan

LO MEJOR DEL AÑO

«El balance es duro, implacable, pobre». Así se sintetiza la actuación internacional del fútbol chileno en 1960. Nada halagador, si se piensa que el campeonato tampoco había sido brillante y se circunscribió a la tenaz persecución de Wanderers por Colo Colo.

La Selección, en efecto, sólo había ganado dos encuentros en el año: 3-1 a Nacional antes de partir a Europa, y 3-1 a Paraguay al cerrar el año. Lo más valioso, a fin de cuentas, había sido el 4-1 de la Selección «B» sobre el mismo seleccionado paraguayo en Valparaíso.

El estreno de Universidad de Chile en Copa Libertadores, elimi-

nada por Millonarios de Colombia, tampoco resultaba auspicioso. La temporada internacional siempre exigida de Colo Colo mostraba el triunfo sobre Vasco Da Gama (3-0), y un buen 4-1 sobre Independiente.

Lo mejor, sin embargo, lo habían protagonizado las Universidades. Con un Combinado Universitario (de muy frecuente formación en la época), armado de emergencia, casi en el camarín, ganaron 3 a 2 a Peñarol, que después sería el ganador de la primera Copa Libertadores y futuro campeón Intercontinental.

El mejor triunfo internacional del año,

con el estado del país», dice Dittborn. Un Mundial con un cálculo inferior en entradas vendidas, sin nuevos estadios.

El Presidente de la República, don Jorge Alessandri, aprecia el gesto de devolución de los fondos, acoge con simpatía la determinación de los dirigentes y expresa que cuentan con todo su apoyo, materializado en la terminación de las ampliaciones del Estadio Nacional, en la cesión del diez por ciento de derecho fiscal de cancha y en la comunicación a la FIFA en el sentido de que el Gobierno sigue respaldando al Comité Ejecutivo.

La solidaridad deportiva internacional no se hace esperar. Uruguay ofrece a su Selección y juega contra Chile en Santiago y en Montevideo. Brasil recibe en Maracanã. Universitario de Lima juega contra un Combinado Porteño en Valparaíso. Independiente enfrenta a O'Higgins en Rancagua. El Gobierno y Comité Olímpico italianos ofrecen al deporte chileno viajar como invitado a las Olimpiadas de Roma.

Para Chile, la consigna es la austeridad. La medida. El Mundial no podrá tener el colorido que se pensaba darle. Se piensa en que las sedes deben ser aquellas ciudades que tengan estadios para ampliar o recursos

Juan Soto recogió un rechazo defectuoso y habilitó a Luis Hernán Álvarez para que éste batiera con tiro cruzado a Goete (improvisado en el arco por lesión de Behrendts), señalando el cuarto gol de Colo Colo. Cuatro a uno ganaron los albos en Talca, a estadio lleno.





La Selección se instala en Par des Princes para «pisar la cancha». El adversario francés de Just Fontaine no hizo mella en el ánimo del plantel chileno, cuyas adversidades en la preparación le brindaron el temple que luego necesitaría para llegar al tercer puesto en el Mundial.

para construir. Entonces se piensa en Santiago, con el Estadio Nacional, Viña del Mar y el aporte de la Municipalidad, Rancagua y el aporte de la Braden Coper, Arica y el plan de la Junta de Adelanto.

En fin, todo hay que rediseñarlo. No tenemos nada, pero el Mundial hay que hacerlo.

Dice Carlos Dittborn:

«Que los que tengan alguna duda sobre si Chile organizará o no el Campeonato, la disipen totalmente. Porque la Copa se jugará según estaba establecido. Se le restará apariencia, se le quitará el cromo a nuestra organización, pero la llevaremos a feliz término con dignidad y decencia. Puedo asegurarles que el 30 de mayo de 1962 se inaugurará el Séptimo Campeonato del Mundo de Fútbol en nuestro país».

Se le restará apariencia a la Copa del Mundo. No tendrá el brillo que queríamos los nacidos en esta tierra que se estremece y nos hace llorar.

Pero tendrá dignidad y decencia.

Palabra de chileno.

EN LA CANCHA, DUDAŞ Y ABRAZOS

Más allá del dolor y de la generosidad, la Selección no satisface. Cuando debe salir inesperadamente a la cancha, en junio, para jugar a beneficio de los damnificados del terremoto, nadie le pide nada. Y los pensamientos de la gente están, además, en otro tema. De modo que hay satisfacción por el empate a 2 en Montevideo con Uruguay y no impresiona mayormente el 0-4 con Brasil en el Maracanã.

Pero no hay la misma conformidad cuando se producen las derrotas con España en julio. La primera 0-4, la

segunda 1-4. Ocho goles en dos partidos. Hasta aquí, siempre había ganado el seleccionado peninsular. En el Mundial del 50, en el amistoso del 53. Pero en la primera ocasión el resultado había sido 2-0 en el Maracanã. Y la segunda, en el Nacional, 2-1. Entonces, a pesar de las simpatías que despiertan el Plan, la Selección y sus jugadores, el entusiasmo popular decae. Ya no se piensa en que se está formando un equipo para el Mundial del 62. Porque el 62 ya está encima y porque el proyecto ya lleva en ejecución tres años. Se estima que en julio de 1960 ya hubo tiempo suficiente para tener delineado un equipo y obtener resultados.

Aún reconociendo que España nos debe ganar, se piensa que los resultados no pueden ser tan abultados. Muchos son los que pierden la fe en la Selección. Hasta se llega a estimar que en algunos aspectos el fútbol chileno no sólo no ha progresado, sino que ha retrocedido.

Se aprecia y aplaude el significado de la gira a Europa, pero parece imposible soslayar los resultados. Hay quejas, además, por la actividad del equipo, que se estima escasa. Después los partidos con España y no hay más hasta diciembre, cuando la Selección gana a una recia escuadra paraguaya en Ñuñoa. Los once mil espectadores registrados dan una idea de la escasa atracción que despierta aquel encuentro.

Con todo, es un buen triunfo. Lo es, también, el de la Selección B sobre los mismos paraguayos, jugando en Playa Ancha. Pero sólo consiguen entibiar un clima muy frío hacia el seleccionado.

Eso en cuanto a la Selección. Dudas.

Pero en Colo Colo hay abrazos muy esperados.

De la mano de Hernán Carrasco, cuando se esperaba muy poco de la escuadra alba -prácticamente sin refuerzos y con el cese de Flavio Costa a tres fechas del comienzo-, la hinchada colocolina vive una de sus grandes emociones: desde 1956 que no era campeón.

Lo había hecho muy bien Carrasco. Ganándose, primero, la voluntad de sus dirigidos. De los primeros en reaccionar es Enrique Hormazábal, pidiendo entrenamiento adicional para bajar de peso. Y el resto va asumiendo obedientemente su papel.

Si bien no es el título más brillante de Colo Colo, al menos rompe una racha y se incorpora a una moda prometedora: lo obtiene con una formación netamente chilena y seis de sus titulares son seleccionados nacionales. Está en la misma línea del Audax de la «chilenización» del 57, y de las alineaciones campeonas de Wanderers y Universidad de Chile en los siguientes, mayoritariamente formadas en casa.

La etapa final del torneo, con Colo Colo dando caza y sobrepasando a Wanderers recién en las últimas tres fechas, había sido emocionante. Pero insuficiente para recuperar el nivel de asistencias. Se registran doscientos mil espectadores menos que en 1959.

Ya volverían.

1961

ESTE EQUIPO SE ESTA ARMANDO

Cuando se frena el entusiasmo, la Selección encuentra su fisonomía. Se juntan Rojas-Toro y Raúl Sánchez-Contreras. Es el año de la tragedia aérea de Green Cross, del debut de «Chamaco» y de las tres «finalísimas» de las Universidades.

Es «el año de la vispera».

La organización del Mundial no es sólo asunto del fútbol. Es un asunto de todos, una responsabilidad común. El país ya tiene una tradición organizando competencias internacionales y ésta es la más grande, la más trascendente. La sensación de compromiso ciudadano se advierte en la atmósfera nacional de estos días.

¿Y el fútbol?

No muy bien.

La Selección no satisface.

Si bien se habían explicado sus resultados del 60, ahora, en enero del 61, se sacan las cuentas y, naturalmente, no son gratas. De los quince encuentros jugados por el seleccionado, ganó tres, empató cuatro y perdió ocho.

Además tiene poca actividad, se dice, considerando la responsabilidad que tendrá este cuadro. Se cree que debe jugar más, casi en forma permanente. Por otro lado, se critica la insistencia en no considerar a figuras consagradas. Esta impresión pareciera verse confirmada por los triunfos sobre Paraguay en los que actúan Misael Escuti, Ramiro Cortés y Mario Ortiz, tres seleccionados del infortunado sudamericano del 57, que le dan otra cara a la Selección en el cierre de la temporada.

EL INTENSO VERANO DEL 61

Es dominante la sensación de que hay que hacer algo. Y con urgencia.

Los reglamentos, preciada conquista reciente, que habían reemplazado a una organización basada en acuerdos puntuales, distan de solucionar los problemas de fondo. Son sólo reglamentos. Reglas básicas de orden, de procedimiento. Si podían ayudar al desarrollo era por el simple ejercicio del orden en lugar de la anarquía. Pero no eran herramientas de solución de cuestiones técnicas, salvo indirectamente. Al establecer una cantidad mínima de extranjeros para cada equipo, por ejemplo, ordenaba un aspecto crucial. Pero esa disposición había durado muy poco.

Ahora, acuciados por las debilitadas tesorías, los clubes piensan en modificar la flamante reglamentación

en dos puntos claves. Por un lado, se decide que para 1962 se aumentarán a 18 las plazas de la Primera División, con el criterio de que habrá mayores recaudaciones, sin considerar que ello no implica que aumente el público. Por otro lado se estudia cesar temporalmente el mecanismo de ascenso y descenso, en el entendido de que los clubes incurren en enormes gastos para solventar planteles que permitan evitar el descenso. Si así fuera -opinan muchos- el cese temporal del descenso se transformaría en definitivo. Sin contar con que este cese produciría campeonatos aún menos interesantes, agudizándose el desfinanciamiento.

Temas apremiantes para las directivas chilenas mientras las clasificatorias caminan. A Chile y Brasil, los finalistas por derecho propio, se agrega Argentina, que gana el Grupo 1 sudamericano. En Europa, Suiza da pasos importantes a expensas de Suecia y Bélgica. Alemania parece candidato seguro, luego de ganar sus dos primeros encuentros como visitante a Grecia y a Irlanda del Norte. Inglaterra ha partido bien, aunque deberá eliminar a Portugal, al paso que Italia ya puede avanzar a una definición con el ganador del Grupo del Medio Oriente, Israel. Nuestra Selección, entretanto, produce desconcierto.

«Los matches finales se jugarán en los cuatro centros designados, que son: Arica, Viña del Mar, Santiago y Rancagua»

El vestuario del campeón, después de las agotadoras jornadas de definición. Miguel Mociola festeja con la hinchada cruzada. Al fondo, un símbolo del triunfo, Alberto Fouilloux.



TODA LA ALEGRÍA DEL FÚTBOL

Pocas veces una temporada fue tan celebrada como la de 1961.

Todo lo acontecido a través del año resultaba motivo de regocijo. Un excelente campeonato, con excelentes partidos. La explosión del fútbol de Universidad Católica, que entra en escena para ponerle nombre a una época junto con la «U»: «La era de las Universidades». El soberbio aporte azul a la Selección y a los rankings de fin de año. La gran cantidad de figuras para destacar. El nuevo éxito de la Copa Chile. La actuación internacional de Colo Colo, con más alegrías que sinsabores (y cuyas derrotas se produjeron ante adversarios de la talla de Real Madrid y Santos). Y por sobre todo, considerando la proximidad del Mundial, la actuación anual del seleccionado, que superaba todas las expectativas.

Es el año en que se marca la definitiva consagración de Alberto Fouilloux como «jugador símbolo» de Universidad Católica, pieza decisiva en la obtención de la tercera estrella del historial cruzado. Es, también, la consolidación de Honorino Landa, el goleador chispeante y alegre de Unión Española, en soberbio entendimiento con Héctor Rial, el astro del Real Madrid que se radica durante cinco meses en Santa Laura.

Son, en realidad, muchos los

que pueden aspirar a ser «el indiscutido de la temporada».

Un valor notable, en la «U» y en la Selección, fue nuevamente Leonel Sánchez. Raúl Sánchez es valor indiscutido, también, del seleccionado. Es el año, asimismo, de Carlos Campos, el «Tanque» goleador de Universidad de Chile, que comparte el título de scorer con Landa.

Sin embargo, de un conglomerado de estrellas refulgentes, sin jugar en un puesto que concite el interés masivo, surge para brillar más que nadie Luis Armando Eyzaguirre. Veloz, inteligente, activo, fuerte. En el análisis, el comentario es rotundo:

«Hemos podido ver en acción a las selecciones de Alemania y de Brasil, campeones del mundo en 1954 y 1958; a los equipos representativos de España, Rusia, Hungría, Argentina, Uruguay y Perú. Poderosos y cotizados equipos de club, como el Real Madrid, Santos, Botafogo, para nombrar a los de mayor prestigio mundial, y la verdad es que entre tantos jugadores que merecieron alinearse en esas escuadras, posiblemente las mejores del mundo, no vimos un marcador al wing mejor que Luis Eyzaguirre».

Un gran jugador. De nivel mundial.

En los primeros días de 1961 llega Estrella Roja de Bratislava. Gana su primer partido a la Selección A por 4 a 1. Luego pierde con Colo Colo 1-2. Y finalmente cae 1-2 con la Selección B. Hay sugerencias: por Colo Colo juegan siete seleccionados de la A, pero dirigidos por Hernán Carrasco. Y la B es dirigida por Luis Alamos. Aunque parezca simplista la reflexión de algunos afi-

cionados («juega mejor la Selección de Alamos que la de Riera»), no se deja de mano la posibilidad de que haya algún déficit en la dirección técnica del seleccionado titular.

Sin embargo, no se trata de dos equipos que puedan considerarse aisladamente, sino de la separación de un mismo plantel en dos formaciones, íntimamente relacionadas y mutuamente nutrientes.

Pero el movimiento del seleccionado vuelve a detenerse. Se anuncia que entra en receso hasta marzo, lo que produce nuevas quejas por la falta de continuidad.

Eso sucede el miércoles 11 de enero.

El sábado 14, ante más de cuarenta mil personas -el cupo total del estadio Nacional, que debe cerrar sus puertas ante la presión popular-, vuelve a Santiago el Santos de Pelé. El que había sido goleado por los albos el 59.

Esta vez es distinto. Esta vez el astro brasileño no mezquina sus recursos y al ritmo de su genio Santos se cobra revancha de Colo Colo: gana 3 a 1.

Doce días más tarde, Colo Colo recibe a Cerro Porteño, que viene a rehabilitar al fútbol paraguayo después del mal comportamiento de su selección frente a Chile en diciembre del 61.

A los 37 minutos del segundo tiempo, se anuncia un cambio. Sale Bernardo Bello y entra Francisco Valdés. El menudo suplente ingresa y en su primera intervención marca el gol que concreta el triunfo albo. Dos días después, el mismo cambio: ahora Valdés hace el quinto gol de Colo Colo a São Paulo.

Un astro ha nacido en este verano del 61. «Chamaco» Valdés.

EL EQUIPO SE ARMA, LAS ILUSIONES VUELVEN

La «U» y Colo Colo hacen la fuerza de la temporada internacional, enfrentando a San Lorenzo de Almagro, Botafogo, Peñarol, Palmeiras y Chacarita, para dar paso a la Copa Chile.

La idea de un torneo de Copa no es absolutamente nueva en el fútbol chileno. De hecho, se habían jugado continuamente «campeonatos de preparación», pero sin mayor formalidad que la de su nombre. La Copa Chile nace integrada a los planes formulados en 1958, concebida como un torneo serio a disputarse entre equipos de Primera y Segunda División. Prende, en todo caso, con lentitud. En su primera versión se había disputado a continuación del campeonato.

Ahora va de preliminar del torneo y ayuda a la espera del retorno del seleccionado a la cancha.

Y cuando éste vuelve, el 10 de marzo, reaparecen las ilusiones perdidas en julio del 60.

Raúl Sánchez va sobre Uwe Seeler. El triunfo sobre Alemania en 1961 fue la más plena confirmación de méritos del seleccionado nacional y uno de los más importantes del fútbol chileno. En este encuentro se produjo el encuentro de la dupla Jorge Toro-Eladio Rojas.



No sólo por la victoria Perú (5-2), sino porque a los treinta minutos Perú gana dos a cero y la recuperación chilena significa varias cosas. Su capacidad de reacción. Su capacidad de rectificación, además. Los cambios son decisivos. Entran Jaime Ramírez (de vuelta en la «U») por Fouillioux, Rómulo Betta (sensación del momento) por Moreno y Eladio Rojas por Ortiz. Cuatro goles en el segundo tiempo.

El organizador de la victoria desde la mediacancha (y héroe de la jornada) es Eladio Rojas. Ordena, distribuye, organiza. Es su oportunidad y la aprovecha.

Su confirmación en el mediocampo es uno de los avances centrales hacia el encuentro de la fisonomía definitiva del cuadro.

Dos semanas más tarde, cuando se enfrenta a Alemania, se produce otro encuentro notable.

Ya se conoce a los alemanes, después de lo de Stuttgart, en la gira, y hay temor por el partido. No obstante, en una gran actuación, Chile gana 3-1. Indiscutiblemente, la lección se había asimilado.

Además, la soberbia victoria permite la confirmación de la pareja de mediocampo: Eladio Rojas y Jorge Toro. No menos importante: el primer encuentro de la pareja de centrales: Raúl Sánchez y Carlos Contreras. Queda claro que en ambos casos ya no habrá discusión sobre la titularidad.

Tampoco quedan dudas, por los mismos días, de que Chile saldrá adelante con su Mundial. La comisión de inspección de la FIFA, encabezada por Ernst Thomen, en dos semanas recorre canchas, hoteles, estadios y ciudades. La FIFA da el visto bueno a las sedes en su declaración oficial: «Los matches finales se jugarán en los cuatro centros designados, que son: Arica, Viña del Mar, Santiago y Rancagua».

Agrega, con más amabilidad que realismo: «La Comisión de Organización de la FIFA vería con agrado la realización de matches en Antofagasta, La Serena, Talca y Concepción». Pero se sabe que es imposible que se puedan cumplir dentro los plazos las exigencias de la organización mundial.

Sin embargo, todas las novedades y las alegrías ceden en abril ante el dolor de la desgracia. Retornando desde Osorno, luego de un partido por la Copa Chile, desaparece el avión que trae en su pasaje a los jugadores de Green Cross. Pasan las horas y los días. La duda lacerante se mantiene durante una semana de búsqueda inútil. Cuando se sale de la duda, es sólo para rendirse a la desgarradora realidad de la catástrofe. Mueren los quince miembros de la delegación de la Cruz Verde. Recién vuelto a la Primera División, después de dos años de duro bregar, reponiéndose de la muerte de su Presidente, Ignacio Iñiguez, y del incendio de su sede social, Green Cross sufre el golpe más duro de un destino doloroso.



LA TRAGEDIA LE PONE LUTO A TODO EL FÚTBOL

Colo Colo no devuelve la sonrisa al rostro de los aficionados con su estreno en la Copa Libertadores. Pierde en Santiago con Olimpia (2-5) y aunque se recupera en Asunción (gana 2-1), queda eliminado por diferencia de goles. Chile, gran promotor de la creación de la Copa, no responde en la cancha a sus inquietudes fundacionales. Parece tener más ideas que goles.

La Selección, en cambio, sigue confirmando buen

La defensa de Universidad Católica para su tercera estrella, con jugadores jóvenes y experimentados. Están, de izquierda a derecha, Eleodoro Barrientos, Luis Olivares, Walter Behrendt, Washington Villarroel, Hugo Rivera y Sergio Valdés.

UN ASCENSO DE PRIMERA

No fue fácil la implantación del mecanismo de ascenso y descenso y mucho más difícil fue mantenerlo en el tiempo. Si el descenso fue siempre «un fantasma» y llegar a la segunda división se entendió como «irse a los potreros», se debió al ningún interés en abandonar la división de honor -por alto que fuese el costo- y, en consecuencia, no se dotó al Ascenso de la solvencia y la capacidad necesarias.

Pero el sistema fue afirmándose con el correr de los años, se hicieron más serios los procedimientos y la serie produjo buenos campeonatos, buenos jugadores y buenos equipos.

En 1961, aún recordándose la notable temporada del 55 con Universidad Católica, se produce la mejor temporada histórica de la División de Ascenso. Había razones de peso. Por de pronto, el aumento a dieciocho plazas en Primera y la interrupción del descenso para 1962. De modo que para 1961 se ofrece el incentivo de un ascenso cuádruple. Los dos primeros subirían automáticamente y

otros lo harían por elección directiva.

Con ese premio por delante, se vivió la más emocionante de las temporadas. Hubo fervor, buenos partidos, buenas asistencias y recaudaciones desde Coquimbo hasta Chillán, en el extenso ámbito de la atractiva competencia que tuvo sus centros más entusiastas en La Serena, Coquimbo, Los Andes y San Felipe. En más de una ocasión sus partidos llevaron más público que reuniones de Primera.

Ganó el campeonato Unión Calera (Fidel Zuleta y Antonio Vargas entre sus valores más destacados), con sólo dos derrotas y un invicto de más de una rueda. Segundo fue Unión San Felipe, que ya había hecho sorpresivos méritos en la temporada anterior.

Magallanes, que hizo una segunda rueda espectacular -radicada en Maipú, en los comienzos de la etapa itinerante de su Historia- y fue ascendido por decisión directiva, lo mismo que La Serena.

Abril de 1961. Green Cross juega en Osorno por la Copa Chile. El avión despega, pero jamás ateriza. En la capital la espera tensa que no encuentra respuesta de los servicios de búsqueda y rescate. Dos semanas más tarde se encuentra al aparato estrellado en la cordillera. La fotografía es la previa al encuentro en Osorno. De ellos no volvieron el kinesiólogo Mario González (que aparece identificado con el número 11), Alfonso Vega (3), José Silva (4), Dante Coppa (5), David Hermosilla (6), Héctor Toledo (10), Manuel Canteras (11) y Berty González (12). También murieron en el accidente aéreo Amaldo Vázquez, entrenador; Luis Medina, dirigente de la ANFA; Gastón Hormazábal, Lucio Cornejo y Roberto Gallano, árbitros; Luis Medina, funcionario de la Asociación Central y Eliseo Mourina, astro en Banfield. El astro argentino fue a Osorno sólo para ir conociendo a sus nuevos compañeros. Ya corrió la noticia de la muerte, el cronista señala sentidamente en la nota final: «En esta larga noche sin aurora, amigos, hermanos, compañeros, aunque ya no podemos sostener nuestra vacilante esperanza, contra todo seguimos esperando y no sabemos qué».

nivel. Aun perdiendo, en mayo, los encuentros con Brasil por la Copa O'Higgins, produce momentos gratos y sólo deja la sensación de que sería deseable más contundencia ofensiva. Pero la estructura es sólida.

Es el momento en que la Selección para y deja la cancha para los campeonatos locales. Pero no se detiene del todo. Fernando Riera viaja a Europa. Allí puede ver a la Selección argentina en gira y encuentros de Italia, Hungría, Checoslovaquia, Rusia y Polonia. El primer encuentro que presencia el seleccionador chileno es el sorprendente triunfo de Austria sobre Hungría en Budapest. Lo de los austriacos es uno de los más sorprendentes episodios del fútbol mundial. Sus dirigentes, estimando que estaban en muy mal pie, habían retirado su inscripción del Mundial, de manera de evitarse un bochorno. Y su selección, después del retiro... empieza a jugar admirablemente y es el representante europeo de mejores resultados en la temporada.

El otro gran acontecimiento de estos primeros días de junio de 1961 lo constituye la inauguración de la Escuela de Fútbol que el Comité Organizador del Mundial entrega a la Asociación Central. Las hermosas instalaciones de Macul son la primera manifestación de perdurabilidad de lo que significa organizar una Copa del Mundo. Difícilmente una obra de esta envergadura podría realizarse sin una motivación de tal calibre y sin insertarse en un gran Plan de desarrollo, alejado de la presión semanal por los puntos y de un panorama de crítico desfinanciamiento.

El fútbol chileno ya tiene una Escuela de Fútbol, idea incluida en el programa de trabajo de Fernando Riera. Por ella empezarán a desfilar todos los intentos de desarrollo. Lo sabe y lo destaca Carlos Dittborn cuando preside la ceremonia de inauguración de la «Escuela de Fútbol Juan Pinto Durán», en memoria de uno de los grandes trabajadores de la causa del Mundial. Su viuda está presente en la ceremonia. Precisamente tras la muerte del distinguido dirigente se apresuraron

los trabajos de construcción de esta «casa del fútbol», a cargo de Raúl Maffey, dirigente-arquitecto, Juan Goñi, en la Presidencia de la Asociación Central, y del doctor Antonio Losada. «Cuando termine el campeonato», se escribe, «y los turistas y los participantes hayan regresado a sus lares, ahí quedarán esas instalaciones de Villa Macul para recordar que la Copa se ha jugado, pero que el fútbol sigue más fuerte, mejor orientado, más responsable».

EL CAMPEONATO DEL SUSPENSO

En este momento ya se han jugado dos fechas del campeonato. Green Cross, diezmado por la tragedia, muestra en su formación al legendario arquero argentino Julio Elías Musimessi, el «Gato», y a otros tres jugadores trasandinos: Edwards, de Boca Juniors, y Anglesse y Druzù, de Banfield. De casa muestra a García (ex «U»), Maturana (Trasandino), Gonzalo Carrasco (en O'Higgins el 60) y toda una escuadra forzosamente renovada.

Se mira con natural simpatía a Green Cross, pero por cierto que otros son los candidatos.

Colo Colo, de todos modos. Sin refuerzos (ya había mostrado el notable estreno de «Chamaco» Valdés), tendría que ser animador, manteniendo la fisonomía del año anterior. Lo mismo la «U», que agrega a sus jóvenes y veteranos de temporadas anteriores la consolidación de un central solvente, Humberto Donoso. La Católica está por verse, según cómo caminen sus refuerzos, Walter Behrends, golero argentino nacionalizado chileno que viene de Talca, y Ricardo Trigilli, un ariete goleador de Vélez Sarsfield. Aunque lo más llamativo de la primera fecha para la Católica es un delantero muy veloz, de juego profundo. Orlando Ramírez. Muy moreno. Le dicen «Chocolito».

El que comienza es un torneo apasionante.

Marcado, fundamentalmente, por la multitudinaria atracción del duelo de las Universidades.

Al clásico diurno asisten más de cuarenta y cinco mil espectadores. Al nocturno, sesenta mil. Son los grandes animadores. Escuadras juveniles para una época marcada por los movimientos juveniles.

Con todo, el gran favorito es la «U». De gran aporte a la Selección, productor de valores, estratégicamente muy competente bajo la dirección de Luis Alamos, asentada en un largo proceso de trabajo.

Universidad Católica, en cambio, lo único que quiere es no tener sobresaltos.

Y eso lo garantiza a los dirigentes universitarios el entrenador, Miguel Mocciola, que hasta fines del 60 estaba con las inferiores del club. Había llegado a ese cargo en 1958, en una nueva estación de un largo itinerario. Nacido en Argentina, llegaba a Chile en 1939 para integrarse a Audax Italiano y formar una



delantera largamente recordada: Montaperto, Mocciola, Camerlingo, Calleri y Dante Giudice. Casado con chilena, circula por Argentina, Uruguay y Colombia hasta anclar en Bádminton en 1948. Desde entonces, entrenador. Desde 1958, titulado en los cursos organizados por Fernando Riera.

Llega a la banca después de la magra campaña del 60 («¿Por qué no darle el equipo, ya que conoce a todos los jugadores?») y asegura que no habrá sobresaltos. Sólo pide las contrataciones de Behrends, Trigilli y Hugo Rivera, un atildado mediocampista de Unión Española.

Pero hay sobresaltos. Porque es un campeonato de nervio. De comienzo a fin. Especialmente para los seguidores de la UC, que sufren con un equipo en el que el mediocampo es un trámite. «Los partidos», dice Mocciola, «se ganan en el área».

Aunque gane puntos, la Católica no convence. Su carta goleadora, Ricardo Trigilli, es negado por sus escasas condiciones técnicas y él sigue respondiendo con goles. Sólo se acepta el rendimiento universitario pensando que se trata de una «buena racha». Que parece cortarse cuando Colo Colo le gana 3 a 0. Sólo José Pérez, cuando la Católica juega con Wanderers, confiesa haber tenido la sensación de que por Playa Ancha ha pasado un equipo con trazas de campeón.

Pero en la segunda rueda todos deben convencerse de las bondades del equipo de Mocciola. Se aquilata el trabajo funcional, disciplinado y al mismo tiempo talentoso y creativo de Alberto Fouilloux, símbolo del esfuerzo de todo el cuadro, dueño del «chanfle» para sortear barreras en los tiros libres.

Conocidos de su técnico en la etapa formativa, los jugadores le creen y lo quieren. Cuadro funcional. Behrends se hace comandante de una defensa en la que Barrientos y Valdés cierran los flancos, al paso que Villarroel pone la técnica y Olivares la fuerza y el choque por el centro. Mario Soto es un organizador múltiple, Osvaldo Pesce está para todo servicio y en todo el terreno. Orlando Ramírez pone picardía y pique para acompañar a Trigilli.

La lucha es codo a codo en octubre, cuando la Selección vuelve a la cancha. Y no hay quejas, a pesar de la derrota (2-3) con Uruguay. Cuatro jugadores de la «U» en el seleccionado. Uno de la Católica, Fouilloux, que hace uno de los goles.

Tampoco hay respiro en noviembre cuando la Selección sale a enfrentar a la Unión Soviética. Pierde 0-1 ante sesenta mil personas, pero sigue pareciendo que son más las virtudes que los defectos. El defecto mayor: la falta de gol.

Y si eso falta, también lo brinda la Selección al ganarle en diciembre a Hungría por 5 a 1. Triunfo resonante, comparable al obtenidos recién sobre Alemania y al del 59 sobre Argentina. Un triunfo difícil, en

todo caso, pues el gran trabajo inicial es de Escuti en el arco chileno y el panorama recién se aclara tras «la jugada maestra de Toro-similar a la del segundo gol con



A sólo un año del Mundial se juntó la que sería la pareja titular de zagueros centrales de la Selección. Carlos Contreras y Raúl Sánchez, con distintas aptitudes, se complementarían admirablemente.

SOLEMNIDAD CHILENA

Asegurar el éxito financiero del Campeonato del Mundo está en el ánimo de todos. Pero no resulta fácil.

Puesto que el reglamento sólo habla de un sorteo, sin entrar en mayores consideraciones, las soluciones del azar pueden conspirar contra aquel éxito. Ya había sucedido en 1938, cuando el local, Francia, debió enfrentarse en su segundo partido al campeón del mundo y quedó eliminado, con el consecuente fracaso financiero del torneo.

En lo sucesivo, entonces, se permitió «dirigir» los sorteos, concediendo al dueño de casa ciertas licencias.

Sin embargo, sorprendentemente, Chile no encontró esas facilidades, a pesar del intenso trabajo de Carlos Dittborn, que no pudo disimular su profunda inquietud en la reunión del sorteo. Los europeos insistieron en ir juntos, sin diferencias ni separaciones.

De modo que no hubo cuatro bolsitas con cuatro balotas cada

una. Sólo hubo tres. En una, cuatro balotas blancas, representando a Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; en otra, cuatro negras: México, Bulgaria, Colombia y Suiza. Y la tercera con ocho rojas, correspondientes a los ocho países europeos. (Y las excusas de la FIFA a Suiza, por haber sido considerada entre las selecciones más débiles).

Para varios de los presentes en la ceremonia, la de Chile había resultado la de mayor solemnidad y organización de las realizadas hasta entonces. Fueron veintitrés minutos expectantes en salones del Hotel Carrera. Al final, a pesar de la negativa europea, quiso el azar que sus selecciones quedaran repartidas con equilibrio. Y a pesar de quienes aseguraban que el sorteo estaba «arreglado» hacia tiempo, la ubicación de Chile con Alemania, Italia y Suiza, ahorra cualquier comentario.

Había sido la primera demostración de seriedad y de capacidad de organización del fútbol chileno.

«Los partidos se ganan en las áreas», sostenía Miguel Mocchiola. Para resolver en la contraria, dispuso de esta delantera titular en 1961. De izquierda a derecha están Osvaldo Pesce, Alberto Fouillieux, Mario Soto (armador de juego), Ricardo Trigilli y Fernando Ibáñez.



Alemania- y la finiquitación brillante de Honorino Landa- para abrir el marcador. Se abren las compuertas y *«un ataque expeditivo y brillante estructuró cifras expresivas para un triunfo inolvidable del fútbol chileno»*.

Eso es el 9 de diciembre. La Selección cierra su ciclo el 13, en revancha con los húngaros, que entran a defenderse con todo y salvan el empate en blanco.

Pero el campeonato, en ese momento, entra a su momento más espectacular. Porque a las Universidades les corresponde enfrentarse en la última fecha. Están empatadas en puntaje. Sesenta mil personas llegan al Nacional. Y siguen empatadas en la noche del 30 de diciembre, pues igualan con el marcador en blanco.

Partido extra de definición el dos de enero. Cincuenta y cinco mil personas. Empate a uno.

Segundo partido de definición el cinco de enero. Cuarenta y cinco mil personas.

Abre la cuenta Carlos Campos a los tres minutos. Empata Fouillieux al minuto. Alarga el «Tanque» Campos a los 16. A los dos minutos del segundo tiempo empatan Fernando Ibáñez, el más nuevo del «vivero» de Mocchiola.

A los 42 minutos escapa Nackwacki. Remata sobre Pacheco. La pelota rebota en el golero. Vuelve al delantero, que es derribado por el meta azul. Luis Ventre, el árbitro argentino especialmente traído para los encuentros de las Universidades, no duda en marcar. La tensión de cinco días espectaculares, los más espectaculares en el profesionalismo, queda resumida en el enfrentamiento de Pacheco y Fouillieux.

Remata al delantero de la UC y la pelota vuelve violentamente al terreno. Un momento de paralización. Apenas una fracción de segundo, pero es como si el tiempo se hubiera detenido. La pelota había entrado al arco, golpeando uno de los soportes metálicos de las redes.

Entonces sí, la explosión. La Católica puede dar la vuelta olímpica. Sólo en una cosa se había equivocado Miguel Mocchiola: había prometido un año sin sobresaltos. Y había sido el año de los sobresaltos. Pero vale la pena. Para la Católica y para todo el fútbol. Más de ciento cincuenta mil personas en los últimos tres partidos de los universitarios revelan que, habiendo espectáculo, las asistencias están a salvo.

El «año de la víspera» termina bien. Muy bien. Que pasen los invitados a la fiesta del Mundial.

«Ahí quedarán esas instalaciones de Villa Macul para recordar que la Copa se ha jugado, pero que el fútbol sigue más fuerte, mejor orientado, más responsable».